



# Escritos diversos

Léon Degrelle

[www.freepdf.info](http://www.freepdf.info)

## *AL LADO DE LOS ALEMANES*

Los últimos meses de 1940 y los primeros de 1941 no fueron gratos para nadie en Europa, y en Bélgica menos todavía.

De los holandeses, nadie hablaba. Sin duda iban a ser incluidos en el complejo geográfico gran-alemán. El Gran Ducado de Luxemburgo, con toda evidencia, también.

En cuanto a los franceses, ya estaban, bajo la mirada maliciosa de los ocupantes, devorándose entre ellos con una febrilidad que hubiera sido mucho más eficaz en 1940, tras un cañón antitanque. Un mes después de haber establecido las bases de colaboración con Hitler, el mariscal Petain había lanzado por la borda a su primer ministro, Pierre Laval, al que los alemanes no tenían simpatía, hombre de uñas sucias, dientes amarillentos y pelo de cuervo, cosas todas ellas que molestaban a Hitler, pero que al embajador Abetz, muy en alza por entonces en Berchtesgaden, gustaba por su habilidad, su campechanía, y su sentido muy auvernés del chalaneo y de la facultad de adaptación.

Laval, sarcástico, mordisqueando sus cigarrillos bajo sus bigotes quemados, respondía al juego con su juego y trataba al mariscal como un viejo uniforme de soldado licenciado.

En definitiva, se estaba en pleno desbarajuste. Y así se seguiría hasta el último día. lo mismo en Francia que fuera de Francia, en el castillo alemán de Sigmaringen, en el que los "colaboracionistas" franceses se refugiarían, en las sombras de los oscuros corredores de falso empaque feudal, poblados de armaduras enormes y siniestras.

Y quedábamos nosotros, los belgas, el caso más complicado.

Yo habla podido renovar mis contactos con el rey Leopoldo, prisionero maniatado por Hitler y consolado por la dama familiar de su casa, a la que haría su mujer, promovéndola de golpe a princesa de Rethy. Su secretario, el barón Capelle, nos servía de correo. Me había aconsejado vivamente, de parte del soberano — y tuve buen cuidado de anotar inmediatamente sus propuestas— que intentase lo que fuera para tender un puente en dirección al vencedor.

El embajador Abetz, pintoresco amigo con el que había pasado, en 1936, una semana de vacaciones en Alemania del sur, y cuya esposa había sido compañera de colegio de la mía en un internado del Sagrado Corazón, era un sujeto muy curioso. Los inconformistas le encantaban. Tras mi odisea de prisionero me había invitado en diversas ocasiones a almorzar o a comer en su embajada de París, en el primoroso palacio de la reina Hortensia, de la calle de Lille. Plantaba toda una banda de música de la Wehrmacht en el Jardín, bajo nuestra mesita, para darnos el placer de hacer retumbar la orilla izquierda del Sena con un inmenso estruendo musical.

Juntos habíamos estudiado todas las posibilidades del futuro de Bélgica. Había ido a Berchtesgaden para hablar con el Führer de este problema. Le había recordado nuestra entrevista de 1936. Le había refrescado la impresión que por entonces le causé.

Decidió, Hitler a invitarme. Me previno que vendría rápidamente un coche a Bruselas a buscarme, por lo que había de estar preparado para salir camino de Berchtesgaden en cualquier momento .

Esperé....

Había de esperar tres años antes de, por fin, reencontrarme con Hitler, bajo las sombras de los abetos de la frontera lituana, una noche en la que, herido cuatro veces en el curso de diecisiete cuerpo a cuerpo, habiendo roto la víspera el cerco de Tcherkassy, en Ucrania, fui trasladado en el avión personal de Hitler con objeto de que me pusiera al cuello el collar de la .Ritterkreuz. (el equivalente alemán de la Laureada española).

Pero habíamos perdido tres años.

Supe más tarde que todo fracaso en octubre de 1940 porque algunos dirigentes flamencos, instigados por agentes de los servicios alemanes de seguridad que soñaban con partir en dos a Bélgica, habían hecho saber que un acuerdo de Hitler con un valón chocaría con la oposición de la parte flamenca de Bélgica. Esto era, por una parte, imbécil, y por otra absolutamente contrario a la verdad. Yo había obtenido, en las elecciones de 1936, poco más o menos los mismos votos en Flandes que en Valonia. Y un acuerdo con los jefes nacionalistas flamencos mismos, había coordinado, en 1937, nuestras concepciones Políticas y nuestro plan de acción.

Pero en vista de que estos servicios alemanes de espionaje afirmaban que cualquier contacto conmigo conduciría a desencadenar oposiciones lingüísticas muy violentas en una zona de combates, base principal de la lucha aérea de Alemania contra Inglaterra, Hitler aplazó las negociaciones.

Tras la anulación de mi entrevista, el propio rey Leopoldo intentó, por encima de todo y contra todo, volver a encontrarse con Hitler.

Su hermana, la princesa heredera de Italia, esposa de Humberto, entonces aliado privilegiado del Reich, mujer de esplendorosa carrocería, de largas piernas y ojos claros, había ido a Berchtesgaden a acosar al Führer con el encarnizamiento que saben utilizar las mujeres, a veces inoportunamente. Hitler había recibido por fin a Leopoldo allí, pero fríamente. No le había aclarado nada. le había ofrecido una taza de te. La entrevista quedó limitada a esta distribución de liquido tibio, menos revelador todavía que la rotundidad del café.

El fracaso habla sido completo.

Todo cuanto habíamos hecho durante el invierno 1940-41 para deshelar el iceberg alemán. varado en nuestra orilla, no nos condujo más que hasta eso. Nuestros avances— especialmente durante un gran mitin en el que hablé en el Palacio de los Deportes después del Año Nuevo— no tuvieron otro resultado que algunas líneas de indiferente información en el "Volkischer Beobachter".

En el fondo, ¿sabía el propio Hitler por entonces lo que quería?

Como diría, en mayo de 1968, el general De Gaulle, cuando la revolución de los estudiantes de la Sorbona amenazaba en sumergirle, "la situación era inaprehensible".

¿La guerra contra los ingleses iba a prolongarse?

O, como creía y decía el general francés Weygand, ¿iba el Reino Unido a caer de rodillas de golpe, aniquilado por el hierro y el fuego?

¿Y los soviets?

Molotov, parapetado tras sus antiparras, había ido a Berlín en 1940 para llevar a Hitler, además del espectáculo de su desgarbo de viajante de comercio, con el pantalón abultando como un neumático de automóvil, la lista de los copiosos platos que Stalin pretendía verse ofrecer cuanto antes.

¡Los ejércitos del Tercer Reich apenas habían terminado de barrer media Europa y ya los soviets intentaban hacerse adjudicar la otra mitad, sin gastos y sin riesgos!

Aprovechándose de la campaña de Polonia en 1939, Stalin había engullido la mitad de este territorio y, poco después, los tres países bálticos, en un bocado colosal de glotón insaciable. Había reincidido en junio de 1940, devorando la Besarabia rumana. Y ahora no se le ocurría exigir, ni más ni menos, que el control completo de los Balcanes.

Hitler había sido el enemigo número 1, de los soviets. Muy a su pesar, y para no encontrarse bajo la amenaza de combatir en dos frentes al comienzo de la guerra, había hecho un alto, en agosto de 1939, en su lucha contra el comunismo. Pero era imposible para él permitir la instalación de los soviets en la linde misma del continente que apenas acababa de reunificar.

La amenaza era indiscutible. El peligro, no solamente era grande, sino que era también evidente. Hitler no podía dejarse acorralar exponiéndose a que los rusos, si el Reich sufría un revés en el oeste le diesen una paliza. Estaba obligado a tener todo a punto para desbaratar un mal golpe, sobre las posibilidades del cual las amenazas salidas de la pequeña boca de comadreja de Molotov no dejaban la menor duda. Previendo con prudencia los acontecimientos, había puesto en marcha secretamente la preparación de la Operación Barbarroja., la elaboración de cuyos planes había sido confiada al general Paulus, el futuro derrotado de Stalingrado.

Mientras tanto, en Europa quedaba todo indeciso. Las divisiones internas de los franceses y la rápida liquidación de una política de acercamiento con Petain habían aconsejado a Hitler dejar pasar el tiempo para que madurasen los asuntos de Occidente. La moral de los distintos pueblos del oeste se liquidaba. Oposiciones de razas, de lenguas, de clones, de ambiciones le roían sin que una acción con grandeza, o al menos una gran esperanza la levantase.

Para mi, la cosa estaba clara: dos años, tres años de semejante estancamiento y Bélgica estaría madura para su liquidación, para la absorción más o menos directa de los flamencos en una Alemania unificada, para dejar de lado a los valones, europeos políticamente Indefinidos, ni franceses ni alemanes; y para la eliminación silenciosa de un rey Leopoldo convertido en ser totalmente invisible, separado de su pueblo,

deambulante entre su biblioteca tristona y un cuarto de niños menos solitario pero que, sin embargo, políticamente no valía gran cosa.

¿Esperar a volver a ver a Hitler? Ya no era cuestión de un reencuentro. ¿Discutir en Bruselas con unos rasca tripas? No tenían el menor poder de discusión. Estaban, por otra parte, hinchados con la suficiencia de militares vencedores, mirando de arriba a abajo a los civiles vencidos. Nos detestábamos unos a otros con la misma energía.

Era indispensable llegar a poder discutir un día de igual a igual con Hitler y con el Reich victorioso pero, ¿cómo?

El horizonte político era desesperadamente impenetrable.

Y entonces, bruscamente, el 22 de junio de 1941, se desencadenó la guerra preventiva contra los soviets, acompañada de la llamada de Hitler a los voluntarios de toda Europa para un combate que no sería ya el combate de los alemanes solos, sino de los europeos solidarios.

Por primera vez desde 1940 aparecía un plan europeo.

¿Correr al frente del Este?

Con la más absoluta evidencia, no habían de ser los modestos contingentes belgas que nosotros podríamos reclutar inicialmente, los que hicieran morder el polvo a Stalin. Entre millones de combatientes, nosotros no seríamos más que un grano de arena. Pero el valor podía suplir la pequeñez del número. Nada nos impedirla luchar como leones, comportarnos con una gallardía excepcional, obligar al enemigo de ayer a comprobar que los camaradas de combate de hoy eran fuertes, que su pueblo no había desmerecido, que ellos podrían algún día en una Europa nueva, ser un elemento vigoroso, digno de colaborar en una gran acción.

Y sobre todo, no había otra solución.

Los aliados, por supuesto, podían ganar.

Pero en esta victoria de los aliados, francamente, ¿cuántos de los europeos invadidos, creían, en el invierno de 1940 y al principio de 1941? ¿Un diez por ciento? ¿Un cinco por ciento?

Y ese cinco por ciento ¿tenía mejor visión que nosotros? ¿Era más lúcido?

¿Quién puede probarlo? Los americanos, sin los cuales el desfondamiento del Tercer Reich no era siquiera imaginable en 1941, seguían aún con una política de "nadar entre dos platos". Su opinión aún era, en la gran mayoría del pueblo, netamente aislacionista. Todos los sondeos de la opinión pública en los Estados Unidos así lo confirmaban y cada nuevo test lo ratificaba.

En cuanto a los soviets. ¿quién hubiera imaginado en 1941 que su resistencia sería coriácea hasta el punto que lo fue? El propio Churchill declaraba a sus íntimos que la liquidación de Rusia por Alemania sería cuestión de unas pocas semanas.

Lo probable para un europeo de 1941 era que Hitler lo conseguiría, que se convertiría verdaderamente en "el amo de Europa para mil años" que nos había anunciado Spaak. En ese caso no era chapoteando en los turbios charcos estériles de la espera banal en Bruselas, en París y en Vichy, como podrían adquirirse títulos que asegurasen a los vencidos de 1940 en la Europa del futuro una participación correspondiente a la historia, las virtudes y las posibilidades de sus patrias.

Comprendido esto, de lo que se trataba era de dar el ejemplo.

Yo no iba a comprometer a mis fieles a correr al matadero entre Mourmansk y Odesa sin estar mezclado entre ellos, sin sufrir con ellos las durezas y los peligros de los combates.

Así, pues, me alisté como simple soldado, pese a que era padre de cinco niños, para que el menos favorecido de nuestros camaradas me viese participar con él de sus penas y sus infortunios.

Ni siquiera había prevenido a los alemanes sobre mi decisión. Dos días después de hacerla pública, un telegrama de Hitler me anunció que me nombraba oficial. Lo rechacé instantáneamente. Yo iba a Rusia para conquistar derechos que me permitieran discutir honorablemente un día condiciones de supervivencia para mi país, y no para recibir antes del primer disparo unos galones que no serían más que de opereta.

Yo llegaría a ser por sus pasos contados (a lo largo de cuatro años agotadores de combates) cabo, después sargento, después oficial, después oficial superior, pero cada vez ascendería, por acto de valor en combate, tras haber, en el curso de setenta y cinco cuerpo a cuerpo empapado previamente mis charreteras en la sangre de siete heridas.

—Ya no veré a Hitler— declaré a mis íntimos en el momento de la partida— hasta que me ponga en el cuello el collar de la Ritterkreuz., exactamente así ocurrieron las cosas tres años más tarde. En aquel momento, yo ya podía hablar claro, herido muy reiteradamente, muy reiteradamente condecorado, acabando de efectuar una ruptura del frente soviético que había salvado del cerco once divisiones. Y yo iba a obtener de Hitler— existe prueba escrita— un estatuto reconociendo a mi país dentro de la nueva Europa, un puesto y posibilidades superiores a todo lo que hasta entonces había conocido, incluso en los tiempos más gloriosos de su historia, bajo los duques de Borgoña y bajo Carlos V.

De la existencia de aquellos acuerdos, nadie puede dudar. El embajador francés François-Poncet, que no me tiene excesiva simpatía, las ha publicado, son documentos a su vista, en París, en "Le Fígaro".

Hitler fue vencido.

En consecuencia, nuestro acuerdo, obtenido al precio de tantos sufrimientos, de tanta sangre y a pesar de tantas zancadillas, no tuvo efectividad.

Pero hubiera podido ocurrir lo contrario. Eisenhower escribe en sus Memorias, que incluso a comienzos de 1945 que daban a Hitler posibilidades de ganar. En la guerra hasta tanto no haya sido tirado el último fusil, todo puede ocurrir.

Por otro lado, nosotros no estorbábamos a los belgas que creían en la solución. Londres para sacrificarse de la misma forma y asegurar, ellos también, en caso de victoria del otro bando la renovación y la resurrección de nuestro país. Ellos no han debido tener una vida más fácil que la nuestra, ciertamente, en cuanto a trampas e intrigas de todo género se refiere. El ejemplo del general De Gaulle, las cazurras persecuciones de las que fue objeto por parte de los ingleses y, sobre todo, de los americanos, las humillaciones que tuvo que encajar, han debido ser del mismo estilo que a nosotros nos ha sido preciso aguantar muchas veces por parte alemana, antes de obtener que nuestra causa tuviese asegurado su éxito.

En Londres, al igual que en nuestro campo, era preciso poner buena cara, no dejarse intimidar, disimular muchas cosas, siempre mirando al interés del pueblo. Por encima del azar era útil, yo diría qué indispensable, que en los dos bandos, los nacionalistas jugasen las dos posibilidades, a fin de que nuestras patrias sobreviviesen cualquiera que fuese el capítulo final del conflicto.

Esto no era un motivo, en todo caso, para que los que se encontrasen en 1945 al lado de los vencedores, degollasen a los otros.

Móviles muy diversos animaron por consiguiente, nuestros espíritus y nuestros corazones cuando partimos, mochila a la espalda, hacia el frente del Este.

Nosotros íbamos— primer objetivo, objetivo oficial— a combatir el comunismo. Pero la lucha contra el comunismo hubiese podido prescindir perfectamente de nuestro esfuerzo. Íbamos también— segundo objetivo y, de hecho, objetivo esencial a nuestros ojos— no exactamente para combatir con los alemanes, sino para imponernos a los alemanes que, embriagados por el orgullo de innumerables victorias, hubiesen podido tratarnos a zapatazos en cada uno de nuestros países ocupados por ellos.

No dejaron de hacerlo algunos y su prolongada duplicidad no dejó de escandalizarnos en muchas ocasiones. Pero tras la epopeya del frente ruso les sería difícil infravalorar aún a los representantes de pueblos que habían luchado valerosamente al lado de sus ejércitos en un combate que nos hacía a todos solidarios.

Este fue el gran motivo de nuestra marcha: forzar la suerte, forzar la atención y la adhesión de los alemanes vencedores, edificando con ellos una Europa que nuestra sangre, también nuestra sangre, había cimentado.

Íbamos a vivir en Rusia años horribles, a conocer físicamente, moralmente, un calvario que no tiene nombre, En la historia de los hombres jamás ha habido una guerra atroz hasta tal punto, en las nieves sin fin, en los lodos sin fin. Hambrientos a menudo, sin reposo jamás, estábamos abrumados de miseria, de heridas, de sufrimientos de todo orden. Para llegar finalmente a un desastre que engulló nuestras juventudes y aniquiló nuestras vidas...

Pero, ¿qué es lo que cuenta en la vida?

El mundo nuevo no se hará más que en la purificación de la entrega.

Nosotros nos entregamos totalmente.

Incluso la entrega aparentemente inútil nunca lo es en absoluta. Un día se le encuentra un significado. El inmenso martirio de millones de soldados, el largo estertor de una juventud que se sacrificó totalmente en el frente ruso, han creado anticipadamente la compensación espiritual indispensable para la renovación de Europa.

Una Europa de tenderos no hubiera sido bastante. Era necesaria también una Europa de héroes. Esta iba a construirse, antes que la otra, durante el curso de cuatro años de combates escalofriantes.

León Degrelle.

## **CANTO A LAS WAFFEN SS.**

**Las Waffen-SS tenían 38 divisiones con cerca de un millón hombres en los frentes. De ellos cayeron en todos los frentes de la guerra más de 400.000 soldados, suboficiales y oficiales, entre ellos, 32 comandantes de división. 50.000 soldados de las Waffen-SS se consideran desaparecidos.**

**A los soldados de Las Waffen-SS se concedieron las siguientes condecoraciones de mérito militar:**

**2 Hojas de roble con espadas y brillantes junto a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.**

**24 Hojas de roble con espadas junto a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.**

**70 Hojas de roble a la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.**

**463 Cruces de Caballero de la Cruz de Hierro.**

**Después de la concesión de estas condecoraciones cayeron en el campo de batalla:**

**8 portadores de las Hojas de roble con espadas de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.**

**24 portadores de las Hojas de roble de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.**

**160 portadores de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.**

Todavía a finales del siglo XX la mayoría de la gente ignora lo que fue, entre 1940 y 1945, el fenómeno -único en la historia militar- del millón de jóvenes combatientes políticos, voluntarios todos ellos, integrados en el seno de treinta y ocho divisiones Waffen SS en el transcurso de la Segunda Guerra mundial.

¿Quiénes eran?

Ante todo, soldados (Waffen). Los mejores soldados, formidablemente equipados, siempre los mas dispuestos cuando era preciso enfrentarse al enemigo y reaccionar ante una ruptura.

Físicamente, los mas dotados: talla mínima 1,75 m.; Obligatoriedad de demostrar una salud sin fisuras; Exclusión a la mas mínima falta visual o ante una caries molar; una milicia que hacia pequeñas todas las normas olímpicas.

Su entrenamiento era excepcional. En la Escuela de Oficiales de Bad -Tolz, todos los aspirantes habían perdido una docena de kilos al final del cursillo. Al terminar este cada uno se había convertido en un atleta, flexible, desnudo y fuerte como un dios griego.

También recibían una formación política del mas alto rigor. Disciplina de hierro, libre y alegremente asumida. Espíritu de equipo, camaradería constante desembarazada de todo complejo de casta. Severidad en las costumbres: en las Waffen SS un pederasta era enviado al paredón sin remisión.

El heroísmo era la ley imperante. Los jefes en cabeza. La media de supervivencia de un oficial de la Waffen SS en combate no sobrepasaba los tres meses.

Esta concepción heroica del deber era exaltada por evocaciones grandiosas de las glorias del pasado. Se nutrirá de todas las fuerzas originales de la Naturaleza. El solsticio de verano recordaba especialmente los fervores vivificantes de los fluidos terrestres y celestes. El último solsticio de 1944, había sorprendido todavía a todos aquellos jóvenes guerreros, con la antorcha en la mano, formando el cuadro en los claros de montes altos cercanos al frente, mientras que las apoteosis wagnerianas giraban, vibraban bajo la noche estrellada.

¡Ansia de cuerpos jóvenes frente a la vida! ¡Pasión por la creación y conquista!  
¡Voluntad de vivificar, de escalar hasta las cumbres junto a una comunidad humana renovada en su carne y en su espíritu!

¡Eran fuertes como los robles de los bosques profundos, fuertes como los huracanes martilleando los cielos negros, fuertes como los caballeros de las epopeyas antiguas, desafiando la suerte y la muerte!

¡La Caballería! La Waffen SS era una caballería de pie en sus estribos y con sus lanzas prestas a atravesar el futuro: un millón de jóvenes guerreros ideológicos, decididos a ofrecer todo -su juventud, su sangre, su fe- para obtener todo.

La Waffen SS había sido en sus comienzos una formación estrictamente alemana.

El espectáculo de fuerza organizada y de ideal integral que ella dio en 1940 a un Occidente extenuado política y moralmente desanimado, impresionó a la juventud de los países vecinos. Bastaron algunos meses para que millones de jóvenes germanos, de Holanda, de Flandes, de los Países Nórdicos, primeramente estupefactos, entusiasmados después, vinieran a dar a la Waffen SS, hasta entonces sometida al ámbito nacional, una textura más amplia: Waffen SS de dieciocho años, de veinte años, llegados de Amberes, de Rotterdam, de Copenhague, de Oslo, hicieron bloque desde entonces con las Waffen SS de Berlín, de Munich, de Viena, de Konisberg.

Sin embargo, la gran puesta en marcha no vino sino un año más tarde, cuando Hitler quiso, en Junio de 1941, liberar Europa de la tiranía comunista de un Stalin decidido, desde hacía mucho tiempo antes, a devorar a Europa, ultimando para entonces (como lo ha reconocido el propio Mariscal Zhukov) los últimos preparativos para la embestida soviética.

Frente al peligro común, centenares de miles de jóvenes no europeos, rechazando el conformismo y la falta de imaginación de sus países atrofiados, se apresuraron a llegar a la cita del sacrificio.

Desde hacía siglos todos vivían apergaminados bajo su pequeño caparazón nacionalista, cada uno mirando a su vecino con desconfianza o con irritación, ignorando que, desde hacía siglos, ellos no formaban en suma más que una sola raza, una sola civilización, que todos ellos eran los hijos de una patria común, Europa, veinticinco veces centenaria. Una misma espiritualidad les animaba, cualesquiera que fuesen las formas de su regocijo.

Descolgándose desde Jutlandia, Frisia, Bravante, las Ardenas, la Bauce, los Apeninos, se encontraron todos, mil doscientos años después de Carlomagno , reunidos en una inmensa cohorte juvenil, donde por fin, descubrieron su unidad.

Ciertamente fue necesario tiempo. Estaban separados por algunos siglos. El servicio común, los mismos sufrimientos, los camaradas que morían entremezclados unieron a estos muchachos de veinte países larga y artificialmente opuestos. Fuertes soldaduras les juntaron durante cuatro años en los errores de los mismos combates; respaldándose con una sinceridad siempre creciente, se dieron cuenta que una misma fe política les unía pero que, aun mas, la identidad de sangre les hermanaba. Sus pueblos no eran mas que un pueblo. Europa era el manojito soberano de los gladiolos flamantes de sus países de origen.

Las Waffen SS seria el crisol gigante en el que se interpenetraran en una fusión ardiente los diversos genios de la Europa histórica.

Por su parte, frente al peligro soviético que amenazaba cada parcela de la antigua Europa, la Waffen SS alemana desde sus comienzos, había tomado conciencia no solamente del peligro que amenazaba indistintamente a todos los antiguos países rivales del Continente, sino también, pero sobre todo, de las enormes realidades positivas que, desde siempre, habían soldado las diversas comunidades populares de Europa. La Europa de *Cesar* y de *Augusto*. La Europa de *Carlomagno* y de *Godofredo de Bouillon*. La Europa de *Federico II de Hohenstaufen* y de *Carlos V*. La Europa del *Príncipe Eugenio de Saboya* y de *Napoleón Bonaparte*. La Europa, también, de *Voltaire* y *Goethe*. La Europa de los grande apóstoles místicos, uniendo bajo una misma fe a los galos, los iberos, los germanos, los latinos, los eslavos, desde Ucrania hasta las lejanas orillas del Báltico.

Unas después de otras, las diversas legiones alemanas y no alemanas del Frente del Este se unieron así libremente, en representación directa de su pueblo, en el seno de una Waffen SS convertida en el gran centro de atracción y posteriormente de reunión de un millón de jóvenes europeos, futuros constructores del porvenir. En esta federación multinacional cada uno había conservado su lengua, sus banderas, su personalidad. La lengua alemana, segundo idioma, estaba llamada a convertirse en el instrumento libre de los acercamientos nacionales. Nuestras ideologías, ciertamente, eran semejantes, pero hasta entonces muy fragmentadas. La Waffen SS les aportaba la potencia de la voluntad, de la organización y de la unidad de esfuerzos.

Gracias a ella, en la hora de la gran conmoción creadora al día siguiente de la victoria, todos estarían igualmente disponibles, cada uno en su esfera natal, para dar a Europa un espíritu y una estructura.

La Waffen SS se había convertido en el enorme cuerpo de asalto de la revolución nacionalsocialista.

Material y espiritualmente, este mundo nuevo estará marcado por el espíritu de cuerpo, por la disciplina, por la potencia de la ideología: la entrega total de las energías al servicio de un ideal absoluto.

La obra común obtendría sus frutos: orden del Estado, duradero, indestructible, justicia social, en el trabajo en equipo de todas las clases; amplio desarrollo familiar, célula

básica de la estabilidad de la sociedad y de la felicidad individual; imaginación en la creación de riquezas materiales, armoniosamente adaptados a la apertura moral de una comunidad, plena del espíritu de solidaridad y del sentido heroico de la vida. A la potencia física y a la potencia ideológica, se añadiría la potencia en la acción.

Alemanes y no alemanes, rondando el millón, formábamos una formidable fraternidad europea. Al regresar a nuestros países respectivos hubiésemos sido los maestros de obras en el levantamiento de la Europa unida, una elite resuelta que hubiera guiado, durante una generación, a unas mesas generalmente insustanciales, acéfalas, entregadas por añadidura a unas querellas sociales estúpidas y desgarrándose políticamente, víctimas ciegas de agitadores y de clanes inmensos en el egoísmo y en la ambición.

Nosotros hubiésemos devuelto a nuestros pueblos la dignidad. Les habríamos instalado en el florecimiento social y en la comodidad, pero al mismo tiempo en la paz sublime de lo bello, lo noble, lo grande. La materia, entregada a sí misma, muere o mate. Solo el ideal tiene alcance eterno.

Nosotros poseíamos este ideal, si, nosotros, los jóvenes europeos de la Waffen SS, cualquiera que hubiese sido nuestro país de origen, nuestro viejo país tan querido, pero un país que iba a dejar de vivir replegado sobre si mismo.

Un intenso aire vivificador expulsaba las miasmas asfixiantes de viejas decadencias.

Nuestras voluntades hubieran federado, en todos los rincones de Europa, los esfuerzos de nuestros pueblos en una unidad suntuosa, y no -cómo hoy día- en una vaga federación, a menudo huraña, de mercaderes de tomates, de avellanas, de corderos, y de chuletas de cerdo, o propietarios vanos de millones de toneladas de mantequilla que se secan o pudren en almacenes súper colmados por la locura y la anarquía económica.

La revolución Waffen SS no hubiese sido solamente la del bistec, sino la de una doctrina enriquecedora de las comunidades humanas, elevando los espíritus en el seno de una colaboración basada ante todo en el orden político y social, en el espíritu comunitario y en los mas altos principios morales, pilares de la reconstrucción.

La Waffen SS fue todo esto: un ejercito continental como no se había conocido en época alguna (mas del doble de la "*Grande Arme*"), un ejercito que no era solo militar sino ideológico, capaz de asegurar, gracias a su fuerza y a su doctrina, la reunificación y el renacimiento de los miembros dispersos de una Europa cuyos falsos demócratas de antes de 1940 la habían disecado la inteligencia y cortado los nervios.

Un viejo rencoroso e impotente -Roosevelt-, un loco furioso de genio sombrío -Stalin- hicieron de Europa en 1945, un medio continente a merced de sus apetitos.

Durante largo tiempo, puede que para siempre, Europa no será mas que un pañuelo de bolsillo en el que se sonaran los poderosos.

Así fracaso la mas asombrosa experiencia política y militar jamas intentada. Fue única por su carácter y por su extensión: de 1941 a 1945, un millón de muchachos de 28 países de Europa, reunidos en seno de la Waffen SS ofrecieron su juventud, y a menudo, su vida (*400.000 Waffen SS murieron en el transcurso de la Segunda*

**Guerra Mundial...)** Para crear una Europa consagrada a la justicia social, a la solidaridad, al orden y a la grandeza.

Evocar el recuerdo de este millón de caballeros es justo y saludable. Hoy día, ellos se encuentra maculados por las hordas de impotentes que son roídos por la envidia y el odio: efectivamente, ellos ¿que han hecho?

***A pesar de todo, en esta hora miles de jóvenes rehusan la capitulación y no aceptan el descenso a las nuevas cloacas de infames y de cobardías políticas del mundo actual.***

El gran ejemplo del millón de jóvenes héroes desinteresados de la Waffen SS, que vive y muere para un ideal de fuego, quizá reanime un día los incendios que se crean apagados bajo los ultrajes. En esta espera, mientras tanto, ¡Honor y gloria al mayor ejercito ideológico de la historia de los hombres!

Dentro de mil años aun se hablara de estos soldados de hierro, tres mil veces mas numerosos que los héroes de las Termopilas.

El héroe, dondequiera aparezca, no muere nunca del todo. su espíritu continua marchando como un abanderado a la cabeza de los pueblos.

***La Waffen SS, al sucumbir tras una lucha titánica, ha entrado para siempre en la inmortalidad.***

***León Degrelle.***

## COMBATES HASTA EL CÁUCASO

R.— A finales de octubre de 1941 llegamos a Rusia, al frente del Este. Después de tres semanas de instrucción, nada más, fuimos declarados útiles para el combate. Primeros encuentros de patrullas. Penosos psicológicamente. Nadie sabía quienes éramos. Veo aun a un general que miraba a nuestra columna, desde lo alto de su coche todo terreno, a lo largo de una pista embarrada de Ucrania. Interpelaba a uno de nuestros valientes: Cuantos batallones posee la Legión Valonia?. Nuestro compañero responde con gallardía: No lo se con exactitud. Pero nosotros somos el primero! No había más, evidentemente. Solo éramos mil doscientos voluntarios. El batallón se convertiría en un regimiento. Luego, en una brigada. Mas tarde, en una división. Pero comenzamos mil doscientos.

Un invierno horrible. Hay, sobre esos meses atormentados, millares de documentos. Cuarenta y dos o cuarenta y cinco grados bajo cero. Estabamos todos helados, con la nariz moqueante y tumefacta; las orejas parecían naranjas de las que salía pus rojizo.

Fue entonces cuando sobrevino el mas terrible de nuestros combates el primer invierno de la guerra del Este.

En los meses de enero y febrero de 1942 tuvimos que llevar a cabo una contraofensiva de cinco semanas. Hay que ver lo que es eso: soportar nieves que alcanzaban tres, cuatro y cinco metros de altura y unos fríos atroces. Habíamos llegado hasta la línea divisoria de las aguas del Dnieper y del Dniester. Habíamos conquistado, entre los estanques helados, un pequeño pueblo que se llamaba Gromovaya-Balka. Ese nombre extraño quena decir: <<**el valle del trueno**,>. era el nombre que le convenía! Allí luchamos durante diez días y diez noches, agotados por la helada y resguardados tras los parapetos de hielo. Fue entonces cuando se produjo el gran choque de la contraofensiva soviética. Encuentro bien estudiado por los rusos. Huidos civiles les habían dicho que nosotros no éramos alemanes y que no hablábamos alemán. Dedujeron que éramos italianos, con las tres divisiones campaban por la región. Y por ello se lanzaron sobre este lugar preciso, ya que los italianos tenían una reputación militar— bastante injusta— que no era siempre la de Julio Cesar.

P.— *¿Como se desarrollo la batalla de Gromobaya-Balka?*

R.— Tuvimos que sufrir el asalto masivo de los soviéticos. Eran las seis y media de la mañana del 28 de febrero de 1942. De repente, los teníamos ahí! Una nube de carros enormes y una irrupción de cuatro mil asaltantes. Había que ver a los rusos avanzando en filas compactas, totalmente erguidos, con su fusil bajo el brazo, como en un desfile! Una enorme muralla violeta. Nosotros, un puñado de pobres valones, sin el apoyo de un solo carro. Sostuvimos hasta la noche un combate atroz. Yo era un simple tirador de ametralladora. Había sido herido quince días antes en el pie y en aquella ocasión fui ascendido a cabo. Era cabo, como el cabo Hitler de la primera guerra mundial. Habiendo sufrido tres fracturas en el pie izquierdo no podía moverme mas que dando saltitos con mucha dificultad. Me instale de cualquier manera, con mi ametralladora, entre dos caballos muertos.

Los carros corrían en todos los sentidos y ponían a nuestra gente en desbandada. Yo me quede, con mi ametralladora, entre mis caballos petrificados. Por otra parte, que otra cosa hubiera podido hacer.' Nos batimos todos de una manera desesperada. Tuvimos doscientos muertos en unas horas. Nos pegamos firmemente al terreno hasta el momento en que, tras horas interminables, se produjo el contraataque alemán, apoyado por carros.

El general alemán que corría al frente de sus soldados se lanzó sobre mí y me colocó su Cruz de Hierro de segunda clase sobre el pecho. Personalmente había luchado tanto como podía. Todos nuestros soldados cumplieron maravillosamente con su deber. La mitad de ellos murieron o quedaron heridos.

Habíamos dado prueba ante el ejército alemán de lo que valía nuestro pueblo. Después de seis meses de sufrimiento, en situaciones espantosas, perdidos en ese frente sin fin, con temperaturas atroces, éramos citados en la Orden del Día del ejército alemán. Treinta y dos soldados nuestros fueron condecorados con la Cruz de Hierro, lo que, en ese momento, era un número extraordinario. Habíamos dado el primer paso y éramos verdaderos soldados. Para los alemanes del frente nos convertimos en camaradas. El plan de salvación de nuestro país, por la igualdad en el heroísmo, se cumplía tal como lo habíamos querido.

— *¿Que paso después?*

R.— El primer invierno se había liquidado tras siete meses de blancura cogedora, que se extendía hasta el fin del cielo seco. En mayo de 1942 se produjo la batalla de Charkov, segunda gran batalla de Ucrania y primera gran ofensiva de los soviets, en el sur de la URSS. Los rusos, con el mariscal Timochenko, habían pensado, pare que los alemanes no pudieran marchar al asalto, partir al combate antes que ellos. Las tropas rojas se lanzaron, con un ímpetu enorme, en dirección a Dniepopetrovski, la gran metrópoli del Dnieper. Habían llegado a romper el frente alemán. Era justo una semana antes de que nosotros tuviésemos que partir.

Nos quedamos. No se podía hacer ya otra cosa. En 1941 las victorias de los ejércitos de Hitler habían sido inmensas, pero quedaron paradas por el frío, a cause de las cinco semanas perdidas en los Balcanes para reparar los danos de la aventura griega de Mussolini. Había que volver a emprender el ataque interrumpido en diciembre. Todo estaba a punto. Mientras hacíamos nosotros los últimos preparativos, los soviets entraron con fuerza por el centro del sector ucraniano. Alemanes fugitivos, desplazados hacia el sur, llegaban hasta nuestras posiciones. Les mirábamos con bastante estupefacción.

Sin embargo, no se vio ningún signo de impaciencia en el alto mando alemán. La maquina de guerra de Hitler era maravillosa. Todo el mundo siguió en su sitio. Todo el mundo espero a que los rusos avanzaran mas y se metieran en un acceso cada vez mas estrecho, hasta doce kilometros de Dniepopetrovski, a mas de cien kilometros de sus posiciones de partida. Fue en ese momento, estrictamente en la fecha prevista, el 17 de mayo de 1942, a las cuatro de la mañana— cuatro menos tres minutos—, cuando nos lanzamos todos, por segunda vez, en un potente asalto.

Batalla de Charkov, donde las fuerzas del Reich, unas bajando del norte y otras subiendo del sur, cerrarían una semana mas tarde sus tenazas de hierro a espaldas de los soviéticos, haciéndoles unos doscientos mil prisioneros y ascendido a teniente <<por el valor>>. Ser oficial así me interesaba. No teniente de fantasía, ascendido por complacencia, sino teniente porque me había batido bien, porque había penetrado a través del frente ruso con todos nuestros muchachos y porque habíamos ganado!

Desde entonces, entre los oficiales alemanes, con mi Cruz de Hierro de primera clase en el lado izquierdo, era, militarmente, igual a los mejores. Íbamos con la cabeza alta.

Sin retraso, continuamos nuestra penetración hasta el Dniester, lleno de cadáveres putrefactos, escoltados por miles de millones de mosquitos devastadores.

Un mes después era la gran marcha hacia el Don y hacia el Cáucaso.

**P— *¿Puede usted decirnos cual fue el papel de los valones en esa ofensiva que pretendía llegar hasta las fronteras asiáticas del sur de la URSS?***

R.— Cuando pienso en los muchachos de ahora, que están chismorreando en la incertidumbre, que no saben dónde encontrar algo grande a lo que darse, quisiera que se metan en la piel de cualquiera de nuestros jóvenes soldados de entonces. Un muchacho de dieciséis años. O de diecisiete. Acabábamos, precisamente, de recibir de Bélgica, como refuerzo, un batallón de nuevos voluntarios, la mayoría de los cuales tenían esa edad. Era la flor y nata de los <<Juramentos>>, que reunían a la juventud rexista. Tres habían trucado sus papeles, al no tener mas que quince años.

Apenas tuvieron tiempo de ver las chozas y los pozos negros de las primeras isbas, cuando llegaron las ordenes. Ya estaba, se avanzaba hacia Asia!

Cinco semanas de ofensiva. Mil cien kilómetros de marcha y de combates en cinco semanas. Y toda esa Ucrania brillante, el Don espléndido, inmenso, con sus tumbas milenarias a las orillas y los camellos que berreaban cerca de las viñas. Y luego los grandes lagos estrellados del Manitch. Y después la llegada al río Kuban, resplandeciente, todo verde, con sus rocas rojizas, los inmensos campos de tornasoles de oro de una sola linde, el espectáculo gigantesco de las cumbres de las montañas del Cáucaso, deslumbrantes por la nieve, a mas de cinco mil metros de altura. Para un joven, era una cabalgada exaltaste.

**P— *¿Y los combates?***

R.— Una vez que rebasamos la gran ciudad petrolífera de Makop surgió para nosotros la gran prueba: los combates salvajes en la cordillera del Cáucaso.

El ejército alemán había llegado al límite extremo de su esfuerzo y de sus posibilidades ofensivas, mientras que a los rusos, amparados por bosques casi impenetrables, les quedaba un máximo de medios defensivos.

Apenas empeñados en esas montañas enormes, ya solo íbamos a avanzar de trampa en trampa. Nos metíamos, subiendo, en bosques vírgenes, cortados por robles centenarios caídos unos sobre otros. Había que avanzar con hachas, trabados por ciruelos salvajes

de varios metros de altura, apretados y compactos como dardos de puerco espín. No se avanzaba sino después de haber derribado todo ante uno. Teníamos que improvisar puentes de lianas sobre los grandes arroyos que surgían de montaña en montaña. Fue entonces cuando vivimos los combates terribles de Cherjakov: siete días y siete noches de cuerpo a cuerpo. El jefe de nuestras juventudes, John Hagemans, murió en el transcurso de esta batalla. Fuimos heridos casi todos. Fue algo atroz: el cuerpo a cuerpo día y noche, con tropas salvajes, lanzándose sobre nosotros a través de los campos de maíz que sobrepasaban nuestras cabezas. Los rusos habían llevado allí todo lo que habían podido reunir de los sometidos a la justicia. Todas las prisiones del Cáucaso fueron vaciadas y lanzaron en seguida a la pelea a aquellos delincuentes.

Fue en el curso de esos espantosos combates cuando se preparó nuestro gran viraje.

P.— *¿El viraje hacia las Waffen SS?*

R.— Las tropas a las cuales íbamos a estar ligados tácticamente en ese sector sudoeste del Cáucaso ya no eran los cazadores de la división de montaña que habíamos acompañado anteriormente, sino una de las más celebres y gloriosas divisiones de las Waffen SS, la <<Wiking>>. Esa división, es un hecho histórico, era una formidable unidad de combate. Para ser de las Waffen SS había que ser casi un gigante. Un metro setenta y cinco como mínimo, un tipo físicamente perfecto, un valor a toda prueba, endurecido por una voluntad de acero y sometido con gusto a una disciplina de hierro.

Todos recibían también una formación política y social fuertemente revolucionaria, proyectados hacia la conquista de un mundo de nueva concepción. Las Waffen SS —un millón de voluntarios de toda Europa, de los que 402.000 cayeron en combate— fueron las más fantásticas tropas de choque, por su espíritu y su combatividad, que se hayan visto nunca en la Tierra. Con ellas Napoleón hubiese dado la vuelta al mundo.

El jefe de la <<Wiking>>, en 1942, el general Steiner, era un hombre sumamente distinguido. Llevaba siempre, incluso en el combate, una impecable corbata blanca, como la de Pierre Laval. Íbamos a estar junto a ellos a lo largo de todas nuestras más importantes campañas, en el Cáucaso, en el golfo de Finlandia y en el Oder.

P.— *¿Pero políticamente, tras un año de combate, ¿obtuvo usted algún resultado? ¿Ese primer contacto con una unidad de las Waffen SS iba en su caso a cambiar algo?*

R.— Es una pregunta que cualquiera tiene derecho a hacerse y a hacérsela. Condujo a algún resultado, bajo el punto de vista político, tal esfuerzo guerrero? Sirvieron nuestros muertos para realzar en algo el valor específico de nuestro pueblo? Comprendieron los alemanes nuestra lucha?

Las decepciones, lo reconozco, fueron incontables. Estábamos seguros de que nuestros combates habían causado impresión en Hitler, puesto que habíamos sido citados en el Orden del Día del Gran Cuartel General. Pero también fuimos objeto, en el mismo frente, de ciertas maniobras policiales que eran sencillamente escandalosas.

P.— *¿Eso es inédito. Explíquese?*

R.— Yo había descubierto durante la ofensiva del Cáucaso que la Gestapo de Bruselas había montado en nuestro partido un infecto servicio de chivatos. En el último convoy de voluntarios se nos habían infiltrado dos policías de Bruselas que se habían pasado al servicio de la Gestapo. Proclamándose voluntarios estaban ahí, en nuestras filas, únicamente para espionarnos, para redactar informes acusadores, con el fin de que el día de la posible victoria, cuando reclamásemos derechos adquiridos, otros pudieran arrojarnos a la cara un montón de informes de policía rastreadora: «Y usted, Degrelle?, Y usted, fulano? Y usted, mengano? Sabemos bien lo que usted hacía allí.

Absolutamente por azar, mirando en la saca del correo, por una inscripción en el reverso de un sobre tuve sospechas de un suboficial. Conseguí que el comandante abriera ese sobre. La carta procedía de un funcionario de la Gestapo de Bruselas, acusando recibo de un informe contra mí y reclamando otros con insistencia. Hice que condujeran al chivato a mi pequeño puesto de mando en una isba. Tuve un acceso de cólera. Di un punterazo, parecido a un mazazo, partiendo la mesa en dos. Espantado, el tipo confesó todo. E incluso delató a su cómplice. Ordene que se incautara su mochila, que contenía las copias de todos sus informes. Era algo abominable. Ese traidor nos difamaba de una manera metódica. Conservaba también en su mochila las cartas de los alemanes de la Gestapo de Bruselas, que le escribían cómicamente: «no tenga miedo de forzar la note! Cuanto más diga contra Degrelle mejor será.

con que furia corrí a caballo unos kilómetros, hasta el puesto de mando del general Sanne, que mandaba la 97.ª División, de la que entonces dependíamos tácticamente! Era primo carnal del ministro von Ribbentrop. Le pedí entonces, indignado, que fueran llevados a consejo de guerra los dos chivatos, por tentativa de desmoralización de una unidad militar en combate. Sanne me

respondió consternado: «Pobre Degrelle, usted no sabe lo que es la Gestapo. Yo no puedo intervenir en una historia semejante!»

P.— *¿Y usted, que le contestó?*

R.— «Yo me ocupo de eso», le dije al general, y subí de nuevo al caballo, llamado «Cáucaso»; un animal gigantesco.

Reuní inmediatamente al batallón y ordene que me trajeran, a punta de bayoneta, a los dos policías-espías. Expuse todas sus connivencias con los policías alemanes de Bruselas, y luego "grite a la tropa: juráis todos que en cuanto podáis esos dos hombres morirán!

Exclamación general: ¡Si juramos!

Seguidamente dije a la guardia al odio: ¡cuidado! Si lo intentan, dejéles escapar.

Huyeron la noche siguiente. Entonces, a toda velocidad, fui de nuevo a caballo a ver al general Sanne y le dije: Ahora son desertores, así que deténgales!» Eso era normal y totalmente realizable. Cinco días después la gendarmería les capturó pasando el Dnieper. Y nos los trajeron. Les hice condenar a cinco años de prisión. Había ganado la primera partida contra la Gestapo de Bruselas.

Pero tenía la prueba de que conservaba en el país, en los medios alemanes, adversarios venenosos.

Exigí excusas del general von Falkenhausen, comandante militar de Bélgica. Me las envió por telegrama, encantado, puesto que— lo que entonces yo ignoraba— el mismo era un enemigo y una presa de la Gestapo. Ya no había duda: conspiradores alemanes me acechaban y no me admitían, a pesar de mis combates.

Estaba decidido del todo a no dejarme avasallar. Pero se veía de que peligros estábamos amenazados: por los rusos enfrente y por la policía secreta detrás. En la incertidumbre, teníamos que afrontar la muerte cada hora por la salvación de nuestro país. Y este ni siquiera nos comprendía. No se podía traer frente a más obstáculos.

Poco después de esta larga lucha sinuosa se produjo bruscamente, por el azar del reparto de las zonas de combate, nuestro encuentro con la división <<Wiking>> de las Waffen SS.

**P.— *¿Como se establecieron sus primeras relaciones con las SS?***

R.— Esos meses de combate en el Cáucaso, bajo el mando general del jefe de la <<Wiking>>, iban a ser para nosotros políticamente decisivos. Digo políticamente, pues las Waffen SS eran ante todo un ejército político. Steiner pudo constatar que nuestra Legión era notable militarmente, pero que al mismo

tiempo estaba animada de una ideología sin fisuras. Bajo las enseñas del Rex formábamos todos un bloque político.

Para las Waffen SS, que iban a convertirse en la espina dorsal de Europa si Hitler ganaba, una Legión como la nuestra representaba, pues, una unidad excepcional. El general Steiner y sus soldados confraternizaron en seguida con nosotros. Yo iba a comer a su puesto de mando, bajo los viejos robles. Pasamos así maravillosos meses de camaradería sincera, a pesar de la espantosa dureza de los combates, en el umbral del invierno que desplumaba los bosques, arrasaba las villas de los torrentes y a menudo cortaba el contacto entre nuestras unidades.

Steiner, como viejo soldado político con instinto, envió entonces, sin saberlo yo, un informe a Himmler diciendo: <<Habrá que prestar atención a estos voluntarios valones. Son soldados notables. Acabo de pasar dos meses con Degrelle y es un hombre al que hay que tener en cuenta.

Nuestros combates fueron horribles en este Cáucaso, fenomenalmente poblado de bosques, en el que tuvimos encuentros impensables cuerpo a cuerpo, hasta en lo alto de los picos, sin estar equipados en absoluto para esas ascensiones. Perdimos tal cantidad de gente que, habiendo salido mil doscientos y estando reforzados por un batallón completo de jóvenes, en noviembre de 1942 solo quedábamos ciento cuarenta y tres supervivientes. Todos los demás estaban muertos o heridos.

Yo mismo fui gravemente alcanzado, con una herida de diecisiete centímetros en el vientre y el esófago lacerado en ocho sitios. Le ahorro más detalles. Naturalmente, me quede, frente a la ventisca del norte y los proyectiles de artillería, en lo alto de nuestro pico. No estuve en el hospital ni un solo día. Era francamente impensable. No estuve

después tampoco en ninguno, hasta mi accidentada llegada a España en mayo de 1945. Abandonar a nuestros muchachos hubiera sido correr el riesgo de la dispersión. Nunca, en mis cuatro años de lucha en el frente del Este, y a pesar de mis siete heridas, falsa a un solo combate de la Valonia. Un jefe solo se trace con la tropa si esta presente en cada instante y si esta dispuesto a sacrificarse mas que nadie.

*Léon Degrelle*

***Todos hicimos honor a Bélgica.***

## DE STALINGRADO A SAN SEBASTIÁN

¿Qué pensar de Paulus, el mariscal alemán que, al naufragar en Stalingrado a finales de enero de 1945, arrastró al fondo consigo a Hitler y al Tercer Reich?

Esta fue la desgracia, o más exactamente el error de Hitler— porque fue el que le nombró— el haber tenido como jefe del VI Ejército, en el punto más crucial del frente ruso y en un momento en que toda la guerra estaba en juego, a un hombre que no poseía ninguna de las indispensables cualidades para resistir tamaño choque o, al menos, para mitigar el desastre.

Este desastre fue total, militar y psicológicamente.

No se podía estar más vencido, en toda su integridad, de lo que lo estuvo Paulus.

Su derrota no podía tener, en la opinión mundial, una repercusión más amplia.

Y sin embargo, la pérdida de 30.000 hombres no representaba el fin del mundo: Los rusos habían perdido veinte veces más en año y media. Inmensos espacios le quedaban aún a Hitler en la URSS y en la Alemania del Este, en donde llegó a maniobrar hasta finales de abril de 1945.

Alemania disponía aún, en 1943, de importantes recursos materiales y de extraordinarias posibilidades industriales sobre toda la superficie de la Europa ocupada. En estas fechas, Dniepropetrovsk, a miles de kilómetros del Ruhr, relucía en la noche con los fuegos brillantes de las fábricas de municiones de la Wehrmacht. Y protegidos por sus redes aéreas de globos, las fábricas de Hitler en Estonia seguían extrayendo de la pizarra bituminosa la más apreciada gasolina de la Luftwaffe.

Ello no obstante, Stalingrado fue el principio del fin. Allí se rompió la cuerda. Podría pensarse que se trataba de una cuerda rota que podía repararse. Pero la ruptura fue irremediable y todo se precipitó, aceleradamente, hacia el abismo.

Hitler, poniendo al general Von Paulus a la cabeza del VI Ejército en enero de 1942, no imaginó que el militar funcionario, quisquilloso, indeciso, iba a ser, precisamente, el que más grandes responsabilidades habría de asumir de entre todos sus jefes de Ejércitos.

El de Paulus había recibido, durante la ofensiva del verano de 1942, una zona de progresión sin especiales peligros.

Avanzar hacia el Cáucaso, enfrentarse, a más de mil kilómetros del punto de partida, con montes y desfiladeros, con aguas rugientes que impedían el acceso al petróleo, era mucho más arriesgado que hacer avanzar a unas tropas, perfectamente aguerridas, algunos centenares de kilómetros, entre el Dniéper y el Don, a través de llanuras sin

apenas ondulaciones, hasta llegar a un río muy ancho, el Volga, que podría constituir la más formidable línea de defensa natural de todo el frente de Rusia.

Sin embargo, allí acabó todo; allí vino el derrumbamiento.

Cualquier otro jefe militar alemán, de la Wehrmacht o de las Waffen S. S.— un Guderian, un Rommel, un Manstein, un Von Kleist, un Sepp Dietrich, un Steiner o un Gille hubiese llegado a Stalingrado en algunas semanas y allí se hubiese hecho fuerte.

Paulus era un alto funcionario de Estado Mayor, competente cuando se encontraba en su despacho ante sus mapas, buen confeccionador de planos y un minucioso ordenador de estadísticas.

Este tipo de militar es necesario, pero en su especialidad.

Por el contrario, no tenía mucha idea de lo que representaba manejar una gran unidad. El más elevado mando directo que había ostentado era el de un batallón, es decir, ¡un millar de hombres! ¡Y de esto hacia ya diez años!

Este tan limitado mando le había valido de su jefe, el general Heim, el siguiente juicio: «Falta de dotes de decisión ».

¡A pesar de ello Hitler iba a confiarle, de una vez, trescientos mil hombres!

Casi toda su vida la pasó Paulus en la burocracia de los Estados Mayores. Pero era ambicioso. Y su mujer, una rumana, cómicamente apodada Coca, burbujeante como el brebaje del mismo nombre, era aún más ambiciosa que él. Esta era de una suficiencia y de una vanidad crispantes. Escuchándola, daba la sensación de que procedía de la más alta nobleza balcánica, incluso de sangre real, como llegó a proclamar de hecho, portaba un nombre tan plebeyo y poco poético como el de Solescu. Su esposa le había abandonado hacia ya tiempo. Se dedicada a pavonearse por los salones. Cargaba sin cesar con sus peticiones indiscretas a todo el que representaba algo en el Estado Mayor General, empeñada en ver a su marido sucediendo, ni más ni menos, ¡que al mariscal Keitel!

Hitler se fiaba sobre todo de las caras que conocía. Y veía a cada momento el rostro severo de Paulus, siempre atareado con sus dossiers de jefe de operaciones.

El Fuhrer acababa de realizar numerosos y bruscos cambios en el frente ruso, poniendo en escena, para relevar a generales demasiado viejos o poco brillantes, a los más destacados jefes cuyas victorias había seguido de cerca durante el verano. Le hizo falta remplazar, además, al Jefe del VI Ejército, el mariscal Von Reichenau, afectado de apoplejía en los parajes nevados del Donetz, con 40° bajo cero.

Obligado a tomar una rápida decisión, Hitler designó al general Paulus, que tenía a mano en sus mismas oficinas.

El hombre resultó ser una pena.

Cuando, en julio de 1943, debía llevar a cabo la ofensiva hacia el Volga tenía que haberse lanzado en tromba, correr, como corríamos todos. Sin embargo se eternizó, ahogándose con pequeñas dificultades, con insignificantes detalles, anotando, decisiones recién adoptadas, obsesionado, por otra parte, por sus problemas particulares, verdaderamente irrisorios, de los que los más marcados fueron, a lo largo de toda la campaña, los derivados del estado de sus intestinos.

¡Resulta penoso el constatar que el jefe de una gran unidad en combate podía quedar absorbido, en plena acción, por historias tan miserables! ¡Todos padecíamos de colitis sin armar tanto ruido! Nos limitábamos a correr, en cada caso, hacia cualquier arbusto de las estepas. Y tres minutos más tarde volvíamos a partir cantando, sin el lastre, colocándonos los pantalones sobre la marcha. Pero Paulus inundaba su correo con la descripción de sus incontinencias. Cientos de miles de soldados, que habían bebido un caldo de gallina demasiado graso o un jarro de agua corrompida, sufrían las consecuencias sin tener que apelar al cielo ni a los dioses.

El correo despachado por Paulus existe aún. Desborda de desoladoras descripciones sobre sus diarreas, de viejas historias de sinusitis y de pesadas lamentaciones sobre las dificultades material es que encontraba a cada paso, como cualquier otro jefe de unidad importante.

Sin embargo a él le había tocado la tarea más fácil. Su marcha era la menos larga, la que tenía menos obstáculos o, al menos, los más simples a afrontar. Una vez alcanzado el objetivo, el Volga le hubiese deparado su enorme barrera de agua, de diez kilómetros de anchura y de una decena de metros de profundidad.

En lugar de llevar a cabo lo proyectado, Paulus, perdido entre miles de detalles, carcomido por las aprensiones y por sus molestias intestinales, se eternizó en su labor, dando tiempo al enemigo para reagruparse, antes de franquear el último gran anillo del Don.

Atravesó el río, pero con quince días de retraso.

Nada impedía ya seriamente el dar el último golpe de machete. Las avanzadillas llegaron incluso a la orilla del Volga. Dos o tres días explotando vigorosamente este avance y Paulus, desde los acantilados de la orilla derecha, no hubiese tenido ante él más que un río vacío, y, a su espalda, la horda constituida por las últimas tropas soviéticas cercadas. El mariscal soviético Eremenko ya no vivía, aculado, asfixiado en su último reducto de ochocientos metros, con el trasero en el Volga.

En estos momentos le faltó por completo agudeza a Paulus, dejándose bloquear a algunos centenares de metros de la victoria final, perdiendo el tiempo en operaciones reducidas, decepcionantes, diezmadoras, como si sólo se acordara de los eternos combates por metros cuadrados ante el Verdun de 1917.

Todo iba a perjudicar a este funcionario rebasado por su papel.

El sector que cubría, en el norte, el frente de Stalingrado había sido imprudentemente confiado, en su totalidad, a contingentes rumanos e italianos que se dejaron cercar desde

el primer día de la ofensiva de noviembre de 1942, ofensiva que los rusos habían preparado en gran secreto en su cabeza de puente de Kresmenskala.

El servicio de observación alemán había, no obstante, descubierto sus preparativos y se habían adoptado inmediatamente las disposiciones necesarias para reforzar el sector amenazado.

Pero estaba vista que ni una desgracia le faltaría a este desgraciado Paulus.

Los carros de combate de la XXII División Blindada, que estaba en la reserva, habían recibido de Hitler, el 10 de noviembre de 1942, es decir, nueve días antes del asalto de los soviets, la orden de marchar hacia el sector, considerado en peligro, del tercer Ejército rumano.

Estos tanques en reposo habían sido camuflados desde hacia un mes bajo balas de heno.

Bajo estas cubiertas, las ratas— ¡sí, las ratas!— habían roído centenares de metros de hilos y cables del equipo eléctrico.

Al quitarles el camuflaje y poner los motores en marcha, treinta y nueve de los ciento cuatro tanques ni siquiera pudieron arrancar; otros treinta y siete tuvieron que ser abandonados en el camino; por fin, sólo veinte pudieron, después de nueve días de complicaciones técnicas, hacer frente a la ofensiva rusa que, entre tanto, había roto ya el frente de los rumanos y avanzaba como un huracán.

Así son las guerras. Se pierden por un incidente irrisorio y cómico. ¡Unas ratas bulimicas fueron la base de la gran derrota del frente del Este!

Si no hubiera sido por ellas, los ciento cuatro tanques de la XXII División Blindada hubieran podido formar su barrera antes de que se hubiera llevado a cabo el asalto soviético. Los sucios dientes de aquellos roedores habían paralizado los nervios de los carros de combate. La avalancha soviética sólo encontró una barrera ridícula frente a ella, treinta horas después de su ruptura. En total, ¡veinte tanques! Lo poco que había escapado al apetito voraz de aquellos hocicos.

Entre tanto, ¡más de setenta y cinco mil soldados rumanos habían sido aniquilados!

El Don formaba, al oeste del sector de Paulus, una segunda barrera. Otra mala suerte increíble: cuando algunos tanques soviéticos, avalanzándose hacia este río, aparecieron cerca del puente principal, en Kalatch, los defensores alemanes creyeron que se trataba de tanques amigos. El puente no saltó. En cinco minutos fue superado el Don.

A partir de entonces perdió Paulus la cabeza. Se precipitó a un avión, intentando refugiarse en un puesto de socorro situado en Nijni-Tchirskala, al oeste del Don, es decir, fuera del sector, y, tras perder horas decisivas, aislado de su Estado Mayor, se vio obligado por la orden telefónica de un Hitler furioso, a regresar vacilante, más nervioso que nunca, sin saber qué decisión adoptar. Dejó así que se agolparan a sus espaldas las columnas de tanques soviéticos que descendían del norte y subían del sur, sin poder siquiera imaginar cómo detenerlos de forma inteligente.

No obstante, no se había perdido todo aún.

Inmediatamente, Hitler habla puesto en camino hacia Stalingrado una columna blindada de socorro, bajo el mando del general Hoth, que dependía del mariscal Manstein.

Cien veces se ha escrito que el Führer había abandonado a Paulus. Nada más falso. Aquellas fuerzas blindadas llegaron hasta el río Mischkova, a cuarenta y ocho kilómetros al sudoeste de Stalingrado, tan cerca de Paulus que las radios de los rodeados y de sus liberadores ya habían podido establecer contacto.

Se ha conservado el montón de mensajes intercambiados entre Paulus y el mariscal Manstein. Su lectura entristece. En cuarenta y ocho horas, Paulus hubiera podido liberarse. Tenía que haberse lanzado, como hubiera podido, hacia sus salvadores, con los hombres que tenía en sus manos y con el centenar de tanques que le quedaban. Un año más tarde, cercadas exactamente igual once divisiones en Tcherkassy, empezamos por librar veintitrés días de encarnizados combates y, cuando fueron divisados, a unos veinte kilómetros, los blindados del general Hube, que llegaban para, ayudarnos, nos lanzamos sobre el enemigo, forzando la ruptura. Perdimos ocho mil hombres durante una terrible lucha cuerpo a cuerpo, pero cincuenta y cuatro mil pasaron por la brecha y se salvaron.

Aunque Paulus hubiera perdido el doble o el quintuple, todo era mejor que entregar a sus tropas, como hizo, a la muerte, en el horror del cerco final o a la capitulación, lo que aún fue peor, ya que de los doscientos mil prisioneros del VI Ejército, los soviets dejaron morir después, de miseria y de hambre, a más de ciento noventa mil, en sus cárceles y en sus campos de concentración. De todos los prisioneros de Stalingrado, solamente nueve mil volvieron a su patria, muchos años después de la guerra.

Cualquier cosa era, pues, preferible a quedar atrapados en la ratonera. Había que romper.

Paulus no conseguía adoptar ninguna decisión. Manstein le animaba por radio, enviándole en avión oficiales de su Estado Mayor, en la balsa misma de Stalingrado, con el fin de ayudarle a arrancar. Sus propias columnas de tanques, bajo el mando de Hoth, avanzaban en punta de lanza y corrían cada vez más el riesgo de verse rodeadas también, si las vacilaciones de Paulus continuaban prolongándose más tiempo.

Entonces fue cuando, enloquecido por su manía respecto a los reagrupamientos meticulosos a base de papeleo y, de hecho, prefiriendo ya no moverse, envió un cable a sus salvadores diciendo que necesitaba seis días más para tener a punto sus preparativos de liberación. ¡Seis días! ¡En seis días, en 1940, Guderian y Rommel, hablan corrido del Mosa al Mar del Norte!

Paulus y su VI Ejército no escaparon al desastre de Stalingrado porque al jefe le faltó fuerza de voluntad y espíritu de decisión. La salvación estaba delante de sus narices, a 48 kilómetros. No sirvió para nada el increíble esfuerzo de los tanques enviados para liberarle, que habían llegado muy cerca de él y que él hubiera podido alcanzar en dos días. Paulus, teórico incapaz sobre el terreno, cerebro mediocre, derrumbado moralmente antes incluso de tomar una decisión, dejó que la columna de socorro se agotara esperándolo. El no apareció. Ni siquiera intentó aparecer. Después de una

interminable y peligrosa espera, los tanques de Manstein tuvieron que romper y volver hacia su base de partida.

Un mes más tarde, Paulus terminaba de forma más miserable aún.

Lo menos que podía hacer ya era dejarse matar a la cabeza de sus tropas.

Sin embargo, se limitó a echarse en su cama, en su puesto subterráneo de mando y esperó que unos negociadores de su Estado Mayor terminaran las conversaciones con los emisarios soviéticos. Pidió que, una vez rendido, se le pusiera un coche a su disposición para llevarle al gran cuartel general de sus enemigos. Sus soldados agonizaban, mientras él pensaba solamente en el coche que le transportara. En esto se ve cómo era el hombre.

Horas más tarde, invitado a comer a la misma mesa del mando ruso, pidió vodka y, ante los atónitos generales soviéticos, levantó su copa, brindando por el Ejército rojo que acababa de derrotarle. Todavía existe el texto que pronunció en aquella ocasión y que, como puede fácilmente imaginarse, grabaron en seguida los servicios de información de los soviets. Es un texto que da repugnancia. Doscientos mil soldados de Paulus habían muerto o iban ya hacia los campos de concentración en donde les esperaba una muerte atroz. El, vodka en mano, ¡saludaba a los comunistas vencedores!

En un tren especial le llevaron a Moscú, en coche cama. Este militar, eternamente indeciso, ya no era más que una piltrafa, político y moralmente. Ya estaba, desde ese momento, maduro para perpetrar la traición. Gracias a esto, escaparía a las horcas de Nuremberg y regresaría a instalarse en Alemania del Este. Allí vegetaría aún algunos años. Murió hace tiempo.

Pero este militar mediocre, pusilánime y sin voluntad, destrozó el poderío del Ejército de su país, igual que un gato con la espalda rota, la Wehrmacht se estiraría aún, tenaz y heroicamente, durante dos años, sobre aquellos caminos de la derrota. Pero ya estaba perdida desde el día en que Paulus, rehuyendo el riesgo, rompió, ante el mundo entero, el mite de la invencibilidad del Tercer Reich.

La prueba de que Paulus hubiera podido resistir, librarse e incluso ganar la batalla, se día, el mismo invierno, a cargo del mariscal Manstein, con el que Paulus no se atrevió a reunirse cuando pudo hacerlo— ¡y debió hacerlo!— lanzando con energía a todas sus tropas cercadas hacia sus libertadores.

Estos atacaron sin cesar, durante tres meses, a los rusos, quienes, sin el ejército de Paulus a sus espaldas, pudieron avanzar tranquilamente centenares de kilómetros, rebasando el Don e incluso el Donetz, ocupando una parte de Ucrania.

Cuando hubieron profundizado hacia el oeste, el Mariscal van Manstein pudo alcanzarlo una vez más. Los hostigó, los venció, reconquistó Charkov en un audaz golpe de mano y consiguió así neutralizar, al menos parcialmente y de momento el desastre del Volga.

Si Paulus se hubiera lanzado hacia Manstein, combatiendo después a su lado, o si se hubiera hecho fuerte en Stalingrado hasta la primavera— lo que no resultaba irrealizable

— todavía se hubiera podido ganar la guerra o, al menos, los rusos hubieran sido contenidos durante más tiempo.

A pesar de lo atroz que resultaba el combate de Stalingrado, subsistían posibilidades de resistencia.

Los rusos se apoderaron, en el Stalingrado conquistado, de importantes depósitos de municiones y avituallamiento.

El puente aéreo había representado un apoyo, si no suficiente, al menos considerable.

Solamente los veintitrés mil caballos y animales de carga, rodeados al mismo tiempo que las tropas, representaban millones de kilos de carne utilizables..

Las estadísticas acerca de las reservas de que disponía, facilitadas por Paulus, eran falsas, como son falsas las estadísticas suministradas por las unidades combatientes, señalando la mitad de lo que disponen y pidiendo el doble de lo que pueden esperar. En Leningrado, con treinta veces menos disponibilidades, resistieron los rusos durante dos años y consiguieron el éxito finalmente.

En cualquier caso, siempre era preferible prolongar la resistencia en Stalingrado, incluso en media de terribles sufrimientos, que enviar a doscientos mil supervivientes a morir martirizados en los campos de hambre de los soviets.

Se estaban trayendo a toda prisa divisiones blindadas de Francia para rescatar a los sitiados. Todo tiempo ganado hubiera sido fundamental.

Entre tanto se hubieran podido utilizar armas nuevas, susceptibles de cambiarlo todo. Se habían inventado ya, en el Reich, los cazas a reacción y los aviones de geometría variable, cuando los aliados aún no tenían ni la más ligera idea sobre los mismos. Los cohetes alemanes estaban a punto de ser utilizables.

Si la suerte no hubiera vuelto la espalda a Hitler, sobre todo cuando su fábrica de agua pesada de Noruega fue dinamitada, una bomba atómica como la de Hiroshima hubiese podido ser lanzada, en 1944, bien sobre Moscú, bien sobre Londres o Washington.

Tampoco resultaba imaginable que Churchill y Roosevelt se dieran cuenta, antes de que fuera demasiado tarde, de que estaban entregando la mitad del orbe a los soviets.

Hubieran podido renunciar a tiempo a poner al servicio de Stalin los cuatrocientos cincuenta mil camiones, los millares de aviones y el fabuloso material de guerra que asegurarían a los soviets el dominio de inmensos territorios, desde las islas Kuriles al río Elba.

Por tanto, lo mejor era resistir, resistir en la orilla del Volga, en el Dniéper, en el Vistula, en el Oder. Cada campaña empleada para cortar el paso al Ejército rojo salvaba, quizá, a millones de seres libres de la Europa amenazada de muerte.

Después de Stalingrado, una vez afirmadas las posibilidades de resistir militarmente y una vez reconquistado Charkov, la esperanza de poder volver a tomar, por tercera vez, la Iniciativa, subsistió durante algunos meses más.

Tras el primer invierno, la puesta en marcha de los ejércitos europeos en 1942 había supuesto un enorme esfuerzo, porque Stalin había tenido tiempo de adaptarse a las guerras relámpago y, sobre todo, de descubrir sus secretos. Se había llevado a cabo la carrera sobre el Cáucaso pero, a decir verdad, había fracasado, ya que la mayoría del enemigo se nos había escapado de entre las manos.

Después de un segundo invierno, después del desastre de Stalingrado, mucho más importante desde el punto de vista moral que militar, una tercera ofensiva, en 1943, sería mucho más difícil, sobre todo si se tiene en cuenta que, entretanto, todo había cambiado en Occidente.

Los aliados habían desembarcado en el Norte de África, se habían extendido a lo largo de todo el Sur del Mediterráneo, de Oran al canal de Suez. Rommel había perdido la partida y ya el anciano procónsul no era más que un subordinado amargado, rencoroso, próxima víctima de intrigantes.

El continente europeo podía ser invadido en cualquier momento. Y lo sería el mismo año, en que se vería a los yanquis mascar su chicle bajo los naranjos de Palermo y correr tras las jóvenes por las tenebrosas callejuelas de Nápoles, perfumadas de jazmín y de orina.

A pesar de todo, se llevó a cabo la última tentativa.

La potente masa de todas las Panzer Divisionen aún disponibles fue lanzada, una vez más, hacia Kursk, cerca de Orel, en Julio de 1943, iniciando una gran batalla de aniquilamiento del material soviético, que, después de tantos asaltos, quizá nos entregaría finalmente los grandes ríos y las grandes llanuras, hasta Asia.

La prueba fue decisiva.

Los soviets habían ido a una buena escuela. Sus profesores alemanes de 1941 y 1942 les habían enseñado ya todo. Sus fábricas, instaladas de nuevo a la sombra de los montes Urales, les habían fabricado miles y miles de tanques. Los americanos habían hecho estúpidamente lo demás, colmándoles de gigantescas cantidades de materias primas y de los más modernos armamentos.

A nuestras espaldas, la aviación anglo-americana lo destruía todo, facilitando así a los soviets la carrera hacia su presa europea.

El duelo de Kursk-Orel fue alucinante. Hitler había comprometido en el terreno tantos tanques y aviones como en todo el frente ruso cuando el asalto general de Junio de 1941, Durante varios días, miles de blindados alemanes y soviéticos lucharon encarnizadamente. Pero la doble abertura original de los ejércitos del Reich se estrechó cada día más, hasta paralizarse y ser neutralizada.

Esta vez el ejército alemán no había podido pasar.

Se acababa de dar la prueba de que el material ruso era ya el más fuerte.

Allí fue donde se perdió la segunda guerra mundial, en Kursk, cerca de Orel, y no en Stalingrado.

Porque trescientos mil hombres perdidos, de siete millones de combatientes, no significaba un desastre irremediable. Pero si lo fue aquel duelo decisivo de los ejércitos blindados de Hitler y de Stalin, en el campo de batalla de Kursk-Orel, en el mismo centro de Rusia, en julio de 1943.

A partir de este momento, la inmensa apisonadora rusa sólo tenía que descender hacia los países civilizados del oeste. Lo único que aún se podía hacer era impedirle bajar demasiado deprisa, con la esperanza de poder pararla antes de llegar al corazón de Europa. Para salvar todo lo que aún podía salvarse, luchamos todavía a lo largo de dos interminables años, dos años terribles porque en una semana perdíamos más hombres que antes en tres meses.

Nos aferrábamos al terreno, nos dejábamos rodear para retener al enemigo diez días más, veinte días más. Sólo nos escabullíamos mediante rápidas salidas y rupturas apocalípticas, dejando detrás de nosotros, en las nieves nocturnas, prolongándose a lo lejos, los gritos desesperados de los moribundos:

—¡Camaradas! ¡Camaradas!....

Pobres camaradas que las nieves tapaban lentamente, las mismas nieves que más de una vez habían sido nuestro único alimento...

Había que cruzar corriendo los pueblos rusos en llamas, entre los heridos que se retorcían de dolor sobre la enrojecida escarcha, con los intestinos desparramados como si fueran horribles serpientes marrones y verdes.

Los últimos tanques se lanzaban hacia el sacrificio o, más exactamente, hacia el exterminio. Unidades enteras se hacían aniquilar allí mismo.

Pero, por todas partes, los frentes reventaban y se abrían.

Decenas de millares de carros de combate soviéticos, millones de mongoles y de kirguises se esparcieron por Polonia, por Rumania, por Hungría, por Austria, y después por Silesia y Prusia Oriental.

Sin cesar volvíamos a la carga, reconquistando pueblos alemanes ocupados por los soviets unas horas antes: los ancianos, castrados, agonizaban en el suelo entre charcos de sangre; las mujeres, viejas y niñas, violadas cincuenta veces, ochenta veces, yacían viscosas, con los pies y las manos aún atados a unas estacas.

Ese martirio de Europa era el que queríamos retrasar y limitar en la medida de lo posible. Nuestros Jóvenes morían por millares para intentar contener aquellos horrores, para permitir a los que huían correr a nuestras espaldas, hacia un oeste cada vez más estrecho.

Cuando se reprocha a Hitler el haber mantenido el combate durante tanto tiempo, nadie se da cuenta de que, sin su férrea voluntad, sin sus órdenes draconianas de resistencia, sin las ejecuciones de los generales que se echaban atrás y de los soldados que huían, decenas de millones de europeos iban también a caer y hoy conocerían la asfixiante servidumbre de los bálticos, de los polacos, de los húngaros, de los checos.

Al inmolar los restos de su Ejército, en un cuerpo a cuerpo desesperado, un soldado contra cien, un cañón contra cien cañones, un blindado contra cien blindados, cualquiera que hubiera sido su responsabilidad sobre el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Hitler salvaba, salvó, a millones de europeos, quienes, sin él, sin su energía y sin todos nuestros pobres muertos, sólo hubieran sido —y para mucho tiempo— unos esclavos.

Cuando Adolfo Hitler se saltó la tapa de los sesos, lo que podía ser salvado ya estaba salvado. Las desgraciadas columnas de los últimos refugiados habían alcanzado Baviera, el Elba, el Sleswick-Holstein. Solo entonces, por entre los árboles del parque de la Cancillería de Berlín, se vio elevarse el humo que salía del cadáver carbonizado del Führer. Las armas enmudecieron. La tragedia había terminado.

En el momento en que se hizo pública la capitulación, los últimos combatientes no eran más que grupos aislados, a menudo alejados de cualquier contacto con el mando.

Igual que yo, los pocos compañeros que me rodeaban no querían ceder, entregarse. Un avión estaba abandonado en nuestro sector, el sector noruego que habíamos alcanzado después de un interminable combate de un año, a lo largo del Báltico, de Estonia a Dinamarca. Cogimos gasolina donde pudimos. Tendríamos que hacer dos mil trescientos kilómetros si queríamos alcanzar un país como España, que se había mantenido fuera del conflicto.

¿Que nos quedaba una posibilidad sobre mil de seguir con vida? ¡Sin duda alguna! Nos dispararían cientos de veces durante nuestro vuelo de más de dos mil kilómetros por encima del enemigo, de su artillería antiaérea, de las bases de sus escuadrillas de cazas. Pero preferíamos cualquier cosa antes que la capitulación.

Así fue cómo, en plena noche del 7 al 8 de mayo de 1945, nos lanzamos a atravesar Europa entera en medio del deslumbramiento de los disparos aliados. Al alba alcanzamos el golfo de Gascuña. Nuestros motores renegaban, sofocados, con las reservas de gasolina agotadas. ¿Íbamos a perecer a algunos minutos de España?

Estábamos decididos a aterrizar de cualquier forma, si ello hubiera hecho falta. Si no nos matábamos en el suelo, hubiéramos cogido cualquier coche y, en el fragor del tiroteo de nuestras seis metralletas, que llevábamos al cuello, hubiéramos probablemente llegado a la misma frontera.

¡Pero no! El avión resistía todavía. Pudimos enderezarlo una última vez, soltar sobre los dos motores los últimos decilitros de combustible que quedaban en los depósitos. Nos volvimos a lanzar al vacío. No tuvimos tiempo de ver nada, sino una ribera escarpada y negra. Pasábamos rasos sobre tejados rosas y picamos hacia una rada clara. Y, de repente, ¡una enorme roca se alzó ante nuestros ojos! ¡Demasiado tarde! Frenamos, a trescientos kilómetros por hora, con el mismo casco del aparato. Uno de los motores

saltó como una rana. Enloquecido, el avión ya había bifurcado, corría hacia las olas y se hundía en ellas.

Enfrente de nosotros, al final de las brillantes aguas, San Sebastián empezaba a despertar.

Desde el malecón del puerto, dos guardia civiles agitaban el negro abanico de hule de sus tricornos.

El agua había penetrado dentro del avión, cortado hasta veinte centímetros del techo, lo suficiente para dejarnos respirar. Estábamos todos destrozados, con los huesos rotos, la carne ensangrentada; pero ninguno había muerto y ni siquiera estaba moribundo. Unas barcasas se acercaron, nos recogieron y nos trasladaron a la playa.

Yo pasaría quince meses, herido por los cuatro costados, en el Hospital Militar Mola. Mi vida política había terminado. Mi vida de guerrero, había acabado. La de exilado, acosado, odiado, ingrato entre todas, comenzaba.

*León degrelle.*

## LEÓN DEGRELLE ATERRIZA EN SAN SEBASTIÁN

*"Antes morir que capitular"*  
*León Degrelle.*

León Degrelle ha visto desintegrarse los restos de su heroica y amada 28ª SS Freiwilligen Grenadier división en los combates de Pomerania, de Prusia, del Oder... Una pequeña parte de la unidad valona ha logrado llegar a Lübeck, pero ha de abandonarla el 2 de mayo, a la entrada de las fuerzas del 2º, Frente Bielorruso del mariscal Konstantin Rokossovski. El resto de la unidad, entre la que se encuentran combatientes españoles, es hecha prisionera por norteamericanos, que interceptan su retirada hacia Copenhague para luego seguir viaje a Oslo.

Un pequeño volkswagen negro se acerca, semivelado por la penumbra del anochecer, por la carretera general, y se desvía hacia una granja enclavada a unos centenares de metros. Halt! Una veintena de soldados al mando de un comandante SS, aparece junto a la puerta de una valla por la que se accede a la granja. El jefe de la guardia hojea el documento que le muestra León Degrelle y saluda con un taconazo mientras abre la portezuela del vehículo. A la orden, Mein Standartenführer! Este desciende del Volkswagen y, precedido del Obersturmannführer, se encamina hacia el edificio por un terreno embarrado y entre un abigarramiento de tropas, camiones, automóviles y motocicletas. Hombres y vehículos están dispuestos para partir en cualquier instante del improvisado y último Cuartel general del Reichführer Heinrich Himmler.

Este le aguarda en la puerta del pequeño y rústico edificio.

—Mein liebe Degrelle! exclama y, tomando le por un brazo, penetran en una habitación.

Se sientan junto a la chimenea.

Himmler empieza por ordenar a uno de sus ayudantes de campo la redacción de un documento por el que asciende al grado de general de la Waffen SS al jefe de los voluntarios valones. Luego inician una charla, que durará largo tiempo. Himmler firma el nombramiento, Degrelle le agradece la atención y, doblando el documento cuidadosamente, lo guarda en un bolsillo de la guerrera, que luce la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

La campiña se pierde en la lejanía, fundiéndose en las sombras del horizonte. Chapotean las botas de ambos militares en su breve caminar mientras conversan sobre la grave situación que se ha creado en los últimos días.

—Yo soy ministro del Interior y no me moveré de mi país—dice Himmler, mostrándole significativamente una cápsula de cianuro al jefe de los valones—. La conserve para el caso de ser hecho prisionero de los soviéticos.

Se muestra sereno, tranquilo:

—Debemos resistir seis meses más, mein liebe Degrelle. Para entonces, soviéticos y anglosajones estarán en guerra.

Degrelle hace un gesto dubitativo.

—Herr Reichsführer, me permito opinar que esa guerra, si se produjese, tardaría en estallar bastante más tiempo.....

Himmler guarda silencio por toda respuesta. Se ajusta las gafas y le tiende la mano.

—Yo marchó hacia Dinamarca y, de allí, a Noruega para proseguir la lucha hasta el final—, añade León Degrelle.

Y sube a su vehículo, hundiéndose en la oscuridad. Atraviesa Malente, pequeña población situada a cincuenta kilómetros al Norte de Lübeck y cuarenta al sureste de Kiel. Alcanzan la frontera, que rebasa sin dificultad alguna. En Copenhague embarca en un dragaminas y llega a Oslo navegando a través de las aguas minadas de Skagerrak.

El día 7 de mayo capitulará Alemania. A medianoche, León Degrelle despegó del aeropuerto de Oslo a bordo del avión privado de Albert Speer. La distancia hasta los Pirineos es de dos mil ciento cincuenta kilómetros, y el depósito de combustible solo tiene capacidad para dos mil cien..

***Despegamos desde una pista de aviación improvisada, sin iluminación, sin balizaje, éramos cinco, fuimos localizados en seguida por los radares, y por las baterías artilleras que nos disparaban, incesantemente, para evitar que nos derribaran, nos acercamos a las grandes ciudades, nos zambullíamos hasta algunas decenas de metros del suelo, aquello ya no era aviación sino acrobacia.***

Que Dios nos ayude, piensa el jefe rexista mientras el Heinkel, sobrevuela a las tierras de Holanda, Bélgica y Francia. dejan atrás burdeos e, inmediatamente, el aparato empieza a perder altura ¡Alarma! Frente a la carlinga se alzan las cumbres de la cordillera pirenaica. El piloto acciona los mandos con celeridad, el avión rebasa las montañas y desciende suavemente. clarea el nuevo día, San Sebastián aparece con sus rojos tejados.

El depósito se halla absolutamente vacío, la marea estaba baja. El piloto ensaya un aterrizaje de emergencia en las arenas doradas de la playa. ¡Lo consigue! Pero estalla un motor y el Heinkel se precipita en el oleaje. Penetra en las aguas un centenar de metros, pero no se hunde. Flota, y continuara flotando hasta que se aproxima una barca y saltan a ella los que ya temían morir ahogados.

—¡Gracias a Dios!—exclama León Degrelle.

Una ambulancia los conduce al hospital militar General Mola, donde León Degrelle, víctima de importantes lesiones, permanecerá por espacio de un año. Posteriormente, la Falange le ayudaría a esconderse, porque el Gobierno belga que ha subido al poder le busca para juzgarle y condenarle. adquirirá la nacionalidad española, y Francisco Franco rechazará repetidas veces las peticiones de extradición de las autoridades belgas.

El Caudillo conoce la historia de León Degrelle, admira como militar su valentía en el curso de la segunda gran contienda, y no quiere entregar a las garras de sus enemigos políticos al hombre a quien Hitler confesara en una de sus entrevistas:

***Si yo tuviese un hijo, me gustaría que fuera como usted.***

# DOS DÍAS CON HIMMLER

P.— ¿Cómo le recibió Himmler?

R.— Himmler me esperaba al pie del vagón. Me abrazó. Resultaba sorprendente después de la larga pelea que había tenido con el general Berger, su colaborador más importante.

«Main lieber Degrelle, querido Degrelle— me dice, sonriendo—, todo está olvidado.»

Yo sonrío, claramente menos que él: «Qué es lo que está olvidado, Reichsführer?

Más bien desconcertado, se explica: «¡Ah!, que usted estaba contra nosotros durante la neutralidad belga. »

Me corresponde explicarme: «Yo no estaba ni contra ustedes ni a favor de ustedes. Yo era neutral. El interés de mi pueblo era quedar fuera de la guerra. Yo no tenía deberes más que para él. Por tanto, no hay nada que olvidar.»

«Bien, bien— asiente—. Está bien; ustedes se incorporan a las Waffen SS. »

Siento que voy a explotar: «En absoluto, Reichsführer. No nos incorporamos a las Waffen SS. ¿De dónde ha salido esa historia? Con el general Berger he tenido diez días de conversación tensa. Mire, ahí está, pregúnteselo. La conversación fracasó completamente e incluso nos hemos enfadado. No podemos entrar así a ciegas en las Waffen SS. Hay que sopesar y equilibrar semejante decisión. »

Luego, bruscamente, tuve una idea feliz. Miro a Himmler directamente a sus ojos: «Reichsführer, usted no conoce a mis soldados. ¿Por qué no viene a verles? Son unos tipos formidables.»

Himmler quedó sorprendido. «Pues sí; en el fondo es una buena idea. Berger, ¿tengo esta semana tiempo libre? ¿Mañana? ¿Dice que sí? Entendido. Partiremos esta noche. »

Las posiciones ya habían cambiado completamente. Era yo quien llevaba a Himmler a la grupa.

Tras esos cambios de impresiones pasamos a almorzar. Habían sido invitados una veintena de generales, evidentemente para impresionar al pobre visitante belga. Himmler incluso había invitado a Bormann. Así es cómo le conocí. No era en absoluta el hombre super importante que se ha descrito a las masas después de la guerra. Más bien era el adjunto discreto, con aspecto de cantinero. En absoluto fue el árbitro que disponía del porvenir del mundo.

¿Cómo colocarse en la mesa? Inmediatamente me arrellané a la derecha de Himmler, para dar a entender bien a todos aquellos generales que yo era un caudillo político, y

que era más importante ser el portavoz de un país que llevar entorchados. Los militares deben servir a la política de un pueblo y no mandarla.

A las seis o siete de la tarde subíamos al tren.

P.— ¿Cómo transcurrió ese viaje?

R. —El tren especial de Himmler, como el de Hitler, en el que iba a pasearme después alguna vez a través de Europa, era todo un mundo: amplio salón de conferencias, comedor, dormitorios, sala de secretarías, sala de radio, sala de estenografía, sala de teléfonos, cocinas, dormitorios del personal. Se podía telefonar a cualquier sitio de Europa.

En esta atmósfera me encontré inopinadamente cara a cara con Himmler, el número dos del III Reich. Estaría con él un buen número de horas, puesto que teníamos que recorrer la Prusia oriental y toda Polonia antes de llegar a nuestro campamento.

Pasamos a la gran mesa de reuniones. El combate iba a comenzar. El hombre que tenía frente a mí apenas le conocía, pues era la primera vez en mi vida que me veía con él. Conocía personalmente a Hitler desde 1936, pero Himmler, de quien verdaderamente dependía en aquel momento nuestra suerte, era para mí, en el fondo, un desconocido. Y un desconocido de un poder temible, puesto que las Waffen SS del frente— que no hay que confundir con unos miles de policías SS que guardaban los campos de concentración—, esas Waffen SS, estaban adquiriendo unas proporciones gigantescas e iban a convertirse en el verdadero motor de la nueva Alemania o, más exactamente, de la nueva Europa.

Himmler era un hombre que parecía bastante desmedrado. Tenía ojos pequeños y parpadeantes, de miope. Unos carrillos magros. Nariz pálida. No era precisamente un modelo de fortachón. Uno se preguntaba qué pasaba detrás de sus lentes. Acompañado por el grueso general Berger— mudo como un mamut congelado—, Himmler estaba allí, justo delante de mí, agradable y temible.

Yo iba a jugar a fondo. Porque en la vida hay que jugar a fondo. Hay que saber lo que se quiere; si no, no vale la pena. Ahora bien, lo que yo quería era, evidentemente, lo contrario de lo que deseaban los Berger y compañía, que trataban de que los miles de voluntarios belgas pasasen incondicionalmente bajo las órdenes de un mando de las SS, al igual que las demás unidades de las Waffen SS europeas, y tal como la Legión flamenca, incorporada en agosto de 1941.

P.— ¿Puede contarnos más en detalle esa negociación que tuvo con Himmler?

R.— La gran discusión comenzó inmediatamente.

Tanto a Hitler, que se mantenía al corriente por teléfono, como a Himmler, plantado ante mí y todo sonrisas, les iba a presentar inmediatamente nuestras propuestas, que en realidad eran condiciones.

Para mí había una cosa clara: nosotros, los combatientes belgas del frente del Este, nos considerábamos representantes de nuestro pueblo. Y en eso yo sabía que estaba en la

línea exacta de la doctrina hitleriana. En la concepción hitleriana del poder político la base de todo era el pueblo. No los partidos. No los bancos. No las pequeñas combinaciones. Sino la gran realidad carnal que es el pueblo. En consecuencia, cuando gané la partida, Hitler me dio la razón hasta tal punto que me reconoció como «volksführer», es decir «caudillo del pueblo».

Entonces, sin rodeos vanos, le dije a Himmler lo que diría después personalmente a Hitler, y repetiría a los alemanes hasta el momento en que todo se puso en orden: «Mientras nuestro pueblo no esté integrado en la comunidad europea como pueblo igual y libre, no podemos hacer concesiones, y debemos cerrarnos en banda sin ceder nada de lo que somos.»

P.— Esto era algo tremendo. ¿Cómo reaccionó Himmler?

R.— Himmler empezó por decir que, evidentemente, era preciso que, como en todas las unidades de las Waffen SS, tuviésemos un mando alemán.

«Imposible, al menos por el momento», le respondí. Cuando la gente de mi pueblo ejerza tareas de mando en las grandes unidades militares alemanas, cuando dos o tres gobernadores originarios de mi pueblo dirijan provincias alemanas convertidas en europeas, cuando ministros procedentes de mi comunidad popular tengan en sus manos uno o dos ministerios de una Europa unida, entonces sí se podrá hablar, y con el mayor placer, de interdependencia, de compenetración, y no de dominación. Pero mientras no lleguemos a ello no podemos dejarnos absorber sin garantías formales y debemos conservar íntegra la personalidad de nuestro pueblo.

«Que tengamos interés en protegernos— añadí—, manteniendo con firmeza ciertas prerrogativas, no tiene nada de hiriente. La política no es sentimentalismo. La vuestra, no más que la nuestra. Como políticamente la suerte de nuestro pueblo aun no está resuelta, sólo podemos considerar una acción en equipo con las Waffen SS si conservamos, en primer lugar, nuestro mando, condición indispensable, y, en segundo lugar, que nuestra lengua siga siendo la de nuestra unidad, porque la lengua es el elemento número uno de auto defensa de cualquier pueblo.»

P.— ¿No quería usted la lengua alemana en su unidad?

R.— «Ustedes— le dije a Himmler— han impuesto la lengua alemana a las unidades flamencas. Es un error, pues la lengua flamenca forma parte de la personalidad del pueblo flamenco. Para nosotros, que somos «germanos de lengua francesa», nuestra característica es precisamente que somos de lengua francesa, y en esto no es posible transigir. Y digo incluso que llego a tal punto, que no permitiré por ahora a nadie el uso de la lengua alemana en nuestra unidad.

Después, ya se verá. Todos los europeos conocerán, sin duda, algún día el alemán, segunda lengua convertida en vínculo de unión general. Mientras tanto, nuestra propia lengua es una defensa. En la Europa que está por construir debemos protegernos. Sin nuestra lengua quizá nos hundiríais.>>

P.— Prácticamente ¿como esperaba usted meter una unidad que hablaba francés en el dispositivo militar del III Reich, mandado en alemán?

R.— Es un hecho que yo nunca admití oficiales alemanes en ningún puesto, de mando en el seno de nuestras unidades valonas, ni siquiera en los puestos más modestos. Jamás tuvimos colaboradores alemanes, salvo en las funciones técnicas y servicios de enlace. Ni un solo alemán mandó nunca entre nosotros una simple compañía. E incluso esos alemanes que actuaron como especialistas siempre tuvieron que hablarme en francés y llamarme «Chef». Sería de mi de quien recibirían ascensos y medallas cuando llegué a comandante jefe de división. Resultaba incluso algo raro: alemanes obteniendo galones y condecoraciones de su país solo si un valón se los concedía. Hasta ese punto llego a aceptar Hitler la idea de la igualdad de todos en el seno de una Europa común.

No había ni remotamente nada de vanidad por nuestra parte en ese comportamiento: éramos excelentes camaradas de los militares alemanes que estaban de servicio con nosotros; pero quedaba bien claro que nuestra legión era en todo nuestro feudo, y en el mando teníamos que tener prerrogativas iguales a las de cualquier comandante jefe alemán.

A Himmler le expuse durante varias horas mi punto de vista, amablemente pero con firmeza. Yo siempre he dicho todo con firmeza, pues andar con cumplidos no sirve de nada. Hay que explicar claramente y con franqueza lo que se piensa, y, de vez en cuando, con un guiño, una palabra amable o una broma que haga reír, apacigüen y resuelvan el asunto.

P.— ¿Cómo reaccionó Himmler?

R.— Con calma. E incluso amablemente. A medida que la discusión proseguía yo iba obteniendo, etapa por etapa, tres concesiones capitales: tendríamos nuestro propio mando, conservaríamos nuestra lengua y seguiríamos con nuestras banderas nacionales.

También la bandera era un símbolo para nosotros. Ceder en la bandera hubiese sido ceder moralmente en muchas otras cosas. Nosotros llevamos al frente ruso una bandera que se remontaba a lo más remoto de nuestra historia: el espléndido estandarte rojo y blanco de la cruz de Borgoña— con los bastones nudosos de San Andrés— que nuestros grandes duques de Occidente, a partir de la Edad Media, habían hecho ondear desde Frisia y Zelanda al Artois y al Franco-Condado. Carlos el Temerario lo había blandido en sus combates trágicos contra Luis XI, en Suiza y en Alsacia. Nuestras banderas de Borgoña habían conducido a los pueblos de los Grandes Países Bajos durante siglos. Habían atravesado los Pirineos para ser adoptadas por la *España* de *Carlos V*. Habían surcado con ella los océanos para ondear en veinte países de América y Asia. Esa bandera, para nosotros, era sagrada.

Por otra parte, le habíamos puesto los colores— negro, amarillo y rojo— de la Bélgica castrada de 1830, eso que queríamos al menos salvar, y en la medida de todas nuestras fuerzas y de nuestros sueños, engrandecer y glorificar.

También conseguí esto.

Y luego le dije a Himmler: «Evidentemente, conservaremos nuestro capellán. »

P.— Esto debió traumatizarle.

R.— Desde luego, era chocante. Un capellán católico en las Waffen SS jamás se hubiera imaginado.

«Escuche— le digo al Reichsführer—, hemos tenido con nosotros en el frente a magníficos sacerdotes. Han sido nuestros compañeros y nuestro apoyo moral en medio de los peores combates. ¿Cómo podría pretender usted entonces, soldado y jefe, que pongamos en la calle a tan valiente compañeros de lucha, justo cuando vamos a ingresar en las Waffen SS?»

Ese argumento fue decisivo. Un soldado no podía echar a otro soldado. Había ganado la batalla de los curas.

Tampoco podíamos ceder en este punto. No es que yo fuera clerical. Todavía me dolían los chichones de los baculazos que me asestó en 1937 el primado de Bélgica. Pero nuestro pueblo era religioso y no quería sufrir presión alguna en ese aspecto. Convencí de tal modo a Himmler, que no sólo tuvimos nuestros sacerdotes, sino que, a continuación, otros sacerdotes fueron capellanes católicos en otras unidades de las Waffen SS.

El más famoso de ellos fue monseñor Mayol de Lupé, de la División francesa de las Waffen SS, prelado a la vez truculento y cortés en extremo. Con la tez escarlata como la de un canónigo de Borgoña, y el rostro alegre y exuberante, hubiese decorado espléndidamente el «Libro de Horas» de un primitivo flamenco. Recto sobre su montura, recorría incansable la estepa. Como Pedro el Ermitaño, estaba dispuesto a abrazar a los infieles, pero también a romperles el cráneo a golpes de crucifijo si era preciso. Fue, en el frente del Este el oficial más pintoresco de la División «*Carlomagno*». Si hubiésemos ganado habría sido un magnífico cardenal de París. Muy distinto a los demócratas prelados de hoy, siempre dispuestos a arrimarse al sol que más calienta, y a abrazarse con el rabino de enfrente.

Nunca les pedí a nuestros capellanes valones que fueran rexistas. Al contrario, les decía: «Que sean rexistas o no, importa poco; su trabajo está en las almas y no en las opiniones políticas, papeletas de voto o reivindicaciones sindicales. Sólo quiero en nuestras filas curas santos. »

Fue así, con el acuerdo de Himmler, como la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana entro en 1943 en las aguas bautismales de las Waffen SS.

P.— ¿Como termino su entrevista nocturna?

R.— El asunto de los curas era pan comido, como los demás. Nuestro debate duró algo así como siete u ocho horas. Había obtenido la conformidad de Hitler y de Himmler a todo lo que había reclamado durante semanas en Berlín y siempre se me negó. Y todo esto en presencia del mismo Berger, con la lengua pegada como si se hubiera tragado un bidón de goma. No movió las mandíbulas en toda la noche. Himmler, al acabar, estaba entusiasmado. Ordenó traer champán francés. Se brindó por la gloria de nuestra unidad. A las tres de la madrugada nos despedíamos.

Nos separamos, pero no para dormir. Al menos yo. En seguida voy al vagón-literas de las secretarías de Himmler. Las había muy guapas. Llamo a la puerta. Aparece una

joven Gretchen desgredada, muy rubia y en camisón: « Señorita, por favor, vístase, que vamos a trabajar.» De tres a siete de la mañana, ayudado por mi traductor, que tampoco se fue a dormir, dicté en francés y en alemán el texto completo de la entrevista.

P.— ¿Desconfiaba todavía?

R.— Más vale gorrión en mano que diez águilas inaccesibles. Permanecí prudente. El tren había rodado durante el resto de la noche. A las siete y media se desayunaba. Saludo a Himmler y le presento mis folios: «Creo, Reichsführer, que lo más sencillo, para que todo quede muy claro, es ver si lo que hablamos lo hemos comprendido exactamente de la misma manera. Con ese fin he pasado a limpio nuestra conversación.»

« ¿No ha dormido usted ? »

«La noche, querido Reichsführer, sirve también para trabajar. ¿Tiene usted la amabilidad de leer este texto? Es eso lo que convinimos?»

Estaba nervioso. Soltó entre dientes un «¡sí, sí!» No era, evidentemente, lo que con su habilidad había pensado. Pensaba quizá que luego esa conversación, y sobre todo sus promesas, se diluirían en la niebla de lo impreciso.

Se caló sus lentes y leyó mi texto, repitiendo sus «sí, sí, eso es; está bien así».

«En tal caso— susurré entonces—, como he hecho mecanografiar el texto en doble ejemplar, lo más práctico es que lo rubriquemos y conservemos una copia cada uno. Así no habrá luego discusiones.» Le entrego pues, engatusador, mi estilográfica. El la acepta más bien gruñendo. ¡Zas! Y pone dos veces, con su pequeña letra de pata de mosca, la firma de «Himmler, Himmler». Yo, en dos segundos, coloco dos grandes «León Degrelle».

Tenía mi carta. Carta que utilizaría hasta el fin.

Así entramos en las Waffen SS con unos derechos bien establecidos, por escrito y firmados por el propio Himmler, que nos garantizaba una posición de fuerza para siempre.

Más tarde, alguna vez, esta precaución se reveló como necesaria.

Recibí de Himmler, como suplemento, otros considerables favores. Nuestro reglamento se transformaría inmediatamente en una brigada motorizada de asalto. Íbamos así a convertirnos en una potente unidad de choque en el seno de las Waffen SS.

Obtuve también que nuestro comandante jefe, Lucien Lippert, número uno de la Escuela Militar belga, un táctico perfecto y un héroe espléndido siguiera siendo nuestro jefe y ascendiera al grado inmediato superior, es decir, al de Sturmbannführer de las SS.

Como medida de prudencia suplementaria, y dado que los teléfonos del tren especial permitían llamar a cualquiera y en cualquier sitio, durante la noche hablé por teléfono con Lucien Lippert. Le dije a media voz: «Voy con Himmler; esté en el andén de la

estación de Meseritz; llegaremos allí hacia las once de la mañana. Quiero presentarle personalmente al Reichsführer antes de que vaya a pasar revista a nuestros soldados.»

Por otra parte, en el desayuno le dije a Himmler, como si fuese algo muy natural: «Nuestro comandante jefe irá a la estación para esperarnos. No sería más sencillo que comiésemos juntos en el tren? En seguida iremos al campamento. Así tendrá usted ocasión de ver a Lippert con calma y de juzgarle. Lippert es de Arlon; por tanto, de lengua alemana, y le agrada de verdad.»

P.— ¿Y su pequeño plan funcionó?

R.— A las once Lippert estaba en el andén, impecable, fuerte y rubio como un héroe germánico. Al finalizar el almuerzo hice que Himmler en persona le designase SS Sturmbannführer y le confirmase como jefe de nuestra nueva brigada. Una vez solucionado y bien asegurado todo esto partimos hacia el campamento. Todos nuestros muchachos estaban magníficamente alineados. Nuestros oficiales resplandecían como espejos.

Pero yo quería tener el éxito final con nuestro capellán. No porque fuese cura, sino por tratarse de un asunto simbólico, ya que había obligado a Himmler a hacer lo que nunca hubiese querido hacer. Himmler pasaba, saludaba y estrechaba la mano ceremoniosamente a los oficiales uno tras otro. Al llegar ante un bonachón comandante, bastante grueso, se lo presenté con voz estentórea: «¡El capellán católico de la SS Sturmbrigade Valonia!» Himmler le saludó con un resonante «¡señor cura!». En el mismo momento, ¡clic!, dos disparos de un fotógrafo.

Himmler se vuelve aturdido. «Pero, mein lieber Degrelle (mi querido Degrelle), ¿para qué esas fotos?»

Y yo le respondo, con la más amable de las sonrisas: «¡Pues para L'Osservatore Romano. Reichsführer! »

Estallido de risa general. Con buen humor había ganado también aquella pequeña batalla.

P.— Y de sus proyectos políticos, ¿qué dijo Himmler?

R.— Durante todas esas horas de conversación nocturna pude explicar cómodamente mis proyectos políticos al gran jefe supremo de las Waffen SS. Tener a Himmler durante horas a un metro de mi me permitió hacerme una idea exacta del personaje. Todo lo que le expliqué sobre mi gran plan de Occidente, Himmler lo escuchó primero más bien con sorpresa, luego con interés y finalmente dio su conformidad. Por otra parte, el mito borgoñón se remontaba a lo más profundo de las leyendas germánicas.

Mi plan no perjudicaba en nada a Francia. En aquel momento lo que contaba es que alguien del Occidente se instalase con solidez en esa palanca europea. Que fuese un gascón, uno de Turena, o como yo, un valón de sangre francesa, era exactamente lo mismo. Lo esencial era que alguien de Occidente alcanzase una posición de fuerza.

Esta posición política la alcancé hasta tal punto que Himmler llegó a dar su asentimiento por escrito, al estar de acuerdo en todo con lo que le expuse. Himmler— de acuerdo con Hitler —reconocía que, después de la guerra, se crearía un gran Estado llamado de Borgoña, que dispondría de su ejército propio, de sus finanzas, de su propia diplomacia e incluso de su moneda y servicios postales, y del que yo sería el primer canciller. Establecía incluso, en lo que yo no pensé nunca, que dispondríamos de un ancho pasillo hasta el Mediterráneo.

Ese texto no cayó en el vacío. Fue publicado. Uno de los antiguos ayudantes de Himmler, el doctor Kersten, lo reveló en su libro «Yo fui confidente de Himmler», en su contenido exacto, dos años después de las hostilidades. El «Fígaro» de París reprodujo el texto, en lo que me concierne, el 21 de mayo de 1947, en primera y tercera página, comentado por el embajador André Francois-Poncet, el primer especialista francés del III Reich. El «Fígaro» con esos textos de Himmler y Francois Poncet, incluyó además el mapa correspondiente.

«El mundo» —declaraba Himmler— verá el renacimiento de la vieja Borgoña, ese país que fue el centro de las ciencias y de las artes.» Y precisaba: «Será un Estado modelo, cuya forma será admirada y copiada por todos los países. »

Francois Poncet analizó en el mismo «Fígaro» estas importantes precisiones referentes, como él dice, a ese «Estado de Borgoña, mimado y erigido en Estado modelo. »

El diplomático y académico concluye respecto a tales declaraciones: «Son de una autenticidad cierta.»

Es auténtico también el pronóstico de Himmler aportado por Kersten: «Creo que Degrelle, el jefe de los rexistas belgas, será el primer canciller de Borgoña. »

P.— "Y qué Significaba Francia en todo esto.;

R.— Añadiré con toda honestidad que esa lucha para reconstituir el viejo baluarte borgoñón fue ante todo, por mi parte, una manifestación de fuerza. Había suministrado la prueba de que podía hacer que los alemanes aceptasen un plan que cambiaba totalmente sus antiguos proyectos o prejuicios. Más allá, y por encima de la Borgoña, que era una etapa ante todo moral de mi ofensiva, yo quería que se enderezara todo el Occidente, restablecido en su unidad, su poderío y su personalidad milenaria.

No se trataba de disminuir Francia, sino de salir, todos juntos, del atolladero de 1940 y de llegar, arrimando el hombro unos y otros, a un mayor esplendor. Desde Marsella a Amberes, desde Sevilla a Nimega, de mejor o peor gana, todos debíamos solidarizarnos. Sólo contaríamos en el seno de una Europa unida si nos volvíamos a convertir en un todo. La decisión de Hitler y de Himmler de admitir mi plan borgoñón era el pedestal sobre el cual podría levantarse de nuevo la magnífica estatua del Occidente, entero y renovado, y duro como un mármol romano.

Sin esa resurrección plena, franceses o no, sólo hubiésemos sido unos desperdigados subordinados a merced de las decisiones de un gigante dominador.

Para nosotros, borgoñones quería decir: occidentales abriendo la primera brecha.

Y yo hacía de pico abriendo el paso.

***Léon Degrelle.***

## EL AMORDAZAMIENTO DE LOS VENCIDOS

A nosotros, los supervivientes de la cruzada europea de 1941-45, contra el comunismo soviético, los ex combatientes del frente del Este, desgarrados por las heridas, abrumados por los lutos, consumidos por las penas, ¿que derechos nos quedan todavía?..

Somos unos muertos. Unos muertos con piernas, con brazos, con respiración; pero muertos.

Pronunciar una palabra en publico, escribir diez líneas cuando se ha combatido arma al brazo contra los soviets y, sobre todo, cuando se ha sido un Jefe llamado fascista., se considera inmediatamente, desde un punto de vista democrático., como una provocación.

Un bandido, un delincuente común, tiene siempre la posibilidad de Justificarse, de explicarse. Ha matado a su padre?, ¿a su madre?, ¿a un banquero?, ¿a unos vecinos? ¿es un reincidente? Veinte periódicos internacionales abrirán sus columnas a sus memorias, publicaran con estruendosos titulares el relato de sus. crímenes, amenizado por mil detalles coloristas, ya se trate de un Chessman o de diez de sus brillantes émulos.

Las descripciones clínicas de un asesino vulgar valdrán las tiradas y los millones de un bestseller. a su meticuloso analista, el americano Truman Capote.

Otros pistoleros como los Bonnie and Clyde, conocerán la gloria de los cines y llegaran a dictar la moda en los <drugstores> mas encopetados.

La discriminación es aun mas descarada si se trata de vencidos políticos.

Aquí, será el color de su partido el que decide su justificación o su execración.

Un <Campesino> palurdo del campo convertido en cabecilla del Frente Popular. y al que los escrúpulos no estorbaban demasiado cuando se dedicaba a segar las filas de los nacionales ha podido, en la propia España, desde los centenares de millares de ejemplares del diario madrileño de mayor tirada. explicar, amplia y libremente, lo que fue en su día su sangrienta aventura de español de izquierdas..

Ahora bien: el era un hombre de la izquierda; por lo tanto, tenia derechos. Las gentes de la izquierda tienen todos los derechos.

Cualesquiera que hayan sido los crímenes, los genocidios, las exterminaciones a las que unos regímenes marxistas se hayan entregado, nadie les pondrá mala cara: la derecha. conservadora, porque se jacta estúpidamente de estar abierta a todas las ideas; la izquierda porque cubre a sus dirigentes y a sus servidores.

Un agitador revolucionario como el francés Régis Debray, extranjero en Bolivia, en cuyo maquis fue capturado en 1968, podrá contar con cuanta audiencia quiera: cien periódicos burgueses recogerán con todo despliegue sus palabras.

¿Como no trazar, a este respecto, un paralelo con **Robert Brasillach**, el escritor más importante de Francia durante la segunda guerra mundial? Apasionado por su país, al que había dado auténticamente su obra y su vida y que, no obstante, fue despiadadamente fusilado en París el 6 de febrero de 1945, sin que un kepis cualquiera se moviese, salvo para dar la orden de disparar al pelotón de ejecución?

Asimismo, el anarquista judío alemán Cohn-Bendit, negligentemente buscado y, por supuesto, jamás encontrado por la policía de París, pese a que en mayo de 1968 estuvo a punto de hundir a Francia, ha podido hacer públicas sus elucubraciones, tan incendiarias como mediocres, por editores capitalistas, metiéndose en el bolsillo, riéndose, los cheques que aquellos le ofrecían por sus derechos de autor.

Los soviets cimentaron su dictadura sobre dieciséis millones y medio de asesinados: recordar aun el martirio de estos, se consideraría como absolutamente impropio.

Kruschchev, charlatán vulgar como un tratante de cerdos, con su nariz agarbanzada, grasienta, vestido como un saco de trapero, ha recorrido triunfante con su burguesa mujer al brazo, los Estados Unidos de América, escoltado por ministros, millonarios, bailarinas de can-can y la flor del clan Kennedy, permitiendo como número final, el lujo de golpear sobre la mesa con sus zapatos, exhibiendo sus mugrientos calcetines en plena sesión de la ONU.

Kosyguin ha ofrecido su siniestra cara de patata mal cocida a los floridos homenajes de los franceses, siempre turbados ante la evocación de Auschwitz, pero que han olvidado fácilmente los millares de oficiales polacos, sus aliados de 1940, que la URSS extermina metódicamente en **Katyn**.

El propio Stalin, el más atroz asesino del siglo, el tirano implacable, integral, hizo masacrar con furor demencial, su pueblo, sus colaboradores, los jefes de su Ejército, su familia; y recibió un rimbombante sable de oro del rey más conservador del mundo, el rey de Inglaterra, que no fue capaz de comprender, lo que la elección de tal regalo para semejante criminal tenía de macabro y de paradójico.

Pero si nosotros, los supervivientes <<fascistas>> de la segunda guerra mundial pretendiésemos tener la impertinencia de insinuar un gesto de defensa verbal por un instante, inmediatamente comenzarían mil demócratas a cacarear frenéticamente, aterrando a nuestros propios amigos que, suplicantes, nos repetirían: . ¡Cuidado, ¡cuidado!

**Cuidado, ¿de que?**

Hasta tal punto era venerable la causa de los soviets? Todo a lo largo de un cuarto de siglo los espectadores del mundo han tenido ocasiones espléndidas para darse cuenta de su perversidad.. La tragedia de Hungría, aplastada bajo los carros soviéticos en 1956 en expiación del crimen de añorar la libertad; de Checoslovaquia derrumbada, amordazada, por docenas de millares de invasores soviéticos en 1968 porque tuvo la ingenuidad de

querer aflojar un poco la argolla que Moscú había puesto en su cuello como se pone a un presidiario chino; del largo suspiro de los pueblos oprimidos por la URSS, desde el golfo de Finlandia hasta las villas del Mar Negro, demuestran claramente el horror que hubiera conocido Europa entera si Stalin hubiera podido— y sin el heroísmo de los soldados del frente del Este, lo hubiera podido sin duda— abalanzarse, a partir de 1943, hasta los muelles de Cherburgo y hasta el peñón de Gibraltar.

Del infierno de Stalingrado (noviembre de 1942), al infierno de Berlín (abril de 1945), transcurrieron novecientos días. Novecientos días de espanto, de lucha cada vez mas desesperada, en medio de sufrimientos horribles, al precio de la vida de varios millones de muchachos que deliberadamente se hicieron aplastar, pulverizar, para intentar contener, pese a todo, los ejércitos rojos que descendían del Volga anegando Europa hacia el Oeste.

En 1940, entre la irrupción de los alemanes por la frontera francesa cerca de Sedan y su llegada al mar del Norte, transcurrió una semana solamente. Si los combatientes europeos del frente del Este, entre los que se encontraban medio millón de voluntarios de veintiocho países no alemanes, hubieran retrocedido a la misma velocidad; si no hubieran opuesto, palmo a palmo, a lo largo de tres años de combates atroces, una resistencia inhumana y sobrehumana a la inmensa marea soviética, Europa hubiera estado perdida, sumergida sin remisión a fines de 1943 o principios de 1944; mucho antes de que el general Eisenhower hubiera conquistado su primer manzano en Normandía.

Lo demuestra un cuarto de siglo transcurrido. Todos los países europeos conquistados por los soviets— Estonia, Lituania, Letonia, Polonia, Alemania oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria— han quedado desde entonces, implacablemente, bajo su dominio.

Al menor síntoma, en Budapest, en Praga, el <knut> moderno, es decir, los carros rusos, se lanzan a las calles segando a los recalitrantes.

A partir de julio de 1945, los occidentales, que tan imprudentemente habían confiado en Stalin, comenzaron a desilusionarse.

—Hemos matado el cerdo malo— murmuro Churchill al presidente Truman, en Postdam, mientras ambos salían de una entrevista con Stalin, el verdadero vencedor de la segunda guerra mundial.

Lamentos tardíos e inútiles...

El mismo que antes les había parecido el cerdo bueno, al que ellos instalaron sobre dos continentes, gruñía de satisfacción con el rabo en Vladivostok y el hocico a doscientos kilómetros del territorio francés.

El hocico sigue allí, hace ya un cuarto de siglo, mas amenazante que nunca, hasta el punto de que nadie se atreve actualmente a hacerle frente mas que a golpe de reverencia.

Al día siguiente del aplastamiento de Praga, en el verano de 1968, los Johnson, los De Gaulle, los Kiesinger, se contentaron con protestas platónicas y lamentos temerosos y discretos.

Mientras tanto, bajo la panza de aquel cerdo, media Europa se ahoga.

Y esto, ¿no es bastante aun?

¿Es justo, es decente, que los que vieron claro a tiempo, los que entre 1941 y 1945 lanzaron su juventud, los dulces vínculos que les unían a sus hogares, su fuerza, sus intereses, como barrera atravesada en el camino sangrante de los ejércitos soviéticos, sigan siendo tratados como parias hasta su muerte y aun mas allí de la muerte?....Unos parias a quienes se sellan los labios en cuanto intentan decir: <Y sin embargo....>

Y sin embargo... Teníamos felicidad en nuestras vidas, en nuestras casas vivíamos a gusto, teníamos hijos a los que adorábamos, bienes que nos permitían resolver nuestras existencias...

Y sin embargo... Éramos jóvenes, teníamos cuerpos vibrantes, respirábamos el aire nuevo, la primavera, las flores, la vida, con una avidez triunfante...

Y sin embargo... Estábamos pletóricos de vocación, lanzados hacia un ideal...

Y sin embargo... Ha sido preciso arrojar nuestros veinte, nuestros treinta años y todos nuestros sueños hacia horribles sufrimientos, hacia angustias incesantes; sentir nuestros cuerpos transidos por los fríos, nuestras carnes desgarradas por las heridas, nuestros miembros rotos en los cuerpo a cuerpo alucinantes. Hemos visto jadear a nuestros camaradas agonizantes sobre barros viscosos o sobre las nieves enrojecidas por su sangre. Hemos sobrevivido de cualquier modo a esas matanzas, enloquecidos de espanto, de pena, atormentados, huraños.

Y un cuarto de siglo después, cuando nuestros mas queridos parientes han muerto en sus celdas o han sido asesinados; cuando nosotros mismos hemos llegado en nuestros alejados destierros al limite mismo de nuestra capacidad de soportar, las democracias., biliosas, continúan persiguiendonos con un odio inextinguible.

En otros tiempos, en Breda, como aun puede verse en el inolvidable cuadro de Velázquez, el vencedor tendía sus brazos, ofrecía su conmiseración y su afecto al vencido. ¡ Gesto lleno de humanidad! ¡Que sufrimiento es ya ser vencido! ¡Haber visto derrumbarse planes y esfuerzos y quedar ya, caídos los brazos que fueron combatientes, ante un porvenir desaparecido para siempre, cuyo marco vacío habría, sin embargo, que contemplar frente a si hasta el ultimo hálito de vida!

¡Que castigo, si se hubiese sido culpable!

¡Que dolor mas injusto, si solo se había soñado con triunfos de la justicia!

Entonces se comprende como, en tiempos menos feroces, el vencedor avanzase, fraternal, hacia el vencido, acogiendo enternecido la inmensa pena secreta de aquel que, si es cierto que había salvado su vida, acababa de perder todo cuanto le daba un poco de

sentido y de valor... ¿Que significado puede tener la vida para un pintor al que se le hubieran sacado los ojos? ¿O para un escultor al que se le arrancasen los brazos?

Y que puede significar para un hombre político roto por el destino, que había llevado dentro de si, con fe, con pasión, un gran ideal, que había tenido la voluntad y la fuerza de convertirlo en hechos y trasponerlo en la vida misma de su pueblo?

Ya jamas se realizara, jamas creara ya... Para el, lo esencial se acabo.

Ese esencial, en la gran tragedia de la segunda guerra mundial, ¿que ha sido, para nosotros?

¿Como han nacido <los fascismos>, que fueron lo esencial de nuestras vidas? ¿Como desplegaron sus velas? Como naufragaron?

Y, sobre todo, después de haber pasado un cuarto de siglo: de todo aquel inmenso drama, que balance puede presentarse ?

***León Degrelle.***

## EL FIN DE LA EPOPEYA

P.— *Si pudiera hacerlo, volvería usted a empezar de nuevo la tarea que emprendió y que finalmente se saldó para usted con un fracaso?*

R.— En la línea de lo que fue mi ideal sí. Pero no según las normas miserables de los políticos degenerados de hoy. El poder que siempre me interesa no tiene nada que ver con las contorsiones de efectos liliputienses. Este poder depreciado lo rechazaría incluso si me lo ofrecieran sobre un trono de oro macizo. ¿Para qué iba a aceptarlo? Fracasaría. No existe un solo caso en el que el parlamentarismo de los charlatanes demagogos y de los traficantes no haya fracasado. Ya fuese con la República de Weimar, con el Frente Popular de León Blum, o en Bélgica bajo el fúnebre magisterio del enterrador modelo que fue el señor Pierlot.

Durante mi vida de jefe político y de soldado di todo a mi pueblo con fervor de un amante. Se me ha rechazado, y lo reconozco. En vez de recriminaciones vanas, y a la orilla del Mare Nostrum que nos dio la civilización, prefiero la contemplación de mis adelfas, de mis hibiscos y de mis palmeras que cortan en estrías el cielo azul metálico. Un sol apolíneo me nutre. Cada mañana, deslizo con amor mi rosa más suave por los labios de mármol de la diosa romana que protege mi terraza y mis sueños. ¡La belleza! ¡La belleza! Ella embalsama y sublima mis recuerdos. Ella mantiene mi fe en el destino humano. Mis pulmones atrapan la vida, los perfumes y la dulzura del viento en los árboles. Una gran pasión me ilumina el corazón. Y Dios habita en mí.

Si, por un milagro, algún día el destino me volviera a avisar, aun acudiría a la cita, pero a la cita de los forjadores de pueblos, de los maestros de la vida, los únicos que me interesan.

P.— *Es usted feliz?*

R.— He tenido en la vida mi pesada parte de sufrimientos y de penas. Las espantosas prisiones de 1940 me pesaron como la más dura de las cruces. En los cuatro años de frente ruso estuve en el límite de las peores pruebas que un ser humano pueda soportar. Después, hicieron morir a mi hermano, a mi madre y a mi padre. Durante catorce años ni siquiera supe que había sido de mis hijos. Mi único hijo varón, apenas recuperado, murió en Sevilla, en plena calle, en un accidente de tráfico.

Pero ¿de qué voy a quejarme? Quise llenar mi alma de grandeza, y es un alimento que cuesta muy caro. Pago la cuenta. Mas la dicha que tuve siguiendo mi vocación, y forjándome un alto destino, compensa las más acerbadas amarguras.

Veo, con la mirada limpia, que esta vida me ha dado un máximo de congojas y de alegrías. Recapitulo. Valía la pena. Soy feliz. sí, soy feliz.

P.— *Le resulta duro el exilio?*

R.— Me ha agobiado siempre terriblemente. El vagar sin fin me produce una melancolía sofocante. Contemplo los Pirineos con mirada soñadora. Y siento pinchazos en el corazón cuando veo fotos de la vieja fortaleza de **Bouillon** y de las riberas de mi **Semois** natal. Pero es algo personal. Y se mantener el animo. La vida me ha curtido el carácter. Ante la desgracia hay que conservar la mirada altiva. Solo estamos vencidos cuando nuestra alma esta vencida. El infortunio no es mas que un incidente.

El verdadero sacrificio del exilio no esta ahí.. Lo que me resulta mas duro y cruel, es sentir que las decenas de años durante los cuales hubiera podido hacer algo grande se van silenciosos e inútiles. Llevaba en mis fuerzas tumultuosas, que distinguía imperfectamente. Yacen inertes en el fondo de mi soledad. Lo que hubiera podido realizar para mi, y sobre todo para los demás, me fue prohibido. El exilio me enterró vivo. Desde 1945 solo he sobrevivido en hibernación.

Este es el verdadero drama de mi exilio: estrechar contra mi corazón posibilidades incandescentes, sofocadas por una capa de plomo. Yo estaba hecho para crear. Desde hace decenas de años mis brazos permanecen caídos. ¿Seré solo el parado de la epopeya, con las herramientas des trozadas para la eternidad?

P.— *Mi ultima pregunta: ¿Que siente usted cuando rememora lo que fue su vida?*

R.— Cuando reflexiono sobre lo que ha sido mi vida solo tengo un sentimiento. Y es de inmenso pesar. Lamento que no hayamos triunfado. Siento que no hayamos podido modelar este conjunto europeo, que hubiera sido señor del universo para siempre, y que habría asegurado a la raza blanca el gran dominio universal del orden y del espíritu. ***Cuando vemos lo que nos ha sucedido, lo que largos años de victorias de los demás nos deparó, esta anarquía, esta desbandada del mundo blanco y su deserción en toda la Tierra, cuando observamos en nuestros propios países la descomposición de las costumbres, la ruina de la patria, la ruina de la familia, la ruina de la religión, la ruina del orden social y el fracaso de toda autoridad, cuando observamos el insaciable apetito de bienes materiales que devora indistintamente a ricos y a pobres, a menesterosos y a holgazanes, sucediendo a la gran llama del ideal que nos animaba a nosotros...***, pues bien, tenemos que concluir que verdaderamente escogimos el lado bueno.

***Abandonados por una sociedad inhumana, miles y miles de muchachos y muchachas, nacidos para desarrollarse física y moralmente, hoy en día, a menudo, no son mas que una masa de tristes drogadictos con el corazón vacío.***

***Millones de parados alzan sus inútiles puños contra sus falsos e incapaces dioses.***

***La pequeña Europa de hoy, ese Mercado Común (¡común!) que huele a agrio de rebotica, no puede dar la felicidad a los hombres. La sociedad de consumo ya no es una civilización, es un vertedero.***

Alzadas sobre ciento cincuenta Estados Anárquicos, y dominándoles desde lo alto de su dictadura económica, técnica y política, dos superpotencias se miden, exhibiendo sus cohetes, y dispuestas a hacer saltar todo para asegurarse, una u otra, su indiscutible hegemonía. En ese marco, los pueblos son solo unos frágiles juguetes manipulados por los dos piratas rivales. Quien puede asegurar hoy que sus hijos, o el mismo, no serán

barridos un día, en un segundo, de la existencia y del magnífico confort en el que han situado su vida? Entonces, de que les habrá servido?

P.— *Y usted, ¿no lamenta nada?*

R.— Ante esta quiebra de la posguerra, ¿por que nosotros, los vencidos provisionales, vamos a tener que agachar la cabeza? Al menos, con energía y sufrimiento, queríamos algo grandioso. Ahora ya no tenemos más que un deseo: que el ideal que ardía en nosotros renazca rápidamente en el mundo.

Luchare con todas mis fuerzas, hasta el último segundo de mi existencia, para que, de un modo ejemplar, permanezca viva en el corazón de los jóvenes nuestra epopeya, su fe luminosa y el afán de servir, jalonada por el sacrificio de tantos de nuestros camaradas que quedaron helados en las nieves del Este.

<<*La sangre de los héroes muertos cruzara Europa como un río de vida*>>

Señale en mi mitin de París de marzo de 1944, en el Palacio de Chaillot después de Tcherkassy.

A los pesimistas, el idealismo puede parecerles hoy pasado de moda. Mas sin el, ningún resurgimiento de los pueblos es posible. La inmolación de los muchachos caídos para crear una Europa de carne y hueso, sus virtudes, sus lecciones proféticas, algún día, estoy seguro de ello, traerán de nuevo la vida. Quizá sobre nuestras tumbas. Nosotros, los precursores, no conoceremos, sin duda, la Tierra Prometida, pero otros la alcanzaran. Europa se erguirá sobre sus piernas tambaleantes. La grandeza nunca se da en vano. Aparece raramente. Pero cuando surge su fuego, tarde o temprano se reanima.

En tanto que exista un idealista, la salvación será posible.

***Los tontos, los mentirosos y los insultadores solo tendrán su momento. La mediocridad se derrumbara y se ahogara en su mezquindad. Entonces reaparecerá el héroe, a caballo sobre sus sueños. Legiones de jóvenes se alzarán para unirse, en la misma fe, a los nuevos constructores de un mundo justo, en el que las fuerzas sociales actuarán solidariamente y las fuerzas morales revivificarán a los pueblos.***

Europa, unida al fin material, moral, militar y diplomáticamente, y fuerte por la conjunción de sus tres elementos constitutivos— la civilización occidental, el motor germánico y la reserva humana eslava—, renacerá mejor preparada y más perspicaz. Esta vez ya no la detendrán como en 1945.

¡Y esto es todo!

Les he dicho lo esencial de lo que me propuse realizar y de lo que fue mi lucha.

Al servicio de mi fe, mi vida ha sido una espada. Permaneció inflexible tanto en la suerte como en el infortunio. Lo han visto ustedes a plena luz.

***A todos, en el mundo entero, mi saludo de soldado y un fraternal. ¡adiós!  
León degrelle.***

## *EL INFIERNO RUSO*

Donde quiera que fuese, el drama sería idénticamente atroz, de diciembre de 1941 a abril de 1942, sobre los tres mil kilómetros de extensión del frente ruso, desde Petsamo al Mar de Azov.

Nosotros, voluntarios extranjeros, perdidos como los alemanes en estas espantosas estepas, estábamos reducidos a los mismos extremos: morir de frío, morir de hambre, luchar en todo caso.

Mis camaradas belgas y yo, nos batíamos entonces sobre las nieves del Donetz. Por doquier, el viento aullador. Por doquier, enemigos aulladores. Las posiciones eran horadadas en los propios bloques de hielo. Las órdenes eran formales: no retroceder.

Los sufrimientos eran indecibles. Indescriptibles.

Los caballos que nos traían huevos helados completamente grises y municiones tan frías que quemaban nuestros dedos, salpicaban la nieve de sangre que les caía de las narices gota a gota.

Los heridos quedaban helados en cuanto caían. Los miembros afectados, se ponían, en dos minutos, lívidos como el pergamino. Nadie se hubiese atrevido a salir a la intemperie a orinar. A veces, el propio chorro se convertía en una cuerda amarilla y retorcida de hielo. Millares de soldados quedaron con los órganos sexuales o los anos atrofiados para siempre. Nuestra nariz. nuestras orejas, estaban escaroladas como gordos albaricoques, de los que salía un pus rojizo y viscoso.

Era horrible, estremecedor.

Solamente en nuestro sector de las crestas centrales del Donetz, más de once mil heridos perecieron en algunos meses en la miserable escuela donde, rodeados de nieve por todas partes, nieve que a veces alcanzaba hasta cuatro metros de altura, unos médicos militares, vacilantes de fatiga, amputaban centenares de pies y de brazos, recosían vientres estallados, contenidos en bloques de sangre y de excrementos helados, caparazones relucientes de materias rojizas y verdeantes, parecidas a plantas enredadas al ras de un acuario petrificado.

La evacuación desde nuestros puestos de combate hasta esa clínica atroz, de aquellos heridos atacados desde todos los vientos, se hacía sobre carretillas de los labradores rusos. Los cuerpos estaban apenas protegidos por un poco de bálago recolectado en los tejados de las últimas isbas. El transporte duraba a veces varios días.

Los muertos ya no se enterraban desde hacía mucho tiempo. Se les tapaba con nieve como se podía. Esperarían los deshielos de mayo para recibir sepultura. Una miseria desencadenada nos devoraba vivos. En nuestros uniformes mugrientos, aquellos piojos

grises, de huevecillos brillantes como perlas. se habían encajado unos en otros como granos de maíz. Una mañana. ya exasperado. me desnudé a pesar del frío, sobre mi cuerpo mate ¡centenares de ellos!

Por otra parte, los uniformes no eran ya más que harapos. Nuestra ropa interior se había vuelto negruzca, se iba deshilachando de semana en semana. Concluía en vendajes de urgencia para los heridos. Había soldados que se volvían locos, y corrían gritando hacia adelante, en las nieves sin fin. A cada cuerpo a cuerpo de batallón, cuatro, cinco, seis hombres se escapaban así. La estepa los engullía en el acto. Nunca, creo, que en ninguna parte del mundo, tantos hombres sufrieron tanto.

Pese a todo, lo resistieron. Una retirada general a través de aquellos interminables desiertos blancos y devorantes hubiera sido un suicidio.

El rechace de **Hitler**, enviando al diablo a sus generales aterrados que reclamaban un repliegue de cien, de doscientos kilómetros, salvó al ejército, jamás se repetirá bastante. Con fríos de 40° y de 50° bajo cero, bajo toneladas de nieve que lo envolvía todo, ¿a qué hubiera podido conducir una retirada? La mayoría de los hombres hubiesen perecido en el camino, como pereció el ejército en retirada de **Napoleón**. y eso que él no había realizado su marcha en pleno invierno, sino en octubre y en noviembre, es decir, en otoño. Y Napoleón se retiró con un solo eje de marcha y no a lo largo de tres mil kilómetros de frente, a través de estepas inundadas en un gigantesco misterio glacial. Sin embargo, de centenares de millares de hombres que Napoleón llevó consigo en su retirada, solamente sobrevivieron algunos millares.

Entonces, ¿qué hubiese sido de las tropas alemanas engullidas en las inmensidades de nieve en enero y febrero de 1942. en los momentos de las más terribles heladas.?

Para una simple operación de enlace un día de enero de 1942, hubimos de emplear diecisiete horas para franquear cuatro kilómetros, tallando en la nieve con palos y hachas un profundo pasillo. El único limpia nieves facilitado a nuestro sector. se encontraba bloqueado por murallas de hielo. Jamas fue capaz de romperlas pese a los forzosos esfuerzos realizados. E incluso, al precio de terribles sufrimientos, puede que hubiésemos podido realizar, en dos o tres semanas, un repliegue de cien o doscientos kilómetros; pero ¿qué ventaja nos hubiera representado? pisar sobre cinco centímetros menos de nieve, Un grado menos de frío? Gran parte del ejército hubiera perecido retirándose, el resto se habría encontrado en una situación todavía peor, privado de sus últimas fuerzas físicas y morales por semejante esfuerzo, y habiendo además perdido su material defensivo, abandonado sobre el terreno o durante la marcha de retirada.

En contra de sus generales, Hitler tenía razón. Era preciso enterrarse fuera como fuese, protegerse fuera como fuese, sostenerse fuera como fuese. Encajarlo todo, soportándolo todo. sufrirlo todo. ¡pero sobrevivir! incluso, cargar sobre el enemigo si, en último extremo. se debía absolutamente encontrar un poco de comida o un mísero albergue.

Porque ellos, los rusos, gentes de las nieves, no solamente eran, físicamente, más rudos que nosotros y estaban acostumbrados a los fríos espantosos de aquellos climas, sino que además sabían, desde hacia siglos, cómo resistirlos. Poseían el arte de fabricar albergues contra el frío, mucho más eficaces que nuestros pobres refugios elementalmente improvisados. Algunos de sus campos de nieve eran verdaderas aldeas

semisubterráneas para tribus mongolas. Sus nerviosos caballitos se acostaban entre aquellos mujiks militarizados, membrudos, rechonchos, con los ojos rasgados a fuerza de fijarlos en paisajes de nieve, los pómulos amarillos de la grasa basta, con la que se embadurnaban y que les caldeaba. Sus pies metidos en botas de fieltro, estaban envueltos en gruesas bandas de muletón. Sus uniformes, dobles o triples, enmorcillados de ataduras, les hacían parecer buñuelos hinchados. El cierzo no podía atravesarlos. Ellos vivían así desde siempre. Y aquel invierno particularmente atroz no les sorprendía exageradamente. Defendidos de tal forma contra la hostilidad de la naturaleza, pudieron incluso desarrollar operaciones ofensivas violentas, tanto al sur como al norte del frente.

Nos era indispensable, por lo tanto, contraatacar, recuperar las estepas perdidas. Reconquistamos pueblos destruidos. Tallábamos, ante los muros ennegrecidos de las isbas, parapetos hechos con bloques de hielo. Kilómetros de nieve nos separaban de nuestros nudos de resistencia, el enemigo se infiltraba por todas partes. Los cuerpo a cuerpo eran terroríficos. Solamente durante la jornada del 28 de febrero de 1942, en una aldea destruida llamada Gromwaja-Balka (*Valle del Trueno*), donde nuestro batallón resistía desde hacía ocho días el asalto de cuatro mil rusos, perdimos en un empeño espantoso que duró desde las seis de la mañana hasta la noche, la mitad de nuestros camaradas.

Nos defendimos desesperadamente entre los cadáveres de los caballos sobre los que las balas resonaban como sobre cristal. Los rusos avanzaban en filas cerradas, envueltos en sus largos abrigo amoratados. Sin interrupción, surgían nuevas olas que nosotros segábamos sobre los pantanos helados. Así fue el invierno ruso. Durante siete meses no hubo más que blancura deslumbrante. El frío roía los cuerpos. Los combates acababan con las últimas fuerzas.

Después, una mañana, apareció el sol, completamente rojo, por encima de las colinas blancas. Las nieves bajaron poco a poco a lo largo de los altos postes coronados de puñados de paja que habían señalado las pistas hasta el día en que aquellas ensombrecidas copas fueron sumergidas. Aguas negruzcas se derramaron impetuosamente desde todas las colinas, mezclándose en los valles. Un molino comenzó a girar en el cielo azul.

El calvario de centenares de millares de soldados alemanes y no alemanes iniciaba su final. La tragedia de invierno había terminado.

Pero era la conquista de Rusia lo que era preciso reemprender.

Pues la táctica de guerra de Hitler se basaba, no solamente sobre una estrategia nueva— blindados y aviación de ruptura actuando en común y en masa— sino también sobre el efecto de la sorpresa.

En 1942 ya no sería posible contar con este efecto de sorpresa. Stalin conocía ya el método. La superioridad de iniciativa, por tanto, estaba perdida. La intervención estratégica de Hitler había sido genial: la Blitzkrieg, es decir, la *guerra-relámpago*, la irrupción fulminante en la retaguardia del enemigo, la ruptura masiva de sus líneas en puntos precisos donde se lanzaba, con violenta sorpresa, lo esencial de las fuerzas. El ariete estaba constituido por la masa enorme de carros de combate, delante de los cuales

la artillería voladora de los Stukas., sembrando el terror, lo pulverizaba todo y abría las vías de penetración.

En Polonia, en Holanda, en el norte de Francia, en Yugoslavia, esta nueva fórmula de guerra, le había dado resultado porque, en cada uno de esos países, era la primera vez que se empleaba, permitiendo a las pinzas gigantes, de hierro y de fuego, cerrarse a la espalda del adversario acorralado, desmoralizado, aniquilado en un abrir y cerrar de ojos. En algunos días, cien mil, doscientos mil hombres eran hechos prisioneros.

Fue esa misma fórmula la que Hitler había reinventado en 1941, haciendo irrupción a través de Rusia, consiguiendo las mismas penetraciones, los mismos copos. pero a una escala fabulosa, especialmente en Ucrania y en el Donetz. En cuatro meses varios millones de prisioneros, millares de cañones y de carros habían sido capturados.

¡Pero el Ural estaba más lejos que los Pirineos!

Hubiera sido preciso precipitarse antes. O bien, poder. gracias a una fuerza muy superior de blindados, montar dos o tres veces más volumen de operaciones de cerco, en vez de tener que operar con las mismas fuerzas. limitadas, de norte a sur y de sur a norte.

El hielo había precedido a Hitler, le había enterrado con sus cuarenta. sus cincuenta grados bajo cero, más fuerte que el acero de sus divisiones blindadas y que la voluntad de sus audaces jefes de Cuerpos.

En 1942, hubiera sido preciso, por tanto, hacerlo otra vez así, pero sin contar con la posibilidad de sorprender aún al enemigo previamente advertido. A mayor abundamiento, Stalin, que él también era un genio a su manera. un genio elemental que sumergía a diario su voluntad en la sangre del prójimo para revivificarla. había tenido tiempo no solamente de desvelar los secretos de la estrategia hitleriana que había estado a punto de destrozarle. sino de encontrar una fórmula para detenerla. Era sencilla: ganar tiempo; ganar los meses, los años durante los que pudiera formar nuevos ejércitos, sacar sin piedad alguna, del gigantesco pozo que representaba la reserva de doscientos millones de habitantes de la URSS y forjar decenas de divisiones de carros que, un día. superarían de forma aplastante veinte mil carros contra algunos millares— Las fuerzas blindadas que habían asegurado los fulminantes triunfos de Hitler desde el otoño de 1939 al de 1941.

Hitler, en el verano de 1942, aún recolectaría victorias muy espectaculares entre el Don, el Volga y el Cáucaso. Pero las tentativas de grandes cercos no cuajarían ya. Como el toro, al que no se puede sorprender dos veces, el ruso había descubierto los lazos y cada vez los esquivaba a tiempo.

El último error soviético fue cometido en mayo de 1942 y acabo de poner en guardia a Stalin.

Sus tropas estaban pagando el lujo de tomar, prematuramente, la iniciativa. ¿Tal vez buscaban por encima de todo desorganizar la masa ofensiva alemana, en trance de hacer sus preparativos para iniciar, al sur, su ofensiva? En todo caso, en los primeros días de mayo de 1942, estuvimos a punto de quedar sumergidos, en el Donetz, por la avalancha

enorme de tropas soviéticas procedentes de la región de Kharkov y lanzadas hacia el Dnieper y Dniepropetrovsk.

Hundieron el frente alemán, se lanzaron adelante. Pero se limitaban a correr. Correr no basta para destruir. Los rusos no habían aún aprendido exactamente el mecanismo de las tenazas de cerco. Nosotros les dejamos perderse en el vacío. Las divisiones alemanas y los voluntarios extranjeros, belgas, húngaros, rumanos, croatas, italianos, no perdieron la cabeza. Todos quedarían exactamente pegados a los flancos de la abertura enemiga. Y volvieron a cerrarse en sus retaguardias cuando Los soviéticos, por profundizar demasiado llegaron demasiado lejos, y de forma primitiva. De nuevo, como en 1941, varios centenares de millares de rusos fueron hechos prisioneros. Ninguna de sus unidades pudo escapar. Estábamos concentrados sobre los dos costados y a la espalda de la masa cogida en nuestras redes.

Fue para los rusos un gran desastre, que completo Hitler aprovechando esta terrible sangría de los soviets para dejarse caer sobre Orel, abriendo así a sus tropas el camino de las llanuras del Don, de Stalingrado y del Cáucaso. Stalin, definitivamente, se había dado cuenta de que estaba todavía lejos de igualar tácticamente a su vencedor. No se arriesgaría a atacar a fondo antes de que sus fuerzas no llegasen a ser muy superiores a las del Reich.

Entonces, solamente, podrían compensar, por la fuerza del número, la superioridad táctica de los ejército blindados de Hitler, todavía aplastante en la primavera de 1942, pero que se reduciría a medida que los jóvenes jefes del ejército rojo, desembarazados de la ignorancia rutinaria de sus mayores, asimilarían, a fuerza de tiempo, de tesón y también de reveses analizados inteligentemente, la estrategia que había hecho de Hitler un vencedor y que acabaría por convertirle en un vencido.

Pudo creerse, en el verano de 1942, que Hitler, lanzándose hacia la extremidad sur de la Rusia soviética, iba esta vez a acabar definitivamente con el coloso ruso. Las rupturas de julio y agosto de 1942 habían sido absolutamente impresionantes.

Nosotros mismos, que participábamos en ellas estábamos embriagados de entusiasmo. Cabalgábamos á través de las llanuras magnificas del Don, donde millones de plantas de maíz y de girasoles, de tres metros de altura se extendían hasta la línea de un horizonte dorado. Franqueábamos nadando, con la metralleta al cuello, los ríos verdes de un kilómetro de ancho, al pie de colinas coronadas por antiguas tumbas tártaras y festoneadas de pámpanos de uvas a punto de sazón.

Progresábamos treinta y cuarenta kilómetros cada día.

En algunas semanas, el ala izquierda de la ofensiva había llegado a las proximidades de Stalingrado.

En el ala derecha, nosotros habíamos franqueado el Don, alcanzando los grandes lagos del Manich, estrellados durante la noche por millones de margaritas irreales dibujadas por la luna sobre las ondas. Unos camellos delineaban sus peladas jorobas patinadas como cuero viejo Un remolino de polvo, de decenas de kilómetros de largo señalaba las columnas de carros que seguían millares de jóvenes infantes. desabrochados los cuellos,

cantando a voz en grito en el verano ardiente. A principios de agosto, más allá de las aguas saltarinas del río Kouban, aparecieron ante nuestras miradas deslumbradas los picos gigantes del Cáucaso, de cimas blancas, brillantes como el cristal. En los calveros de los primeros bosques, ante cabañas de madera montadas sobre pilotes — para protegerse de los lobos en invierno— las mujeres armenias ordeñaban búfalas gigantes de cuello colgante como boa gris

¡Habíamos avanzado durante más de mil kilómetros! ¡Habíamos llegado a las fronteras de Asia!

¿Quién nos detendría ahora?

Y sin embargo, en realidad no habíamos llegado a ninguna parte, pues, si nosotros teníamos conquistado el suelo, no habíamos acabado con el adversario. Había huido antes de quedar prisionero en nuestros cercos. Se había desvanecido por todas partes.

Casi creíamos que no existía.

No se clavaría al suelo en tanto no hubiésemos llegado casi al fin de nuestra carrera, terriblemente lejos de nuestras bases, numéricamente reducidos: heridos, lisiados, enfermos, atacados de disentería, eran muy numerosos los que habían ido quedando inutilizados a lo largo del camino.

Iba a terminar el verano. Y fue solamente en ese momento cuando los rusos dieron la cara, en el momento en que las primeras lluvias de otoño caían en masas enormes.

¿Iba a pararlo todo por segunda vez el invierno ruso?

¿Iba a hacernos fracasar?

Lúcido, habiendo por fin comprendido que una sangría semejante a la de 1941 culminaría su perdición, Stalin habla vigilado con un cuidado extremo que sus tropas no se dejasen cercar en ninguna parte. Prefería perder mil kilómetros mejor que cinco millones de hombres como el año precedente. El espacio, en la guerra, es un acordeón. Va y viene.

Nosotros no habíamos conseguido conquistar más que el aire dorado del verano y un suelo desnudo.

Los railes de las líneas ferroviarias habían sido cortados cada diez metros. Las fábricas se habían vaciado de su material, hasta el último banco y hasta el último perno. Las minas de carbón ardían por todas partes en fabulosas masas anaranjadas que volvían locos a nuestros caballos. En los pueblos no quedaban más que viejos campesinos encorvados, campesinas piadosas y bonachonas, bellos chavalillos rubios jugando cerca de los pozos de madera. En las plazas públicas sólo nos esperaban las estatuas horribles, siempre las mismas, en cemento vulgar, de un Lenin con vestimenta de pequeño burgués y ojos de asiático o de tetuda deportista de muslos poderosos como vigas de hormigón.

La única resistencia sería, la encontramos ya demasiado tarde, completamente al final, justo en el que hubiera sido preciso terminar la conquista envolviendo los pozos de petróleo ante la frontera de Persia — objetivo real de nuestra ofensiva hacia el sur — en tanto que Paulus hubiera debido rechazar a los rusos al otro lado del Volga, convertido en frontera de Europa.

Pero, también allí, los soviets, repentinamente se habían clavado a la tierra.

He conocido; como tantos otros, el esfuerzo desesperado de estas últimas semanas, estas semanas en las que sentimos por vez primera que, tal vez, la victoria en Rusia, se nos escapaba, es decir

Rusia se nos escapaba. Habíamos llegado a cien kilómetros del Asia turca, a unos montes altos y salvajes, a bosques de encinas inexplorados, donde no se avanzaba más que a golpe de machete, acribillados de obstáculos, inundados por las lluvias de otoño. Los carros de combate ya no pasaban. Las bestias de carga ya no pasaban, o reventaban de hambre. Flageladas por las ráfagas.

Nos deslizábamos con enorme esfuerzo en aquellos bosques esponjosos, de eterna vegetación embarazados por las lianas y los matorrales espesos y picantes de millares de endrinos salvajes. Allí, los rusos eran reyes, habiendo preparado sus abastecimientos a tiempo, emboscados entre los zarzales espesísimos o instalados a caballo en las ramas de los árboles del enorme bosque. Nos tendían mil trampas, nos acribillaban invisibles, omnipresentes.

Las lluvias mezcladas con las primeras nieves, se abatieron en huracán. Destrozaron, a nuestra retaguardia, los puentes de madera que habíamos tendido sobre los torrentes durante nuestro avance. Era por ellos, y solo por ellos, por donde hubiesen podido aun llegarnos un reavituallamiento de fortuna y algunas municiones. Reducidos a nosotros mismos, vivíamos de la carne cruda de los caballos muertos hacía una o dos semanas y que las aguas turbulentas depositaban en las curvas de los torrentes. Con nuestros cuchillos los reducíamos, a fuerza de picarlos, a una especie de pasta negruzca. La hepatitis transformaba a los soldados en espectros: en nuestro sector, frente a Adler y Tuapse, y solamente en él, doce mil ictericos fueron evacuados en algunas semanas.

Nuestra Legión, como otras muchas unidades, no era más que la sombra de sí misma, reducida a la séptima parte de sus efectivos. Descarnados, estábamos encaramados a más de mil metros de altura sobre picos barridos por las tempestades, bajo los árboles retorcidos por los tornados otoñales. Los rusos reptaban durante la noche de tronco en tronco hasta llegar a nuestras guaridas inundadas de agua, que jalonaban nuestra línea de crestas. Les dejábamos aproximarse hasta dos o tres metros, y en la sombra librábamos combates atroces.

Los tiros de contención, durante el día, eran tales que los cadáveres de la noche anterior habían de quedar colgados en las raíces hasta que la cabeza se separaba al cabo de dos o tres semanas; bajo nuestros ojos sólo quedaban vértebras saliendo de la guerrera, superpuestas como collares de mulatas.

Pocos de entre nosotros habían de librarse de quedar heridos. Yo tuve el estómago abierto y el hígado perforado. ¿Qué hubiese podido hacer más que quedarme entre mis hombres, al borde de la depresión? No éramos más que despojos humanos, hambrientos e hirsutos. ¿Cómo, en ese estado, pasaríamos un segundo invierno cuando las nieves

hubiesen cubierto otra vez la cadena entera de los montes y todo el país que teníamos detrás?

Fue entonces, el 19 de noviembre de 1942, a las cinco de la mañana, al otro extremo del frente sur, al noroeste de Stalingrado, a la cabeza de puente de Kremenskaja sobre el Don, cuando millares de cañones soviéticos rugieron, cuando millares de carros se precipitaron a través de las posiciones del Tercero y Cuarto Ejércitos rumanos.

Una semana más tarde, doscientos treinta mil soldados alemanes habrían sido rechazados hacia Stalingrado en un cerco que no era, en realidad, más grave que otros veinte en los que los rusos se habían hecho prender con anterioridad. que incluso pudo haber sido roto, pero que la impericia y la apatía del funcionario puntilloso que era el general Paulus convertiría, en algunas semanas, en desastre.

La segunda guerra mundial llegaba a su gran ruptura.

La Alemania invencible de Hitler había sido vencido por vez primera. Acababa de bascular sobre la pendiente de la derrota.

La caída se prolongaría a lo largo de mil días antes de que el ultimo cadáver, el de Hitler, ardiese en Berlín bajo doscientos litros de gasolina, en el ennegrecido jardín de la Cancillería.

***León Degrelle***

## EL OUDIO MAS ALLÁ DE LA MUERTE

Estupor fue el sentimiento mas benévolo que provocó la lectura del decreto sancionado por el Rey de los belgas, por el que se prohibió que las cenizas de León Degrelle descansan en la tierra que le vio nacer y por la que combatió luchando contra los enemigos soviéticos de la civilización europea. Y si ese es el juicio mas benévolo, el mas justo, es sin duda, el del desprecio personal y colectivo, no solo hacia el gobierno, el ministro y el sistema que así manifiestan su odio político sectario hasta mas allá de las fronteras inapelables de la muerte, sino al monarca que titulándose Rey de los belgas -se suponía que de todos los belgas- accedió a sancionar con su firma un “ukase” tan lleno de impiedad como vacío de sentido y espíritu cristiano.

¿Como podrá tal rey reconciliarse con su conciencia y con la Iglesia Católica a la que pertenece, si ha sido incapaz de reconciliarse con su hermano muerto?, ¿Como podrá considerarse un rey cristiano?, ¿Como podrá, en fin, sentirse rey de todos sus súbditos?. Porque el sarcasmo de esta ridícula disposición sancionada por Alberto II de Bélgica reside en la presumida intención, varias veces reiterada, de alcanzar para el pueblo belga la definitiva “reconciliación”, después de haber transcurrido practicante medio siglo desde el final del conflicto que enfrentó y dividió a Europa.

Conflicto en el que Bélgica también resultó escindida, pues mientras que unos belgas – valones de la legión Valona y flamencos de la legión flamenca- luchaban contra el comunismo staliniano, otros belgas se aliaban con el.

Entre los que lucharon contra el comunismo estaban León Degrelle y los hombres de su Legión Walonia. Y entre los que fueron sus aliados, los partidos y el sistema que ahora condenan, después de muerto, al hombre que luchó con honor y para salvar el honor de Bélgica, frente al comunismo soviético.

Después de la victoria aliada que propicio la invasión de Europa y que las fronteras de la Unión Soviética se establecieron en el corazón de Alemania, el muro de la iniquidad que dividía Berlín y con Berlín a Europa, se derrumbo estruendosamente y con el todo el siniestro aparato de poder comunista basado en la delación, el terror y el crimen de Estado, demostrándose, con la fuerza de los hechos que, en la gran conflagración, quienes estaban asistidos por la verdad y la razón, eran los que lucharon contra el comunismo en las estepas rusas, mientras que la iniquidad, la traición y el crimen contra Europa fueron perpetrados por quienes estaban dispuestos a aliarse con el diablo, -según conocida frase de *Winston Churchill*- con tal de mantener vigentes sus inicuos sistemas políticos de corrupción y de injusticia.

Por eso resulta aun mas miserable y ridícula la decisión del Gobierno belga sancionada por el monarca. Porque, contrariamente a lo que pretenden, con su decreto lo que han conseguido es enaltecer aun mas la personalidad de León Degüelle, caudillo invicto en los frentes de combate de la guerra y en la prolongada guerra de iniquidades que durante medio siglo han mantenido contra el los sucesivos gobiernos de su adorada patria.

*No ocurrirá así con la triste memoria que la historia guardara de un rey débil, considerado incapaz por muchos de sus súbditos, que a su inconsistencia añade ahora la vergüenza de incurrir en complicidad con quienes, desde la tenebrosidad de su rencor, han intentado, inútilmente, apagar la llama viva de un alma ardiente que comparte su luz con la luz eterna del gran Creador.*

**[Real Decreto.  
de prohibición de acceso al territorio belga de los restos mortales de  
León Degrelle.](#)**

# *EL ODIO POLÍTICO*

¿Cambio?. Para cambiar eficazmente la política artística, habría que pensar mas en el arte y no tanto en maquinaciones políticas.

El odio por el odio es siempre imbécil. Hace cometer tonterías ¿Odio de que?. El hombre inteligente sabe, que hay muchas formas de actuación política y de doctrinas políticas, sean o no " democráticas".

El apoyo, el afecto, el consentimiento popular, pueden manifestarse -democráticamente-, según formulas muy distintas. Se puede escoger entre la democracia parlamentaria y la democracia de un jefe fuerte.

No creo en la democracia parlamentaria, con sus centenares de diputados, sin formación la mayoría de las veces y muy a menudo incluso sin capacidad. Una vez elegidos, la gran mayoría de ellos no servirán nunca para nada. Cincuenta diputados- o menos- bastarían perfectamente, en lugar de los 350 que hay en España o de los 500 de Francia.

Los gobiernos escogidos por los diputados, son sus rehenes. Un jefe de gobierno sometido a sus presiones, tiene que formar su equipo teniendo estrictamente en cuenta los diversos clanes de su partido, las representaciones regionales, las presiones mas diversas, incluso de los bancos -de los cuales ningún partido sobreviviría -, sin olvidar a los homosexuales, las arpías feministas, los energúmenos de todos los colores, que son, cada uno por su cuenta, reyes de la calle democrática.

Yo creo solo en la democracia del jefe, el que la masa elige porque le considera como el mejor. porque le gusta, porque sus ideas han convencido.

Un jefe responsable puede escoger a los colaboradores mas capaces de su país. ¿Que hombre de gran talla, con responsabilidades económicas y sociales de gran relieve, iria a abandonar un puesto privado de primer orden, para comprometerse en un equipo ministerial que puede, en cualquier momento, caer estrepitosamente al suelo? Ejemplo: Italia, con 51 gobiernos en cuarenta y cinco años. Ninguna industria importante podría seguir sin quebrar, en medio de semejante caos directivo. Con mayor razón, es imposible que resista un Estado en el cual cerca de 40 millones de personas tienen que desarrollarse.

Solo la democracia del jefe puede asegurar la continuidad del trabajo de un gobierno, seguir un plan que asegura años de reformas nacionales, desarrollar hasta su finalización las iniciativas fundamentales que reclama la transformación radical de un mundo totalmente nuevo. Un mundo en el cual es imperativo indispensable el dominio de la economía. Hay que hacer frente también al drama humano de un paro inacabable de mundos diez veces más poblados que Europa, con centenares de millones de seres hambrientos, dispuestos a un relevo pacifico o violento del mundo blanco, amenazado de aniquilamiento.

Aquellos que tendrán la terrible misión de salvar a Europa, nunca será demasiada la autoridad que ostenten, si quieren escapar al fracaso. No hay verdadera autoridad sin un jefe al cual el pueblo cofia libremente, por un tiempo largo, un poder real.

¿Culto de la personalidad? No. Sentido comun. Oponer una democracia, (La del rebaño) , a la democracia del jefe, resulta vano.

De todas maneras, en cualquier democracia, incluida la del rebaño, se vota por una personalidad. Se vote por un lider o por otro. Los demas no son mas que compinches. Para el gran publico solo cuenta el hombre fuerte en el que todos pueden confiar. Asi, finalmente una democracia se confunde con la otra, con la unica diferencia que la del jefe es franca y la otra disfrazada.

poder fuerte es el que hemos promovido nosotros, los llamados "nazis" "Nazi" es hoy un insulto. Y es en este sentido que lo emplean aquellos que nos lo echan a la cara. A lo largo de mas de un cuarto de siglo, buena parte de Europa fue fascista, y la otra estuvo a punto de serlo. Esta Europa sustituía a unos regimenes parlamentarios agónicos. Su fracaso había sido total y fundamental. Vino nuestra época, con las inmensas reformas sociales de Hitler, únicas en su tiempo, con el orden majestuoso de instituciones duraderas, con el consentimiento popular renovado en cada ocasión importante, gracias a numerosos plebiscitos organizados bajo la mirada, muchas veces hostil, de la opinión y de las prensa internacionales. Era una cosa bien diferente a cualquiera de los raros plebiscitos "democráticos" de hoy, sobre la OTAN por ejemplo. que son violados sin demora entre mil hipocresías y sonrisas.

Lo que siempre hemos buscado, primero de todo , fue la fraternizaron de las clases y la eliminación de las distintas luchas sociales. Nunca fuimos de derechas o de izquierdas. Para nosotros, un país no es el 50 por ciento de sus habitantes luchando rabiosamente contra el otro 50 por ciento, localmente estimulados por los partidos rivales. Un país es un pueblo y no dos mitades de un cuerpo electoral, dormidas durante cuatro años, despiertas durante tres semanas de campañas furibundas..

¿Teníamos razón?. ¿Eran los otros los que tenían razón?. Son problemas que hay que sopesar sin ceguera voluntaria y sobre todo sin ira.

Hemos vivido unas experiencias políticas y sociales inmensas en el curso de este siglo. Vale la pena estudiarlas y no tapparlas bajo un montón de basura.

Los que nos insultan ¿que saben del hitlerismo?, ¿de la reconciliación de las clases?, ¿De los millones de parados nuevamente con trabajo, en solo dos años?, ¿De las autopistas?, ¿del coche "Volkswagen" a disposición de cualquier obrero por cinco marcos a la semana?, ¿De la transformación obligatoria de las fabricas, con locales sanos, con piscinas, con campos de deporte?, ¿Del invento de las vacaciones obreras, prolongadas hasta veintidós días anuales (el Frente Popular francés, tres años mas tarde, no llego a mas de seis días)?, ¿que saben del genio militar con el cual Hitler dirigió o aguanto la guerra mas inmensa de la historia saben de la grandiosa tentativa de una Europa carnal, en el Este, de 1941 a 1945 y representada por seiscientos mil voluntarios no alemanes y de los cuales cuarenta y tres mil eran españoles...?.

Antes, los europeos nos ignorábamos. Un alemán no sabía lo que era un francés, un italiano no sabía lo que era un danés.

En el Frente del Este nos hemos conocido, belgas, franceses, holandeses, noruegos, daneses, bálticos, eslovacos, húngaros, italianos, croatas, rumanos, etc. En cuatro años de lucha tremenda, hemos participado de los mismos sufrimientos, hemos unido nuestra sangre en el furor de las batallas, hemos llevado fraternalmente, todos juntos, el mismo ideal.

Nunca la historia de Europa había conocido una epopeya común de semejante tamaño centenares de millares de voluntarios de veintiocho países distintos.

La "Grand Armée" de Napoleón, contó con doscientos mil soldados no franceses, pero también no voluntarios, y no vivió más que cinco meses. Nosotros, voluntarios desde el primero hasta el último, hemos constituido durante cuatro años, en el Frente del Este, un ejército europeo tres veces más numeroso que el de Napoleón. Fenómeno extraordinario que tiene que llamar la atención de cualquier historiador y de todos los que buscan una explicación a los acontecimientos políticos, sociales o militares que han marcado a Europa en nuestro siglo.

Solo el fanatismo puede explicar la rabia con la cual muchos se niegan a estudiar estos hechos históricos. No son capaces más que de replicarnos: ¿Y los judíos? Los judíos, desde 1933, estaban en guerra abierta contra la Alemania de Hitler.

El pueblo israelita—inocentes incluidos, como siempre—, tuvo que soportar las consecuencias de una contienda, que ellos mismos habían provocado en gran medida. También era bastante normal que en el curso del conflicto, cuando numerosos obreros extranjeros tenían que trabajar en las fábricas del Reich, se obligara a parte de la población judía a ocupar puestos de trabajo.

Lo han pasado mal? Todos durante la guerra lo han pasado mal. Los últimos meses fueron especialmente duros, cuando miles de bombarderos ingleses y americanos se dedicaban a destruir salvajemente las industrias, las vías de ferrocarril, las carreteras, imposibilitando las comunicaciones y el reavituallamiento de todos, alemanes y no alemanes. La aviación aliada exterminó, con bombas de fósforo, a cientos de miles de civiles, incluida una importante cantidad de trabajadores extranjeros.

El inmenso escándalo montado por la propaganda judía después de la guerra, fue y sigue siendo más una explosión de venganza y odio, que un sincero intento de buscar la verdad, no se conseguirá, hasta pasadas muchas decenas de años

De ninguna manera han muerto, como nos han explicado hasta la saciedad, seis millones de judíos. Los redactores de la publicación "*Le Monde Juif*" (Mundo Judío), el órgano de prensa más importante de los judíos en Francia, ya han rebajado esta cantidad ¡a un millón!. Bajara aun mucho más sino, como explicar que después de la II Guerra Mundial dos millones de judíos de Europa central -presuntamente exterminados-, hayan ido a poblar el nuevo Estado de Israel.

En Francia viven hoy 850.000 judíos en lugar de los 350.000 de 1940. En Madrid hay veinte veces más que en 1945.

Segunda duda: la existencia de las famosas ; "*Cámaras de gas*" en el territorio del antiguo Reich, no hubo ni una. El "*Institut fur Zeitgeschichte*" (Instituto de Historia Contemporánea) de Munich, bajo la firma de su Director, Dr. Broszat, notorio antinazi, lo ha reconocido públicamente.

Habrían existido estas "cámaras de gas" en los territorios ocupados del Este?. Los soviéticos no han permitido nunca a los historiadores consultar sus archivos. Hasta ahora se han podido conocer historias fantásticas y de credibilidad mas remota. En Francia, como en los Estados Unidos y en muchos otros países, catedráticos universitarios de la mayor categoría (como el Profesor Robert Faurisson, de la Universidad de Lyon, e hijo de una inglesa), no solo han formulado dudas, sino que han negado con argumentos únicamente científicos, la imposibilidad material de tales instalaciones.

Las enormes exageraciones judías, sus horripilantes películas, colmadas de falsedades, no ayudan en absoluto a la credibilidad de sus tesis. Su atroz persecución del pueblo palestino, su dominación armada en Gaza y Cisjordania, sus crímenes de Estado (el ultimo en Trípoli), han empanado mucho su imagen de inocentes ovejitas.

De todas maneras, las miserias de los Israelitas en el curso de este siglo- no solo las que sufrieron en Alemania, sino también en Polonia, en Rumania, en Hungría o en la Rusia soviética-, no fueron en absoluto una novedad. Los Reyes Católicos de España y sus sucesores, expulsaban a los judíos o los metían en sus calabozos, quemaban vivos a los que no abjuraban y muertos a los que abjuraban, en la Plaza de Atocha de Madrid en pleno siglo XVIII. No puede decirse que trataran a los ciudadanos israelitas con excesiva ternura. Tampoco el Rey San Luis en Francia, ni los Papas.

Antes de Hitler, la política ha conocido muchas crueldades, de las cuales se puede hablar algo mas Carlos V hizo cometer asesinatos muy poco evangélicos. A pesar de que, tiene su glorieta con arboles y fuentes en pleno Madrid.

Bonaparte, durante su expedición de Egipto, ordeno asesinar en Jaffa a tres mil prisioneros musulmanes, formalmente protegidos por un acuerdo de rendición. A razón de mil por día, se realizo la masacre al borde del mar; barcos de Bonaparte remataban en el agua a aquellos que intentaban escapar desesperadamente al exterminio. Lo que no impide que cada año millones de personas —entre los cuales se encuentran muchos demócratas españoles— vayan a recogerse, muy emocionados, cerca de la enorme lose de mármol de la tumba de Napoleón en la Iglesia de los Inválidos en París.

Gritar sin cesar: " nazi!", a nuestro paso sin admitir el menor examen objetivo de los hechos, no es historia, es histeria.

Cualquier persona razonable tiene que decirse:

***"Si no tienen mas argumentos que los insultos, esta claro que no pueden mas"***

***Leon Degrelle.***

## Entrevista con el General de las SS León Degrelle.

Realizada para el diario Poblé Andorre, pero que la redacción de dicho diario rechazó.

**P.a-** Hoy que se está votando el Estatuto para Cataluña es el momento de preguntar la postura del rexismo sobre las regiones ?

**Léon Degrelle.-** Nosotros siempre hemos dado una importancia enorme a las regiones, porque la región es la patria de verdad, donde se ha nacido, donde se ha cogido una cultura, una formación, una región es una cosa natural, y un estado unitario muchas veces es algo artificial y todos los países de Europa se han hecho de una manera artificial. Ahí tenemos el caso de Francia que ha ido a coger los flamencos, todo el norte de Francia son antiguos flamencos que se han arrancado a su patria verdadera que era Flandes; en el Este los alsacianos eran germanos, en el Rosellon eran catalanes, y en el centro de Francia los tenían distintos también.

En España es evidente que toda la civilización del sur es totalmente distinta de la civilización del norte, y ha forjado en época muy gloriosa de la península Ibérica, un foco maravilloso de civilización. Es decir si se concibe cada país, hay que ver en él lo que hace de verdad su riqueza espiritual. No hay que ver solamente los lazos que han armado las guerras, los acuerdos entre familias o los azares de la vida política, sino que hay que ver en que consiste la carne y la sangre de una comunidad, una comunidad nacional que podía tomarse de tal o tal manera... Es decir que nosotros pensando en la unión de los europeos en una gran unidad Nacionalsocialista en la cual la nación habría tenido siempre un papel menos reluciente y la parte social un aspecto siempre más grandioso, vemos que todos los Estados tenían el complejo de la unidad. La unidad no se opone a la diversidad, se puede tener un Estado unido, en base a dos puntos importantes, pero un Estados que se enriquece de la variedad de las distintas regiones. Y una vez que se superponía a los estados actuales una gran unidad europea con un jefe que podía dirigir, que tenía una autoridad popular, que se quedaba en el poder por mucho tiempo, y una vez que todos tenían como otro elemento de unidad una gran fe común, un gran ideal común, una pasión social común, lo que permitiría, una vez que el poder tenía fuerza, a cada región recobrar su personalidad.

Yo estoy convencido, aplastar las regiones, la civilización, la naturaleza, el carácter, las costumbres, hasta la cocina y hasta los vestidos, todo lo que hace que un pueblo sea característico, el eliminar todas estas cosas para llegar a una unión de asexuados, no es una solución. Fue el jacobinismo Francés el que montando las regiones ha hecho perder a Francia una gran parte de su riqueza, la más profunda.

Es decir que en un país como fue el mío, Bélgica, en el que los flamencos vivían según su personalidad y su cultura, y los valones según la suya propia, que en Francia del sur, del norte, este, u oeste otros pueblos puedan recobrar su vida milenaria, como el caso de los bretones, con su personalidad tan fenomenal, una fe cristiana extraordinaria que tiene dos mil años, que ha tenido su cultura, sus canciones, que toda esta cosa se haya eliminado, para convertirlos en una región pobre cuyos habitantes tenían que ir a

hacerse criadas, lo mismo que ha ocurrido aquí con los andaluces, que tuvieron una cultura extraordinaria... La unidad no es siempre una cosa buena, puede hacer inmensos destrozos, pero el gran peligro se devuelve a las regiones una gran vida personal, es si el estado es débil. Lo que tiene que unir las regiones en un país unido, los países en una Europa unida... todos estas cosas están a punto de derribarse, cuanto no hay alguien que represente el interés general. Cada región tiene su personalidad pero tienen sus intereses interdependientes. Un catalán no puede vivir solo, por ejemplo la mano de obra, han tenido que llamar a un millón de andaluces.. Al igual ocurre con la luz, pues hay regiones que tienen saltos de aguas que pueden generar fuerza motriz y otras, como Andalucía, no tienen... pero en cambio tienen frutales. Un mercado no puede limitarse a un región... hasta un país no basta. Las regiones son la riqueza espiritual fundamental de un país, pero cada una de sus regiones con su cultura, con su civilización, no puede vivir sin la confraternidad, y la confraternidades el catalán, es gallego, es vasco, es el andaluz, todos unidos en los puntos donde la unión no tiene que ser un dogma) corresponde a una necesidad.

P.a.- Si Hitler hubiese ganado la guerra ¿habría existido la posibilidad una Cataluña unida, la de Francia con la de España?

L.D- Nosotros estábamos llegando a la misma cosa en nuestro país Belga, el movimiento rexista, de acuerdo completamente con Hitler, habría recuperado el norte de Francia y Borgoña que pertenecían a nuestras regiones. Francia había cortado en dos Flandes, como había partido en dos al país catalán, y nosotros queríamos restablecer una unidad milenaria, la unidad de la cultura, la unidad de la lengua la unidad económica también. Lo mismo ocurría con el país catalán, es evidente que era una cosa monstruosa partir un país en dos. En una Europa unida es evidente que se habrían tenido que restablecer estas cosas, y es así que en el seno de las waffen SS, vivamos confraternamente un millón de muchachos de **28 países** distintos, cada uno con esta idea de restablecer la gran unión fraternal de todos. Que importa ya cambiar algo las fronteras en la estructura interna de cada país, cuando hay una fe común...

***Cuando todos los hombres se Den cuenta que más importante que su región, que más importante que su país es la gran unidad de los europeos, de los hombres de raza blanca, que han hecho la fuerza del universo, que han tenido la inteligencia, la gran clara, la cultura más enorme y la misma fe....La unidad es tan indispensable como la variedad. No son cosas contradictorias, son cosas complementarias.***

P.a- Para terminar con el tema regionalista, recuerda alguna anécdota o comentario de Hitler al respecto?

L.D- Si, Hitler que era un verdadero jefe, un hombre muy bueno y gracioso, con gran sentido del humor y muy afectuoso, Hitler que era un genio, todo lo veía el primero y el había visto enseguida la importancia de las regiones, hasta el punto de que en plena guerra, una noche me explico como establecía raciones distintas según las regiones: una región recibía mas harina, otra mas aceite, etc. porque la cocina regional pedía más condimentos de tal o cual tipo. En las grandes ocupaciones de la guerra, cuando tenía el mundo entero sobre sus hombros, que tenía que hacer fuerzas enormes, él pensaba en la realidad humana que es la región, que tiene el derecho de vivir según sus costumbres, y no sólo porque sea un derecho, sino porque es la fuerza viva de un país.

Un Waffen SS español, un francés, un holandés enseguida son camaradas, se han quedado con el mismo espíritu, porque sabían que tenían la razón, habían ido al fondo de los países, a la sustancia verdadera de las regiones, del patriotismo de verdad y se ha visto incluso esta colaboración con los musulmanes, de los que había sesenta mil. ¿Por qué los teníamos? Nuestro plan consistía en acabar también con el colonialismo.

***Hitler había tomado sesenta mil Waffen-SS musulmanes para dar la libertad a esos países, de la misma manera que hay que dar a una región la posibilidad de tener su vida particular y su riqueza interna.***

## FRANCO, JEFE DE ESTADO

*Franco*, era la calma y la eficacia.

¿ Era un genio ?

¿ Genial, Franco ?. Francamente no, Al menos en el sentido que esto comporta, en una proyección, en que un aspecto u otro desborda la desmedida. Caso típico de Napoleón. Caso de Hitler, en sus cargas a tumba abierta y sin medios suficientes a través de un Imperio Soviético incapturable, o en su plan de eliminar el anticuerpo judío, irrealizable universalmente, por tanto a rechazar políticamente.

Franco, al contrario, era un hombre absolutamente normal. Normal físicamente, bastante bajo, más bien regordete desde los 40 años, comía moderadamente, apenas bebía, no sufría de nada, ni siquiera de la terrible herida en el vientre que había encajado asaltando un monte marroquí de donde fue bajado conteniéndose los instentinos en su casco. Era infatigable recorriendo kilómetros, cazando, pescando. Su máquina corporal estaba bien hecha, rudo, sin florituras. Presidía el Consejo de Ministros durante ocho horas, diez horas, jamás cansado, no se levantaba nunca, mientras que sus ministros, más jóvenes, se les iban los ojos, nerviosos, hacia la puerta solemne, tras la cuál podrían, ¡al fin! aliviarse o fumar.

Franco era de sílex. La salud para un Jefe de Estado es un factor crucial. Richelieu de la cuál carecía, libró una lucha terrible con sus enfermedades, sin tregua perjudicado por ellas. Napoleón fue vencido en Waterloo tanto por su cáncer, que ya entonces le entorpecía, como por la impasibilidad de Wellington. Mussolini estaba paralizado, a menudo por su estómago deteriorado e Hitler pasaba a veces horas, en bata, mirando su poder burlado al final de un brazo que temblaba sin fin. Algunos meses antes de morir, Franco, pescaba todavía el esturión. Siempre, físicamente, salvo muy al final, fue tan normal y fuerte como un leñador de Galicia acumulando sus troncos de pinos.

Normal, lo fue también en el plano intelectual, era un empollón incansable: en la Escuela de Guerra, a la cabeza de sus primeros soldados, en la Academia Militar de Zaragoza, en el Alto Estado Mayor, no destacó jamás de modo extraordinario, pero les ganaba a fuerza de lucidez, constancia, tenacidad. Fue el general más joven de su época. Fue el más joven sin parar en todo. Pero sin florituras.

Me acuerdo de mi extrañeza cuando tuve el privilegio de estudiarle de muy cerca, en su Gran Cuartel General, en su modesta casa solariega próxima a Zaragoza, durante la Guerra Civil Española de 1936-1939. Con nosotros estaba su cuñado Ramón Serrano Suñer, entonces Ministro de Interior, más tarde de Exteriores. Ramón, brillante, de espíritu afilado como una espada toledana, apasionado por todo aquello que es cultura y belleza, proyectado políticamente hacia lo nuevo y audaz, pegado a su tiempo, me causó una considerable impresión.

- " El verdadero Jefe del Estado español es él " me dije. Cinco años más tarde, Ramón ya no existía ministerialmente hablando. Pero 39 años más tarde, el Caudillo, siempre de

excelente humor, levantaba aún al final de sus brazos cortos, las viejas tierras ibéricas completamente regeneradas por su inmensa acción. Ramón Serrano Suñer era ciertamente más genial, se habría, quizás, dejado arrastrar por la corrientes de la época, embarcando a España en la gigantesca pelea guerrera de los Fascismos. Quizás, también, el mundo hubiera cambiado por ello. Con Franco, ponderado como una tortuga, decidido a mantener a cualquier precio su país fuera de todo riesgo, el mundo no cambió, encontró sus queridos y viejos problemas democráticos. Y España no conoció sobresaltos que hubieran podido tal vez levantarla en determinados momentos internacionales, pero también abatirla para siempre.

Franco era ante todo un calculador. No avanzaba un peón sin antes haber sopesado y juzgado todo interminablemente. Un día, durante el último invierno de su " Cruzada ", me permití decirle:

- " ¡Dura mucho tiempo vuestra guerra! "

Y era cierto. Lanzando más rápidamente, con menos dilaciones sus tropas a la hoguera, Franco habría terminado su guerra un año antes. Pero no era éste su estilo. No lo fue nunca. Cada iniciativa no nacía de él más que al final de una muy larga incubación. Franco el Prudente. Prefería los inconvenientes de la espera a mayores o menores precipitaciones.

Él me miró pues, por el rabillo del ojo, por encima de su gran mesa de billar verde.

"Si León, me respondió. Es cierto lo que usted dice, pero no olvide esto, nosotros nos tomamos siete siglos para expulsar a los Moros, y no nos impidió sin embargo que les echásemos ".

Visiblemente estaba dispuesto, si la prudencia lo recomendaba, a emplear siete siglos, él también, para expulsar a los Republicanos.

Esta táctica no sólo le hizo ganar la guerra con un número mínimo de pérdidas, sino también, le salvo en 1945, cuando el conjunto de los Aliados se juramentó arrancarle la piel. El batacazo se evitó porque a lo largo de tres años supo capear pacientemente el temporal.

Esta paciencia aplicada le permitió, luego, transformar su país de arriba a abajo. ¿Lentamente otra vez?... Sí. Pero en treinta años hizo más que todos sus predecesores en trescientos años. ¡Entonces!...

Imperturbable, cualesquiera que fuesen las circunstancias, él sólo actuaba sobre seguro, no se excitaba jamás. Esperaba ante el vado todo el tiempo que hiciese falta, mientras franquearlo fuese arriesgado, pero lo franqueaba, sin embargo, cada vez, sin apresurar el paso, sin mostrar vanidad una vez el vado estaba franqueado.

¿Cómo trataba él a aquellos que le rodeaban?

Su método era invariable: tiempo, cálculo, prudencia. Le gustaba elegir como colaboradores a personas que conociese de mucho tiempo atrás. En especial militares, que él podía tener mejor entre sus manos, ligados a él por la disciplina de los cuarteles y que devolvía su puesto, sin problemas, el día en que su colaboración personal ya no le interesaba particularmente. Una condecoración, un saludo, el General o Coronel

guardaba su gorra, su sable y partía, boca cerrada, hacia su nuevo destino, Ceuta, Lérica o La Coruña.

Los espíritus superdistinguidos sólo le interesaban si ellos podían tener ideas sensacionales, complicando a menudo las cosas y rápidamente perturbados por la vanidad. Prefería de lejos, la forma de Luis XIV, de los Grandes Servidores aplicados, que no le hiciesen nunca sombra. En cuanto a él no tuvo nunca que liquidar costosamente a un Talleyrand o Fouché.

En democracia, un hombre político, acosado por la oposición, debe mostrar en muy poco tiempo todas sus posibilidades, esa elección metódica de ministros sin brillo arriesgaría en estancar el Estado en la mediocridad. El hombre medianamente dotado por los dioses tiene necesidad de disponer de mucho tiempo si quiere dar toda su medida. Con Franco, se tuvo tiempo. Éste, en treinta y cinco años, nombró en total y para todo cien ministros diferentes. ¡La República francesa, entre 1919 y 1939, consumió más de mil!. Italia en treinta años de la postguerra y treinta y tres ministerios sucesivos, ¡con muchos más aún!. Sin que además los genios se destacasen especialmente.

¿De cuántos ministros franceses de entre-guerras el público se acuerda todavía?.

Franco, él, estudiaba los futuros ministros con la aplicación de un apostador de carreras de caballos. Nunca buscaba siquiera pescar un esturión multicolor. Elegía tras largas reflexiones un hombre sensato que conociese su trabajo, o en quién había descubierto un don especial muy preciso. Le mantenía en sus Consejos durante cinco años, ocho años, diez años. Una vez cada semana al menos, le hacía comparecer personalmente en su despacho del Palacio del Pardo. ¡Encuentro temible y temido!. Nada se le escapaba. El gran Servidor no podía permitirse un fallo en su documentación, un error en sus estadísticas. ¡Apenas le había saludado al retirarse, inclinado sobre una ficha, anotaba de inmediato sus impresiones!.

Cada viernes, todo el equipo pasaba, en Consejo de Ministros, un examen general.

Así cada uno de estos hombres medios, obligatoriamente aplicado en su sector claramente delimitado, vigilado firmemente, daba un rendimiento máximo durante sus años de esfuerzos constantes y de dirección única.

Cuando uno de entre ellos comenzaba a creerse un ser de excepción y parecía querer morder un poco de la gloria y el prestigio del único Jefe, o si, más simplemente, el tiempo, el cansancio, las costumbres debilitaban sus posibilidades creadoras, un cambio discreto de equipo liquidaba al colaborador que ya no le interesaba.

Franco no era brutal en sus maneras. Pero tampoco era un sentimental. Un motorista estruendoso llevaba al defenestrado un sobre sellado conteniendo agradecimientos amables del Jefe del Estado. A veces, el motorista llegaba incluso tarde. El ex-ministro del Movimiento, después de Justicia, Raimundo Fernández- Cuesta, uno de los grandes Barones de la Falange, me comentaba, él mismo, como conoció su destitución. Una mañana, su coche oficial tardaba en venir a recogerle a su domicilio. Impaciente, terminó por llamar al teléfono del Ministerio, su conductor no pudo sino responderle bastante apenado:

- "¡Pero, Señor Ministro, no sabe que el Señor Ministro ya no es Ministro!".

El sobre del motorista le llegó por fin un cuarto de hora más tarde.

Como a todos los salientes un Gran Cordón le fue concedido ceremoniosamente dos días más tarde. Pero era el fin, para siempre. Casi nunca, bajo Franco, un ex-ministro volvía a serlo. Un ministro de choque como José Antonio Girón, quien fuese el creador de la España social y que gozaba de una popularidad real ( quizás incluso le hacía sombra... ), esperó en vano durante diez y siete años para ser llamado de nuevo. Su vuelta hubiera satisfecho a las masas. Girón nunca fue reinvestido.

En esto, Franco era implacable. Pero un Jefe de Estado debe serlo. Nada debe conmover su corazón, dictar su elección, poner en movimiento su voluntad, si no es del interés riguroso del Estado del cual ha tomado la responsabilidad, según las normas que el ha juzgado las más adecuadas.

En efecto, Franco tenía corazón y era de una gran fidelidad a sus amigos. Pero para aquello que estaba a su cargo o era su misión, solos el fin y los resultados contaban. Los hombres eran instrumentos, medios de una acción, peones sobre un tablero. Se servía de sus colaboraciones pasajeras, inflexible y callado, no pedía la opinión de nadie, no comunicaba su opinión a nadie.

¿Jefe de Estado?. ¿Lo llegó a ser por vocación?.

Dudo verdaderamente que, Franco, de joven hubiese soñado con ser un político. Él soñaba primero, simplemente, a ser un marino. Sí, es así. No pudiéndolo ser, se conformó con la vocación de soldado. Y lo fue durante dos tercios de siglo de modo ejemplar.

Convertido, con sólo treinta años, en un gran jefe militar, se puso en contacto, de forma natural, con los grandes problemas que interesaban a este Estado que él pretendía servir con todas sus fuerzas, y que, ineludiblemente, conducían a la política. Las circunstancias agitadas : Alfonso XIII pasaba por los sobresaltos más diversos: monarquía liberal y desórdenes de partidos, dictadura esperanzadora del general Primo de Rivera, barrida en beneficio de la breve dictablanda de un sucesor indeciso, el general Berenguer, elecciones republicanas en las grandes ciudades. En seguida tras las cuales el Rey, renunciando a dar la cara, enfiló en plena noche en su coche de carreras hacia la costa mediterránea, después se embarcó en un barco para después diluirse en el exilio.

Luego, los grandes burgueses liberales de la República de 1931 fueron, como ocurre generalmente en estos casos, desbordados por los extremistas. Se quemaban los conventos, el pueblo se complacía en el estruendo de las tracas; la anarquía descomponía las fuerzas del Estado. Franco, joven director de la Academia Militar de Zaragoza, había visto esta obra de su predilección aniquilada, la República era poca cuidadosa de formar elites al servicio del Estado, y no de los partidos.

Pero incluso entonces, Franco no se permite más que una imprudencia limitada y además exactamente calculada: en la hora de los adioses, lanzó a España, por encima de la cabeza de sus cadetes despedidos, una llamada al patriotismo. Fue su primera intervención abierta a la política. Contenía el germen del programa que sería la base del

alzamiento nacional de 1936. Llamó la atención del país este joven jefe del cuál todos conocían las hazañas legendarias en África, del que se sabía en cuán estima le tenían los espíritus clarividentes del extranjero ( con treinta años, fue hecho Comendador de la Legión de Honor ). Este discurso tranquilo, neto, defendiendo firmemente los valores nacionales en peligro, fueron el golpe de inicio preliminar de su acción.

No obstante, durante los cinco años de la República, Franco se mantuvo al servicio del Estado sin plantar cara jamás. Cuando la República en peligro debió hacer frente a la rebelión feroz de Asturias ( en Oviedo los ultra-izquierdistas en armas exponían colgados de los ganchos de las carnicerías a los seminaristas todo desnudos, abiertos en canal como cerdos recién salidos del matadero municipal ) y que nadie sabía en Madrid como controlar a los amotinados, es Franco, Franco en persona, quien fue encargado por el régimen democrático de reprimir esta sublevación que desestabilizaba los cimientos de la República.

Él no participaba en complots. Nunca mantuvo más que distantes contactos, breves, más bien fríos con José Antonio Primo de Rivera, jefe de la Falange, diputado elegido legalmente, de todos modos , según los cánones los más democráticos. En efecto, los caracteres y los puntos de vista no coincidían. José Antonio era un revolucionario y poeta. Franco un pragmático, realista.

Decir que Franco no fue nunca fascista, siquiera en el momento del alzamiento de 1936 es del todo inexacto. Franco no era en absoluto un teórico o un profeta, sino lisa y llanamente un patriota bien pensante. Esta es la verdad. Su proclama al pueblo español, en la mañana del 18 de julio de 1936 bien podría ser firmada en Francia por un Coronel de la Rocque. Él se levantaba contra la intolerancia de la República masónica, contra las violencias marxistas que hacían imposible la cohabitación nacional, contra el desorden de la calle y la anarquía del Estado. Él ya no podía soportar más esa república de izquierdas que conducía a España al desastre, reclamaba el regreso al orden, llamaba a sus compatriotas al hermanamiento, a la justicia social, a la unidad nacional, era la honestidad patriótica, muy vibrante, pero en absoluto una llamada a una revolución del estilo de Mussolini o Hitler.

Él aceptaría más tarde algunos apoyos militares, limitados, de los regímenes fascista y nacional-socialista. Pero, en la doctrina, estaba lejos de ellos. Admitiría, con el tiempo, ciertas fórmulas al estilo de estos países, pero en el fondo, se mantendría siempre en las realidades de un patriotismo español bastante conformista.

Nada en su mensaje decisivo de mediados de Julio de 1936, tenía acento falangista. La palabra Falange ni siquiera se empleó.

Cuando Franco se convirtió en el Jefe del Nuevo Estado el 1º de Octubre de 1936, José Antonio vivía aún. No sería fusilado en Alicante por los Republicanos más que siete semanas más tarde. ¿Podría haber sido liberado?. ¿Intercambiado?. Es todavía un misterio... La impresión de algunos es que su regreso al bando de Franco hubiera provocado más bien un embarazoso asunto. En todo caso, incluso antes de que hubiera muerto, su lugar había sido definitivamente ocupado por Franco, a pesar de los esfuerzos considerables de los falangistas en los campos de batalla y que el ideal falangista había sido, desde el 18 de Julio, el motor de la acción de los Nacionales.

A la prudencia, Franco sumaba el ardid, la astucia.

El verdadero jefe del golpe de estado del 18 de Julio de 1936 había sido, en realidad, el General Sanjurjo, y no Franco. Éste no se unió a su plan más que in-extremis.

Sanjurjo se estrelló sobre un muro al despegar de su exilio portugués en una avioneta sobrecargada de maletas donde se amontonaban demasiados uniformes resplandecientes. El General Mola, el alter-ego de Franco en el Norte de España, buen soldado, pobre político, se asustó en seguida de la idea de asumir las responsabilidades de Estado. Quedaba José Antonio, el precursor convertido en un mito tras los barrotes de su prisión en zona republicana. Descartarle en ese momento era casi impensable. Por eso fue necesaria la sutilidad secreta de Franco para atraerse a los Generales de la sublevación, sus iguales, a confiarle el poder antes que José Antonio hubiera reaparecido. Hubiera bastado que la astucia de los republicanos hubiera sido tan aguda como la de Franco para que José Antonio, liberado hábilmente, no tomase rápidamente en Burgos los tintes de un rival, rival doctrinal y místico, temible, y que se enfrentasen unos contra otros, los diversos clanes nacionales.

Los generales que debían decidir, apenas estaban convencidos, algunos estaban celosos de la promoción inaudita de su joven colega. ¿Por qué él? ¿y no ellos?, Franco, hablaba menos que nunca, colocando delante a dos o tres de sus fieles, obtuvo finalmente de sus compañeros, tras dos jornadas de intercambio de puntos de vista bastante duros, la Dirección Militar Única, después la "Jefatura del Gobierno". Pero esta palabra, que limitaba el concepto político del poder, su hermano Nicolás, de un plumazo, la transformó, en la misma imprenta del Diario Oficial en "Estado".

Venía a ser así el Jefe del Estado. Pero un jefe todavía poco seguro. José Antonio estaba todavía vivo en su calabozo. Los generales no manifestaban más que un entusiasmo mitigado. La Falange no le concedía más que un apoyo relativo. Sin embargo, este primer Octubre de 1936, acababa de ser ejecutado el verdadero Golpe de Estado que le aseguraría a Franco un poder virtualmente absoluto durante cuarenta años, mientras que aún, ese día, políticamente, no era aún más que un principiante, no preconizaba sino una doctrina bastante conservadora, sin impulso revolucionario.

Todo estaba por hacer y todo se hizo, paso a paso. ¡Con que maestría Franco no iba a aplicarse!. Silencioso casi siempre, acechando cada presa de forma hábil para no perjudicarla, temporizando, concediendo, componiendo, dosificando, justo lo suficiente para granjearse comparsas reacias, sin la palabra de más que hubiera podido perjudicar a la hora en que la concesión dejaba de ser útil, sabiendo que la posesión de la fuerza es, sin embargo, lo esencial en la hora decisiva, en la hora cuando hay que no unir, pero si soldar los adhesiones.

No habían transcurrido seis meses cuando todos los movimientos políticos que constituían las palancas populares de la sublevación, la Falange, los Requetés, los Monárquicos, fueron forzados a la fusión. De buen grado, de mal grado. Más bien de mal grado que de buen grado, puesto que el jefe de los monárquicos tuvo que exiliarse en Portugal, y el sucesor de José Antonio, Hedilla, que había refunfuñado, escapaba por poco al paredón e iría, durante numerosos años a conocer las más amargas prisiones.

Franco apenas apareció en la batalla, empollándose rápidamente en el húmedo jardín del Obispado de Salamanca los Doce Puntos de la Falange, mientras que Serrano Suñer

redactaba las órdenes de unificación y, complementariamente, ¡las órdenes de arresto!. Franco se adjudicaba así la autoridad suprema sobre este movimiento unificado que quedaría siempre bastante heteróclito pero aseguraba definitivamente su autoridad.

La gloria de los combates, después, la victoria difuminarían a los opositores. Casi callándose, Franco pudo meter en cintura a los discípulos a menudo recalcitrantes, aniquilar toda demagogia doctrinal, convertir las corrientes violentas u opuestas en ríos estables de una evolución política y social moderada, que siempre, desde de Zaragoza, fue su objetivo. De este Movimiento vagamente asexuado pero firmemente mantenido bajo control, Franco llegaría a hacer un instrumento de propaganda fácil de manejar, extremadamente eficaz, gracias al cuál, durante casi cuarenta años, mantendría la unidad de la nación y aseguraría el contacto con las masas, engendrando el más sumptuoso de los referéndums.

La habilidad para utilizar el Falangismo en favor del Franquismo fue extremo. Quien, hubiera podido todavía reprochar a Franco de haber contado en poco a José Antonio si le había tratado después de la guerra como nunca un Rey de España había sido tratado, como el primero de ellos, enterrado en El Escorial por encima de ellos. De José Antonio muerto - que dejó por tanto de ser un rival posible - se le convirtió en el profeta del Nuevo Estado, el frente ciñe laureles, entre rosas y estrellas, llevado en un cortejo fabuloso desde su prisión al corazón de Castilla en hombros de todo un pueblo, en una marcha nocturna cegadora de miles de antorchas.

Esta captación del Movimiento por Franco fue una obra de arte de sagacidad política.

La captación de sus dirigentes que constituían la base misma de la Nueva España sería también sutil. Franco les emplearía unos tras otros, o unos contra otros, sin jamás alzar la voz. Sus Ministerios prudentemente escalonados utilizarían de forma sucesiva, o simultánea, o contradictoria, todas las tendencias. Los Conservadores y los viejos Monárquicos canosos tendrían que hacer equipo con los jóvenes cachorros como Girón. Unos, que habían decepcionado, desaparecían por la trampilla de la desgracia. Otros, que se alegraban demasiado pronto de su importancia, se hundirían con la misma discreción. El Opus Dei alcanzaría el cenit gubernamental cuando Franco estimó útil su concurso; sería ensombrecido, sin que ningún grito vano resonase, el día en que este concurso se reveló comprometedor. Un Fraga Iribarne conoció una caída inversa, liquidado en el momento en que sus enemigos del Opus Dei habían provisionalmente vencido.

En efecto, nadie a Franco le importó nunca.

Franco no desdeñaba hacer ningún concurso cuando el elemento a utilizar le parecía interesante y eficaz. Utilizar. Es esto. Él utilizaba. Utilizó incluso a Joaquín Ruíz Jiménez, hoy el más marxista de los demócrata-cristianos, muchacho encantador, corazón noble, inteligente y vivo, que fue bajo Franco un excelente Ministro de Educación, el tiempo para Franco de sacar de él su máximo rendimiento.

Estoy convencido de que, de haber sobrevivido más tiempo aún y en buena salud, Franco hubiera sido perfectamente capaz de realizar con los mismos hombres que utiliza ahora el Rey Juan Carlos 1º una evolución "democrática".

Juan Carlos fue formado en todos los aspectos por él, a lo largo de numerosos años. Incluso en el instante de morir, Franco le renovó patéticamente su confianza, imploró a los españoles seguirle como le habían seguido a él mismo.

Franco hubiera sin duda preferido, en el fondo de si mismo, que España se mantuviese mucho tiempo aún con las Instituciones seguras que había creado para Élla y cuyo rendimiento había sido probado a lo largo de cuarenta años.

Pero para Franco el futuro del Estado dirigía toda reacción en prioridad. Oía las grandes críticas exteriores. Sentía que la España nueva que había forjado debería, más pronto o más temprano, adaptarse a esa Europa que la rodeaba. El hecho que, desde 1974, eligiese él mismo, con pleno conocimiento de causa, como último Jefe de Gobierno, un Carlos Arias decidido a rejuvenecer las Instituciones, a dar formas más directas de representación popular a hacer participar plenamente a España al proceso de unificación de los pueblos europeos, está perfectamente claro. Franco, con ochenta años, comprendió que no asistiría a esta transformación profunda. Sin duda incluso temía que disturbios graves acompañarían a España, o que el resultado de la evolución se revelase defectuoso, como se reveló bastante defectuoso la edificación europea actual, privada de un gran impulso idealista.

Pero el hecho que Franco, a dos años de su muerte, tuviese interés en poner delante, tras una madura reflexión, un Carlos Arias del cuál se le conocía el plan reformador y que había llamado la atención de su pueblo sobre un Fraga Iribarne que nombró su embajador, después de haber sopesado la interesante personalidad a lo largo de ocho años durante los cuales fue su Ministro, dice mucho sobre la firmeza cívica del viejo jefe.

Sin ilusiones vanas, con pesar quizás incluso, pero de forma deliberada y metódica, Franco preparó así una sucesión que significaba la inevitable mutación de su obra, mutación de la cual él sabía que debería incluso, más o menos, soltar las amarras durante algún tiempo si quisiese, como él mismo lo había hecho en 1945, para tranquilizar en el extranjero las reacciones irracionales.

"Todo está bien atado". Todo está bien amarrado, Tales fueron, casi sus últimas palabras.

Sin el valor que este Jefe de Estado tuvo en abrir, con sus propias manos, las compuertas de un futuro del cuál él podía temer sin embargo, que pondrían en peligro su edificación, la España postfranquista hubiera podido languidecer en el aislamiento o incluso, a semejanza de Portugal, resbalar hacia el desastre. Fue quizás en esta humildad frente al futuro cuando Franco fue el más grande.

En el presente es casi temerario hablar de activos. La Europa izquierdista ha de tal forma ultrajado a Franco que, para volver psicológicamente a la situación y reintroducir España en Europa, será sin duda indispensable, durante algunos años, el hacer como si Franco no hubiera siquiera existido, mientras que, sin él, España hubiera sin duda permanecido, como en el curso de los siglos precedentes, un barbecho mísero, o bien, pasado bajo el control de los Soviets en 1939, hubiera apuñalado a Europa al fin de la Segunda Guerra Mundial.

El tiempo se encargará de aclarar amores y odios. Levantará objetivamente la estatura histórica de Mentor prudente, que, sin brillanteces vanas, con calma y constancia, sacó a su pueblo de los escombros del pasado polvoriento que le asfixiaba y lo llevó, en pleno renacimiento, a la vanguardia de una Europa hoy asediada. Mañana, ésta, desembarazada de sus complejos, sabrá agradecer a Franco este magnífico aporte físico, moral, económico, estratégico, puntos esenciales en su pujanza, y quizás incluso de su supervivencia.

**León Degrelle.**

## *HACIA EL PODER A LOS VEINTICINCO AÑOS*

Yo he visto, a los treinta y ocho años, saltar en mil pedazos mi vida de jefe político y romperse mi vida militar (general, comandante de un Cuerpo de Ejército).

¿Cómo, a los veinticinco años, se podía irrumpir tan joven en la vida de un Estado, y llegar al umbral del poder tan rápidamente?

Evidentemente, el éxito depende de las coyunturas históricas. Es un hecho que algunas de ellas no producen más que aburrimiento y ahogan toda vocación. En tanto que en otras, lo que es excepcional, surge, se acrecienta, se despliega. Si **Bonaparte** hubiese nacido cincuenta años antes, hubiera terminado sin duda su carrera como tripudo comandante militar de una ciudad provinciana. **Hitler** hubiese vegetado, sin la primera guerra mundial, como un semi burgués amargado, en Munich o en Lintz. Y **Mussolini** hubiera podido llegar a maestro en Romaña para toda su vida, o pasarla en la prisión Mamertina, conspirador impenitente, en los siglos somnolientos de los Estados pontificios. Las corrientes espirituales y pasionales, al igual que los ejemplos que animaban Europa hacia los años 1930, abrieron a las vocaciones y a las ambiciones horizontes excepcionales.

Todo fermentaba, todo estallaba: la Turquía de Atatürk — coloso impresionante de salud, que se juergueaba por las noches como un sargenton, y ejercía durante el día una autoridad omnipotente; el único dictador que murió con oportunidad, es decir, en su cama — al igual que Italia, en la que acababa de enseñorearse Mussolini, César motorizado. De un país anarquista y cansado, el Duce había, en algunos años, rehecho un país ordenado.

—*Si yo fuese italiano, seria fascista*— llegó a decir un día Winston Churchill.

El mismo me repitió esta frase una tarde, después de comer en el restaurante de los comunes de Londres.

Y, sin embargo, Italia le irritaba; se había atrevido a pasar del papel modesto que le asignaron las potencias, a país imperial, reservado hasta entonces en exclusividad al insaciable apetito y al orgullo británico.

El ejemplo de Mussolini había fascinado a Europa y al mundo como nadie había logrado hasta entonces.

Se le fotografiaba con el torso desnudo, segando las mieses en las marismas desecadas del Agro Pontino. Sus aviones franqueaban el Atlántico en escuadras impecables. Una inglesa se había precipitado a Roma, no para proclamar un amor histórico, como tantas otras, sino para descargarle muy poco amablemente una pistola cuya bala rozó un ala de su nariz. Sus "balillas" desfilaban cantando por todas partes. Sus obreros inauguraban impresionantes instalaciones sociales, las más clamorosas del continente por entonces. Los trenes italianos ya no se detenían en pleno campo, como en 1920, para obligar a bajarse al cura que había tenido la impertinencia de ocupar un lugar en él.

***Reinaba el orden. Y la vida. Todo progresaba, sin partidos para cacarear. Y sin conflictos sociales.***

Nació la Italia industrial, del ENI a la Fiat, en la que Agnelli creaba, por orden del Duce, un coche popular mucho antes de partir con los voluntarios italianos hacia el frente ruso donde, en 1941, luchó a nuestro lado en la cuenca del Donetz.

Esta Italia industrial que encontró su puesto en el mundo después de la muerte de Mussolini fue — y se olvida demasiado a menudo — creada por el Duce.

Su gran imperio africano iba a extenderse, en algunos años, desde Tripoli a Addis Abeba, sin que Mussolini se dejara intimidar por las protestas internacionales de países hipócritas que ya entonces estaban saciados y no soportaban la idea de que los países pobres tuvieran la insolencia de expandirse o, por lo menos, de saciar su hambre sin tener que emigrar miserablemente cada año, cien mil o doscientos mil estómagos vacíos hacia los bajos fondos de Brooklyn o hacia las soledades de las pampas sudamericanas.

En cada país, millares de europeos volvían sus ojos hacia Mussolini, estudiaban el fascismo, admiraban su orden, su vistosidad, el empuje de sus importantes realizaciones políticas y sociales.

—¡Se debería hacer aquí lo mismo!—, repetían, moviendo la cabeza. Innumerables descontentos y, sobre todo, toda una juventud sedienta de ideal y de acción, aspiraban a que alguien los elevase a su vez, como Mussolini habla hecho en su patria.

En la propia Alemania, el ejemplo italiano no dejó de ayudar a la historia de Hitler. Este, es cierto, se hubiera bastado a sí mismo. Poseía un sentido prodigioso de conducción de masas y de acción, un valor deslumbrante. Arriesgaba cada día su piel. Golpeaba, lanzaba ideas-fuerza elementales. Inflamaba a las masas cada vez más vehementes. Era, al mismo tiempo de una astucia y de una capacidad organizadora extraordinarias.

*Su padre había muerto prematuramente una mañana, atacado por la apoplejía, cayéndosele la cabeza en el serrín de un café. Su madre se consumió, tuberculosa, pocos años después. A los dieciséis años era huérfano. Y jamás le ayudaría nadie. Había de abrirse paso completamente solo. Ni siquiera era ciudadano alemán, y sin embargo, en doce años se convertiría en el Jefe del partido más importante del Reich y después, en su canciller.*

En 1933, era el amo; había llegado al poder **democráticamente**, subrayémoslo, apoyado por la mayoría absoluta de los alemanes y por un Parlamento elegido democráticamente, en el que los democristianos y los socialistas aprobaron, con un voto específico, la confianza en su gobierno recién nacido.

Plebiscitos cada vez más impresionantes reafirmaron ese sostén popular. Y aquellos plebiscitos eran sinceros. Después, se ha pretendido lo contrario. Es absolutamente falso. En el Sarre, provincia alemana hasta entonces ocupada por los aliados, que se instalaron allí desde el año 1918, el plebiscito fue organizado y supervisado por delegados extranjeros apoyados en tropas extranjeras.

Ni siquiera se autorizó a Hitler para hacer acto de presencia en la región durante la campaña electoral. Sin embargo, obtuvo en el Sarre exactamente el mismo voto triunfal ( más del 80 por 100) que en el resto de Alemania. Proporciones idénticas se dieron en Dantzig y en Memel, ciudades alemanas, también bajo control extranjero. La verdad es la verdad la inmensa mayoría de los alemanes, o bien estaban agrupados en torno a Hitler desde antes de su victoria, o bien, con un entusiasmo que crecía sin cesar, habían incrementado sus tropas, como lo hicieron millones de antiguos socialistas y comunistas convencidos de las ventajas de su dinamismo. Había creado millones de puestos de trabajo. Había inyectado una nueva fuerza a todos los sectores de la vida económica. Había restablecido por doquiera el orden social y político, un orden viril pero también un orden dichoso. El orgullo de ser alemán reinaba en todo el Reich. El patriotismo había dejado de ser una tara y se desplegaba como un estandarte glorioso.

Pretender lo contrario. afirmar que Hitler no fue seguido por su pueblo, es deformar groseramente el estado de espíritu de aquellos días y negar la evidencia de los hechos.

En el extremo opuesto. y exactamente por la misma época, la *España* del Frente Popular asombraba al observador extranjero por sus violencias absurdas y por su esterilidad. Mucho antes de perder la guerra militarmente el Frente Popular había perdido en España socialmente la guerra. El pueblo no vive de disparar los fusiles sobre los burgueses más o menos obtusos o sobre curas regordetes, ni sobre esqueletos de carmelitas desenterrados para ser expuestos en la calle de Alcalá.

El Frente Popular había sido incapaz — esto era, sin embargo, lo que importaba— de crear en España un esbozo, al menos, de reforma social. Nunca se repetirá bastante a los jóvenes obreros españoles que sus padres, entre 1931 y 1936, no conocieron bajo la jefatura de los rojos— entre los estruendos de los asesinatos y los incendios de conventos— más que salarios escandalosamente miserables, la inestabilidad del empleo, la inseguridad de cara a la enfermedad, al accidente, a la vejez.

El Frente Popular hubiera debido— ¡era una ocasión única de probar que los políticos de izquierda defienden al pueblo!— dar a la España obrera salarios que le hubiesen permitido vivir, seguros sociales que hubiesen garantizado materialmente su existencia, amenazada por el egoísmo capitalista, por las huelgas y por las crisis, que hubiesen asegurado a la familia del trabajador la seguridad en caso de accidente o de fallecimiento.

Socialmente, el Frente Popular fue un sangriento fracaso. En 1936 su fallo social y político frente a las realizaciones sociales, pujantes, siempre acrecentadas, del fascismo y del hitlerismo, saltaban a los ojos de todos los espectadores objetivos. Ello no podía más que dar mayor relevancia a los beneficios de las fórmulas del orden político y social frente a los fracasos de las fórmulas demagógicas, comunistas o socialistas, que se lanzaban en un Moscú sometido— y continuamente purgado— por Stalin o en un Madrid anárquico en el que el Frente Popular acababa, con cobardía de conejos, de secuestrar en plena noche y hacer asesinar a tiros por sus policías al jefe de la oposición, el diputado Calvo Sotelo.

En este ambiente, la crisis no podía menos de precipitarse en cada país de Europa. Me ayudó, es cierto, a plantar en un santiamén mi bandera sobre las almenas de la vieja ciudadela política, decrépita también en mi país, al igual que en todos los del continente.

Por supuesto, yo también había nacido para dar esa batalla.

La ocasión y las circunstancias ayudan. Despejan el terreno, pero eso no basta. Es preciso poseer visión política, sentido de la acción, precipitarse sobre las ocasiones, inventar, renovar su propia táctica sobre la marcha, no tener jamás miedo de nada y, sobre todo, arden por un ideal que nada detiene.

Jamás, a lo largo de toda mi actuación pública he dudado un segundo de mi éxito final. Quien ante mi hubiese manifestado la mayor reserva sobre el particular, me hubiese dejado estupefacto.

¿He dispuesto, por lo menos, de colaboraciones extraordinarias o de medios materiales imponentes?

De ninguna forma. En absoluto. Yo no he sido apoyado por ninguna personalidad, ni siquiera de segundo orden. Logré mi gran triunfo electoral de 1936 rebuscando candidatos por todas partes, sin respaldo financiero de ningún dirigente ni de ningún grupo económico.

Nací en lo profundo de las Ardenas belgas, en una aldea de menos de 3.000 habitantes. Vivíamos encerrados, mis padres, burgueses provincianos, y siete hermanos y hermanas, en el corazón de nuestras montañas. La vida en familia. El río. Los bosques. El campo. A los quince años había entrado, en Namur, en el Colegio de los Jesuitas. Desde entonces escribía. y hasta, alguna vez, hablaba en público. ¡Pero cuántos escriben y hablan! A los veinte años, siendo estudiante de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Lovaina, había publicado algunos libros. Sacaba una revista semanal. Mis publicaciones se leían. Pero, en definitiva, todo aquello era más o menos lo corriente.

Después, se aceleró el despegue.

Me hice cargo de una editorial de Acción Católica que se llamaba *REX (Christus-Rex.)*, del que nació el semanario REX que habría, en dos años, de alcanzar tiradas realmente fabulosas para la Bélgica de entonces: 240.000 ejemplares vendidos de cada número.

Había tenido que espabilarme.

Lanzar a lo largo y lo ancho de un país un gran movimiento político, parece a todo el mundo una empresa que exige muchos millones. Yo no tenía dinero, esa era la cuestión.

Comencé publicando a quemarropa dinámicos folletos. inmediatamente después de cada acontecimiento.

Redactaba el texto en una noche. Los lanzaba estruendosamente, como una marca de jabón o de sardinas, a golpe de imponentes pasquines pagados en la prensa de gran circulación. Rápidamente había montado un equipo de catorce propagandistas motorizados (las motos no nos costaban nada, compensando su costo con publicidad en mis primeras publicaciones). Corrían por todo el país, repartiendo mis folletos y entregándoselos a los directores de establecimientos escolares, a los que les gustaba embolsarse comisiones considerables confiando la difusión de mis papeles a su

muchachada. Los conductores de mis bólidos rugientes, también eran pagados únicamente en función de la cifra de sus ventas. Mis folletos alcanzaron rápidamente tiradas muy elevadas. Nunca menos de 100.000 ejemplares; incluso, una vez, 700.000 (fue un folleto sobre las apariciones de la Virgen en un pueblecito belga llamado Beauraing).

Así es que todo iba sobre ruedas.

Cuando apareció mi semanario REX, disponía ya, además de mis agentes motorizados, de numerosos grupos de propagandistas entusiasmados. Se bautizaron a si mismos *Rexistas*. Comenzaron la gran conquista directa del público, apostados, sobre todo, a la entrada de las iglesias y de los cines. Cada centro de propaganda de REX vivía de sus comisiones y subvenía, gracias a ellas, a todos sus gastos. Pronto fue nuestra prensa una fuente de ingresos considerables que cubría todos los desembolsos de nuestra actuación. Puede decirse que el fulminante desarrollo de REX se logró así, gracias a una prensa escrita con un estilo dinámico y vendida con un estilo dinámico, pagada por los lectores que financiaron totalmente la gran penetración del rexismo.

Nuestro combate me obligó urgentemente a crear un diario, el "*Pays roel*". Disponía de diez mil francos, ni un céntimo más. Con eso podía pagar la tercera parte de la edición del primer día. Fue preciso trabajar duro. Yo escriba por mi mismo lo esencial del diario, en unas condiciones inconcebibles. Mis textos representaban el equivalente a un volumen de 300 páginas cada quince días. Pero el diario logró profundizar en el ambiente, alcanzando, después de nuestra victoria, una tirada sensacional: en octubre de 1936 más de 200.000 ejemplares de tirada media diaria, verificada notoriamente cada noche. Su gemelo flamenco saldría a la luz poco después con el nombre de *Nieuwe Steat*.

Pero la conquista política de un país debe apoyarse sobre la palabra tanto como sobre lo escrito. Jamás se había visto, ni en Bélgica ni en ningún otro país, un movimiento político reuniendo sus auditorios sin que ello costase caro a los organizadores. Sin embargo, disponer de tales sumas, incluso de sumas mucho menores, resultaba materialmente imposible. Por tanto, era preciso llegar a los oyentes como había llegado a los lectores, sin ningún desembolso. Buscaría un público que no me costase nada. En los grandes mítines marxistas, se ofrecía en los carteles la contradicción pública, si bien es cierto que nadie acudió jamás a ella, pues cada uno tenía un gran cariño a sus huesos y a su integridad física. Yo me presentaba puntualmente. Cada noche estaba allí.

—¡Es es León!— murmuraba la masa.

Rápidamente me conoció un público considerable. Y los incidentes organizados para meterme en cintura me ayudaron poderosamente, aireados por la prensa. Mis huesos, aparte de una fractura de cráneo en 1934, se mantenían asombrosamente intactos. Mientras tanto, nuestros propagandistas, inflamados por su ideal, estimulados por esta acción directa y por estos riesgos, habían llegado a ser decenas de millares: Los muchachos más ardientes, las muchachas más bellas y mejor formadas. "El Rex-appeal", diría el rey Leopoldo.

Pronto pude montar mis propios mítines. Mítines que desde el primer día fueron de pago. Eso no se habla vista nunca, pero yo me mantuve en ello. Hasta la última noche

de las campañas electorales, el oyente belga aportó, cada vez, al menos, cinco francos por oírme. La explicación era clara: una sala cuesta tanto; la publicidad, tanto; la calefacción, tanto; el alumbrado, tanto; total: tanto; cada uno paga su parte; es simple y lógico.

Di así varios millares de mítines en tres años, varios cada tarde, de dos horas cada vez, normalmente, siempre con contradictores. Un día hablé catorce veces desde las siete de la mañana hasta las tres de la madrugada siguiente. Escogía las sales más grandes, como el Palacio de los Deportes de Amberes (35.000 localidades) y el Palacio de los Deportes de Bruselas (25.000). ¡Más de 100.000 francos de entrada cada vez! Llegué a dar seis grandes mítines, durante seis días seguidos, a los que llamé los *Seis Días*, por haber batido este récord en el mayor local de Bélgica dedicado a pruebas ciclistas: ¡800.000 francos de entradas! Alquilaba fábricas vacías. Monte al aire libre en Lombeek, a las puertas de Bruselas, un mitin al que acudieron más de 65.000 oyentes: ¡325.000 francos de entradas!

Este dinero me importaba poco. Como Jefe de REX, jamás toqué ni un céntimo en concepto de sueldo o, gastos de representación. El dinero no vale más que como un media de acción. Pero nosotros teníamos, gracias a nuestros procedimientos y sin abrir la bolsa, un segundo y formidable media de acción por todas partes. El resto lo hizo la imaginación. Nuestros propagandistas pintaban los puentes, los árboles, las carreteras. Incluso embadurnaron rebaños enteros de vacas que mostraban en sus flancos, a lo largo de las líneas del ferrocarril, las tres enormes letras rojas de REX, provocando el buen humor de los usuarios de los trenes, encantados por lo imprevisto del espectáculo.

En un año, sin apoyo de nadie, a fuerza de tesón, de sacrificios y de fe, entre algunos millares de jóvenes hablamos revolucionado toda Bélgica.

En sus pronósticos electorales, los viejos políticos no nos adjudicaban ni un solo elegido. ¡De un solo golpe, tuvimos treinta y uno! Algunos eran verdaderos críos. El que volteó electoralmente al ministro de Justicia en Renaix, tenía justo la edad mínima indispensable para presentarse a candidato. Hablamos probado que con voluntad, y sobre todo cuando un ideal poderoso se mete muy dentro de uno, todo puede derribarse y todo puede ganarse. La victoria se rinde a quienes quieren y a quienes creen.

Digo todo esto para alentar a los jóvenes ardientes que puedan dudar de su éxito. Pero, en realidad, quien duda de triunfar no puede triunfar. El que ha de forzar el destino lleva en sí mismo fuerzas desconocidas que tal vez sabios perspicaces y tenaces descubrirán algún día. pero que no tienen nada que ver con la maquinaria, física y psíquica, del ser normal.

*"Si yo fuese un hombre como otro cualquiera, estaría ahora tomándome una caña de cerveza en el Café del Comercio"* me había respondido Hitler un día, cuando comentaba con él, en tono, que el genio es normalmente anormal. Mussolini no era tampoco un ser normal.. Napoleón, antes que él, no lo había sido. Cuando las fuerzas anormales que le sostenían le abandonaron, su vida pública se abatió como un águila a la que siegan de un golpe las dos alas.

Mussolini, durante el último año de su vida— era evidente y era trágico— flotaba como una bahías desarbolada sobre un mar que la sumergiría en cualquier momento. Cuando

llegó la ola mortal, él no reaccionó. Su vida estaba acabada desde que las fuerzas desconocidas que le habían hecho, Mussolini habían dejado de ser su sangre secreta. La sangre secreta: eso es. Los demás tienen una sangre vulgar, analizable, catalogable. Llegan a ser. cuando tienen éxito, honestos generales tipo Gamelin, concededores de todos los hilos del estado mayor, que manejan con acierto; o políticos de cuello postizo, tipo Poincaré, meticulosos, aplicados u ordenados como recaudadores de contribución. Nunca rompieron un plato.

La humanidad normal desemboca, en su estadio superior, en especialistas en los temas, ya sean los temas el Estado o el Ejército, o la construcción impecable de un rascacielos, de una autopista o de un ordenador. Bajo estos espíritus normales que se han distinguido, pasta el inmenso rebaño de seres normales que no se han distinguido. La humanidad son ellos: algunos millones de seres humanos de inteligencia media, de corazón medio, de ir tirando medianamente. Y he aquí que un día, de repente, el cielo de un país es atravesado por el resplandor deslumbrante del ser que no es como los demás, del que no se sabe todavía exactamente qué es lo que tiene de excepcional. pero que tiene algo excepcional. Este resplandor alcanza, en las masas inmensas, fuerzas del mismo origen que las suyas, pero atrofiadas y que, al recibir el choque emisor, se reaniman, responden, corresponden en pequeña escala. sintiendo sin embargo su vida transformada. Son animadas, alzadas por fluidos que jamás habían alcanzado en su vida normal, y de las que nunca habían sospechado que transformarían su existencia.

El hombre de genio es ese formidable poste emisor y receptor, que puede llamarse Alejandro o Gengis Khan, Mahoma o Lutero, Víctor Hugo o Adolfo Hitler. Los genios arrebatadores de pueblos, los genios encantadores de colores, de volúmenes o de palabras, son proyectados en grado más o menos intenso, hacia destinos ineluctables.

Algunos locos también son, sin duda, genios; genios que se han deslizado, en el misterioso potencial del que un engranaje ha debido ser torcido o mal encajado al partir.

En definitiva, de esta clase de genios, los sabios, los médicos, los psicólogos no saben todavía casi nada. Pero un genio no se fabrica, no es el resultado de un enorme trabajo, sino que procede de un estado físico y psíquico ignorado hasta el momento, de un caso especial que debe producirse una vez de cada cien mil, o de cada millón, o de cada cien millones. De ahí el pasmo del público. Y el lado grotesco de los juicios emitidos por el ser banal sobre el ser extraordinario que le desborda en todo.

Cuando oigo a seres primarios emitir doctoralmente juicios olímpicos sobre Hitler, o incluso sobre Van Gogh, o sobre Beethoven o sobre Baudelaire, me dan ganas, a veces, de echarme a reír.

—¿Qué entenderán ellos?

Se les escape lo esencial porque no tienen en actividad esa fuerza-misterio que es la esencia del genio, sea del genio total al máximo voltaje. sea del genio limitado porque su poder de expansión está menos cargado, menos denso, menos enriquecido, o bien está orientado hacia un sector limitado. El genio, bueno o malo, es, querámoslo o no, la levadura de la pesada y monótona pasta humana. Una pasta que caería por si misma sin aquél estimulante. Esta levadura es indispensable. Y la Naturaleza no la proporciona más que muy avaramente. Y aún es indispensable que las circunstancias sean tales que

permitan a esas moléculas de vida superior fecundar la naturaleza uniforme, mil veces más considerable materialmente, pero que dejándola sola es vana, vegeta, no representa nada. Sin el genio que de cuando en cuando le transforma, el mundo sería un mundo de oficinistas. Solamente el genio hace que el universo salga a veces de su mediocridad y se lance hacia adelante. Apagado el resplandor, vuelve a la penumbra de la que solamente un nuevo relámpago le hará, quizá, resurgir un día.

Todo ello es lo que hace que la época de los fascismos, en la que lucieron genios auténticos, fuera cautivadora. En circunstancias excepcionales surgieron transformadores de pueblos que rayaron en lo excepcional. El mundo, gracias a ellos, conoció uno de los más extraordinarios giros de su historia.

—¿Ha salido todo mal?

¿Y nosotros qué sabemos?

la caída de Napoleón, también se creía que todo había salido mal. Y sin embargo, Napoleón ha dejado la humanidad marcada para siempre. Sin Hitler, ¿estaríamos, siquiera, como estamos, en el umbral de la explotación del átomo? ¿Existiría un solo cohete? Pues bien, el cambio radical de nuestra época arranca de ambos momentos.

La descarga del genio de Hitler, si bien ha provocado —y ello es todo un conjunto de circunstancias a analizar— catástrofes, no es menos cierto que ha aportado también una transformación radical en la orientación de la Humanidad. El nuevo universo, nacido del drama hitleriano, ha provocado, en algunos años, un cambio irreversible de las condiciones de vida, del comportamiento de los individuos y de la sociedad, de la ciencia y de la economía, de los métodos y de las técnicas de producción, cambios más considerables que todos los que aportaron los cinco últimos siglos.

Hitler puede no haber sido más que la carga de dinamita que ha provocado la explosión gigante de nuestro tiempo, desencadenando la transformación del mundo contemporáneo. Pero la transformación ha tenido lugar. Sin Hitler, puede ser que todavía continuásemos siendo durante cientos de años, los mismos pequeños burgueses estáticos que fuimos durante el primer cuarto de siglo.

Desde 1935, el encendido del satélite Hitler era inevitable. El genio es imparable. Durante la cuenta atrás, cada país iba a participar, a su manera, y a menudo inconscientemente, en esa transformación fantástica. Algunos se comportarían como polos negativos— por ejemplo, Francia y el Imperio Británico—; otros constituirían los polos positivos, cada uno de ellos acoplando piezas de la maquinaria de la que surgiría el mundo futuro. Pero en 1936, ¿quién hubiera podido adivinar que el mundo caduco en el que vivía iba a conocer una mutación tan absoluta. Hitler, renegando de las fuerzas desconocidas que eran su verdadera vida, ¿se daba cuenta exactamente del destino que le esperaba y que nos esperaba a todos ?.

Yo, como los demás, no veía todavía más que mi pueblo, al que extraer del marasmo político, al que salvar, tanto moral como materialmente. En 1936, el país, la patria, eran todavía el alfa y el omega de cada ciudadano. Un primer ministro francés como Pierre Laval, ¿no había pasado un solo día de su vida en Bélgica, a doscientos kilómetros de

París! Mussolini murió sin conocer el Mar del Norte. Salazar ignoraba el color del Mar Báltico.

Yo había estado, sí, en Asia, en África, en Hispanoamérica. Había visitado Canadá y Estados Unidos. Pero apenas hablaba de ello porque hubiera podido parecer poco serio.

De hecho, el espíritu internacional, e incluso el espíritu europeo no existían. El único organismo mundial, la *Sociedad de las Naciones en Ginebra*, era una vieja dama cotorra, en la que las gentes de buen tono hablaban condescendentemente. Había reunido durante veinte años los principales hombres de Estado europeos. Un Aristides Briand, ministro francés de Asuntos Exteriores, había entrevistado vagamente Europa. E incluso su concepción de ella era sumamente borrosa. Pero su caso era casi único. Europa, sin el fenómeno Hitler, hubiera quedado durante largo tiempo todavía tal como ella era entonces, cada país agitándose en los estrechos límites de su propio territorio.

En menos de tres años el viejo continente habría de mudarse totalmente. Casi no hubiera tenido tiempo de cerrar los ojos cuando el hongo de Hitler se abriría grandioso, pavoroso, sobre toda Europa. Su despliegue invadiría cada rincón del cielo, hasta el nivel del más lejano de los océanos.

***León Degrelle.***

# HITLER EL ARTISTA

Hitler era diferente del resto de los niños. Tenía una fuerza interior y era guiado por su espíritu e instintos. Podía dibujar con habilidad cuando tenía sólo once años. Sus primeros dibujos y acuarelas, a la edad de 15, estaban llenas de poesía y sensibilidad. Uno de sus más notables obras de sus primeros tiempos 'Fortress Utopia' (utopía de fortaleza), nos muestra que también fue un artista de una poco común imaginación. Su orientación artística tomó varias formas. Escribió poesía desde que era chico. Dictó una obra entera a su hermana Paula, que se sorprendió por su orgullo. A la edad de 16, en Viena, se embarcó en la creación de una ópera. Incluso diseñó el escenario, así como el vestuario; y, por supuesto, los protagonistas eran héroes wagnerianos. Mas que un artista Hitler fue por encima de todo un arquitecto. Cientos de sus obras son notables, tanto por su pintura como por su arquitectura. Podía describir de memoria y con todo detalle la cúpula de una iglesia o las complejas curvas del hierro forjado. Fue, sin duda, su sueño de convertirse en un arquitecto lo que le llevó a Viena a principios de siglo. Cuando uno ve los cientos de dibujos, bocetos y pinturas que creó en dicha época, así como su dominio de las figuras tridimensionales, le parece sorprendente que los examinadores de la Academia de Arte le suspendieran por dos veces consecutivas. El historiador alemán Werner Maser, que no fue precisamente un amigo de Hitler, criticó a sus examinadores: "Todos sus trabajos revelaban un extraordinario conocimiento y dominio de la arquitectura. El constructor del Tercer Reich dio motivos para que la Academia de Artes estuviese avergonzada.

¿Quién fue Hitler ? Primero y ante todo fue un artista. Un artista desconocido que nos sería presentado como un mal embadurnador de edificios, cuando en realidad, ciertos cuadros suyos, sobre todo aquellos que pinto durante la I Guerra Mundial, en el frente de Flandes y en el frente francés, son obras de arte de equilibrio de ideas de serenidad, de transparencia de colores. No hay grandes hombres que no sean, primero y ante todo, grandes artistas. Toda obra, sea o no política, que no realce el esplendor de la belleza, no es mas que un árbol sin raíces, presto a ser desechado por el próximo vendaval.

Artista, Hitler encuentra en el fondo de si mismo -ya que nadie le ayudará-, las grandes fuerzas nutritivas que la belleza necesita. Cuando el hombre esta poseído por la belleza, ¿que potencia no alimentara su fe? Entonces ya nada se le resistirá. En solo diez años, un pueblo entero se entrego en cuerpo y alma a Hitler.

*En mil años y hasta el fin de los tiempos. Hitler el grande, denominado los siglos continuara vivo.*

**Léon Degrelle.**

# HITLER EL HOMBRE

Hoy, para satisfacer a casi todo el mundo, debe proclamarse que Hitler fue un tarado, atiborrado de pastillas, que se lanzaba sobre las alfombras para devorarlas a dentellada limpia y que, además de todo eso, por otra parte, era un inútil que no servía para nada.

Bien; no me puedo retener...Tengo que manifestar lo que vi: Hitler era un genio brillantísimo. Estaba abatido, ciertamente.

Mostraba la palidez de quien, desde 1939 debía soportar todo un mundo a cuestas. Mas en su cuerpo era fuerte y su figura reflejaba la potencia deslumbrante de su espíritu.

Al contrario de lo que puedan afirmar cientos de ignorantes, Hitler fue el mayor genio militar que conoce Europa, tras desaparecer Napoleón. La planificación de todas las grandes batallas fue obra suya. Pero además, y antes de eso, fue el hombre de estado que logró proporcionar a su país la eficacia política, el espíritu de solidaridad y la prosperidad económica. De 1933 a 1939 hizo de un pueblo vencido y arruinado el más fuerte y más organizado de Europa...

Además de todo esto, fue un gran renovador social. Tan sólo él, en el mundo del siglo XX, ha conseguido eliminar el desempleo; ¡Dio trabajo a más de seis millones de personas!. Consiguió para los obreros, salarios elevados, condiciones decentes en el trabajo, casas bonitas, ocios sanos y organizados, automóviles asequibles, vacaciones pagadas, gran bienestar material, ayudas familiares, dignificaron del trabajo y respeto para los trabajadores en una comunidad popular reconciliada.

Estaba allí, con él, ante un fuego donde crepitaban las ascuas. Era un hombre sencillo, sin vanidades ni complejos. Su primera reacción cuando nos sentamos y contemplar mis botas rusas de grueso fieltro ruso fue comentarme: "Mañana deberá hablar en una empresa de Berlín donde le he organizado todo para que de una gran conferencia y no puede ir calzado de esa manera".

Mi uniforme estaba, más o menos, presentable, pero llevaba calzadas aquellas feísimas y toscas botas soviéticas. Me preguntó: "¿Qué número calza?". Contesté el 42. El usaba el 43.

Se levantó y de un armario sacó un par de botas tuyas, metió al fondo de ellas unos trozos de papel y me las dio para que me las probara. Me quedaban bien y quedé calzado con las botas del Señor de Europa .....Con Hitler era así como acontecían las cosas.

Era un hombre que apenas reparaba en las faltas de los que con él trataban; así en una ocasión en que estaba reunido con sus mariscales y para agasajarlos se levantó de la mesa y volvió con una botella de buen champán, en cada mano, dándoselas a los presentes y eso que el detestaba las bebidas alcohólicas.

Era un artista que sentía profundamente cualquier manifestación del Arte y se interesaba por todo lo bello, desde un cuadro o una escultura de mármol hasta un acto de heroísmo.

Sentía curiosidad por todo. Había leído una multitud de libros.

¿Qué eran, comparados con él, los hombres políticos del Occidente democráticos, impregnados de mediocridad?. Por ejemplo, Briand que pensaba que el Concilio de Trento, creyendo entender treinta, creía había sido alguna reunión de treinta personas famosa por algo... O un Laval que, enviado a Londres para visitar su torre, pregunto "¿Que torre?" ¿Quién se acuerda de un Deladier, de un Blum o de un Raynaud?. O, en Bélgica ¿de un Pierloto de un Guttstein?. Los jóvenes no tienen ni la más remota idea de quienes pudieran haber sido los tales citados. Pero de Hitler, quiérase o no: ¡Continuará, por siempre, en el recuerdo de los hombres!.

Allí, con él, pasé horas extraordinarias. Hitler me demostró ser un hombre tranquilo y serenamente satisfecho... Habló del Frente y también de Política. Todo lo que le decía, confirmaba aquello de lo que habíamos hablado tan extensamente en nuestro primer encuentro, 8 años atrás, en julio de 1936. Ambos entendíamos que, para construir Europa se precisaba reunir a todas las fuerzas del Continente...

*En aquél tiempo, el destino se forjaba a la sombra de una bisagra histórica.*

**Léon Degrelle.**

# **NUESTRO HONOR SE LLAMA LEALTAD**

*Palabras de Miguel Serrano.*

La lealtad a los nuestros, a los ideales, a la fe y a la esperanza, y a nuestros amigos y camaradas que entregaron sus vidas para preservarlos y defenderlos, haciéndolos así eternos.

Hace muy poco, en un día de tinieblas, en la fiesta de la luz de Ostara, en la Semana Santa, dejaba este mundo mi entrañable amigo y camarada belga, León Degrelle. Para aquellos que lo conocimos y para su propia esposa, parece algo increíble, porque él era inmortal, y lo decía: "¡El león no morirá jamás!". Así lo pensaban también sus camaradas de combate de la División Valona en el frente ruso, en la Segunda Guerra Mundial. En cien batallas, en primera fila, al frente de sus hombres, el General de las Waffen SS, Degrelle, era inalcanzable por las balas y los obuses; o bien, sobrevivía reponiéndose de las más graves heridas, para nuevamente ir al combate. Por ello, el Führer le condecoró con la Cruz de Hierro y, luego, con la Cruz del Caballero, la más alta condecoración impuesta por Hitler, quien declaraba: "¡Si yo tuviera un hijo, desearía que fuera como León Degrelle!".

En el exilio, en España, acaba de morir, justo en la semana de la Resurrección del Héroe. Tras la nigredo y la albedo, resucita en la rubedo, en el Domingo de Resurrección; Sontag, el Día del Sol y en un cuerpo de luz roja inmortal.

Hoy, junto con presentar la primera edición completa en castellano de la obra, también inmortal, del más grande genio de todos los tiempos, Mi Lucha, cuya edición hemos precisamente dedicado a "su hijo" en la gloria del combate eterno, le rendimos un homenaje a ese héroe, a ese camarada, a ese amigo, guía y ejemplo de las juventudes nacionalistas y nacionalsocialistas del mundo que jamás claudicara y mantuviera, con idéntica lealtad a la mía sus ideales hasta su último día aquí en esta envenenada tierra. Y en su recuerdo, hacemos llegar a su esposa, Jeanne, nuestro apoyo y aliento para que pueda sobreponerse a su dolor y tenga la fuerza necesaria para continuar divulgando los libros y la obra que Degrelle deja a su cuidado y de los camaradas que la ayudarán.

Sobre Mi Lucha se podrían decir mil cosas, citar tantos párrafos luminosos, vigentes cada hora, cada minuto de nuestros pobres días; sobre la inoperancia de la democracia, sobre la corrupción de los políticos, sobre la infamia del totalitarismo comunista y lo diabólico del capitalismo, triunfante hoy en la sociedad de consumo desatada, en la llamada "economía social de mercado" y en la usura legalizada con el interés del dinero. Porque —lo sabemos— fue el Nacionalsocialismo el único sistema, en toda la historia de los hombres en la tierra, que abolió el interés del dinero. Hitler decía: "Si yo te presto un ropero, tú no me devuelves ropero y media, sino el ropero; pero si un Banco te presto cien marcos, deberás devolverle ciento cincuenta y hasta doscientos, y de estos cincuenta, o cien, vive sin trabajar el usurero". Y junto con abolir el interés, fijó los

precios, de manera que hasta el final de la guerra jamás hubo inflación en Alemania, reemplazando el "patrón oro" por el "patrón trabajo". Así, un obrero en el Tercer Reich debió sentirse mejor y más seguro que un rey en otro país. Ese fue un paraíso y, por ello, porque lo era, debieron destruirlo aquellos que se sentían en peligro de muerte al ser abolido el caldo de cultivo del tejido cancerígeno, con la desaparición del interés del dinero y de la usura. Y para que nadie se acuerde de que una vez hubo un paraíso sobre la tierra, toneladas de mentiras y de infamias han intentado cubrir en vano esa cumbre del paraíso, ese monte de Parsifal. ¡Pero no lo lograrán, porque aún estamos nosotros, recordándolo! Y cuando también debemos partir, ¡Más y más batallones vendrán un día a recuperarlo, y a destruir la infamia y la mentira, para al final vencer!

En este libro maravilloso, que ahora os entrego en su traducción completa, se habla de la vida, de la guerra, del hombre y también de la muerte. Y se dice: "Héroe es aquél que sacrifica su vida en defensa de la comunidad, de la Patria, despojado de todo egoísmo personal". ¡Sí, porque héroe es aquél que, sin saber o sin creer que existe algo más allá de su yo y de esta vida, está dispuesto a entregarla para un ideal! Y hasta los dioses le envidian, porque ellos saben que son eternos y que no pueden morir. En cambio, el héroe, sin saberlo, lo entrega todo, hasta su propia eternidad.. . ¡Sí, camaradas, porque la sangre de los héroes llega más cerca de los dioses que la plegaria de los santos...!

Y León Degrelle decía:

***"Debemos todos nosotros estar preparados para lo más terrible. ¿La muerte, en medio de la humillación, no es, acaso, una forma de darse más todavía? El sacrificio no admite cálculos ni reservas. Si yo hubiera mentido, como nuestros enemigos, ¿a dónde habría llegado? Pero, sin embargo, creo, creo más que nunca, que sólo los idealistas podrán cambiar el mundo..."***

"Al final, el Alma es lo único que le queda al Alma. . . "

¡Sí, el Alma...!

Oí una vez a un escritor chileno decir:

*"Sé que nada me ha sucedido sino la vida, y que nada me sucederá sino la muerte".*

Pero yo sé que algo más que la vida me ha sucedido y que también algo más que la muerte me sucederá... Y esto también es válido para León Degrelle y para nuestro Führer, por supuesto, en cuyo cumpleaños os entrego esta revelación.

Heil Hitler!  
Heil León Degrelle!

# JOHN HAGEMANS



Nacido en 1914, de origen flamenco, pronto sentirá la llamada de la política. Rexista desde la primera época siempre estuvo involucrado en asuntos juveniles del movimiento. En 1933 sirvió como oficial universitario en el VI de Artillería, en su servicio militar. En julio de 1938 participo el primer campamento nacional de las Juventudes de REX en Notre Dame de Lombeek. Felizmente casado tenia un hijo llamado Erik. Movilizado en 1940, pronto volvió a asumir puestos de mando en las juventudes rexistas, cargo que ejercería eficazmente desde diciembre de 1940. Joven, universitario de Bruselas, y muy influido por las teorías del Verdinaso de Joris Van Severen, un teórico fascistas flamenco que aspiraba a reunificar los pueblos neerlandeses (Holanda, Bélgica y Norte de Francia). Según Degrelle John Hagemans era:

Ante todo un idealista, un inflamador de hombres, un poeta apasionado por la época de nuestras 17 provincias, un pintor igualmente magnifico ya fueran frescos de treinta a cuarenta metros cuadrados, ya fueran pequeños retratos y paisajes.... John Hagemans era un hilo de los Países Bajos hasta las uñas. Era un Nacionalsocialista cien por cien. Admiraba profundamente el Gran Reich. Pero quería entrar en la Europa germánica portando al viento la enseña, los "lansquenets" (soldados mercenarios europeos del siglo XV-XVI) flamencos y valones que portaron fieramente en sus tambores marcados con el águila imperial bicéfala. Era el círculo de Borgoña que avanzaba, como en los tiempos gloriosos y libres de Carlos Quinto y de la Paz de Habsburgo. "

En agosto de 1941 una delegación de las juventudes rexistas participaron en los juegos de verano de las HitlerJugend en Breslau y en el Congreso de las Juventudes Europeas de Viena del otoño de 1942. En marzo de 1942 se alistara en la Legión Valona junto a la gran mayoría de sus camaradas de la organización juvenil y unos 150 miembros de la misma.

Hagemans caerá en el frente, el 26 de agosto de 1942 en los enfrentamientos cerca del Cáucaso y siendo sustituido por un veterano suboficial de la Legión, rexista, Paul Mezzetta. Se publicara en 1943 un libro álbum fotográfico homenaje por parte de Ediciones rexistas de la Jeunesse Legionnaire.

***¡ REX VAINCRA !***

# LA BATALLA SOCIAL

P.— Usted, que era más que un político, se encontró también fuertemente comprometido en el terreno social. En 1936 Europa estaba muy agitada.

R.— Es verdad que la Europa de 1936, socialmente, estaba en ebullición. En Bélgica, a partir de las elecciones de 1936, una fuerte agitación sacudió a la clase obrera. En parte por causa mía. Había conmovido profundamente a las multitudes, había denunciado las condiciones miserables en las que las familias obreras vivían y los salarios de hambre que se les asignaba. Internacionalmente, el nerviosismo ganaba a todos los pueblos en 1936. En España Franco y el gobierno de izquierdas, impulsado por el comunismo, se enfrentaban sangrientamente. En Francia, el Frente Popular del israelita marxista León Blum acababa de conquistar el poder. En el verano de 1936 yo sentía agitarse los remolinos, adivinaba también por todas partes las maniobras de Moscú vivamente interesado en agravarlo todo, regando a nuestros países con rublos y armas e, incluso, como en Barcelona y Valencia, con millares de instructores siniestros.

Yo había multiplicado la acción rexista en las grandes zonas obreras belgas, singularmente en las cuencas rojas de Lieja y del Borinage, donde la situación económica de los mineros resultaba socialmente provocadora. Recorrí las barriadas populares y bajé a las minas de carbón. Existen todavía fotos en las que se me ve reunido fraternalmente con los mineros.

P.— ¿Cuál era su programa social?

R.— La alta finanza, dueña de la vida industrial del país, se agarraba a sus métodos estúpidos de bajos salarios, que originaban, de rebote, el estancamiento económico. Nosotros, socialistas sinceros, al mismo tiempo que patriotas sinceros— pues a nuestros ojos solamente la conjunción de la justicia social y de los imperativos del orden nacional podía crear la comunidad de clases—, no podíamos admitir que millones de nuestros compatriotas siguiesen despreciados en una situación inhumana, mal pagados, mal alojados, envenenados por la pestilencia de las fábricas, privados de asistencia social e incluso no respetados en su dignidad de trabajadores. Y eso únicamente porque lo exigía la insaciabilidad de su propio interés.

O ese supercapitalismo, corruptor político y aprovechado socialmente, se plegaba a la ley del interés superior, o sería implacablemente machacado. Sus intereses solo resultarían admisibles cuando se ajusten al interés de todos. Yo estaba dispuesto, si triunfaba, a someterlo con puños de acero. Entretanto, como no parecía entender nada, no quedaba otra solución que imponerle aquello que no quería conceder voluntariamente. Es decir, de forma inmediata, había que utilizar el arma de la huelga general, justa y necesaria en ese caso preciso.

El Rex sostuvo esa acción popular y la fomentó seguidamente con todas sus fuerzas.

P.— ¿Cual fue su acción en este sentido?

R.— Ciertamente no fue tan simple como puede pensarse.

Contaba, a pesar de todo, entre mis cientos de miles de electores y entre el millón de belgas que me seguían, con un número importante de burgueses de buena fe y una masa de fieles que procedía de la clase media, que también sufrían la crisis económica y eran igualmente víctimas de grandes injusticias. Pero para ellos un huelguista era en aquella época una especie de animal monstruoso que tenía todas las sinrazones y contra el que todo estaba permitido. Y he ahí que yo, joven de un media social «desahogado», como se decía, y además católico, mientras que el catolicismo oficial era bastante hipócritamente asocial, ¡hacia bloque con la masa obrera para apoyar, por medio de una huelga general, un movimiento reivindicativo!

Pues si, hice bloque con ella. Es cierto. Porque tenía razón. Porque la vida de la clase obrera, tal como estaba entonces impuesta por el capitalismo, era intolerable. Era intolerable que las masas obreras tuvieran que hacinarse en chabolas, apiñarse en sórdidas localidades, asfixiadas por la contaminación de las fábricas, sin pensiones mínimas, sin ayudas serias contra la enfermedad, los accidentes y la invalidez. La civilización burguesa era una civilización— si puede, a este respecto, emplearse esa palabra— absolutamente desnaturalizada y, aún más, inconsciente y nada inteligente, porque no tenía en cuenta realidades económicas fundamentales.

Al lanzarme a ese combate me lancé como un apóstol. Estaba convencido de que sólo ese levantamiento, pacífico por otra parte, desencadenaría finalmente resultados. Los magnates del supercapitalismo son, en general, más bien cobardes. Es preciso que sientan miedo. Sólo cuando se quedan morados como las ciruelas se muestran razonables.

P.— ¿Qué hizo usted con esos supercapitalistas morados?

R.— Pues bien, les agarré por el cuello.

Es cierto que en la hora actual existen grandes empresarios que forman, en la sociedad moderna, una aristocracia de la creación y de la acción, que han tomado conciencia de su responsabilidad social y de su propio interés, interés que se deriva, ineludiblemente, de la paz y de la colaboración de las clases. Esas elites contribuyen grandemente a la expansión de la comunidad. Pero se ha necesitado tiempo para llegar a esas circunstancias. En 1936 se estaba lejos en Europa de tal comprensión. La puerta cerrada había que echarla abajo como única solución.

Todavía hacia falta ganar la huelga general que apoyábamos. Esa era otra historia. No basta lanzar una huelga para que todo se arregle. ¿Cómo se pierden las huelgas ?

Era esencial para nosotros no perder, y para mí sobre todo, joven catalogado como de «derechas», cuando las huelgas eran hasta entonces un monopolio de la izquierda. Perder en un asunto como aquél nos haría quedar mal ante la masa obrera. Los activistas marxistas podrían gritarle: «Mirad, ya habéis visto actuar a vuestros nuevos salvadores. ¡Esos chavales no son capaces de nada! Sólo ganaréis con la izquierda, con los socialistas y los comunistas.»

P.— ¿Qué hizo usted para no perder?

R.— Para mí todo quedó en seguida claro. Había que derribar dos obstáculos: Las huelgas se pierden porque se tiene hambre, y las huelgas se pierden porque no se quiere ver a los crios desgraciados. Por tanto, había que asegurar a los huelguistas el alimento y también la tranquilidad en cuanto concernía a la chavalería.

Esos dos objetivos los resolví en unas horas.

Movilicé a todas las chicas rexistas de Bélgica.

Habíamos creado, desde el principio, nuestros servicios sociales; es decir todas las chicas rexistas que no tenían que trabajar para ganar su sustento debían ponerse al servicio del Movimiento. E incluso— algunos van a reirse— como sirvientas, como empleadas de hogar, tal como se dice hoy más ceremoniosamente. Toda familia numerosa obrera, rexista o no, podía pedir al Movimiento una chica para ayudarle. Enviábamos así todos los días por las cuencas obreras a cientos de chicas de la burguesía con el fin de que sirvieran en las casas obreras. Con carácter gratuito, evidentemente.

P.— ¿Era una táctica? ¿No era quizá pura demagogia?

R.— Nosotros nunca actuamos por «táctica».

Aquella decisión tuvo repercusiones considerables en ambos sentidos.

La chica acomodada, la hija del coronel, la hija del magistrado, la hija del médico, que debía salir a las seis de la madrugada en un pequeño tren hacia una chabola de Seraing o de Marcinelle, a limpiar traseros, arreglar la casa y ayudar a la mujer en todo, regresaba a su casa diciendo: «¡La miseria obrera es terrible! ¿Cómo se toleran injusticias semejantes?»

Por el contrario, la mujer del obrero, al ver a esas chicas tan sencillas que la ayudaban tan espontáneamente en todo, decía a su vez: «A pesar de todo, esos burgueses no son todos enemigos y hay gente muy amable entre ellos.»

A aquella juventud femenina tan magníficamente idealista la movilicé, desde el principio de la huelga, para hacer la sopa. ¡La sopa! En todos los barrios obreros se instalaba una gran olla. Cierta número de nuestras mujeres distribuían sopa toda la jornada, mientras las demás recorrían las casas más o menos amigas para obtener gratuitamente los ingredientes que permitían hacer aquella sopa consistente. Desde ese momento todos los huelguistas que lo deseaban tenían qué comer y podían aguantar físicamente.

P.— ¿Y los niños de los huelguistas?

R.— Si, Los niños de Los huelguistas representaban un problema capital. Había miles de crios en los poblados paralizados. Para ellos improvise algo que en aquellos momentos era casi inimaginable. En todo caso, nadie había pensado en ello: enviar a los hijos de los huelguistas de vacaciones.

Nunca el crío de un obrero, antes de 1936, iba de vacaciones. Ni tampoco sus padres. Las vacaciones obreras no existían. Sólo en 1938 el Frente Popular concedió a la clase obrera de Francia una semana de vacaciones, imitando un poco a Hitler que, en tres años de poder, había beneficiado al obrero alemán con una transformación social sin precedentes —construcción de cientos de miles de viviendas decentes, modernización de las fábricas, vacaciones desde 8 a 21 días, salarios incrementados en un 20 por 100— y construía para el pueblo enormes balnearios de playa y llevaba a las familias de los trabajadores a cruceros, en aguas de Noruega o Canarias en barcos espléndidos.

Lancé, pues, un llamamiento a las familias rexistas de la montaña y del litoral, pidiéndoles que invitaran a los chavales de los huelguistas. Debían acogerles en su casa como miembro de su familia y tenían que pagarles el viaje.

P.—¿Funcionó aquello?

R.— Fue un éxito absolutamente más allá de toda previsión. Yo mismo estaba en los andenes de salida cada día. ¡Había que ver el espectáculo! Las familias obreras llegaban por centenares; las madres socialistas o comunistas nos confiaban sus chavales, levantando el puño cerrado, a lo largo de los trenes especiales.

¡Imagínese, pues, a esos millares y millares de niños cuando llegaban al mar! No habían visto nunca las olas. Otros se dirigían hacia los ríos y las montañas. ¡Nunca habían visto ríos ni montañas! Sólo su sucio valle, su ciudad obrera ennegrecida, con las calles estrechas, repugnantes por el barro en invierno, polvorientas y asfixiantes en verano, y todas tan mugrientas.

Yo había dado la orden de que los chavales enviaran diariamente una tarjeta postal, explicando a su familia cómo se encontraban y lo bonito que era todo. La tarjeta postal lo probaba, además, ante los padres. Les ponía ante sus ojos maravillas tales como los barcos, los pescadores con su ropa de faena, los millares de escamas plateadas de las cajas de pescado, los arroyos tan limpios de las Ardenas, las vacas tranquilas y con sus ojos tan redondos como los de sus dueños, los tejados morados de pizarra, los campos que desplegaban su inmensidad verde bajo el largo cielo. Todo el vecindario estaba al corriente de cada relato, miraba, escuchaba y evocaba. El gran espejismo infantil hacía milagros. El corazón de la gente estaba tocado. Para los huelguistas, hombres y mujeres, era una aventura extraordinaria aquella en la que participaban sus críos por millares, instalados confortablemente al sol, mirando a los pescadores flamencos descargar los bacaladeros y a los campesinos ardeneses llevar sus caballos a los abrevaderos azules.

P.— ¿Y como actuó ¿usted respecto a los industriales y los grandes empresarios?

R.—Yo llevaba a cabo una acción directa todos los días: mítines de masas, dos, tres o cuatro grandes mítines cada tarde y cada noche ante diez mil o veinte mil trabajadores. Pero al mismo tiempo, y en la misma región en que hablaba a esas multitudes, yo iba—otra innovación—a vapulear a Los industriales.

Les explicaba: «Permitanme que les diga que lo que ustedes hacen no me parece muy sensato, incluso entendiendo que no tuvieran que tener en cuenta más que su estricto interés personal como empresarios. Naturalmente, no vamos a pedirles que echen por tierra su negocio. Pero no se trata de un limón, que da más zumo cuanto más se le

exprime. Si se le aprieta demasiado puede terminar aplastado. Un exprime-limones no es un martillo pilón. Cuanto mejor marche el negocio y se lleve con más firmeza y seguridad, mayor será la de los que trabajan en él y ganan allí su pan.

Pero el temor ante la perspectiva de tener que fijar bases salariales más favorables y el oponerse a medidas sociales que se consideran demasiado atrevidas, aunque sean justas e indispensables, hacen correr el riesgo, a la postre, de que los limones se pudran. Sólo en la medida en que los trabajadores, sin poner a la empresa en apuros, puedan ganar más, les producirán más y también ganarán más ustedes, porque, directa o indirectamente, los obreros son sus principales compradores. De su moral depende también el aumento de la productividad. Lo que reclaman concuerda, pues, en todos los aspectos, con los intereses de ustedes.» Y luego añadía: «¡Vamos! ¿Son ustedes patriotas? Y la patria, ¿qué es sino el conjunto de los que viven en ella? Esas personas son ciudadanos como ustedes. Ustedes son hijos de la misma patria. »

Y a los que eran cristianos les manifestaba: « ¿ Son ustedes cristianos ? ¿Esos obreros no son acaso sus hermanos? ¿No pueden ustedes practicar con ellos la virtud de la fraternidad? ¿Qué es la religión sin la fraternidad?»

Obtuve resultados sorprendentes, porque entre los empresarios— aparte de algunos grandes poderosos del dinero que trataban cada vez que podían de poner a sus pies a toda la vida económica— se encontraban estupendos y capaces industriales, gente que antes no había apenas entrevisto la cuestión social y su aspecto humano, pero que, cuando se hablaba con ellos del tema, no se crispaban ni seguían aferrados a un conservadurismo inamovible.

P.— ¿Logró usted obtener algo más que vagas promesas?

R.—Le voy a citar un ejemplo de particular relevancia: el del conde, entonces barón, de Launoy. Ese barón había sido, y lo seguiría siendo durante mucho tiempo, la primera potencia industrial de Bélgica. Era, entre otras cosas, el gran patrón del acero. Olía más a tiburón que a cordero. Y yo nunca le traté con contemplaciones. Pero él comprendió en seguida, porque sin duda los asuntos sociales eran, a su entender, simples negocios, y también mis argumentos de colaboración entre las clases en la *abundancia* debieron llamar la atención de ese manipulador inteligente de bienes y de seres humanos.

P.—¿Cuál fue su reacción?

R.— Llego a verle. Le lanzo mi discurso durante veinte minutos. Se pone en pie detrás de su mesa de despacho.

«Lo encuentro perfecto. Todo lo que tengo aquí' es para usted.»

Abre su caja fuerte, que la tenía camuflada tras un cuadro de pintor famoso y me dice: «Ahí está, cójalo.»

Pero, ¿cómo iba a llevarme esa fortuna? ¡Los billetes formaban un bulto como una piña de plátanos!

«Voy a buscar para usted una maleta», vuelve a decir de Launoy, muy tranquilamente, y durante unos minutos trasvasamos la mina de oro. Había allí dos millones cuatrocientos mil francos, y francos fuertes, ¡de aquella época! No había visto tantos juntos en mi vida. Me fui a la calle hasta la estación con mi maleta de supermillonario.

Después de eso no había ninguna duda; el caso estaba claro y la masa obrera debía ganar. Ya comía. No temblaba por sus críos. Los empresarios empezaron a darse cuenta y aquello acabó en tres semanas. La huelga había terminado, y se ganó.

P.— Y los comunistas, ¿le dejaban entrar en su propio terreno?

R.—No estaban entusiasmados, como puede figurarse. Se ponían furiosos nada más oír mi voz.

Los socialistas estaban satisfechos con los acuerdos finales. Eran más moderados y, de todos modos, apenas podían excitarse, porque la alta finanza les tenía cogidos por el gaznate, a ellos también, tras el desastre de la Banque du Travail, en el que centenas de millones del ahorro obrero habían sido engullidos. Tratando de copiarnos, o de cortarnos la hierba bajo nuestros pies, Spaak, su ministro más conocido, lanzó ya entonces lo que se llamó el Socialismo-Nacional. Socialismo-Nacional o Nacional-Socialismo ¡era más bien lo mismo! Una simple inversión de palabras. Y ni siquiera eso, pues en alemán el adjetivo precede al sustantivo. La traducción fiel del «National-Socialisme» de Hitler era «Socialismo Nacional».

Herri de Man, presidente del Partido Obrero Socialista belga en 1936, hubiese querido, en equipo con Spaak, realizar ese cambio en el sentido del rexismo. Tendría que esperar a la invasión alemana de mayo de 1940 para ir más lejos que nosotros y convertirse en nacional-socialista e hitlerófilo auténtico, proclamando la disolución del Partido Socialista, del que era el propio presidente. Se declaró incluso dispuesto a constituir conmigo un gobierno iconoclasta, como le contaré a su debido tiempo. Esa combinación era la única fórmula que podía reconciliar al pueblo con el conjunto de la nación. La desgracia es que de Man sólo se arriesgó a mojarse cuando la ola alemana había inundado Bélgica y la engulló por completo.

P.— Volvamos a los comunistas. ¿Cómo reaccionaban cuando usted iba a las fábricas y a los barrios obreros?

R.— Los comunistas sabían bien que de nosotros no podían esperar nada. Yo había lanzado una campaña nacional: Rex o Moscú. Nunca había admitido y nunca admitiría al comunismo.

El comunismo mata la vida de las conciencias y no permite a un ser humano ni respirar. Además, económicamente, ha fracasado por completo. Parece magnífico que los hombres se repartan todo y que no haya más que un solo bolsillo, el del colectivismo. Pero el hombre tendrá siempre el gusto por el lucro.. El más pobre de los proletarios piensa en ganar más y no en quedarse en el último peldaño de la escalera. Si progresa, ya no tiene ganas de repartir. La fórmula comunista es psicológicamente errónea. lo ha sido desde el principio. Moscú nunca fue capaz de inventar otra. Además, en Rusia mismo el comunismo es una quimera. Sólo los 750.000 beneficiarios de la «Nomenclatura» pican en el plato fuerte del colectivismo.

Rabiosos al ver el poder del que gozaba, los comunistas decidieron salirme al paso por todos los medios, por violentos y sangrientos que fueran.

El gran choque tuvo lugar en Seraing.

Ya le he hablado de Seraing, ese poderoso bastión rojo de la región de Lieja, en donde se encontraba un gran número de duros de la extrema izquierda. Pero yo también tema mis «duros», que habían votado por mí a miles en la anterior primavera. Organicé, una vez más, un gran mitin en Seraing.

Había hablado la víspera en Ginebra, porque ya entonces me dirigía a menudo a públicos extranjeros, consciente de la necesidad de crear una Europa unida.

Regresé en avioneta. Bajo de mi aparato en Bruselas, a la una de la tarde.

«No hay nada que hacer — me dicen—; el mitin de Seraing ha sido prohibido. »

Seraing poseía un ayuntamiento rojo, rojo como el minio, y éste había prohibido mi mitin, como siempre, en el más puro espíritu democrático. El alcalde, para hacer efectiva esa prohibición, había hecho llamar a toda la gendarmería de la provincia. Setecientos gendarmes impedían, desde el principio de la tarde, la entrada en la localidad.

P.— ¿Y qué pasó luego?

R.— Me monto en un coche y llego a Lieja. Alquilo un barco grande. Me dije: «En el agua no nos podrán detener los gendarmes; así que iremos por el Mosa. »

Magnífico y majestuoso, el Mosa pasa justo por el medio de Seraing, junto a la Plaza Mayor, allí donde debía dar el mitin y donde pensaba que la multitud se concentraría al anochecer, a pesar de todo, para ver qué sucedería.

En una hora hago instalar potentes aparatos de megafonía sobre mi barco. Embarco con mis leales. A la caída del día llegamos al corazón de la ciudad de Seraing, tras pasar ante las narices de setecientos gendarmes apostados en las calles y en las afueras de la ciudad. Había una inmensa muchedumbre en la Plaza Mayor, tal como estaba previsto.

De pronto, desde el agua, comienzo mi discurso. Mi voz de trueno, ayudada por los amplificadores, llegó a todos los rincones. Fue entonces cuando se comprobó hasta dónde eran capaces de ir los comunistas.

P.— ¿Hasta dónde?

R.— Se dieron cuenta, al cabo de media hora, de lo que allí pasaba y de que yo había hecho mella en el público; es decir, en diez o quince mil personas apiñadas cerca del río y a las que divertía la aventura misma de ese barco fantasma. Los comunistas fueron corriendo a buscar armas a sus locales y ¡nos empezaron a disparar!

Siempre mi suerte habitual: en el concierto de disparos cayeron tres dirigentes rexistas que se encontraban de pie a mi lado. Yo no recibí ningún impacto. Pude continuar dando el mitin hasta el final.

Al conocerse en Bruselas esos sangrientos incidentes, el pánico en los ministerios fue increíble. El ministro del Interior, llamado Bovesse, gordo y vulgar trovador, de cabellos desordenados como los de un viejo y obeso tenor—¡ciento diez kilos!—, telefoneó a su mujer a Namur: «Vete en seguida al campo, Degrelle ha sido asesinado y va a llegar la revolución.»

P.— ¿Y que fue de usted a todo eso?

R.— En el barco, y con nuestros tres heridos, me dirigí de nuevo a Lieja, no sin sufrir algunos incidentes suplementarios. Los comunistas se habían situado en todos los puentes y nos lanzaban, al paso, bloques enormes de piedra. El techo del barco se hundió. Pero pasamos. Allí también habíamos resistido. Para mí fue siempre una ley inexorable: no hay que ceder. Ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra. Se cede cuando se muere, pero no antes. Habíamos dado, pues, la prueba de nuestro resuelto vigor. Hasta los confines del país, la gran campaña del Rex se multiplicaba más aun y agitaba a la masa hasta el fondo. La había trabajado durante meses. Estaba en plena efervescencia.

P.—¿Qué decía el gobierno belga?

R.—En aquella época el vizconde Terlinden, profesor de universidad y reconocido historiador belga, que con toda certeza no nos quería, interrogado sobre nuestro caso en Roma por Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, respondió: «Si se votase ahora, Degrelle tendría, ciertamente, ochenta diputados.» Es decir, que yo cuadruplicaba mis resultados de la primavera anterior.

Comprendiéndolo al fin, el gobierno belga anunció con estrépito que nos declaraba la guerra, a nosotros, los rexistas, como si fuésemos cipayos o apaches.

Léon Degrelle.

## LA ÉPOCA DE LOS LAVADOS DE CEREBRO

P.— *¿Mientras los suyos se pudrían o morían en los calabozos, no fue relativamente mas envidiable su suerte personal?*

R.— Me lanzaron a la cara, como lingotes de plomo, las mas inauditas acusaciones. Cualquier cosa valía con tal de flagelarme. Un diario belga como <<La Cite Chretienne>> —¡cristiana!— dedico en 1945 toda su primera pagina, durante toda una semana, a acusarme de los delitos mas espantosos e imaginarios. Hoy la lectura de estos textos delirantes resulta casi cómica.

Entretanto, en Madrid, el general Franco era bombardeado con acusadores informes destinados a aplastarme. Caían en los jardines del honesto caudillo como verdaderos obuses. Llegaron a enviar a Madrid a un emisario belga de postim, un multimillonario de garlitos llamado Marquet, que había entrado en la política por la puerta falsa. Estaba empeñado en mi persecución, pues aun tenia el trasero caliente de los puntapiés que le di en 1936 para defenestrarle de su escaño de senador <<podrido>>.

Franco llevo a impresionarse por los cuentos de este aventurero, entonces propietario del Ritz y del Palace, los dos hoteles mas importantes del Madrid de 1945. El Caudillo llamo a palacio a su cuñado y ex ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suner:

<<Ramon, escucha. Marquet afirma que Leon Degrelle es un criminal de guerra. >>

El Caudillo, que me había recibido con mucha amabilidad en enero de 1939, durante la guerra , no sabia bien si debía protegerme o enviarme a Bruselas para expiar mis delitos.El gobierno belga se había dirigido incluso a la ONU para que esta exigiera de España mi entrega, y no para ser juzgado—¡ Eso a ningún precio!—, sino para fusilarme. Inmediatamente, desde el hospital, escribí a la ONU para ofrecer el trasladarme a Nueva York, con el fin de ponerme a su entera disposición .

A mi me hubiera encantado que el Tribunal de Nuremberg, en vez de ser un simple episodio, se hubiese convertido en un instrumento constante de examen— y en caso de culpabilidad, de represion— de los crímenes de guerra, pero fueran los que fuesen, y dondequiera que hubiesen sido perpetrados. Para ayudar a la estabilización de ese procedimiento yo me declaraba dispuesto a comparecer inmediatamente ante el areopago oficial que se estableciera— o confirmara— a tal fin.

El ministro belga Spaak era entonces secretario general de la ONU. Y previo la tormenta. Jamas recibí ni una linea de contestación.

P.— *Entre los motivos de extradición figuraba fusilamiento ejecutado en un pueblo de Bélgica durante la ofensiva de las Ardenas en diciembre de 1944. Se llama Bande.*

R.— No quisiera importunar con consideraciones personales. Es la historia de una época lo que les interesa, el desarrollo de una gran tentativa— la de Europa—, y no las vicisitudes de un ser aislado.

Lo que yo haya podido conocer y sufrir después de la segunda guerra mundial solo vale en la medida en que su descripción y análisis aporten alguna luz sobre la época. Si yo he sido perseguido con un odio tan salvaje, si otros millares de personas lo fueron como yo, mi relato y sus relatos pueden ayudar a la comprensión de nuestro tiempo.

Psicológicamente, esta caza del hombre después de la segunda guerra mundial quedara como punto de referencia para los historiadores. ¿Como se pudo odiarlos y perseguir así?, se preguntaran los chicos y chicas del año 2000. En 1945 algún mecanismo de la sensibilidad humana se averió. Yo quisiera que las precisiones que usted me pide sean simplemente un testimonio mas de la conturbación que mato entonces, en millones de hombres, el sentido del respeto debido a las convicciones de los demás y a su idealismo. Se pisoteo a los vencidos. Se les arrastro por el lodo. Se inventaron las peores infamias para aplastarles no solo política, sino también moralmente, sin darse cuenta de que los vencedores, si mancillan al vencido, se deshonoran ellos mismos. Todo lo que pueda decirle de las persecuciones que he sufrido personalmente en la postguerra, no valdrá mas que situado en esta perspectiva histórica.

### ***Volvamos, pues, a los fusilamientos de Bande.***

Bande era un pequeño pueblo perdido entre los bosquecillos de las Ardenas. Desde principios de 1945 la prensa aireo a todos los vientos que yo había mandado fusilar a un grupo de civiles— veintiocho, creo— al comienzo de la ofensiva de von Rundstedt. Se levanto con ello un gran alboroto. Tanto que la misma Comisión de Crímenes de Guerra se ocupo de este asunto de Bande y ordeno realizar una investigación sobre el terreno. El informe oficial fue categórico: los soldados que habían realizado innegables ejecuciones en ese lugar eran todos miembros de la Wehrmacht. Ni siquiera de las SS. Habían creado, equivocadamente o con razón, que se enfrentaban a miembros del maquis. Los responsables alemanes ni siquiera eran militares del antiguo Reich, sino alsacianos, franceses pues, mandados por un suizo. Eran policías encargados de operaciones de protección a través de la región ardenesa, en donde se habían tendido numerosas emboscadas a los soldados alemanes durante la retirada de septiembre de 1944. En un pueblo llamado Rendeux-Bas, entre otros, según relatos de la prensa belga de entonces, habían sido asesinados setenta y un heridos alemanes de los ejércitos en retirada.

En las Ardenas belgas no se habla mas que el frances. Esos alsacianos y ese suizo al servicio de los alemanes conocían esta lengua. Por ello fueron elegidos. De ahí su presencia en Bande. Por eso realizaron también ese fusilamiento tan expeditivo. La Comisión de Crímenes de Guerra, una vez realizada la investigación, publico en 1946, en la Editorial Thone de Lieja, los resultados de la misma en una pequeña publicación oficial. Ni la sombra de una acusación, ni siquiera la mas leve sospecha, apareció contra mi. Ni siquiera se citaba mi nombre. Y por otra parte, ¿como iban a citarlo? Ni yo, ni ninguno de mis soldados, estábamos entonces en Bande, como tampoco en las Ardenas, donde entramos algunos días mas tarde, al anochecer del 25 de diciembre de 1944. Los días anteriores al fusilamiento de Bande me encontraba yo en Viena, no de incognito, sino públicamente, como orador. Di allí un mitin internacional. La crónica del mismo apareció en varias columnas de todos los órganos de prensa. Hubiese bastado consultar, de una simple hojeada, la primera pagina de los diarios alemanes de entonces para evitar una acusación tan incongruente.

De todas formas, la investigación de la Comisión de Crímenes de Guerra puso fin a todo ello de forma radical. Emitido el dictamen, hubiera tenido que desecharse definitivamente la acusación. Pero todo sucedió como si jamás se hubiese emitido el veredicto de la Comisión. El informe que me dejaba totalmente libre de culpas, publicado por la mas alta autoridad en la materia, permaneció virtualmente desconocido para el 99 por cien de los belgas. Será inútil tratar de buscarlo en las bibliotecas publicas. Esta guardado con llave en la del Senado belga, y aun hoy resulta imposible para un historiador el consultarlo. Ni un solo diario belga publico diez lineas sobre este informe de la Comisión de Crímenes de Guerra.

Todo quedo en la sombra.

P.— *Se le ha implicado a usted igualmente en otros asuntos criminales.*

R.— Se me endoso también un segundo crimen de guerra: el asesinato del burgomaestre de un municipio de los alrededores de Bruselas, que se llamaba Petre, ocurrido la ultima noche de 1942. Precisamente esa noche — por algo era joven— estuve bailando hasta el alba en casa de un fabricante de galletas. A las nueve de la mañana saboreamos los croissants del Año Nuevo, alegres pero reventados por las decenas de kilómetros de foxtrot y tango. Durante esas horas de relajamiento, la verdad es que no nos preocupamos mucho del Petre en cuestión. En realidad, jamás vi a ese alcalde en toda mi vida. Ignoraba lo que hacia y donde vivía. Y. sin embargo, ¡ yo era también el asesino! La noticia apareció en primera pagina en los diarios de la posguerra. Fue comunicada a todas las cancillerías. En los debates parlamentarios belgas, los portavoces de los partidos la siguieron comentando y difundiendo durante meses con una elocuencia capaz de partir en dos el mas robusto roble.

¿Y que ocurrió después? Dos años después descubrieron a los responsables. Eran unos nacionalistas flamencos. Con ocasión del proceso, el tribunal reconoció sin rodeos que yo no había estado implicado en absoluto en la liquidación de ese pobre Petrel. Reacción de la prensa. ¿Dio cuenta al publico de esa conclusión judicial? ¡En absoluto! los periódicos belgas continuaron durante años colgando el sambenito en el cuello, como un maldito cascabel de castigo.

P.— *¿Y los judios?*

R.— En este tema mi caso fue como el de otros muchos a los que endosaron sin prueba alguna mil fechorías antijudias. Fue la moda durante decenas de años. Conocía, por tanto, la canción. Un día llegaron a determinar la cifra: ¡yo había matado a dos millones de judíos!

Es muy bíblico. En la Biblia, en efecto, manejando simplemente la quijada de un asno, Sanson extermino de un solo golpe a siete mil inoportunos. En una noche, el ángel de Yahve liquido a 185.000 filisteos. En Samaria y en Hebron, los israelitas llegaron a abatir en combate a un millón de enemigos. Los hijos de Ammon llevaron a la batalla 32.000 carros ( ¡once veces mas que Hitler en 1940!). Los cuatrocientos o quinientos animales sacrificados por Salomon en el Templo de Jerusalem se convirtieron milagrosamente en 22.000 bucyes y 120.000 carneros. Los matemáticos judios de los <<seis millones>> tenían una buena escuela.

En mi caso, no moleste a dos millones de judíos, ni a doscientos, ni a uno solo. Cero, absolutamente cero. Jamás toque un pelo de ningún israelita, ni en Bélgica ni fuera de Bélgica. Dicho esto, si pudieran inventarse tales mentiras respecto a mí sobre los judíos, ¿que puede creerse de las otras mil historias difundidas a bombo y platillo por todo el mundo?

**P.— *Usted recibe frecuentemente a enviados especiales de prensa radio y televisión, ¿los reportajes que difunden después son objetivos? recogen con honradez sus declaraciones. o, por el contrario, están censurados o incluso deformados?***

R.— Centenares de reporteros me han asaltado en mi exilio. Muchos de ellos lo ignoran todo. Jamás leyeran cuatro líneas sobre el tema que parecía interesarles. A veces son de una ingenuidad aplastante. Una vez pregunte a la hija de uno de los grandes bonzos de la televisión luxemburguesa, que quiso acompañar a Madrid a la tropa de asaltantes de mi intimidad: <<Señorita, ¿por que ha tenido usted interés en venir a verme personalmente?>> Me dio esta respuesta admirable: << me habían dicho que usted era Lucifer!>>

No llegaba a comprender que yo no blandiera en mi mano un tridente al rojo vivo. Al principio esto le decepciono. Al final me beso al despedirse. Era evidente que yo no olía a azufre.

El resultado siempre es el mismo. La entrevista o se entierra o se truce. Si el reportaje destinado a televisión resulta favorable, no sale en pantalla. Si, a la vista de los gastos realizados, hay que proyectar algo, se eligen de las diez o doce horas de declaraciones filmadas diez o quince minutos, evidentemente los menos comprometedores. Se dan cortes, se arreglan trozos y, gracias a supresiones y reconstituciones, se le hace decir a uno a veces todo lo contrario de lo que dijo. Pero esto no basta. Como todo sirve, en los estudios de adaptación le pegan a uno en los talones un lote de comentaristas y de locutores en off, que en cuanto se han pronunciado unas palabras le tratan a uno de embustero y de mitómano, o bien sacan en pantalla cualquier impreciso papel que se supone demolió vuestra retahíla. Ese documento, preferentemente alemán y casi siempre irrisorio, se lo debieran haber presentado a uno— al menos por simple honestidad— antes del debate, para que pueda dar sus explicaciones. Pero no, lo guardan prudentemente para arrearle a uno durante la emisión el garrotazo en la nuca. Como se está ausente, no se podrá replicar nada.

Ante cualquier tribunal del mundo, es el acusado quien tiene la última palabra. En televisión quien la tiene es el locutor. Después de su intervención cae el telón y se queda uno con dos palmos de narices. No obstante, algunos montan a veces un reportaje más o menos correcto. Entonces es sencillo: el reportaje no aparece y se guarda en sus cajas metálicas.

Un ejemplo concreto: en 1966, tras habermelo rogado por escrito el director de la Televisión belga de lengua francesa, recibí a uno de sus equipos. Estaba bastante extrañado. Me dije: <<Eso es más bien raro. ¿Es que al fin van a dar a los belgas la oportunidad de escucharme y de juzgarme después?>> Esos reporteros de televisión actuaban de buena fe, lo reconozco, pero no me eran personalmente favorables en nada. La principal animadora era incluso sobrina del diputado comunista Brunfaut. Hicieron

su tarea con decencia. Resultado: cuando los censores vieron que no había salido demasiado mal, la serie— ¡de cuatro horas!— paso en el acto a mejor vida.

Acaso esta entrevista para la television va a tener mejor suerte? Me permito dudarlo...

P.— *¿Por que va a ponerlo usted en duda?*

R.— Para mi, la puesta en el indice de su emisión ha sido filmada al mismo tiempo que su película.

Usted ha recibido autorizaciones oficiales y decisivas antes de venir a entrevistarme. No lo dudo, puesto que usted me las ha enseñando. Pero tampoco tengo la menor duda de que serán anuladas. Ya lo vera. Jamas aparecerá en sus pantallas la punta de mi nariz. El publico no tiene el derecho de saber. Solo tiene derecho a la prolongación de decenas de años de mentiras. No me oirá. No me vera.

Si las multitudes tuvieran conocimiento de nuestros argumentos, el asunto podría estropearse para los farsantes y estafadores de 1945.

Usted es my simpático, usted y todo su equipo, con el ojo pegado en cada uno de sus aparatos y manejando diligentemente hectómetros de película. Pero estas acabaran como todas las demás, en sus cajas. A pesar de los millones gastados.

*Es la ley. En 1945 se fabrico una falsa verdad. ¡Prohibido a todo el mundo el tocarla!*

**León Degrelle.**

## LLAMADA A LOS FRANCESES

**Discurso de León Degrelle en el Palacio de Chaillot, París 5 de Marzo 1944.**

Tras volver victorioso de Tcherkassy, el flamante tribuno y héroe militar leon Degrelle esta en su mejor momento. Se le propone ir a París para dar un mitin en la capital francesa y animar a los dirigentes franceses y a las juventudes de ese país para unirse a la revolución nacionalsocialista. El mitin se desarrolla en el mítico Palacio de Chaillot, lugar conocido en Paris por ser centro de reuniones políticas, ante un auditorio de cerca de diez mil personas. Ante el se encuentran destacados miembros de la política francesa, intelectuales pero ante todo numerosos combatientes del Frente del Este que ven en Degrelle su líder, aun siendo belga. Degrelle habla del espíritu que anima el combate del Este, pero sobre todo de la Europa socialista y revolucionaria que renacerá de las cenizas de la guerra.

### *”Appel aux Français”*

Vengo aquí en uniforme. Allí donde estemos en Europa seremos UN (en mayuscula en el original N.d.T.) pueblo en armas. Llegando aquí, a París, después de haber conocido los grandes dramas del invierno ruso puedo ver en vuestra caras, no importa el puesto que ocupéis, que el enemigo esta acechando. Frente ruso, frente italiano, frente interior, todos estamos amenazados por los mismos enemigos, o por los mismos asesinos. Y es por ello que estamos unidos con tal fervor.

Uno podía, antes de la guerra, hablar de Europa. Los poetas y los profetas la habían predicho. Durante estos años se podían estrechar las manos entre los nacionalistas de todos los países. Al menos en teoria y en la literatura. Ahora sin embargo, estamos todos unidos por una fuerza que no nos podrá abatir. Estamos unidos por nuestros muertos; gente joven de Alemania, gente joven de Francia, gente joven de mi Patria, gente joven de todos los países de Europa.

Hemos visto morir a nuestros Camaradas, y gracias a que han muerto a nuestro lado, nuestra amistad vivirá y de la sangre.

Europa ha buscado su unidad durante cincuenta anos, durante cien años, y la ha llevado a cabo demasiado tarde.

Estamos en un siglo en que todas las grandes fuerzas primitivas del Universo se unen: grandes fuerzas de la Asia salvaje y mística, agrupando a centenares de millones de hombres, grandes fuerzas de América con ese conglomerado monstruoso de razas

dispares y con esas fuerzas materiales terribles que nos podrán destrozar algún día. De un lado y otro las enormes masas encuentran su unidad. Y aquí esta Europa, como un islote soleado, un islote de debilidad: Europa de los jardines, Europa de las catedrales, Europa de pueblos civilizados y de vida fácil, pero Europa de la guerra civil.

Tenemos siglos de civilización común, tenemos las mismas iglesias en medio de los pueblos de Baviera, de la Provenza, de Beauce, las mismas lenguas y los mismos cantos, los mismos poetas y los mismos músicos... No somos sino unas decenas de millones de hombres, del Báltico al Mediterráneo, y hemos acabado enfrentándonos los unos a los otros. Incluso nuestros nacionalismos son nacionalismos retrogradados. Nos miramos los unos a los otros con miradas inquietas, con miradas hostiles nos dejamos manipular por aquellos que tienen interés en tenernos para siempre divididos: la Judería internacional...

No debemos hoy llorar por la victoria de Europa. Durante años Europa ha estado en pecado mortal y hoy paga sus crímenes. Ella ha llegado al punto de tener que preguntarse si salvara su civilización, si sobrevivirá, o si la barbarice la hundirá. Esta es la angustia de todos los soldados del frente...

Hemos llegado al momento en el cual todos los frenos de la Europa de ayer, de la Europa de las guerras civiles, han caído. O bien los pueblos han reencontrado en sus venas la gran fuerza de la juventud, el espíritu de sacrificio y de la grandeza y forman un solo bloque socialista y revolucionario; o bien conservan su esterilidad y decadencia que ya no comprenden nada...

El ejercito de Europa que esta bajo el fango y la nieve es el ejercito mas bello que haya pisado el mundo, el mas bravo, el mas unido que jamas halla conocido Europa. Este ejercito de la Fe, cosa igual no vista en Europa desde las Cruzadas. Los centenares de miles de europeos que siguieron a Napoleon, seguían la gloria de un hombre. Toda la juventud que lucha en Rusia combate para salvar Europa, para detener el comunismo, pero ante todo porque así poseída por una fe revolucionaria. La lucha contra los soviets no es la misma lucha de la que hablaban los burgueses antes de la guerra. Ellos querían luchar contra el comunismo porque tenían miedo. ¿Acaso nosotros tenemos miedo? No tenemos nada que defender, no tenemos las cajas fuertes. ¿La muerte? La burlamos...Europa lucha en Rusia porque es socialista. La juventud de Europa que ha tomado las metralletas no hara como la juventud de 1918. Esta no permitirá cambiarlas por las pantuflas. Nosotros nos guardaremos de los cambistas, y después de haber destrozado la barbarie comunista veremos justo hacerlo con los plutócratas, a los que destinamos nuestras ultimas balas.

¿Se puede exigir a millones de jóvenes, después de sufrir así, de ver caer a nuestros mejores camaradas, que continúe este mundo monstruoso de la plutocracia?...

Lo que más nos interesa de esta guerra es la revolución que le seguirá, es llevar a estos millones de familias obreras a la alegría de vivir, es conseguir que millones de trabajadores europeos se sientan seres libres, valorados, respetados, es acabar con el hecho que en toda Europa el capital sea un instrumento de dominacion de los pueblos, para devenir un instrumento al servicio de la bonanza de los pueblos.

La guerra no puede acabarse sin el triunfo de la revolución socialista, sin que el trabajador de las fabricas y el trabajador de los campos sean salvados por la juventud revolucionaria... Las verdaderas elites se forman en el frente, una caballería se crea en el frente, los jóvenes jefes nacen en el frente. La verdadera elite del mañana esta lejos de los alborotos de las grandes ciudades, lejos de la hipocresía y de la esterilidad de las masas que no comprenden ya nada. Ella se crea en los combates grandiosos y trágicos como aquellos del cerco de Tcherkassy. Fue para nosotros una inmensa alegría comprobar que estabamos entre jovenes venidos de todo los rincones de Europa...Y entre nosotros se establecio una fraternidad completa, todo habrá por ello cambiado tras la guerra.

Cuando vemos en nuestra Patria un viejo burgués gordinflón no consideramos que este hombre sea parte de nuestra raza, pero cuando vemos a un joven revolucionario de Alemania, o de otro lado, estimamos que esta si es nuestra Patria, pues todos estamos con la Juventud y con la Revolución.

Somos soldados políticos, la insignia de las SS muestra a Europa donde esta la verdad política, donde esta la verdad social y, uniéndonos por entero este ejercito político del Fuhrer, preparamos los cuadros políticos de la pos-guerra. Europa tendrá, mañana, de unas elites como jamas antes conocidas. Un ejercito de jóvenes apóstoles, de jóvenes hombres místicos, sublimados por una fe que no les detendrá, saldrán algún día de este gran seminario del frente...

Y por esto, mis queridos camaradas, por lo que debemos estar unidos. Europa uniformada contra el comunismo, para defender nuestra civilización, nuestro patrimonio espiritual y nuestras viejas ciudades, deben estar unida, y cada pueblo hacerse merecer su sitio, no hablando del pasado, sino ofreciendo la sangre que lava y purifica. Europa debe estar unida para poder realizar, bajo el signo de las SS, la revolución nacionalsocialista, y para aportar a las almas, la revolución de las almas...

Jóvenes hombres de la Europa lucida, ved la revolución, verdadera la grandeza que nos acoge, sabemos que es al Fuhrer al que debemos esta liberación de las almas. Gracias a el, nuestra juventud no habrá pasado en vano, gracias a el Europa encontrara algun día la sonrisa y la salud. Reconozcamos, queridos camaradas franceses, las almas rectas. Pues es al Fuhrer al que debemos lo mejor del futuro, dirijamonos hacia él, y digámosle que toda la juventud de Europa esta a su lado, que tiene la sangre, que tiene la disciplina, que tiene las almas.

***Franceses, ¡ Heil Hitler !***

*Traduccion Erick Norling.*

# ***LOS EXILADOS***

Mein liebe Degrelle»...

Era Himmler el que me hablaba.

Estábamos hundidos, en plena noche del 2 de mayo de 1945, en el inmundo lodazal de un campo tenebroso. A dos pasos de nosotros, un millar de aviones aliados acababan de devastar la ciudad de Kiel. Todo saltaba en el aire, en trágicos pedazos como de metal en fusión, que hacían más negra aún la noche bajo cuyo manto nos agazapábamos.

Mein liebe Degrelle, usted debe sobrevivir. Todo cambiará pronto. Debe ganar seis meses. Sólo seis meses....

Mientras me decía esto, me miraba fijamente con sus ojitos escudriñadores, escondidos tras sus antiparras, que brillaban a cada haz de explosiones. Su redonda cara, de una palidez lunar normal mente, se iba poniendo lívida a medida que nos precipitábamos en el abismo.

Horas antes, a la caída de la tarde, habíamos perdido Lübeck. Perseguidos por los tanques Ingleses y ametrallados por los Tipilgers, retrocedíamos hacia la carretera de Dinamarca, cuando vi a Himmler surgir de un estrecho camino vecinal montado en un enorme coche negro,

Acababa de tropezarme, poco antes, con Speer, el ex ministro de Armamento, extraordinario arquitecto, De un natural alegre, mantenía su magnifico estado de ánimo incluso en medio de este diluvio de fuego.

Estuvimos bromeando un rato.

Luego, apareció Himmler. Este no bromeaba frecuentemente y, cuando lo hacía, forzado.

En este crepúsculo del 2 de mayo de 1945. Hitler había muerto hacia ya más de cincuenta horas y había dejado aquél fuera de toda sucesión. Himmler tenía el semblante más sombrío y apagado que nunca bajo su incipiente calva, tapizada por unos débiles cabellos. Intentaba, no obstante, sonreirme entre sus pequeños dientes de roedor, bajo los que ya había escondido la cápsula de cianuro de potasio, que le fulminaría días más tarde.

Me monté, a su lado, en el viejo automóvil. Hicimos alto en el corral de una granja. Me había anunciado que yo era general desde hacia algunos días. General o cabo, poco me importaba. El mundo se nos caía encima. Pronto estaríamos todos sin uniformes y sin graduaciones. Incluso muertos la mayor parte.

Al anochecer, volvimos a tomar la carretera que conducía al gran puerto de Kiel. Cuando nos íbamos acercando, la aviación aliada nos ofreció un verdadero festival de fuegos artificiales. Era ya el aniquilamiento total. Toda la ciudad de Kiel ardía y se desmoronaba. Las bombas caían en nuestro camino como nueces, y explotaban o rebotaban. No teníamos sino el tiempo justo de saltar, esquivándolas, sobre aquel pantanoso campo.

Himmler continuaba con sus preocupaciones.

—Mein liebe Degrelle, seis meses, seis meses...

Yo le contrariaba frecuentemente con mi intransigencia, Hombre intelectualmente mediocre, hubiese sido un buen maestro de escuela en tiempos normales. La panorámica europea le venía demasiado grande. Pero se había habituado a mis puntos de vista y a mi manera de ser. En este momento en que nuestro universo se derrumbaba, le importaba sobremanera mi supervivencia.

Ya el 21 de abril de 1945, pasado el Oder, me había sugerido que fuera ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno que sucedería al equipo de Hitler, enviándome, incluso, al famoso general Steiner para obtener mi aceptación.

No pensé sino que se trataba de una simple broma. Yo era precisamente el último en poder tratar válidamente con los aliados, que esperaban ávidamente la ocasión de colgarme lo antes posible. Encallado en aquel nauseabundo fangal, Himmler no cesaba de repetir tenazmente: .Todo habrá cambiado en seis meses.. No tuve más remedio que responderle, quizá demasiado cruelmente: . "En seis meses no, Reichführer, en seis años". Hubiera debido decirle: en sesenta años.

La única resurrección que ya me espera, insoslayable, es la del Juicio Final, con más o menos acompañamiento de trompetas apocalípticas..

El exilado posee, no obstante, una natural tendencia a creer que su gran ocasión va a presentarse otra vez, pronto y fácilmente. Otea el horizonte. El menor síntoma de cambio en su país reviste para él una capital importancia. Unas elecciones, un incidente periodístico, de poco valor le ponen en efervescencia.

—¡Todo va a cambiar!

Pero nada cambia. Y pasan los meses. Y los años, Al principio, el exilado de cierta clase, es reconocido y observado con interés por donde quiera que va. Después se va perdiendo en la masa, que le rodea indiferente: la buena señora que va a la compra y le atropella con sus cestos; el estudiante de historia que aún no llegó a la contemporánea; el obrero que le empuja al colocarse en el autobús... Para todos ya no es más que un desconocido del montón,

El tiempo paso y lavó todo y la existencia del proscrito se hizo anónima, incolora.

En mayo de 1945, sobre una cama de hierro del Hospital Militar de San Sebastián, escayolado desde el cuello hasta los pies, era aún una vedette. El Gobernador militar de la plaza me venía a ver, demostrándome su afecto con calurosas palabras y efusivos

abrazos. No había comprendido que yo procedía del bando vencido y que ya no convenía frecuentarme.

Lo comprendería pronto.

Todos lo comprenderían pronto.

Quince meses después, cuando todos mis huesos hubieron soldado, me encontraría, una noche, lejos de allí, en una oscura callejuela, conducido a un escondrijo secreto. La única solución para mí, la sola posibilidad de afrontar el futuro, cuando de todas partes reclamaban mi extradición— es decir, doce balas en el pecho, o, quizás, en la espalda, era el intentar penetrar en el foso del olvido. Me instalé en un sombrío cuartucho, Junto a un ascensor de servicio. No podía ver a nadie. No podía acercarme a una ventana. Las persianas estaban siempre bajadas, impidiéndome ver hasta la luz del día.

Los dos ancianos que me albergaban constituían mi único universo. El pesaba alrededor de los ciento cuarenta kilos. Lo primero que percibía, al llegar la mañana, en el pasillo estrecho, era su orinal. Cuatro litros producía el buen hombre durante la noche. Intenso trabajo. Su único trabajo. Prácticamente, sólo le recuerdo en pijama, un pijama gigantesco, deshilachado y sin color, que se ponía antes de comer y arrastraba el resto del día pesada y lentamente sobre su gran mole humana.

Ella, trotaba, ondeando su breve melena de escasos cabellos, amarillos e hirsutos, navegando por la oscuridad de su vieja casa sobre dos gastadas zapatillas.

Al anochecer, la pareja, instalada en quejumbrosos sillones de mimbre, se ponía a escuchar en la radio una obra de teatro. Al cabo de cinco minutos dormían, él emitiendo estentóreos ronquidos, ella, con la cabeza para atrás, lanzando estridentes silbidos. A la una de la madrugada, el silencio del fin de la emisión les despertaba. Cogía ella entonces la jaula de los periquitos; él la gran imagen pintarrajeada de San Jose, blandiendo una verde palma. Y se ponían en camino, lenta y pausadamente, hacia su alcoba.

Allí volvían a reproducirse los ronquidos y silbidos. Y al amanecer, volvía a tropezarme, al pasar por su puerta, con los cuatro litros de líquido.

Tal sería mi vida durante dos años. Mis compañeros: la soledad, el silencio, la sombra, dos viejos, paseando sus pericos y San José bendito. No vería una sonrisa, ni las piernas sonrosadas y frescas de una joven. Ni siquiera un arbolillo, destacando hacia el cielo sus cuatro tímidas hojas.

Pero luego, no tuve más remedio que salir a la luz. La herida que en el estómago me regalaron en el Cáucaso me reventaba por sus cuatro costados. En seis meses, perdí treinta y dos kilos. En una discreta clínica me abrieron el vientre, desde el esófago al ombligo, haciéndome un ojal de diecisiete centímetros.

Fui reconocido, al cabo de tres días, por un enfermero. Tuvieron que trasladarme a toda velocidad, en plena noche y en camilla. Me subieron por una estrecha escalera hasta la cuarta planta. El sudor me empapaba, mezclado con la sangre, pues todos los puntos de sutura habían saltado con las contorsiones que el traslado me había provocado.

Y todo, ¿para qué?

No mostrarse— para no ser reconocido— no servía de nada... Uno es reconocido, a pesar de todo, incluso si se está a diez mil kilómetros de allí.

Dispongo de un original y gracioso dossier sobre mis estancias en veinte países diferentes. Un día me descubrió un periodista en Lima. Otros, me vieron ¡en Panamá! O en la Pampa argentina. O en un chalet a orillas del Nilo, propiedad del coronel Nasser. Siempre se deban detalles tan extremadamente precisos que terminaba por preguntarme si realmente no estaba allí y era yo el equivocado. Un gran periódico francés publico, bajo un rimbombante titular de primera pagina, mi vida en Brasil con todo lujo de detalles, mi forma de vestir, de hablar, de comer. Y como buen reportero, el autor se extendía largamente, por supuesto, sobre mis amores. ¡Porque, yo amaba! ¡Amaba a una negra! Y hasta había tenido con ella un precioso negrito! No cabía que el lector dudara. La foto estaba allí. La foto de mi hijo, el negrito, un rapazuelo de tres o cuatro años, de ojos redondos, de abundantes cabellos rizados tapizando su cráneo como una moqueta.

Mi suegra, pía dama del Perigord, recibió una ducha de agua helada al leer, en el desayuno, estas extrañas revelaciones, tan inesperadas. Este nieto no le resultaba del todo grato. ¡Trabajo me costó convencerla de que jamás había puesto el pie en Brasil y que ningún nuevo miembro, precisamente de ébano, había entrado en la familia .

Treinta, cincuenta veces supe que estaba en Caracas, en Valparaíso, en Cuba— ¡en donde un pobre diablo fue encarcelado en mi lugar!, e incluso en las bodegas del barco Monte Ayala, inspeccionado en alta mar por los americanos a finales de agosto de 1941 ¡quince meses, por tanto, después de la guerra!— y llevado al puerto de Lisboa, en donde fue registrado concienzudamente durante varias días: un policía americano llegó a encaramarse a la chimenea para comprobar que no me escondía entre el hollín.

El informe de un servicio secreto me describa adentrándome en un bosque en compañía de un coronel portugués. El Servicio de Inteligencia inglés me había localizado en Gibraltar. Algunos sagaces periodistas seguían mi pista hasta el Vaticano. Otros me habían visto en un puerto del Atlántico... ¡comprando cañones!

¡Hasta se me vio en Amberes, adonde, al parecer, yo había ido para respirar el aire de mi país!

De vez en cuando, esa es la realidad, era descubierto por algún extraño personaje o por un amigo fiel que se echaba en mis brazos llorando. No me quedaba entonces otra solución que recoger mis bártulos y largarme a otra parte. Me tropecé incluso con enemigos. Y resultó siempre divertido. Habían reclamado siempre mi cabeza a cualquier precio y, de improviso, se encontraban ante mi. Sorpresa inicial. Curiosidad posterior. Con dos palabras divertidas, la atmósfera se despejaba.

Vivi un día la circunstancia de encontrarme sentado, en un pequeño restaurante popular del Sur, al lado de uno de los jefes más significados del partido socialista belga, de Lieja. No presté atención, al principio. El tampoco. Estaba acompañado por una magnífica rubia, de espléndida constitución anatómica. Yo leía mi Periódico. Levanté una vez la cabeza y crucé mi mirada con la suya.

Durante unos instantes pareció aturdido. Después sonrió y me guiñó. ¡Este tampoco me conduciría al patíbulo!

Los únicos que me acosaron peligrosamente por todas partes, con un odio verdaderamente diabólico, fueron los judíos. El Gobierno belga, por supuesto, me persiguió largó tiempo con encarnizamiento. Reclamó veinte veces mi extradición. Pero, sin embargo, Spaak, el ministro de Asuntos Extranjeros, no se atrevió nunca a presionar demasiado. No estaba totalmente tranquilo. Había hecho excesivos esfuerzos, en junio y julio de 1940, para que los alemanes le dejaran volver a Bruselas de la ocupación. Los había bombardeado con telegramas, poniendo en juego, a través de toda Europa, a sus numerosas e influyentes relaciones. Y yo estaba muy al tanto de todas sus intrigantes maniobras.

Su compinche y presidente, el ex ministro socialista De Man, me había incluso informado sobre las cartas que Spaak escribía, en Bruselas, a su mujer para que le ayudara a obtener de Hitler la autorización a regresar.

¡Henri de Man ha tenido siempre debilidad por ti!, decía Spaak a su esposa para incitarla a encontrarse con dicho Henri, el que, con ojos repletos de cinismo, se destornillaba de risa leyendo sobre mi mesa Las inútiles misivas.

Hitler no cedió nunca a los insistentes requerimientos de Spaak. Y es por lo que éste se largó a Londres. Pero sin la oposición de Hitler, hubiese entrado alegre y confiadamente en el sistema nazi, como lo hizo De Man desde el mes de mayo de 1940.

El asunto de los judíos es otro tema.

Nunca fue REX, antes de la guerra, antisemita. las maniobras belicistas de los judíos me indignaban, es cierto. Es cierto también que no son precisamente santos de mi mayor devoción. Chocan con mi temperamento. Pero siempre los dejé tranquilos. En REX, podían formar parte del Movimiento como cualquier otro. El jefe de REX-Bruselas, tras nuestra victoria de 1936, era judío. Incluso en 1942, en plena ocupación alemana, el secretario de mi sustituto, Victor Mathys, era Judío. Se llamaba Kahn, ¡y con ello se dice todo!

Campos de concentración, hornos crematorios, todo lo ignoré. Es así. Pero nada impedía que a los judíos se les metiera en la cabeza, después de la guerra, que un gran movimiento antisemita se había vuelto a organizar a través de todo el mundo y que yo era el jefe.

En primer lugar, yo no era el jefe. En segundo lugar, afortunada o desgraciadamente, no existía el movimiento.

Por lo tanto, nada de persecuciones ni de organizaciones anti-Judías.

Hace ya veinticinco años que nadie se mete con los judíos. Ellos, no obstante, pretendiendo liquidar una organización absolutamente inexistente, no han dejado de montar contra mi expediciones de raptos, con intervención de altos dirigentes de la Policía israelita.

Nada faltaba: el gran Lincoln negro, convertido en una especie de ataúd ambulante, repleto de armas y narcóticos, en el que me trasladarían inconsciente al barco que me esperaba en la costa más próxima del Mediterráneo, para conducirme a Tel Aviv; cinco revólveres para agujerearme si oponía resistencia; seis millones para pagar los cómplices comunistas de Sevilla; Los planos completos de mi escondrijo y de sus accesos. La noche antes, las líneas telefónicas y eléctricas de mi residencia, fueron cortadas y los perros de las fincas vecinas aparecieron envenenados al amanecer.

Poco faltó para que, en una madrugada radiante de sol, en el mes de julio, tuviera éxito el golpe. Los agresores israelitas, capitaneados por un conocido policía-periodista, un tal Zwi Aldouby, fueron detenidos exactamente cuando estaban a punto de salirse con la suya.

Fueron condenados a ocho, diez y doce años de prisión.

Otra operación se preparó, casi simultáneamente, con ayuda de un helicóptero, con base en un puerto marroquí.

Algunos años más tarde, intentaron un nuevo rapto-asesinato. Esta vez, los agresores judíos habían llegado por mar, partiendo de Amberes. Una judía, precisamente, fue la que advirtió a una de mis hermanas del complot, alegando querer agradecer así el haberle salvado la vida durante la guerra.

En esta época, intenté, como cualquiera lo hubiese hecho, salvar a todos de los que sabía que eran inquietados. ¡Pero no se me ocurrió preparar una lista para después de la conflagración! No me acordaba, en realidad, de esta señora judía que yo salvé entonces y que me salvaba a mi ahora.

Su soplo. Llegó justo a tiempo y los tres expedicionarios fueron enchiquerados nada más desembarcar.

Pero no resultaba agradable todo esto para mí. Cada vez me veía obligado a mudarme, caer, como mosca en la sopa, en las propiedades campestres de viejos amigos y hasta, durante largos meses, en la celda nada divertida, lo aseguro, de un claustro benedictino. Nunca me olvidaré de los "Benedicamus Domino" que me despertaban todos los días a las cinco de la madrugada.

Aterrizar y levantar el vuelo continuamente significaba, al mismo tiempo, imposibilidad de ganarse la vida, de tener una ocupación fija en donde fuere, de disfrutar de un hogar, siempre amenazado y obligado a huir.

También vinieron a complicarme la vida las continuas entrevistas con los periodistas, llamando frecuente e intempestivamente la atención sobre mi persona.

Docenas y docenas se publicaron, y casi todas inventadas como novelas policíacas.

Dos veces, hace ya bastante tiempo, recibí en mi refugio a "enviados especiales" que presentaron seguidamente mis declaraciones totalmente tergiversadas, tras prometerme, por supuesto, que me enviarían los textos para mi previa revisión y autorización. Desde

entonces, huyo de los reporteros como de la peste. Su objetivo viene a ser casi siempre el mismo: el sensacionalismo.

Una sola vez publico una revista una completa y auténtica "interview" conmigo. Yo deseaba, en esos momentos, hacer creer que estaba en Buenos Aires. Hice, pues, llegar a la revista— ¡encontrándome a miles de kilómetros de allí!— una entrevista enteramente escrita por mi, tanto respuestas como preguntas, ocurriendo todo en una clínica de Buenos Aires. El texto apareció en toda su integridad. La revista sabía perfectamente que ninguno de sus corresponsales me había visto y que yo no me encontraba en Buenos Aires. ¿Qué importaba? Lo primordial era tener una primicia periodística, dar al público algo que le interesara, real o incierto.

Pero, ¿como ve el exilado al público?

También él, con el tiempo, se va a limitar a imaginarse un público irreal, inexistente. Le atribuye una manera de pensar que no tiene, que ya no posee. Perdió el hilo de la evolución.

Todo cambia.

Y, sin embargo, él no se da cuenta de que todo se transformó. El mundo no es el mismo que él conoció. La gente es distinta a la que él trató. Como cualquier empresario, desfasado en el ambiente industrial moderno, el exiliado debería readaptarse. Continúa convencido de que los métodos de entonces resultan aún, hoy día, válidos, de que alguien continúa apasionándose por ellos y, sobre todo, por él.

¿Quién se interesa aún por nadie, al cabo de varios años? Las gentes se eclipsan. Los acontecimientos se suceden. Cada uno de ellos lanza al precedente al pozo del olvido. El exilado sigue persuadido de que continúa en el escenario de la actualidad. Y sin embargo, el telón fue bajado hace ya tiempo. Espera que renazcan los aplausos, las aclamaciones, como si el público estuviera aún ante su tribuna, sin darse cuenta de que los años le obligaron a hacer mutis. ¿Quién le va a explicar a un exilado que ya no vale para nada? Porque él no se da cuenta. O más bien, no quiere darse cuenta. Su sonrisa puede ser forzada, pero es la única manera que le queda de convencerse de que el porvenir no le fue segado de una forma definitiva, para siempre.

Yo también, durante bastante tiempo, creí en la super-vivencia. Estaba en plena juventud. A los treinta y ocho años no iba a desaparecer así, a pesar de todo. Pero... ¡si se desaparece! Los amigos mueren lejos, uno detrás de otro. El pasado se distancia y se difumina, como la orilla lejana se va borrando, hasta desaparecer, a la vista del navegante. Para un muchacho de veinte años, que aún no había nacido, cuando salimos de bastidores, ¿qué somos nosotros?... Nada o casi nada. No conoce nuestras historias que, en el mejor de los casos, no le apasionarían más que la de los poblados bigotes de Vercingetorix o los dientes cariados de Luis XIV.

No es esto todo: Los acontecimientos se precipitan uno tras otro. Los exiliados políticos se suceden atropelladamente. Ya los Perón, los Trujillo, los Batista, los Foulbert Youlou, vencidos bastante después que nosotros, no son más que simples siluetas, apenas perceptibles. Los nombres de Lagailarde, Ortiz e incluso los de Bidault y

Soustelle, las dos últimas vedettes políticas del problema de Argelia, ya no dicen apenas nada, al cabo de pocos años, al noventa por ciento de los franceses.

Estamos en el siglo de la velocidad.

Rápidamente se desaparece también del campo visual del gran público.

Incluso para personas bien informadas, un hombre político, exilado desde hace veinticinco años, no es más que un ser casi irreal. Le creen desaparecido. Dudan hasta de su actual existencia.

Una noche, estaba yo invitado a cenar en casa de una eminencia médica, conocida mundialmente y allegado al Jefe del Estado del país en que residía en aquellas fechas. Personajes de cierta fama acudían a la reunión. Cada uno de estos invitados me habla conocido en diversas etapas de mi exilio y bajo nombres diferentes. Para unos, yo había sido siempre Enrique Durán, polaco (¡curioso nombre polaco!). Para otro, Lucien Demeure, francés. Para algunos, Juan Sanchiz. Para no pocos, Pepe, sin más.

Entró un enorme y rubicundo banquero, al que nunca había visto y, sin poderlo resistir, me presenté yo mismo con mi verdadero nombre: ¡León Degrelle!. El hombre me miró con divertida sonrisa en sus labios. ¡Y yo Benito Mussolini!. Llegué a sudar para convencerle de que yo era ¡León Degrelle! y que no se trataba de una broma.

Así, con el tiempo, es como el exilado se va perdiendo en el olvido, en la nada.

Pasó del Mercedes, del poder al «metro» maloliente del exilio.

Les hace falta tiempo a los más lúcidos para hacerse a la idea. El exilado prefiere siempre aferrarse al pasado. Siempre pensó que, en un momento determinado de su existencia, había sido algo excepcional. Y sufre tremendamente al pasar de lo excepcional a lo ordinario y vulgar, al pequeño restaurante de precio fijo, al traje barato y hecho en serie.

No queda más que convencerse de la realidad, resistir virilmente y hacer balance. Los fascismos marcaron nuestra época y hasta el futuro. Esto es lo que cuenta. ¿Qué dejaron tras de sí? ¿Qué cambiaron en este mundo?

Independientemente de nuestras vidas, tan pletóricas de dinamismo, hay fuera de combate, el verdadero problema que se plantea es éste: de esta gran aventura —o epopeya— de los fascismos, una vez cerradas las tumbas, ¿qué queda? y ¿qué quedará?.

***León Degrelle.***

## LOS MILLONES EN EL EXILIO

P.— *Al escapar en mayo de 1945 a las tropas soviéticas y a la represión belga, usted llegó a España. Algunos han dicho o han escrito que usted llevaba consigo una verdadera fortuna. ¿Es cierto?*

R.— El gran público solo ha conocido políticos especuladores o, al menos, pegados como ventosas a sus intereses personales. El hecho de que un hombre haya consagrado su vida, con un desinterés total, a su país y a su pueblo, les resulta propiamente increíble. De ahí el éxito de los bulos concernientes a mis recursos cuando llegué a España.

Hace poco, aun he leído cuentos de ese calibre en un libro titulado <<Degrelle>> y publicado en Bruselas por el editor De Meyere. Es una chapuza de un terrateniente flamenco afrancesado, hoy muy afectado por el peso de los años, y que en tiempos remotos estuvo a sueldo mío. Se llama Charles d'Ydewalle. Medio lelo, cuenta que en Bruselas, en los últimos días de la guerra, yo amontonaba fajos de libras esterlinas en maletas.

¿Quién habrá podido contarle esa payasada? En primer lugar, en aquella época yo estaba en el frente, y además no tuve ni una sola libra esterlina durante toda la guerra. Pero Bélgica, después de 1945, ha sido tan receptiva a los chismes más absurdos sobre mi vida y mi obra, que un viejo farsante casi chocho puede publicar fríamente invenciones de ese calibre. Para sus lectores belgas es cosa hecha que yo me largue forrado de libras esterlinas, como un Basil Zaharoff, el magnate del petróleo y de los cánones, o como un Aristoteles Onassis, el rey de los petroleros. ¡Yo no tenía más que abrir mis maletas en España, y ya era millonario nada más llegar!

P.— *¿Que representa para usted el dinero?*

R.— A decir verdad, el dinero nunca me ha interesado. Decenas de millones pasaron ante mis narices, y en especial los que tan amistosamente me prestó Mussolini. Jamás quise hacerme cargo de ellos. Era el conde Xavier de Grunne el que los recibía en su castillo de Wezembeeck-Ophem.

Para mí, un político que trata de amontonar billetes no es un político. ¡Que son las satisfacciones del dinero al lado de las alegrías sobrehumanas que da la conquista de los hombres! El que está seguro de su poder de captación de un pueblo, como va a tener el menor interés en cuestiones de perra gorda? Para el conquistador político la apetencia de poseer es muy distinta: es la captación de las masas, a las que subyuga, deslumbra y arrastra. Y ellas mismas le llevan hacia adelante en una comunión de una fuerza incalculable. Frente a ese dominio, ¿qué es el dinero? Una minucia.

Un Mussolini y un Hitler, que manejaron cientos de miles de millones murieron tan pobres como un leñador o un peón de obras públicas.

Quizá no me crea, pero durante toda mi vida política en Bélgica jamás tuve una cuenta personal en un banco. Es fácil de comprobar. Depositar cien mil francos en una ventanilla, o esconderlos debajo de la cama, no se me habría ocurrido, y más bien me hubiese parecido extravagante. Tener bellos muebles, cuadros inspirados y una casa

amplia y apacible, entre hayas centenarias orladas por el flamear de los tulipanes, eso, sí. El conquistador tiene necesidad de belleza para nutrir su fuerza. Ella le da la inspiración que eleva su pensamiento. Por lo demás, una existencia ruda, con pocos gastos, me ha bastado siempre perfectamente. Todo lo que reportaban mis escritos y mis mítines— y eran sumas inmensas— lo recogía el movimiento rexista.

Durante la guerra, mi vida fue especialmente espartana. No conocí más que el rancho del soldado. Quizá fui el único combatiente del frente del Este que no recibió ni un solo paquete durante cuatro años. En cuanto al dinero que ganaba mi prensa durante mi ausencia, sirvió para comprar a mis soldados cigarrillos y chocolate, adquiridos en el mercado negro o en la Resistencia. Pues sí, ¡en la Resistencia!, ya que esta revendía a los intermediarios de las Waffen SS, en lotes de cuatro mil kilos, el café que les lanzaban en Francia, en paracaídas, los aviadores británicos.

En la última quincena de la guerra marche rápidamente a nuestras oficinas de Berlín, para recoger los dos millones que había obtenido de beneficios nuestro diario <<L'Avenir>>, cuya tirada en Alemania alcanzaba los cien mil ejemplares. Esos dos millones los di hasta el último céntimo, repartir entre la tropa. Por lo demás, en vano. Se los entregue al mayor Jacobs para su reparto en el momento final; antes de que pudiera hacer la distribución fue capturado por una unidad motorizada canadiense que se apresuro a quitarle el dinero.

Caía del cielo a la bahía de San Sebastián sin un céntimo en el bolsillo. No habría podido comprarme ni un bocadillo si hubiese aterrizado sin romperme los huesos. El hospital militar fue para mí, a la vez, el remedio a mis heridas y un albergue.

**P.— *¿Como se las arreglo para abandonar el hospital?***

R.— Yo estaba en secreto en el Hospital Militar de San Sebastián. Al cabo de quince meses, una vez rechazadas todas mis ofertas para volver a Bélgica, y expulsado teóricamente de España, tuve que desembarazarme de mis ropas. No poseía ni siquiera un traje de paisano. Había caído en el mar con el uniforme de las Waffen SS. Para salir a la calle necesitaba al menos unos pantalones que no tuvieran el color feldgrau. Y al dejar Noruega no disponía más que de los del uniforme del frente. ¡En la URSS no nos paseábamos con un guardarropa detrás!

Tuve que mandar a teñir los que tenía. Durante varias semanas vendí a otros internados mis pocos cigarrillos de herido, hasta reunir las diez pesetas que la mujer de la limpieza reclamaba para el tinte. Era la tarifa más barata. Por otra parte, el tinte era tan detestable que cuando recogí esos históricos pantalones, la noche de mi evasión, tenía los muslos tan negros como los del mariscal Mobutu. El tinte se había pegado a mi piel como una calcomanía.

**P.— *Volvemos a sus millones? Se había dicho de los que logro guardar a tiempo en Suiza.***

R.— Se trata de nuevas invenciones fantásticas

Según los periódicos belgas, había depositado millones de francos. Los había guardado allí en espera del fin de las hostilidades, e hice que los transfirieran a España después de

1945. De ahí el confort que disfrutaba. Lo mismo que no tuve ni un franco en ningún banco belga, nunca conte, ni durante la guerra ni después de esta, con un solo franco en Suiza. Ni directa ni indirectamente. Treinta años después se sigue repitiendo esa bobada de los millones suizos. ¡Y con que seguridad! Pero nunca se explico nada al respecto. Si alguien hubiese estado enterado de algo hubiera facilitado alguna precisión: como se realizó la transferencia a Suiza, por quien, cuando, a cuanto ascendía la cantidad depositada, en que divisas, por que canal bancario. ¡Nada!

Habiendo inventado todo, los novelistas de la prensa jamas han podido responder a una sola de estas preguntas. La practica de la mentira no les perturba. Dentro de diez años habrá todavía en Bruselas un periódico u otro para volver a sacar esa invención. ¿Y que hacer? Los periódicos son tabúes. Toda replica que envíe pasa al cesto de los papeles. Ni un solo periódico belga, ni una sola revista, me dejaron nunca replicar en sus columnas. Su miedo resulta casi divertido. Advierto no solo la confesión de su mala fe, sino también de su impotencia. ¿Esos son hombres?

Tan mirificos millones no existieron nunca, ni en Suiza ni en ninguna otra parte. Por el contrario, lo que si fue real, y puedo revelarles hoy, es que durante la guerra hubo diversas tentativas del bando aliado para atraerme. Así, en 1942, al volver del Cáucaso, y por mediación de una cuñada de Jean Carton de Wiart, la marquesa de Leyde, los norteamericanos me propusieron que fuera a ver a dos emisarios suyos a su Consulado General de Barcelona. A tal efecto ponian dos pasaportes a mi disposición. ¿Pensaban quizá en rehacer conmigo la alianza del almirante Darlan en Argel, cuando tan vivamente deseaban echar a De Gaulle de las cuadras londinenses? ¿Sospecharon Pierlot y Spaak alguna vez en aquella época que, a su espalda, sus grandes aliados buscaban establecer conmigo, a sus expensas, una solución de recambio?

P.— *Ahora su situación en el exilio parece bastante floreciente.*

R.— Sin exagerar. Una vez liberado de mis servidumbres politicas, y libre para disponer de mi vida, he llegado a poseer en el exilio algunos bienes, un techo y, sobre todo, lo que me es indispensable en la vida: algunas obras de arte. ¿Como? Es muy sencillo: he trabajado duro. Durante diez años yo ofrecía gratuitamente mi vida al pueblo belga y luche por el con una obstinada energía, como jefe del Rex, sin cobrar nunca un céntimo de sueldo. En mi casea vivíamos únicamente de mis escritos y de los recursos familiares. En el frente no quise cobrar nunca mi sueldo. Durante toda mi vida politica de lider siempre tuve cuidado de no ganar nada, bajo ningún concepto. Siempre he vivido estrictamente al día.

P.— *Y entonces, que hay de sus recursos en España?*

R.— Si toda mi vida de antes de 1945 la entregue sin restricciones y sin compensaciones a mi ideal, en el exilio he dado prueba de que, si lo hubiera querido, desde mi juventud, y con mi trabajo exclusivo, habría podido adquirir bienes considerables. Durante varios años, aislado de casi todo el mundo, perdido en un páramo de Sierra Morena, a veinte kilómetros del pueblo mas próximo, solo pude servirme de un viejo teléfono de manivela para realizar mis primeras operaciones. Era casi pintoresco. En seguida contribuía montar cerca del Guadalquivir una industria metalúrgica. Efectúe también excelentes operaciones con algodón en Australia. Luego

me hice constructor. Proporcione techo incluso a cincuenta familias de una base americana.

P.— *¿De una base norteamericana?*

R.— Pues si, Y a la aventura no le falto lo picante. Todos aquellos militares americanos querían fotografiarse a mi lado con mi guerrera y mis condecoraciones del frente del Este. Asistieron en masa a las bodas de dos de mis hijas, a las que lleve al altar con todas mis cruces gamadas al viento. La prensa internacional publico, horrorizada, las fotos.

P.— *En conclusión?*

R.— Vivo en el exilio con dignidad, gracias a mi trabajo. No me importa el dinero. Lo que me interesa, es poseer algunas obras de arte que me recuerdan que, desde hace siglos, que a los hombres les domina la pasión por la belleza. A menudo me levanto a media noche para coger en mis manos un pequeño bronce romano, o para soñar ante la cabeza de mármol de una Venus de cabellos ondulados como las olas del mar. O para emocionarme ante una Pieza del siglo XV pintada por un primitivo flamenco.

Yo quisiera ver a aquellos que me han mancillado tan a menudo, ante un exilio tan duro como el mío, sin un céntimo al iniciarlo, sufriendo aun por mis heridas, acosado por todas partes, teniendo que llevar una vida increíble, obligado durante mucho tiempo a pasar de un refugio a otro.

Quisiera verles crear con su esfuerzo lo que yo he creado, en un país extranjero, a fuerza de exprimir el jugo de mis meninges y trabajando duramente mas de doce horas diarias.

*León Degrelle.*

## LOS TRANVÍAS DE MOSCÚ

La guerra de Hitler en la URSS. desencadenada el 22 de junio de 1941, comenzó bien y comenzó mal. Comenzó bien la inmensa maquinaria del Ejército alemán se puso en marcha con una precisión perfecta. Hubo aquí y allá. atascos, columnas despistadas, puentes hundidos por el paso de los carros de combate. Pero eso no fueron más que detalles. Desde primera hora, la Luftwaffe había reducido a la impotencia. para varios meses, la aviación soviética y convertido en imposibles las concentraciones del enemigo.

Al cabo de diez días, la Wehrmacht había triunfado en todas partes. en todas partes estaba muy lejos de sus bases de partida. Un desfondamiento total del frente ruso y del régimen soviético podía producirse en breve plazo.

Winston Churchill, más que ningún otro, se lo temía y, en los informes secretos, lo anunciaba.

Sin embargo, la guerra había, también, comenzado mal. Y terminaría mal. precisamente, porque ella había comenzado mal.

Por de pronto— y ello fue un elemento decisivo— había comenzado tarde, muy tarde, demasiado tarde, cinco semanas después de la fecha fijada por Hitler, porque la aventura de Mussolini en la frontera griega, en octubre de 1940, había torpedeado los planes hitlerianos para el Este.

Es en los montes cenagosos que separan Grecia de Albania donde la suerte de la Segunda Guerra Mundial es puesta en juego, más que en Stalingrado, más que en El-Aiamein, más que en las playas de Normandía, más que en el puente renano de Remagen, tomado intacto, en marzo de 1945, por el general americano Patton.

Mussolini estaba atormentado por las victorias de Adolfo Hitler.

El, el padre del fascismo, había sido relegado a un papel de segundo orden por la serie de campañas fulminantes— y siempre triunfantes— que el Führer había conducido, a tambor batiente, de Dantzig a Lemberg, de Narwik a Rotterdam, de Amberes a Biarritz. Cada vez, las águilas alemanas habían sido alzadas sobre países, a veces inmensos, conquistados en un santiamén, en tanto que varias millones de prisioneros habían avanzado como interminables filas de orugas hacia los campos de internamiento de un Reich cada vez más seguro de su éxito.

Mussolini, militarmente, había fracasado totalmente.

Su invasión in extremis en los Alpes franceses, fue devaluada por un descalabro humillante. El mariscal Badoglio, peón muy interesado, que había arramplado, en AddisAbeba, tesoros en oro macizo robados del palacio del Negu en fuga, había, desde junio de 1940, revelado su incapacidad técnica, digna de la de su émulo francés Gamelin.

En tanto que Francia ya estaba abatida, que los tanques de Guderian y de Rommel se desplegaban casi sin combate hasta Lyon y que una caída sobre Niza no hubiera debido ser para los italianos más que un breve paseo militar entre los vergeles cuajados de frutas maduras, Badoglio que, sin embargo había tenido a su disposición largos meses para prepararse, ¡había reclamado a Mussolini veintiún días más para bruñir los últimos botones de sus guerreras!

La operación se había convertido rápidamente en un grotesco fracaso. los franceses habían azotado duramente a sus agresores de último minuto, infligiéndoles pérdidas considerables y clavándoles en el suelo con un despliegue lamentable de sus aparatosos plumeros de gallo.

En África, la arrancada en Libia no había resultado más brillante: un general italiano habla sido hecho prisionero el primer día.

Cuando la artillería italiana se permitió el lujo de abatir un avión que resplandecía a pleno sol, ¡se encontró con que era el del mariscal Balbo! ¡Fue derribado como una perdiz! Así, el más famoso aviador muerto por los italianos en 1940 había sido su jefe más glorioso. El tiempo no había arreglado nada. El armamento italiano, alabado estruendosamente durante veinte años, era deficiente. La marina adolecía de falta de celo. El soldado raso no se sentía guiado. El mariscal Graziani espíritu enredador, mediocre instructor, prefería dar sus órdenes a quince metros bajo tierra mejor que a quince metros a vanguardia de sus tropas como lo haría más tarde en el frente italiano el mariscal alemán Rommel, el lansquenete intrépido.

Mussolini rabiaba.

Estaba furioso por causa de todos sus fracasos.

Creó posible dar una nueva capa de oro a sus blasones militares con una fácil conquista de Grecia, que sería preparada a golpes de millones repartidos discretamente entre las personalidades políticas de Atenas.

Mediante ello, la victoria sería conseguido sin excesivo esfuerzo, sobre un enemigo previamente de acuerdo para ceder y que solamente resistiría para guardar las formas.

—Yo había comprado a todo el mundo! ¡Esos puercos griegos se han embolsado mis millones y me han timado!. Esta confianza sorprendente me la hizo el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia, vivo de espíritu y bastante bribón e intrascendente, contándomela personalmente en junio de 1942 cuando, haciendo una breve etapa en Roma en un viaje en avión, le vi por última vez y le interrogué sobre esta guerra de Grecia fallada de una forma tan extraordinaria.

Sobre Las afirmaciones de Ciano (su yerno) en relación con lo que él creía las facilidades griegas, Mussolini, en octubre de 1940, provocó los acontecimientos.

No le dijo a Hitler una palabra de este plan de invasión. Cuando el canciller alemán, que se encontraba en Hendaya, donde acababa de entrevistarse con el general Franco, tuvo noticia de semejante proyecto, hizo inmediatamente lanzar su tren especial hacia Italia

donde acudió al día siguiente al andén de la estación de Florencia un Mussolini triunfante:

—Mis tropas acaban de penetrar en Grecia esta mañana

¡Hitler había llegado demasiado tarde! No pudo más que desear buena suerte a su colega.

Pero temblaba. Y con razón. Al cabo de algunos días, Las tropas italianas que se habían precipitado locamente sobre Grecia, en la cadena montañosa de Pinde, se hacían detener, arrollar y obligar a retroceder del Epiro, en una caótica derrota más trágica cada vez.

Los jefes italianos, infatuados el primer día, aterrorizados el segundo, se estaban comportando lamentablemente. Los soldados eran aniquilados, hubo un momento en el que el cuerpo expedicionario italiano iba a dejarse arrojar en su totalidad al Adriático y en el que toda Albania iba a verse invadida por las faldas blancas del uniforme de los griegos. Fue preciso, para colmo de humillación, hacer llamar a Hitler, que despachó precipitadamente hacia Tirana fuerzas alemanas de socorro.

La situación fue restablecida, pero lo esencial no residía precisamente en ello.

Que los griegos se hubiesen adjudicado Albania, excrecencia bastante vana del imperio italiano, no hubiera sido especialmente trágico. El rey Victor Manuel hubiese llevado en la cabeza una corona menos. Se hubiera encontrado reducido en una veintena de centímetros durante las ceremonias de Estado, lo que no hubiera tenido absolutamente nada de enloquecedor.

Lo enloquecedor es que la entrada de los griegos en la guerra había provocado en Grecia el desembarco de los ingleses, convertidos en aliados por carambola. En consecuencia, los ingleses, instalados bajo los Balcanes, representaban la posibilidad, casi la certidumbre, de verles cortar las líneas del Este, cuando Hitler hubiera penetrado muy profundamente en el inmenso espacio soviético.

Había que añadir a ello la obsesión de los raids de la aviación británica, sólidamente instalada en sus nuevas bases griegas. Podía, a fuerza de bombardeos masivos, incendiar los pozos de petróleo rumanos, indispensables para el reavituallamiento de las veinte divisiones acorazadas que Hitler se preparaba a lanzar a través de los dos mil kilómetros de frontera de los soviets

Los riesgos se habían convertido en inmensos.

Y se convirtieron en absolutamente formidables cuando, el mismo invierno, la Yugoslavia del rey Pedro, instigada por agentes ingleses, se alzo contra los alemanes. Ya no había, desde ese momento, posibilidad de precipitarse sobre la URSS en la fecha prevista. tanto más cuanto que Molotov acababa de enviar al rey yugoslavo felicitaciones particularmente insolentes de Stalin y la seguridad de su apoyo moral.

Después de esta lamentable aventura mussoliniana Hitler, antes de reemprender en el Este su gran proyecto, se encontraba condenado a limpiar previamente Los Balcanes, a

precipitar sus carros a través de toda Yugoslavia toda Grecia, e incluso a apoderarse del portaaviones inglés en que se había convertido la isla de Creta.

Aquello fue una carrera ofensiva sensacional.

En diez días Yugoslavia fue vencida y enteramente ocupada.

Después, Hitler ponía tumba abierta sobre Atenas y Esparta.

La cruz gamada brillo al final sobre los mármoles dorados de la Acrópolis. Los paracaidistas de Goering descendieron, con un heroísmo triunfante, sobre la isla de Creta donde la derrota de los ingleses fue culminaba en cuarenta y ocho horas. Los navíos aliados en fuga hacia Egipto fueron acribillados como patos en los estanques de las Landas.

Todo perfecto. La amenaza inglesa había sido liquidada. Pero se habían perdido cinco semanas ; cinco semanas que Hitler ya no recuperaría jamás.

Como soldado, he conocido paso a paso— porque nosotros atravesamos a pie Rusia entera— cada detalle de esta tragedia. Es por cause de un solo mes que le falló a Hitler por lo que la guerra no termino en 1941, en el frente ruso; ese mes que, precisamente, el amor propio herido de Mussolini había hecho perder al Eje por su calaverada de la frontera griega.

Se había perdido el tiempo.

Y un material de la mayor importancia se habla perdido también.

No es que los tanques alemanes hubieran sido destruidos en gran número a lo largo de los combates escalonados desde Belgrado al canal de Corinto. Sino que el material pesado de las divisiones acorazadas hablan sido seriamente deteriorado a lo largo de tres mil kilómetros de carreras por montes y por valles, a menudo muy pedregosos.

Centenares de tanques debieron ser revisados. No pudieron ser puestos en linea el 22 de junio de 1941, cuando la gran arrancada. Digo lo que yo he visto con mis propios ojos: Las divisiones blindadas de Von Kleist, del grupo de ejércitos del sur a las ordenes del mariscal Von Rundstedt, centelleantemente lanzadas a través de Ucrania, no comprendían, cifra apenas creíble, ¡más que seiscientos carros de combate!

¡Seiscientos carros para pulverizar millones de soldados soviéticos, millares de carros soviéticos y llegar, por encima de todo, a Rostof, en el último fondo del Mar Negro y del Mar de Azof, antes de que surgiera el invierno, y no sin haber tenido todavía que desviar lo esencial de esta fuerza blindada para dirigirse al encuentro del general Guderian que descendía del norte, y realizar con él el cerco más grande de la historia militar del mundo a doscientos kilómetros al este de Kiev!

Con quinientos tanques más, el grupo de ejército alemán de invasión del sur de la URSS, hubiese alcanzado, antes de llegar los fríos, Stalingrado y Bakú.

Esos tanques que faltaron, fue Mussolini quien los había hecho perder.

Por catastrófico que hubiera sido ese retraso de cinco semanas en el horario, un material alemán más abundante hubiera podido compensar, muy probablemente, el desequilibrio en el tiempo. Pero también en eso la guerra comenzó mal.

Los datos facilitados sobre la fuerza de la URSS, se demostró inmediatamente que eran falsos. Los soviets poseían, no tres mil tanques como los servicios secretos alemanes habían informado a Hitler, sino diez mil, es decir tres veces más de los que alineaba Alemania. Y ciertos tipos de esos carros rusos, como el T-34 y el KV-2., de cincuenta y dos toneladas, eran prácticamente invulnerables, de una solidez extraordinaria y contruidos muy especialmente para dominar los lodos y las nieves de Rusia.

Por otro lado, la documentación sobre las vías de acceso a través del espacio rusa era errónea: grandes arterias previstas para los tanques ni siquiera existían, otras arenosas, apenas eran útiles para soportar el peso de ligeras troikas. Cualquier coche era engullido.

Y sin embargo, gracias a milagros de energía, la cabalgada se realizó. En veinticinco días habían sido franqueados setecientos kilómetros. Desde el 16 de julio de 1941 Smolensko, la última gran ciudad en la autopista que conducía a Moscú, estaba tomada. Desde el punto extremo del avance alemán, el anillo de Elyna, no quedaban más que a doscientos noventa y ocho kilómetros antes de alcanzar la capital de la URSS.

En dos semanas de ofensiva a la cadencia de entonces, aquélla hubiera sido conquistada. Stalin preparaba ya el desplazamiento del cuerpo diplomático hasta más allá del Volga. Reinaba el pánico. Manifestantes abucheaban al comunismo. Incluso se vio ondear, en una calle de Moscú una bandera con la-cruz gamada, rápidamente improvisada.

Pero precipitarse hacia Moscú, de un interés estratégico relativamente escaso, era renunciar a destruir la inmensa baraúnda de más de un millón de soldados soviéticos que, en el sur, refluían en desorden hacia el Dnieper y el Dniester.

No se hace una guerra para ocupar ciudades, sino para aniquilar la fuerza combatiente del adversario.

Ese millón de rusos en derrota, dejado en paz, se hubiese reconstituido poco después. Hitler tenía, por tanto, razón. Era preciso aprisionarlos sin retraso con todo su material pesado, en el laberinto de inmensos cercos, ante los cuales los de Bélgica y Francia de 1940 eran poco más que juegos de niños.

Se trataba, también, de asegurar económicamente las enormes riquezas mineras del Donetz.

Desgraciadamente, Guderian no disponía de fuerzas suficientes para mantener a la vez la carrera hacia Moscú y el aniquilamiento del enemigo en el otro extremo de Rusia, hacia el Donetz. Cualquiera que fuese la elección, la segunda operación sería casi con toda certeza, iniciada demasiado tarde.

Si en lugar de verse obligado a hacer alto con sus blindados en la autopista de Smolensko y abandonar temporalmente la conquista de Moscú, al alcance entonces de su mano, Hitler hubiera dispuesto de dos o tres mil tanques más, Las dos operaciones

gigantes, la conquista de Moscú en el Este y el cerco de la masa soviética en el Sur, hubiesen podido tener éxito a tiempo y simultáneamente. E incluso, la tercera operación, la conquista, antes del invierno de 1941, del Volga inferior y del Cáucaso.

Durante largo tiempo se han preguntado los comentaristas cómo Hitler pudo cometer semejante error de evaluación y lanzarse a través del gigantesco imperio de Los soviets con solamente 3.524 carros de combate, pocos más de los que poseía cuando entró en Francia en mayo de 1940.

¿ Había sido víctima, él también de las ilusiones que perdieron a tantos estrategas a continuación de la lamentable campaña militar de los soviets en Finlandia durante el invierno de 1939-1940?

¡En absoluto!

*—Cuando di la orden a mis tropas de entrar en Rusia —me dijo él un día—, tuve la sensación de empujar a golpes de hombro una puerta detrás de la cual se encontraba un local oscuro del que yo lo ignoraba todo.*

¿ Entonces ? . . .

Entonces ha sido preciso esperar el despojo de los archivos de la Hereswaffenamt para conocer la verdad. Estos documentos revelan que inmediatamente después de la campaña de Francia de 1940, Hitler, viendo la creciente amenaza soviética acercarse, exigió una producción mensual de 800 a 1.000 carros de combate.

La cifra no tenía nada de locura, y sería largamente superada un año más tarde.

Las fábricas del Reich, si hubiesen producido sólo la mitad de los tanques reclamados entonces por el Führer hubiesen logrado que la cabalgada de los blindados hitlerianos a través de la URSS hubieran sido imposible de parar.

Pero, desde entonces, el sabotaje que conduciría al atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944 estaba animado disimuladamente por importantes generales de la Administración a quienes estaban confiados los servicios de producción de la retaguardia. Bajo pretexto de que esos carros costarían dos mil millones de marcos y reclamarían mas trabajadores cualificados (Alemania rebosaba de ellos, la Wehrmacht estaba entonces inactiva) la Heereswaffenamt, congeló las órdenes de fabricación.

Los saboteadores llegaron más lejos. Hitler había exigido que los carros III, provistos hasta entonces de cañones del calibre 37, fuesen dotados de cañones del 50 mm, L 60, capaces de perforar los blindajes más poderosos. Y hasta el fin del invierno, es decir demasiado tarde, no se enteró Hitler de que los cañones previstos por él, del calibre 60, no eran más que del 42.

Esta debilidad se revelaría fatal ante Moscú.

Cuando— cuenta Guderian— Hitler comprobó, en febrero de 1941, que sus instrucciones no se habían ejecutado, pese a que las posibilidades técnicas lo permitían

perfectamente, fue presa de un violento ataque de cólera y jamás perdonó a los oficiales responsables de haber obrado por su propia iniciativa.

Pero el mal ya estaba hecho.

El esfuerzo de creación de un nuevo armamento fue casi insignificante. Durante aquellos meses, el Tercer Reich, si se hubiera realmente querido, hubiera podido fácilmente fabricar cinco mil, seis mil nuevos tanques, de calibres más poderosos, adaptados exactamente al clima y a las extraordinarias dificultades de terreno que deberían afrontar en sus futuras combates.

Entonces, si, la cabalgada a través de la URSS hubiese sido Irresistible.

De todos modos, veinte Panzer Divisiones penetraron el 22 de Junio de 1941 en Rusia, en lugar de las diez que hablan conquistado Bélgica, Holanda y Francia en mayo del año anterior. Pero la diferencia entre diez y veinte divisiones era teórica. Es cierto que había dos veces más Panzer Divisiones, pero en cada una de ellas había dos veces menos carros de combate.

Pese a todo, lo que ocurrió tuvo mucho de prodigio.

Guderian descendió a marchas forzadas desde Smolensko hacia el Donetz, trabando combates de una audacia inaudita. Dos razzias fabulosas, cerca de Kiev, en Ouman donde Guderian no haba intervenido, más tarde cerca de Poltava, aniquilaron las fuerzas soviéticas de Dnieper.

Y solamente después de este último cerco, el más colosal de la guerra (665.000 prisioneros, 884 blindados y 3.718 cañones conquistados), dio Hitler a Guderian la orden de remontar hacia el norte para ensayar, no solamente tomar Moscú de revés, es decir, por el sudeste, sino de abalanzarse hasta Nijni-Novgorod (actualmente Gorki), ¡A cuatrocientos kilómetros más al Este, sobre el propio Volga central!

Si la operación hubiese tenido éxito. habría sido la mas prodigiosa cabalgada blindada de todos los tiempos: ¡De Polonia a Smolensko, después de Smolensko al Donetz, después del Donetz, de nuevo, hacia Moscú, y ochenta leguas más allá, hacia el Volga! ¡Varios millares de kilómetros a franquear en cinco meses, y combatiendo! ¡Con material gastado y hombres rendidos!

Guderian partió nuevamente por encima de todo, franqueando etapas que llegaron a los ciento veinticinco kilómetros en un día. Al mismo tiempo que él, todas las fuerzas blindadas alemanas del Norte, corrían desde Smolensko en linea recta, adelante. hacia la capital soviética. Moscú había de ser tomada tras una maniobra de una precisión estratégica perfecta. ¡La guerra hubiese quedado terminada sin mas!

Las cinco semanas perdidas antes del comienzo de la campaña y la falta de dos o tres mil tanques que hubieran permitido el desdoblamiento de las columnas de asalto, habían de hacer fracasar este inmenso esfuerzo final, a muy pocos kilómetros del éxito.

Desde finales de octubre, unos lodos impresionantes había embarrado las formaciones de carros de combate del Reich. Ni un blindado avanzaba. Ni un cañón podía ser

desplazado. Los aprovisionamientos quedaban sobre las carreteras: no solamente el reavituallamiento de los soldados, sino las municiones de la artillería y la gasolina de los tanques.

El hielo haría el resto. Iba, en noviembre y principios de diciembre de 1941 a agravarse la situación, convirtiéndose cada vez en más catastrófica, pasando de quince bajo cero, a veinte, a treinta y cinco bajo cero, ¡para alcanzar incluso los cincuenta bajo cero! ¡Desde hacia ciento cincuenta años, Rusia no había conocido un invierno más feroz!

Imposible para los carros intentar desplazarse.

El cuarenta por ciento de los soldados tenían los pies helados, sin equipos de invierno en los que la intendencia ni siquiera había pensado entre 1940 y 1941.

Vestidos con sus ligeros uniformes de verano, a menudo sin abrigo y sin guantes, apenas alimentados, corrían inexorablemente hacia el desmoronamiento físico.

Por el contrario, los soviets disponían de tanques capaces de superar el barro, el hielo y el frío. El primer material inglés acababa de alcanzar los arrabales de Moscú. Tropas frescas habían sido acumuladas en gran número, procedentes de Siberia; una intervención japonesa— que también ella falló— las hubiese retenido muy útilmente en Asia.

Cada día el combate iba haciéndose más atroz.

Sin embargo, los asaltantes alemanes proseguían su esfuerzo, fuese cual fuese su rigurosidad. Flechas adelantadas habían repasado Moscú por el norte, hasta Krasnaia Poliana. Otras habían alcanzado los arrabales de Moscú y ocupado las cocheras de los tranvías. Ante ellos, entre el hielo devorador, las cúpulas de la capital de los soviets, brillaban, tentaculares.

Fue allí, a escasos kilómetros del mismo Kremlin, dónde el asalto alcanzó su límite máximo para siempre. Las unidades se habían convertido en esqueléticas. La mayoría ni siquiera poseían más de un quinto de sus efectivos. Los soldados se derrumbaban sobre la nieve incapaces ya del menor esfuerzo. Las armas, heladas, se encasquillaban, rehusaban prestar servicio.

Los soviets, por el contrario, abastecidos sólidamente y a pocos kilómetros de sus bases, recibían en abundancia víveres, municiones y el apoyo de nuevos tanques que salían por centenares de las propias fábricas de Moscú.

Se lanzaron a la contraofensiva.

Los supervivientes alemanes de esta epopeya terrible fueron engullidos por la ola.

Se había perdido la batalla de Moscú.

Y además, Stalin habla ganado la semitranquilidad de seis meses de invierno, seis meses que serían su amparo inmediato y su salvación para el futuro.

León Degrelle.

# MAJESTAD, USTED YO...

*Léon Degrelle*

En el exilio, el 15 de noviembre de 1991.

Al Rey Balduino en su palacio de Bruselas

Majestad,

Por fin, hasta el menos espabilado de vuestros súbditos ha terminado por darse cuenta, durante estos meses, del derrumbamiento definitivo de lo que fue la Unión Soviética.

Así pues, ¿no cree usted que ya sería hora -¡y Dios sabe con qué retraso llega! - de hacer justicia a los intrépidos muchachos de vuestro pueblo que, hace cincuenta años, fueron a miles de kilómetros de su suelo natal con objeto de ofrecer su juventud y su sangre para proteger a Europa de la expansión del comunismo?

Muchas personas, debido a su poca lucidez mental, no han comprendido hasta hace poco el peligro que aquella ideología ha representado para toda la humanidad durante tres cuartos de siglo.

Lenin, y después Stalin, pudieron impunemente conducir a la muerte a decenas de millones de seres humanos, e internar a otros tantos millones en vergonzosos "gulag". Desde 1917, esclavizaron a veinte pueblos, constituyendo para el resto de Europa un peligro constante de esclavitud.

Todo lo que llegara de ellos se toleraba: los gobiernos llamados "democráticos" avalaron sus millones de crímenes como tantas pociones mágicas

Se contentaron, maliciosamente, con tomar por un "pecado de juventud" (1929) el cómic "Tin-Tin en el país de los Soviets" de Hergé, el inolvidable precursor.

Y en cuanto a nosotros, los rexistas, que, desde 1936, llevamos nuestro combate nacional con el grito de "¡Rex o Moscú!", se nos inscribió desde entonces en el archivo de acusaciones que, en 1945, provocaría nuestro aplastamiento bajo el martillo pilón del "antifascismo".

Adocenando a las masas, un centenar de falsos intelectuales cantaron, en prosa o en verso, las excelencias de los Soviet.

Henri Barbusse escribiría: "La figura de Lenin aparecerá como la de un Mesías.

¡Mesías!

¡Y Mesías también el sucesor! Barbusse aclamó el "verdadero culto que el pueblo mostraba hacia Stalin".

¡Todo era milagroso bajo esos dos benefactores! ¡Hasta los niños nacían más guapos y más grandes!

"Los recién nacidos tenían por término medio 42 cm de longitud y pesaban 3000 gramos. Ahora, tienen por término medio 46 cm y pesan 3613 gramos (Henri Barbusse).

"En la Unión Soviética se han alcanzado enormes logros, sobre todo económicos, añadía el Secretario General del Partido Socialista francés, un despistado llamado, Mauroy. Cuando, en aquel momento, en la URSS se morían de hambre trescientos millones de desgraciados.

Hasta el terror soviético era una maravilla: Llamo al terror desde el fondo de mis pulmones clamaba Louis Aragon.

Y lo deseaba también para sus compatriotas: "Creo que el GPU es necesario en Francia". Y exclamaba henchido de entusiasmo: "¡Oh, Gran Stalin, jefe de los pueblos! ¡Tú que haces nacer al hombre! ¡Tú que fecundas la tierra! ¡Tú que rejuveneces los siglos!". El himno alcanza el más puro éxtasis: ¡Tú que haces florecer la primavera! ¡Tú que haces vibrar las cuerdas musicales!" (citado por Pierre Rigoulit en "Les Paupières lourdes").

"Stalin ha devuelto la dignidad al ser humano", concluiría el mago André Malraux.

Efectivamente, desde 1918, sin gran sensiblería por su parte, Lenin estableció claramente su programa: "limpiar la tierra rusa de todos los insectos dañinos. "Incluidos los insectos franceses añadiría relamiéndose el filántropo Aragon...

Para que pudiera efectuarse exhaustivamente esta limpieza de coleópteros occidentales, Stalin, en agosto de 1939, dio la espalda a las beatas "democracias", a pesar de que éstas habían corrido a Moscú para mendigar una alianza. Aprovechándose de la guerra en el Oeste -que hubiera sido imposible de no ser por él- Stalin, desde septiembre de 1939, se llevó a su despena un tercio de Polonia (y enviaría ipso facto a un millón de polacos a refrescarse los pulmones a los gulag de Siberia).

En junio de 1940 se libró la gigantesca contienda franco-alemana, desde Sedan hasta Biarritz. Sin perder un instante, y sin tener que disparar una sola bala, Stalin, aprovechando la ganga, se apropió de Estonia, Letonia, Lituania y de una parte de Rumania.

Apenas había terminado de engullir aquellos enormes aperitivos, cuando envió a Berlín, en noviembre de 1940, a su Ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, gruñón e insolente, para reclamar que se concediera a la URSS el control de los Balcanes, el dominio del Mar Negro hasta Constantinopla y -el colmo de las exigencias - salidas soviéticas al mar en Dinamarca y Noruega.

En resumen, que era necesario entregarle la parte más débil de Europa, es decir, los Estados balcánicos, así como salidas de importancia estratégica decisiva en el Mar Negro y en el Océano Atlántico. ¡Europa, en ese caso, hubiera quedado a la merced de los soviéticos!

Hitler no aceptó. Para mantenerle en vilo, Stalin, con el apoyo del general americano Donovan, secuaz en Belgrado del Presidente Roosevelt, provocó, en abril de 1941, la guerra en Yugoslavia. Obligaba así a la barrera antisoviética a desplazarse durante dos meses hasta el Peloponeso, dos meses durante los cuales Stalin podría acumular cinco millones y medio de sus jenízaros a todo lo largo de su frontera occidental con objeto de abalanzarse en cualquier momento sobre la desprotegida Europa.

Stalin tenía dientes de caimán.

La ola soviética iba a llegar hasta el Atlántico, al igual que la devastadora lava de un gigantesco volcán.

La ofensiva europea del 21 de junio de 1941, al tener que retrasarse dos meses, se adelantó a la de Stalin por los pelos.

Aquel día, Europa entera hubiera debido lanzarse al asalto. ¡Se trataba de su suelo y de su piel!

Pero, en 1941, Europa estaba ciega. Erraba, agitando los brazos en el vacío. Le hizo falta esperar cincuenta años (1991) para recobrar parcialmente la vista, siendo las propias víctimas del stalinismo quienes les lavaron los ojos.

Con todo, varios cientos de miles de voluntarios europeos, llegados de más de veinte países diferentes, se lanzaron hacia el deber. Entre ellos se encontraban, llevados por el más ardiente de los patriotismos, dos legiones de jóvenes flamencos y valones. Se comportarían en el Frente del Este con un heroísmo que nadie osaría poner en duda. Llegaron a formar dos divisiones, la "Langemarck" y la "Vallonie". En el curso de cuatro años de combate, sacrificaron, para defender Europa y su país, varios miles de jóvenes vidas ardientes.

En la época en que los belgas besaban la lona de Londres, hubieran debido, si fueran sinceros, correr, en el verano de 1940, contra Alemania, el "enemigo aborrecido". ¿Cómo reaccionaron? Usted lo sabe tan bien como yo, Majestad. Jamás consiguieron reunir, a lo largo de cuatro años y pese a las repetidas movilizaciones, más que un flaco tercio de brigada militar. ¡2100 hombres! Ni uno más. En total, cayeron por la causa 84 de ellos. ¡Un muerto de la Brigada Piron por cada 100.000 belgas! ¡Dos muertos por mes a lo largo de toda la guerra!

Jamás se descubrirá entre aquellas filas a un tal Paul-Henri Spaak, sin embargo joven y reluciente como la Luna, ni a un matamoros tropical estilo De Vleeschouwer, erizado como un endrino, ni tampoco a un De Laveleye, ruidoso cacareador radiofónico que prefería ofrecer la saliva en vez de la sangre.

Y, por supuesto, tampoco marcharía a luchar ni uno sólo de aquellos encantadores jóvenes siempre prestos para la huida, al estilo de D'Ydewalle, Ryelandt (su cuñado combatió en el Frente del Este), o Ugeux, todos aferrados, en plena juventud, a las comodidades londinenses.

¿Ante cual de las tumbas de aquellos farsantes ministeriales, dilapidadores de presupuestos, bien cebados, hubierais podido vos, Majestad, orar después de 1945?

Mientras tanto, la vida no era fácil en la Bélgica ocupada. Como el propio Spaak escribía entonces:

"Se diría que Hitler va a ser el amo de Europa durante mil años".

La Bélgica de mayo de 1940 estaba vencida. Quedaba a merced de los desguaces.

Debido al sensato y realista llamamiento de vuestro padre, los belgas, Majestad, se decidieron a "colaborar" (más del 90% en el verano de 1940). Algunos por convencimiento repentino, como es el caso del Presidente del Partido Socialista Henri de Man, que llamó al desastre de 1940 "la derrota liberadora"; otros, simplemente por sobrevivir; la mayoría para que su patria, amenazada de desmembramiento o desaparición, pudiera recobrar la vida.

Era absolutamente necesario, y sin esperar más, aportar la prueba, a pesar del desastre de nuestro país, de que el valor de sus hijos permanecía intacto, y que, cargado de historia, cultura y gloria, era digno de reaparecer con honor en la nueva Europa que, inevitablemente, se crearía al final del conflicto.

Este fue el espíritu con el que partimos, a comienzos de agosto de 1941, hacia el Frente del Este. Ayudando a salvar a Europa de la invasión de un comunismo avasallador, abrazábamos así la ocasión providencial de recuperar, con nuestro sacrificio, el derecho de nuestro pueblo a decidir su suerte el día final, en un diálogo de igual a igual, de vencedor a vencedor. con el respeto que impone el heroísmo.

Esa fue, Majestad, nuestra razón para luchar. Y para varios miles de camaradas, para morir.

Ciertamente, "colaborar", como pidió vuestro padre, se volvía más difícil de año en año. La guerra debería haber sido corta, pero se eternizaba. Los tiempos eran duros. La "colaboración" en Bélgica era un salvavidas que se agitaba furiosamente en el encrespado mar del mundo entero en guerra.

Y, sobre todo, desde el 21 de junio de 1941, el terrorismo comunista -la maza internacional de Stalin - implantaba su chantaje por doquier.

Apenas habían partido nuestros voluntarios para el Frente del Este, y ya se desencadenaba en Bélgica, como en otras partes, la ola de atentados soviéticos. Un millar de los nuestros -sobre todo los abuelos, padres o hijos de los soldados - serían asesinados, con una cobardía ejemplar, en pueblecillos perdidos, donde se hallaban sin ninguna protección.

Reclamar justicia a las instituciones legales era inútil. La magistratura belga, temblando dentro de sus enaguas y con el gorro ladeado, temía hasta lo indecible las represalias de los asesinos al servicio de Moscú. Con la boca cosida y la nariz sudando de miedo, enterró apresuradamente sus archivos en las mazmorras.

Las medidas de contra-defensa, improvisadas tras cientos de atentados impunes, llegaron demasiado tarde. Nuestros seguidores eran personas valientes, pero, a decir verdad, ignoraban todo acerca de técnicas de guerra civil, materia en la que precisamente los comunistas se encontraban como pez en el agua, alertas y a sus

anchas. Los nuestros cayeron en un número diez veces superior al de sus asesinos, atacados solamente, bien que mal, durante los últimos meses de la tragedia.

Hasta el último momento, el valor, la tenacidad, e incluso el número, no faltaron nunca a nuestros seguidores que habían quedado en el país.,

Cuando en abril de 1944, después de que la legión "Wallonie" consiguiera en Ucrania la gran victoria de Tcherkassy, desmantelando con ello el Frente soviético del sur, cien mil personas se lanzaron a las calles de Bruselas para aclamar a nuestros soldados, que desfilaban por la capital montados en sus carros de combate adornados con enormes coronas de hojas de roble. No hubo ni un sólo grito hostil de ningún "resistente". Ni el más mínimo incidente. Yo mismo, durante dos horas de desfile, fui un objetivo perfecto, de pie junto a las escaleras de la Bolsa, teniendo por único parapeto a tres de mis pequeños hijos. La multitud aclamaba, colocada en diez, veinte filas.

Las fotos de aquel desfile triunfal, Majestad, todavía existen, como pruebas irrefutables de los vibrantes sentimientos de la capital hacia nosotros, y, de rebote, del aletargamiento de cualquier elemento contrario.

Y todo esto, apenas cinco meses antes de que se produjera la llegada a Bruselas de las tropas inglesas y americanas, a principios de septiembre de 1944.

Fue entonces, una vez que se hubo eliminado verdaderamente cualquier peligro de respuesta, cuando los super-valientes comenzaron heroicamente su caza de brujas.

Cien mil civiles se vieron encarcelados y tratados con un salvajismo indecible, amontonados como cerdos en celdas nauseabundas o metidos en las jaulas de los parques zoológicos: los hombres apaleados abominablemente, las madres arrancadas por miles a sus hijos, infinidad de jóvenes rexistas violadas y vendidas por algunos cigarrillos a los negros norteamericanos. Se podían contar por centenas los fusilados, sobre todo los intelectuales más brillantes de Bélgica, como es el caso de José Streel, Victor Meulenijsen o Paul Herten. Fue un bendito sacerdote, Monseñor Kerkhofs, obispo de Liege, quien, en 1949, definió de manera más exacta esta feroz "represión": "fue de una dureza que no tenía nada de cristiana, ni mucho menos, de humana".

Os sería difícil dudar todavía, Majestad, de las atrocidades que se perpetraron entonces, ahora que la televisión belga ha hecho públicas toda una montaña de imágenes de aquella abominable represión. Estas escenas televisadas han horrorizado a millones de espectadores. Fue tal la conmoción causada, que no se pudo evitar el escándalo más que ordenando, tras seis emisiones, que se cesara de emitir aquel reportaje patético...

Ciertamente, hubo algunos patriotas desinformados, contrarios a la "colaboración" que se entregaron también en un principio a esta salvaje represión. Sin embargo, la mayor parte de ellos lamentaron más tarde haber participado en semejantes abominaciones. Pero la verdad es que, ante todo, se trató del trabajo de los comunistas, lanzados contra todos los que participaron en la Cruzada europea contra el bolchevismo, así como los que les secundaron con sus votos.

Durante aquellos meses, los stalinistas fueron los amos de Bélgica.

Un regente de opereta, botella de whisky en mano, se instaló en el trono vacío de Leopoldo III, deportado al extranjero. Ascendió a ministros del reino a los tres

comunistas más destacados, entre ellos un antiguo redactor del "Soir", llamado Demany.

Este stalinista llegó a escribir entonces en su obra "Morir de pie" (algo que él se guardaba muy bien de hacer) estas líneas propias de un antropófago:

"Todos los medios eran válidos. Algo formidable nos agitaba, e incluso teníamos una insaciable sed de sangre. Este odio avivaba nuestras acciones. Soñábamos con asistir a la matanza de los traidores, deleitarnos con el espectáculo de sus morros partidos (por supuesto, por "traidores" debe entenderse "traidores a los Soviets).

Con esos gritos de hiena -que reproduzco aquí, pues deben quedar en la memoria de cualquiera - respondían a las llamadas al regicidio (¡Sí, al regicidio!) de energúmenos socialistas como el diputado de Charleroi, Gailly.

Esto se refería, Majestad, ni más ni menos que a vuestro propio padre, e incluso a vos, que en aquella época tan sólo erais un eventual delfín en la infancia.

Aquí también es necesario recordar una y mil veces aquellos llamamientos desaforados:

"Popol de Sajonia-Coburg-Gotha -gritaba Gailly en su gran mitin de Huy - verá su coronada cabeza caer bajo los golpes de la Internacional".

Evidentemente, "Popol" era Leopoldo III. Y "Sajonia-Coburg-Gotha" era el antiguo nombre alemán (de antes de 1914) de vuestra familia. Gailly añadiría, vociferante: "Por las armas y la sangre, puesto que ya no es posible entenderse de otra manera, la clase obrera alcanzará su objetivo: acabar con el capitalismo ejecutando a todos los reaccionarios, Leopoldo el primero. Todas nuestras industrias capitalistas deben ser saboteadas: tomaremos las armas y nos haremos dueños de los talleres. Al igual que en 1789 y en 1848, los reaccionarios serán castigados en el cadalso, y Leopoldo III y su progenie no olvidarán jamás que después de una revolución popular, las cabezas coronadas dejan su corona en las escaleras del patíbulo".

¿Quién sino vos era esa "progenie"?

Casi resulta ridículo subrayar que ese tipo de incitaciones públicas al crimen y al regicidio, jamás fueron, ni mucho menos, objeto de la menor reacción por parte de la acomodada magistratura. ¡Todo lo contrario! Los candidatos a regicidas fueron cubiertos de condecoraciones del cuello a los pies, como generales soviéticos.

Y en cuanto a vuestro padre, Leopoldo III, a pesar de haber sido refrendado mediante plebiscito por la absoluta mayoría de los belgas (57% de los electores), fue, por imposición dictatorial de los partidos, defenestrado y condenado por siempre al silencio. El telón cayó sobre él como una trampa.

Es entonces cuando, con el cuerpo bailando dentro de un uniforme demasiado amplio de teniente general, acabado a toda prisa, se os colocó en el trono real, que tan ágilmente había sido dejado libre.

Desde entonces, vos habéis cumplido con vuestro ingrato deber con dignidad, sin molestar excesivamente.

La carroza del estado belga va dando tumbos, pero no se vuelca.

En resumidas cuentas, y en lo que a vos se refiere, habéis tenido suerte. En el fondo, si nos fijamos en las furibundas imprecaciones de Demany o Gailly, vuestra suerte hubiera podido ser peor. En todo aquel asunto, vos habéis sido el único, de toda nuestra enorme aventura, en quedar relativamente bien parado. ¿No es cierto?... Formáis parte, sin sobresaltos, del decorado del reino. No estorbáis a nadie. E, incluso, las personas honestas os quieren bien. Tenéis una compañera perfecta. Con gorro o con lentillas, de frente o de perfil, adornáis millones de sellos de correos. Financieramente, llegáis, sin grandes esfuerzos, a fines de mes confortables.

Incluso, todos los años, en verano, sois mi vecino en la Costa del Sol. Pero vos os halláis de vacaciones, no en el exilio.

A pesar de todo, los cuarenta años que han sucedido a la estrepitosa caída de Leopoldo III, no han bastado para infundir demasiada viveza a los verdeazulados ojos de muchos belgas, casi ciegos después de 1945. Ni tampoco a sus émulos legañosos de la Europa "liberada".

Durante casi cincuenta años, el comunismo vencedor de 1945 pudo someter al mundo a su chantaje. Mantuvo, ensartados en su tridente, a cuatrocientos millones de seres humanos. La famosa "guerra fría" permaneció siempre, hasta 1991, glacialmente inmóvil: ni una sola "democracia" movió nunca, para activarla, un sólo músculo de sus pantorrillas. El descubrimiento de la masacre stalinista de miles de jóvenes oficiales polacos en Katyn, el aplastamiento de Budapest y Praga bajo los carros soviéticos, la esclavitud de decenas de pueblos que se prolongó hasta 1989, sólo provocaron en el campo demócrata corrientes de aire y parloteos.

Y sin embargo, bien sabe Dios que el "derecho de los pueblos a disponer de sí mismos" ha sido machaconamente presentado como el dogma intangible de las virtuosas democracias.

Estas sólo se movieron -¡una vez en cuarenta y cinco años!- para embarcarse a las órdenes de los americanos, en 1990, en la absurda historia petrolífera de Kuwait, donde la democracia contaba menos que un mosquito en las inmensidades saudíes.

Aparte de esta insensatez, la falta de acción de las democracias, desde 1945 hasta 1991, ha sido absoluta, condenando durante decenas de años a la condición de esclavos a cuatrocientos millones de seres humanos en la Unión Soviética y en el Este de nuestro continente.

¿Qué hicieron la Europa "democrática" y la América de la Estatua de la Libertad para salvarlos?

Aquellos pueblos, tras interminables sufrimientos, sólo han podido soltarse de la garra soviética tras haber roto por sí mismos las sogas de acero que, desde 1917 o 1945, les apretaban, ahogaban y asfixiaban. Han sido ellos y nada más que ellos, los que, con las débiles fuerzas de la desesperación, han enviado las estatuas de sus déspotas (las de la perilla leninista en primer lugar) a estrellarse contra el empedrado de las plazas públicas.

Decidme, Majestad, ¿de qué forma participaron las "democracias" en aquella cascada de liberaciones? Absolutamente de ninguna. Los pontífices políticos reían en el altar democrático mientras cantaban la misa.

Bastan dos palabras para definir su comportamiento ante la esclavización de una veintena de pueblos por los soviéticos: cobardía y traición. Cuatrocientos millones de desgraciados fueron traicionados, interminablemente, por las "democracias". Vergonzosamente traicionados.

Pero aún no ha terminado todo.

Durante el verano y el otoño de 1991, hemos visto a Croacia mutilada, aplastada a lo largo de meses atroces bajo los carros de la tiranía yugoslava, que continua siendo comunista.

Europa, durante estos meses de angustia, eternizaba su grotesca palabrería. Esterilidad. Inmoralidad. En todo momento, una confesión de impotencia...

Nunca se repetirá lo bastante la manera en que las resplandecientes democracias del siglo XX, no solamente no defendieron a las naciones esclavizadas por los Soviet, sino que adoraron sin cesar a sus tiranos. Y todo esto hasta ayer mismo...

Les felicitaron abiertamente.

"La hora eslava ha sonado en el reloj de la Historia", anunciaba el director del "Monde", Beuve-Mery, tras la firma en Potsdam de la entrega de la Europa del Este a Stalin.

Su colaborador, André Pierre, adulaba impudicamente al amo de los gulag: "El mundo occidental puede unirse a la voz de millones de hombres que, en todas partes, le desean vivir aún muchos años más".

No solamente era estupendo, sino que además hacía falta que durase. ¡Que durase largo tiempo!

Sartre, el profeta del grupo, con los ojos desorbitados y las ropas empapadas, proclamaba "sagrado" el nombre de Stalin. El que se opusiera a su marxismo era el mayor de los cretinos. "El marxismo -escribía Sartre fríamente - es el horizonte insuperable del pensamiento. Todos los que lo critican no son más que perros".

Sí señor. ¡Perros!

Mitterrand, el pomposo bacalao que preside el hundimiento de la V República Francesa, no fue menos prolijo. En 1975, ante los micrófonos de la ORTF, cantaba la magnificencia del comunismo soviético: "Un pueblo que, desde hace cincuenta años, poco a poco, reconstruye su forma de vivir, nos interesa y apasiona. Sobre todo porque su revolución se llevó a cabo a partir de tesis que nos son propias".

En resumen, que la República Francesa y los Soviet eran primos hermanos. Primos conmovidos. Y, por el lado francés, primos fascinados.

¿Primos o pillos?...

La Derecha no se quedaba a la zaga en los cumplidos. Pudimos ver, el mismo año, a Giscard D'Estaing acudir hasta Moscú, trepar hasta la tumba de Lenin y depositar allí una ofrenda de rosas. ¡Y no podían ser rosas normales! ¡Tenían que ser precisamente rosas rojas! Rojas como la sangre de millones de víctimas de la esclavitud soviética.

Los belgas, Majestad, no se quedaron atrás.

Ya no se sabía qué hacer con tal de agradar a Stalin, acosando ferozmente a todo el que hubiera intentado, entre 1941 y 1945, poner fin a su tiranía.

Se inventaron los motivos más insólitos para aniquilarnos.

Por increíble que pueda parecer hoy, el principal delito que se atribuyó a nuestros soldados y a sus familias ante los tribunales para la represión por los actos de 1941-1945 fue... ¡su comportamiento antisoviético! El motivo principal de mi condena a muerte por rebeldía en diez minutos, sin citación judicial y sin defensa, fue de lo más formal: "haber luchado contra un aliado de Bélgica".

Desde el punto de vista histórico, era una tosca patraña, pues unas semanas antes de que estallara la guerra en el Frente del Este, en mayo de 1941, Stalin, que se burlaba de los belgas como si fueran cadáveres de focas embarrancados en el hielo, había roto brutalmente las relaciones diplomáticas con Bélgica. ¡Y expulsó de Moscú a su embajador, como si fuera un delincuente!

¡Vaya un aliado!.

Así que entonces los cargos contra nosotros eran mentiras históricas ...

Una última pregunta, Majestad: después de 1989, ¿qué han hecho, sí, qué han hecho las despavoridas "democracias" de Occidente para, por lo menos, reparar la espantosa lacra que fue, para la vida del mundo, la dominación de los Soviet a lo largo de tres cuartos de siglo?...

Los veinte pueblos del Este que acaban de partir en trocitos sus cadenas nunca recibieron, a partir de entonces, ni en 1990 ni en 1991, la menor orientación hacia una nueva vida.

Y de todas formas, ¿qué hubieran podido aportarles dichas "democracias" sino gastadas fórmulas que han fracasado en todas partes? Después de cuarenta años, el Mercado Común chapotea aún entre imprecisiones, reticencias, contradicciones e, incluso, golpes a traición. Los países occidentales, con espíritu vacío, son dirigidos hacia el marasmo económico, la anarquía social y la invasión multiforme de millones de extranjeros harapientos.

El cambio, meramente verbal, de las chaquetas democráticas después de 1990, ha sido tan cínico como prodigioso. Como para dejar atónitos a los espectadores.

Durante setenta y cuatro años, estas "democracias" hicieron la vista gorda a todas las abominaciones de los Soviet, elogiándoles, adulándoles y cargándoles de flores.

Luego, repentinamente, una vez que los pueblos fatigados se liberaron por sí mismos, los aduladores de antaño, ahora imbuidos de efervescente actividad, ponen en la picota a Lenin, Stalin y a todos esos horribles tiranos. Una vez que todo ha terminado, se desgañitan diciendo que, bajo los Soviet, todo fueron infamias, ruinas, masacres y maldiciones.

Pero entonces, ¿por qué no lo dijeron antes?

¿Por qué enmudecieron durante tres cuartos de siglo?

De pronto, cuando ya no tiene ningún sentido, recuperación total del habla. ¡Después de que el comunismo soviético haya saltado en pedazos!

En realidad, el problema es muy diferente.

El mundo moderno está amenazado de muerte por dos monstruos: por una parte el comunismo, invalidado desde un primer momento por la aberración económica que supone el marxismo; por otra parte el hipercapitalismo, abocando al hombre al egoísmo social, la especulación sin límite, la amoralidad del dinero, convertido en el único guía del destino humano.

Barrer uno no sirve de nada si no se barre también el otro, en lugar de convertirlo, en este momento, en el único árbitro mundial.

Sería necesario sustituir esas dos herejías contra natura por un sistema liberador que aportara a la Humanidad la justicia social, basada principalmente en la colaboración equilibrada de las clases, la dignidad del trabajo y el respeto al ser humano, dueño de lo material. Cambiar Moscú por Nueva York no soluciona nada. Y además, ¿quién nos asegura que Nueva York, con su oro divinizado, su inhumanidad, su orgullo dominante y la quiebra económica que le acecha, no saltará también algún día, como una galaxia atacada de locura?...

Mientras tanto, todo un mundo que se cree liberado, no lo está en absoluto. Simplemente les han puesto de cara al precipicio...

Nosotros, por lo menos, desde antes de la Segunda Guerra Mundial, aportamos a la Humanidad dividida entre dos fórmulas igualmente malsanas, una doctrina social, un orden justo y una fe.

Desde 1933 a 1939, una parte de Europa (desde el Báltico hasta Sicilia) vio cómo, basándose en la cooperación de las clases, se edificaba una nueva sociedad, ordenada y rica, donde todos los parados volvieron a tener trabajo, donde tanto el campesino como el obrero se convirtieron en honrosos colaboradores de la nación, donde la familia era colmada de honores y ayudas, y donde un ideal ardiente guiaba a todos los miembros de la comunidad.

Solamente la voluntad de sustituir la tiranía sistemática de Moscú por, estos valores, ya daba plena justificación a los combates heroicos del Frente del Este.

Aparte de nosotros, ¿quién conjugó hasta ese punto el deber del soldado con la vocación del reformador? ¿Qué han cambiado los otros? ¿Qué revolución social aportaron? ¿Qué ganaron con la victoria de las "democracias" los cientos de millones de "liberados" del Este? Permanecieron sometidos, durante medio siglo, en las prisiones, en los gulag, y fusilados dentro del cerco infernal de los Soviet.

¡Y entonces qué, Majestad! Nosotros, soldados en el Don, el Cáucaso y en el lago Ilmen, luchamos en su día contra el comunismo y ahora por fin lo vemos derrumbarse. ¡Y sin embargo tenemos que seguir pagando por ello! ¿Incluso después de que las estatuas derribadas de los tiranos hundan sus mostachos de bronce en el lodo de sus crímenes?...

Tratar a nuestros héroes del Frente del Este como a parias, deshonrarlos abominablemente a pesar de toda la crueldad de su derrota, encarcelarlos durante años, fue algo especialmente innoble. Pero esta ignominia hacia los gloriosos vencidos todavía dura en Bélgica.

¿Os dais cuenta, Majestad, de que vuestro reino es, en estos momentos, el único país del mundo en no haber concedido la más mínima amnistía a los perdedores de la Segunda Guerra Mundial ...?

Verdaderamente, ¿cómo podría uno imaginarse que vuestros pequeños políticos rabiosos, sin horizonte, lleguen a ser alguna vez lo bastante conscientes como para hacer grabar en Bruselas, sobre la columna del Congreso, la frase reparadora: "Tos voluntarios flamencos y valones del Frente del Este fueron hijos meritorios de la Patria" ... ?

¡Gran Dios! No sería más que un acto de justicia... Y, evidentemente, justicia de lo más tardía.

De cualquier manera, es inútil hacerse ilusiones sobre la clarividencia a la que podrían llegar esos miopes, perdidos de por vida en un túnel.

Vos, Majestad, ¿inclinareis por fin vuestra mirada hacia los mejores de vuestros compatriotas -que, como lo prueba la Historia reciente, fueron los más lúcidos - para concederles, al menos, la amnistía -término de por sí casi indecente y apenas moralmente admisible -, que ya en todas partes y desde hace tiempo, se ha concedido a los antiguos combatientes del Frente del Este? Después de cuarenta y seis años de espera, ¿les devolveréis vos su honor, su identidad y sus propiedades, reparación a la que siempre han tenido derecho por su admirable valor como soldados ... ?

¿Tenéis en cuenta, Majestad, que Flandes, cansada de pedir esta limosna desde hace decenas de años, un día se declare también independiente, como han hecho Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Georgia, Armenia y tantos otros pueblos de cuya paciencia se ha abusado hasta el límite? La idea de la independencia avanza a pasos de gigante por todo el mundo. Considerando que Flandes constituye la mayoría absoluta de la población belga, ¿aceptará indefinidamente ver pisotear el honor de sus soldados del Frente del Este, a los que siempre se trata como las ovejas negras de un país que ellos, a fuerza de renunciadas e inmolaciones, quisieron salvar?...

"A pequeño país, pequeñas personas" dijo, muy acertadamente de los belgas el rey Leopoldo II, quien, más que ningún otro debió sufrir por sus mezquinas maquinaciones.

¿Permitiréis, Majestad, que en 1991 y 1992, aquel gran desconocido de nuestra Historia continúe, tristemente, teniendo razón?...

Vos, que recientemente habéis permitido meter vuestra corona durante algunos días en el garaje real, para no tener que aprobar una ley sobre el aborto, ¿tendréis el valor de repetir este gesto para reparar históricamente la más duradera de las injusticias?

¿Qué esperaréis, Majestad, para tomar en vuestras manos una enorme esponja y un gigantesco caldero de agua, y lavar en vuestro país -¡y seríais el último en hacerlo!- los rencores, las aversiones, los odios fermentados en el ácido de un pasado de hace medio siglo?

Muchos de nuestros camaradas ya han desaparecido. ¿Seguirán por mucho más tiempo los supervivientes siendo las víctimas de una rabia y una imbecilidad pasmosas?

¿A qué conduce esta rabia?

¡Seguirán presentando eternamente a nuestro desorientado pueblo las mismas historias, más gastadas que las sandalias de Matusalén, sobre los judíos gaseados a razón de treinta, cincuenta o ciento diez por metro cuadrado! ¡O sobre los miles de intrépidos resistentes de Bruselas haciendo frente a los teutones desde lo alto de sus gloriosas barricadas!

Con todas esas repeticiones incansables de exageraciones y mentiras -siempre negándose al reconocimiento de los derechos de los demás - se está envenenando el futuro.

El porvenir de Europa será difícil. El siglo que viene, los europeos seremos Solamente el 6% de la población mundial.

Corremos un grave riesgo. Incluso estando todos unidos, los europeos tendremos dificultades en salir a flote. Ante esta "penosa situación", ¿vamos a seguir apuñalándonos mezquinamente?

Precisamente para evitar ese debilitamiento adicional, haría falta eliminar las oposiciones del pasado, que ya han durado innumerables años, en lugar reactivarlas engreídamente. Negarse a estas alturas a cualquier posibilidad de amnistía - como hace Bélgica - cincuenta años después de la Segunda Guerra Mundial, es una bravuconería estéril.

Y, en el contexto de una Europa amenazada por los cuatro costados, es, políticamente, un comportamiento suicida.

Majestad, usted y yo somos cristianos. Tarde o temprano la muerte nos reunirá. Solapadamente, carcomiéndonos la vida poco a poco, o bien bruscamente, con el estruendo de sus tambores fúnebres.

Para usted, para mí, la muerte es Dios.

Así pues, esa será la hora de rendir cuentas. ¿Habremos amado lo bastante a Dios?... Y, a través de Él, ¿habremos amado lo bastante a los hombres?

Ante mis heroicos soldados, ante cien mil flamencos y valones "malditos" apisonados por la desenfrenada persecución tras la Segunda Guerra Mundial, ¿cual habrá sido, Majestad, a lo largo de cuarenta años de reinado, vuestra reacción? ¿Vuestro concepto de la fraternidad humana? ¿Vuestra observancia de la caridad cristiana?...

Hace poco os habéis recuperado de una grave intervención quirúrgica. Me alegro sinceramente, y os felicito. Pero, durante aquellos días de angustia, habéis debido plantearos algunas preguntas. Os dejo responder.

Majestad, yo os saludo, igual que saludé, de hombre a hombre, cuando me recibió en lejanos tiempos, a vuestro infortunado padre.

***Léon Degrelle.***

***Asociación cultural “Amigos de Léon Degrelle”***

*partado de Correos nº 5.024 - 28080 Madrid - España. Presidenta de Honor: D<sup>a</sup> Jenne Marie Brevet (viuda de Léon Degrelle) Presidente: D. José Luis Jerez Riesco. Autorización del ministerio de justicia nº160.621 del 22 Marzo 1996.*

*email: [degrelle2000@mixmail.com](mailto:degrelle2000@mixmail.com)*

*Web: <http://www.geocities.com/falconhard/presentacion.html>*

# MUSSOLINI

## EL GIGANTE ROMANO.

¿Como era mussolini?

Mussolini, en 1936 era un hombre que gozaba de inmenso prestigio. Era un jefe muy popular.

Entonces resulta que, muy amablemente, me invita. Así. Porque mi temperamento le interesaba, porque deseaba conocerme en carne y hueso. Pase con el unos ocho días verdaderamente apasionantes, casi familiares, puesto que el mismo me anuncio el nacimiento de mi hija Ana, a la que di el nombre de su ultima hija. Era un hombre lleno de espontaneidad, muy seguro de si mismo, con la cabeza recia, mentón macizo y de vencedor, de conversación divertida y aveces precipitada, Era directo y vistoso, con las pupilas negras girando como peonzas.

No teníamos en todo las mismas ideas, singularmente, en lo que se refiere a las bellas artes. Se reía cuando yo intentaba describirle la perfección de un mármol romano: Yo -exclamaba- solo he estado una vez en mi vida en un museo. ¡Lo que me he aburrido!.

Un acueducto, si... sanear las marismas del pontino, un estadio mayor que el coliseo, también. Pero la belleza como tal no le interesaba. Era el gigante del imperio romano, un emperador, *Trajano* o *cesar*, de los que tenia, por otra parte su porte soberbio.

Había creado en Italia una obra considerable. Tal creación era interesante de estudiar. El hombre y la obra eran trascendentes.

Joven conquistador principiante, encontré en Mussolini un verdadero amigo que siempre me aconsejo y me guió, ofreciendome espontáneamente prestarme dinero que a el mismo le costaba mucho procurarse. Gracias a el yo pude, materialmente , llevar acabo mi gran campaña "*Rex o Moscu*" en el momento que Moscú acababa de asegurarse dos bastiones poderosos, en París y Madrid. Nosotros, belgas, podíamos ser arrastrados como una brizna por el comunismo. Incluso en ese momento dado Mussolini me salvo políticamente.

Era el final de 1936 cuando una intervención directa del Duce en el Vaticano corto en seco una condena inminente que, para mi, hubiese podido ser fatal.

Hasta el fin Mussolini fue para mi un amigo admirable y de un desinterés total. El Duce no tenia la menor intención de una expansión a costa de Bélgica. Genio poderoso - ¡Quien podrá negarlo! Mussolini no se interesaba mas que por el mediterráneo y África, donde quería instalar, de manera estable, a esa cantidad incontable de emigrantes Italianos que antes se enviaban por cientos a otros países a cubrir trabajos. El no miraba hacia bruselas, sino hacia Trípoli, hacia Addis Abeba, hacia albania y el mar egeo. Internacionalmente, la colaboración italo-belga no ofrecía ningún problema.

***León Degrelle***

# DEGRELLE Y EL REXISMO

## PARTEN HACIA EL FRENTE



Se recibieron los primeros partes de guerra confirmando que las tropas del Eje habían cruzado la frontera de la URSS en la mayor operación militar jamás vista en Europa hasta entonces. Degrelle comprendió inmediatamente la importancia que tendría este nuevo giro de la guerra, una nueva cruzada contra los enemigos de la religión y de Occidente, tal cuál fuera las de la Edad Media, aunque en un primer momento prefirió esperar acontecimientos:

"En verdad dude todavía unos días, en julio de 1941, antes de comprometer a la juventud de mi país en una expedición militar y política tan fabulosa.

Si existía Europa, también existía mi patria. En primer lugar ¿Es que había un mínimo de posibilidades para nosotros los Belgas, de convertir un día nuestra participación de la guerra en la seguridad de que sobreviva nuestra nación? Y, en segundo lugar, ¿Que íbamos a representar nosotros en semejante aventura? ¡Éramos un pueblo muy Pequeño, perdido en un territorio setecientos veces mas reducido que el imperio de los soviets!

Pero todo el continente europeo se ponía en movimiento....Por lo tanto había que decidirse . Mantenerse al margen en esas semanas históricas seria quedar marginado a la hora de la victoria final.

¿Y quien dudaba en junio de 1941, de la victoria final?

Pronto otro aspecto impórtate impulsara a Degrelle a lanzarse inmediatamente a esta aventura. El hecho que los flamencos solicitasen poder formar una legión para el frente

del Este, lo que había dejado al rexismo posición de desventaja en caso de una victoria. Como escribe el propio Degrelle:

"Marchando ellos, y quedándonos nosotros pegados a la silla, el contraste hubiera sido flagrante. Hubiéramos perdido nuestras últimas posibilidades de defender la supervivencia política de la mitad de nuestro país y de una mitad de nuestros compatriotas.



### *Organización de la legión.*

Degrelle, que se encontraba en París, converso con su lugarteniente Rouleau, que desempeñaba cada vez un papel más activo en la dirección del rexismo. Este hablaba perfectamente alemán además de tener experiencia militar y haber, durante la guerra civil española, suministrado armas a los nacionalistas españoles. Le solicitó que se personase ante las autoridades de ocupación alemanas para conseguir la pertinente autorización para formar un cuerpo franco. Degrelle no deseaba llevar personalmente las conversaciones para no dar la impresión de estar solicitando un trato de favor a los militares alemanes.

Rouleau recibió pronto la autorización. El 6 de julio lo anunciaba Degrelle en Bruselas a un nutrido grupo de militantes de las formaciones de combate (Las secciones de asalto del partido) y casi inmediatamente, por toda Valonia, los rexistas se lanzaron en una frenética campaña de reclutamiento de los voluntarios para el "*Cuerpo Franco Valonia*" -como se llamaría la unidad voluntaria aunque pronto cambiaría de denominación siendo simplemente conocida como la legión- bajo el lema de "*Por la lucha contra el Bolchevismo*". En una semana más de un millar de voluntarios se habían inscrito y superado en el examen médico en las oficinas de reclutamiento. Procedían de todas las clases sociales y de todas las partes del país, con una preeminencia de obreros y estudiantes. No tardó en alistarse el propio Léon Degrelle que lo anunció públicamente en un mitin en Lieja celebrado el 20 de julio.



Cuando la prensa dio la noticia que Degrelle se había alistado se enteraron de ello los alemanes pues deliberadamente no se lo había comunicado a ninguna autoridad de ocupación. A los pocos días este recibió un telegrama de **Hitler**, anunciando que se le concedía la graduación de teniente. Degrelle rehusó el nombramiento. Su cartilla militar con el número 70 de voluntario, mostrara la graduación de soldado raso. Tras la guerra varios historiadores dieron crédito a rumores provenientes de la resistencia tales como que dos meses (abril) antes del inicio de la guerra con Rusia. Degrelle ya habría solicitado el ingreso en el ejército alemán. Esto es incluso ilógico dentro de la mentalidad de Degrelle que rehusaba por aquel entonces cualquier colaboración visible con los alemanes. Degrelle lograría ser ascendido hasta los más altos rangos por sus propios méritos demostrados en combate sin necesidad de tratos de favor.

Las autoridades alemanas consideran que los valones debían estar encuadrados en la Wehrmach y no en las Waffen SS como sucedería con los flamencos. Evidentemente era una manera de dividir ambas comunidades y además poder así marcar su preferencia con los flamencos. Esta diferenciación molesto de sobremanera a Degrelle que no lograría ver sus aspiraciones satisfechas hasta 1943 en que se traspasa a las Waffen SS a los valones donde demostrarían su valía para las unidades de elite de la orden negra. Los alemanes pretendieron asimismo interferir y controlar la organización de este cuerpo franco pero Degrelle se negó en redondo, diseñando el mismo junto al jefe de sus juventudes Hagemans, los distintivos del cuerpo y la bandera de la misma.

Sería una enseña negra con la Cruz de Borgoña en rojo, la de San Andrés, la misma que portasen los carlistas españoles en sus combates.

***Nuevamente las banderas de los tercios españoles de Flandes volvían a redoblar por Europa, curiosamente esta vez portadas por jóvenes voluntarios valones en la lucha contra un enemigo común.***

Sin embargo la creación de la Legión valona para el frente del Este fue el detonante de la ruptura definitiva entre Rouleau y Degrelle. El primero había considerado que podía asumir tras la marcha de Degrelle el mando del Rex. Sus amistades alemanas tampoco dejaban de aprovechar esta circunstancia para incitarle a defenestrar a Degrelle, que les parecía excesivamente indomable para su gusto. Ambos partirían para el frente pero Rouleau abandonaría pronto el campo de instrucción y dejaría definitivamente el movimiento. Condenado a muerte tras la guerra se refugió en España donde acabaría sus días.



### *La legión parte hacia el Frente.*

El día ocho de agosto fue elegido para la partida de los primeros voluntarios que formaban este cuerpo militar valón. Se le ordeno formar el palacio de bellas artes de Bruselas, temprano esa mañana. Una fina lluvia cubría la plaza real y humedecía la estatua de bronce de **Godofredo de Bouillon**, el inspirador de la primera cruzada contra los infieles en la edad media. La mayoría de los presentes vestían el uniforme negro de las formaciones de combate del movimiento (Fuentes rexistan afirman que un 86% eran militantes del movimiento), muchos portando sus distintivos y condecoraciones recibidas durante la primera guerra mundial luchando contra los alemanes precisamente. Se habían agrupado en cinco en cinco compañías, una por cada provincia de Valonia , con los militantes de uniforme a la cabeza de la formación y los civiles detrás.

Degrelle vestido con el uniforme negro del movimiento y rodeado de sus mas leales además de algunas autoridades alemanas , se dirigió hacia la tribuna donde dirigió un discurso a sus seguidores, con un inmenso retrato de Hitler y la bandera alemana con la esvástica a la espalda:

*!Camaradas¡..Vosotros creéis. Creéis en un cierto numero de valores espirituales, base milenaria de Europa. Creéis en la necesidad de la revolución nacional y socialista . Ahora Europa esta en peligro. Y la revolución nacionalsocialista a la cabeza de este combate que trasformara la Europa amenazada..Partimos porque Europa es para nosotros un bien sagrado, la fuente de la civilización, el país de conductores de pueblos.... partimos, finalmente, porque nuestra patria debe de nuevo manifestar su presencia.*

Para nosotros, Valones , Germanos de lengua francesa....esta unión tiene resonancias todas ellas especiales.....

***¡Camaradas! Luchemos por una Europa que es nuestra gran Patria. Lucharemos por los mas altos valores que existen sobre la tierra y que el comunismo quiere destruir. Lucharemos por el nombre y el honor de Bélgica... lucharemos, finalmente por liberar nuestras almas.....***

***¡ REX VENCERA!***



Acto seguido hizo entrega del estandarte de la Legión, al canto del himno nacional belga partieron en formación por las calles de Bruselas, saludados por militantes rexistas y simpatizantes, mientras se dirigían hacia la estación de ferrocarriles del Norte para embarcar directamente en un tren reservado para trasladar cerca de mil voluntarios valones al campo de instrucción de Meseritz.

El ambiente era indescriptible, los rexistas posaban felices ante las cámaras, familiares les despedían gozosos, el tren estaba decorado con eslóganes de la Cruzada contra el Bolchevismo y engalanado con las banderas del movimiento y con el grito de ¡Viva el rey! Pocas veces antes se había realizado tanto la figura del monarca en Bélgica como en esa ocasión. Los rexistas entonaban himnos patrióticos mientras saludaban a los familiares y simpatizantes que les veían partir hacia el Este.



El movimiento rexista se había hecho cargo del reclutamiento y administración de la legión en esas primeras semanas pero poco después fue asumido la dirección, como era lógico por otra parte, por las autoridades militares alemanas por razones de funcionalidad. En cambio el movimiento prestaría un enorme servicio a los voluntarios mediante las oficinas de asistencia social a las familias, huérfanos mutilados de guerra etc. Llamada "*Solidarite legionaire*" que dirigía, en calidad de presidenta honorífica se entiende, la esposa de Degrelle. Además el rexismo seguiría siendo el principal organización de las campañas de reclutamiento y propaganda que se mantendrían a lo largo de toda la guerra, siendo la principal fuente para reponer las enormes bajas que tenían en el frente del este la legión.

De esta manera el movimiento quedó de nuevo prácticamente decapitado, como sucediera al inicio de la ocupación cuando los cuadros rexistas cayeron combatiendo a los alemanes bien en campos de prisioneros etc. Con Degrelle en el frente era una cuestión de honor para los dirigentes militares más activos alistarse también en la legión valona. En numerosos grupos locales del movimiento se perdieron los dirigentes más valiosos y se tuvo que reorganizar el mismo rápidamente, para poder adaptarse a las nuevas circunstancias. Situación que haría que el rexismo tuviera menos fuerza en la

retaguardia pero que, por otro lado, le inscribiría en las paginas del honor de la historia de Europa al sacrificar sus mejores hombres en la titánica lucha contra el enemigo de Europa durante cinco largos años donde miles de rexistas perderán la vida.

***¡ REX VAINCRA!***

## ¿ QUIEN ERA HITLER ?

**Hitler** -Ud. lo conoció-; ¿como era él? Me han preguntado esto mil veces desde 1945, y nada es más difícil de contestar. Aproximadamente doscientos mil libros han tratado sobre la Segunda Guerra Mundial y su figura principal, Adolf Hitler. ¿Pero ha sido el verdadero Hitler, el descubierto por alguno de ellos? "El enigma de Hitler está por encima de cualquier comprensión humana", sentenció una vez el semanario alemán Die Zeit. Salvador Dalí, artista genial, intentó penetrar en dicho misterio en uno de sus cuadros más dramáticos. Enormes montañas a lo largo de todo el lienzo, dejando sólo unos pocos metros iluminados de costa con unas diminutas figuras humanas: los últimos testigos de la paz que moría. Un enorme teléfono, del cual caían lágrimas de sangre, colgado de un árbol muerto; y por todos lados paraguas y murciélagos cuyos augurios eran los mismos. Dalí dijo "El paraguas de Chamberlain aparecía en el cuadro con una luz siniestra, más evidente por el murciélago, y me sorprendió cuando lo pinté como algo de una enorme angustia". El luego confesó: Consideré esta pintura como profética. Pero he de confesar que tampoco yo he desvelado el enigma de Hitler todavía. Me atrajo sólo como un objeto de mis locas imaginaciones y por ver en él a una persona que era capaz, como ninguna otra, de darle la vuelta a las cosas." Una gran lección de humildad para todas las críticas que han salido a imprenta desde 1945 con sus miles de libros 'definitivos', la mayoría insolentes, sobre el hombre que preocupó tanto a Dalí, que cuarenta años después seguía todavía angustiado e incierto ante la presencia de su propia obra alucinatoria. Aparte de Dalí, ¿quien más ha intentado alguna vez presentar un objetivo retrato de este extraordinario hombre a quien Dalí etiquetó como la figura más explosiva en la Historia de la Humanidad?.

### Como la campana de Pavlov.

Las montañas de libros sobre Hitler, basados todos en ellos en el odio y la ignorancia, han hecho muy poco por explicar o describir al hombre más poderoso que el mundo jamás haya visto. Y pienso, ¿en que se parecen estos disparatados retratos de Hitler al hombre que yo conocí?. El Hitler sentado al lado mío, de pie, hablando, escuchando. Se ha vuelto imposible decirles a las personas que todas las fantásticas leyendas que durante décadas han leído o escuchado en la televisión simplemente no se corresponden con la realidad. Las personas aceptan como realidad aquellas fantasías que les han repetido miles y miles de veces. Sin embargo nunca han visto a Hitler, nunca le han hablado y nunca le han oído hablar. El nombre de Hitler evoca inmediatamente la imagen de un demonio haciendo muecas, la fuente de todas las emociones negativas. Como la campana de Pavlov, toda mención a Hitler se realiza prescindiendo de la substancia y realidad. En un futuro, sin embargo, la historia demandará algo más que estos brevísimos juicios de hoy en día.

### Extrañamente atractivo.

Hitler siempre está presente ante mis ojos: como un hombre de paz en 1936, como un hombre de guerra en 1944. No es posible el haber sido testigo directo de la vida de un hombre tan extraordinario y no estar marcado para siempre. No pasa ni un día en que Hitler me viene a la memoria, no como un hombre muerto hace tiempo, sino como un ser real que camina por su despacho, que se sienta en su silla, que atiza los troncos ardiendo de su chimenea. Lo primero que uno notaba nada más verle era su pequeño bigote. Incontables veces le asesoraron que se lo quitase, pero siempre lo rechazó: la gente estaba acostumbrada a él como era. No era alto, no más que Napoleón o Alejandro Magno. Hitler tenía unos profundos ojos azules que muchos encontraban embrujadores, aunque yo no pensaba así. Tampoco noté la corriente eléctrica que decían que daban sus manos. Nos dimos la mano bastantes veces y nunca recibí esa corriente. Su cara reflejaba emoción o indiferencia según la pasión o apatía del momento. A veces parecía que estaba aletargado, sin decir nada, mientras su mandíbula parecía estar haciendo añicos un objeto en el vacío. Entonces se avivaría de repente y te dirigía una alocución como si estuviese hablando para cientos de miles en la explanada del Tempelhof en Berlín. Entonces setransfiguraba. Incluso su complexión, normalmente incluso apagada y fría, se encendía al hablar. Y en esos momentos puedo asegurar que Hitler era extrañamente atractivo, como si tuviese poderes mágicos.

### *Vigor excepcional.*

Cuanto pudiera parecer demasiado solemne en un principio, el lo suavizaba con un toque de humor. La palabra pintoresca, la frase sarcástica estaban a su alcance. En un instante podía dibujar un cuadro de palabras, o salir al pase con una inesperada y convincente comparación. Podía ser discordante e incluso implacable en sus opiniones y ser al mismo tiempo sorprendentemente conciliador, sensible y agradable. Después de 1945 Hitler fue acusado de todas las crueldades, pero no era cruel su forma de ser. Amaba a los niños. Era algo totalmente normal en él parar su coche y compartir su comida con los jóvenes ciclistas que iban por la carretera. Una vez le dio su abrigo a un indigente que estaba empapado bajo la lluvia. A medianoche interrumpía su trabajo para dar de comer a Blondi, su perro. No podía comer carne porque representaba la muerte de una criatura viviente. Rechazaba que fuesen sacrificados para alimentarle, ya fuese un conejo o una trucha. Permitía sólo huevos en su mesa, ya que ello suponía que no se mataba al animal, que no se le hacía daño.

Los hábitos alimenticios de Hitler eran una fuente continua de sorpresas para mí. Como podía alguien, con una agenda tan apretada, que tomaba parte en decenas de miles de actos masivos, en los cuales salía completamente mojado por su sudor, que perdía muchas veces uno o dos kilos en ello; que dormía sólo tres o cuatro horas cada noche; y que, desde 1940 hasta 1945 llevó al mundo entero sobre sus espaldas gobernando sobre 380 millones de Europeos; ¿como, pensaba yo, podía sobrevivir físicamente con sólo un huevo cocido, unos pocos tomates, dos o tres tortas, y un plato de pasta?. ¡pero de hecho ganaba peso!. Sólo bebía agua. No fumaba ni permitía que se fumara en su presencia. A la una o dos de la noche podía estar hablando, cerca de su chimenea, despierto, y a veces divertido. Nunca mostró ningún síntoma de debilidad. Los que estaban con él podrían estar muertos de sueño, pero Hitler no. Fue descrito como un cansado hombre mayor. Nada más lejos de la realidad. En Septiembre de 1944, cuando se dijo que estaba senil, pasé una semana con él. Sus condiciones físicas y mentales eran excepcionales. El intento de asesinato que se realizó el día 20 no hizo más que aumentar su vigor. Tomaba el té en su cuarto tan tranquilo como si estuviese en el pequeño

apartamento que tenía en la Cancillería antes de la guerra, o disfrutando con las vistas de nieve y claro cielo azul que se veían desde la gran ventana del Berchtesgaden.

### *Autocontrol de hierro.*

Al final de su vida es cierto que su espalda se curvó, pero su mente permaneció tan despejada como siempre. El testamento que dictó con enorme entereza el mismo día de su muerte el 29 de Abril de 1945 nos sirve de prueba de ello. Napoleón en Fontainebleau no estuvo sin momentos de pánico antes de su abdicación. Hitler simplemente dio las manos a sus camaradas en silencio, desayunó como otro día cualquiera y luego fue a encontrar la muerte como si se fuese a dar un paseo. ¿Cuando en la historia se ha visto una tragedia tan grande llevada a cabo con este control de uno mismo?. La más notable característica de Hitler era su sencillez. Los más complejos problemas se convertían en su mente en unos pocos principios básicos. Sus acciones eran engranadas por ideas y decisiones que podían ser comprendidas por cualquiera. El obrero de Essen, el agricultor, el industrial del Ruhr, y un profesor de universidad podían seguir fácilmente su línea de pensamiento. La enorme claridad de sus razonamientos hacía todo obvio. Su comportamiento y su estilo de vida no cambio un ápice aún cuando se convirtió en el dirigente de Alemania. Vivía y se vestía modestamente. Durante sus días en Munich no se gastaba más de un marco al día en comida. En ningún momento de su vida se gastó algo en si mismo. Nunca en los 13 años que estuvo en la Cancillería llevó una cartera o tenía dinero encima.

### *Mente privilegiada.*

Hitler fue un autodidacta y no lo ocultó en ningún momento. Los engreídos y elegantes intelectuales, sus brillantes ideas empaquetadas como pilas de una linterna, le irritaban a veces. Su conocimiento lo alcanzó gracias a intensos y selectivos estudios, y sabía mucho más que miles de académicos premiados. No creo que nunca alguien leyera más que él. Solía leer un libro al día, empezando siempre por la conclusión y el índice para calibrar el interés de la obra. Tenía la capacidad de extraer la esencia de cada libro y archivarla en su mente enciclopédica. Le he oído hablar sobre complicados libros científicos si ningún error, incluso en los momentos más importantes de la guerra. Su curiosidad por el saber era ilimitada. Estaba familiarizado con las obras de los más diversos autores, y nada era demasiado complejo para su comprensión. Tenía un amplio conocimiento y comprensión sobre Buda, Confucio y Jesucristo, así como de Lutero, Calvino y Savonarola; sobre genios de la Literatura como Dante, Schiller, Shakespeare y Goethe; y sobre escritores analíticos como Renan y Gobineau, Chamberlain y Sorel. Había aprendido Filosofía estudiando a Aristóteles y Platón. Podía citar textos enteros de Schopenhauer de memoria, y por un espacio prolongado llevó consigo una edición de bolsillo de Schopenhauer- Nietzsche le enseñó mucho sobre el poder de la voluntad. Su sed de conocimientos era inagotable. Se pasó cientos de horas estudiando las obras de Tácito y Mommsen, de estrategias militares como Clausewitz, de constructores de imperios como Bismarck. Nada escapaba de su cultura: Historia Universal o Historia de las Civilizaciones. el estudio de la Biblia y el Talmud, la filosofía Tomista y todas las obras maestras de Homero, Sofocles, Horacio, Ovidio, Tito y Cicerón. Conocía a Julio el Apóstata como si fuese su contemporáneo. Su conocimiento alcanzaba la mecánica. Sabía como funcionaban las máquinas; comprendía la balística de las armas; y dejó atónitos a los mejores científicos de la medicina con sus conocimientos de biología y medicina. La universalidad del conocimiento de Hitler puede sorprender o enojar a los

que lo desconocían, pero es sin embargo un hecho histórico: Hitler fue una de las personas más cultas de este siglo. Muchas veces más que Churchill, una mediocridad intelectual; o que Pierre Laval, con su mero conocimiento superficial de la Historia; o que Eisenhower, que nunca pasó de las novelas de detectives.

### *El joven arquitecto.*

Incluso durante sus primeros años, Hitler era diferente del resto de los niños. Tenía una fuerza interior y era guiado por su espíritu e instintos. Podía dibujar con habilidad cuando tenía sólo once años. Sus primeros dibujos y acuarelas, a la edad de 15, estaban llenas de poesía y sensibilidad. Uno de sus más notables obras de sus primeros tiempos 'Fortress Utopia' (utopía de fortaleza), nos muestra que también fue un artista de una poco común imaginación. Su orientación artística tomó varias formas. Escribió poesía desde que era chico. Dictó una obra entera a su hermana Paula, que se sorprendió por su orgullo. A la edad de 16, en Viena, se embarcó en la creación de una ópera. Incluso diseñó el escenario, así como el vestuario; y, por supuesto, los protagonistas eran héroes wagnerianos. Mas que un artista Hitler fue por encima de todo un arquitecto. Cientos de sus obras son notables, tanto por su pintura como por su arquitectura. Podía describir de memoria y con todo detalle la cúpula de una iglesia o las complejas curvas del hierro forjado. Fue, sin duda, su sueño de convertirse en un arquitecto lo que le llevó a Viena a principios de siglo. Cuando uno ve los cientos de dibujos, bocetos y pinturas que creó en dicha época, así como su dominio de las figuras tridimensionales, le parece sorprendente que los examinadores de la Academia de Arte le suspendieran por dos veces consecutivas. El historiador alemán Werner Maser, que no fue precisamente un amigo de Hitler, criticó a sus examinadores: "Todos sus trabajos revelaban un extraordinario conocimiento y dominio de la arquitectura. El constructor del Tercer Reich dio motivos para que la Academia de Artes estuviese avergonzada.". En su cuarto, Hitler siempre tuvo una vieja fotografía de su madre. La memoria de la madre a la que amó estuvo con él hasta el mismo día de su muerte. Antes de morir, el 30 de Abril de 1945, puso la fotografía de su madre frente a él. Ella tenía ojos azules como su hijo y un rostro similar. Su intuición materna le indicó que su hijo era diferente a los demás niños. Actuó como si supiese del destino de su hijo. Cuando murió, se sintió angustiada por el inmenso misterio que rodeaba a su hijo.

### *Origen humilde.*

Durante sus años de juventud Hitler vivió una vida parecida a la de un recluso. Su gran deseo era el de retirarse del mundo. Era una persona reflexiva, en el fondo un solitario, que comía exiguas comidas, pero que devoraba los libros de las tres bibliotecas públicas. Se abstenía de conversaciones y tenía pocos amigos. Era casi imposible imaginarse un destino tal, en el que un hombre que empezó con tan poco llegó a tan altas alturas. Alejandro Magno era el hijo de un rey. Napoleón, miembro de una familia bien, fue general a los 24. Quince años después de Viena Hitler era todavía un total desconocido. Otros miles de personas tuvieron más oportunidades que él de dejar su huella en el mundo. Hitler no se preocupaba mucho de su vida personal. En Viena vivía en una sucia y vieja pensión. Gracias a ello pudo alquilar un piano que ocupaba media habitación, y se concentró en componer su ópera. Vivía de pan, leche y sopa de verduras. Su pobreza era real. Ni siquiera tenía un abrigo. Recorría las ciudades en días de nieve. Transportaba equipaje en la estación de trenes. Pasó muchas semanas en centros de acogida de gente sin hogar. Pero nunca dejó de pintar o escribir. A pesar de

su gran pobreza Hitler se las apañó para tener una apariencia aseada. Todos los caseros y caseras de Viena y Munich le recordaban por sus buenas maneras y su gran disposición. Su comportamiento fue intachable. Su cuarto estaba siempre impecable, sus pocas pertenencias siempre ordenadas, y su ropa siempre bien colgada y doblada. Lavaba y planchaba su propia ropa, algo que en esa época poca gente hacía. No necesitaba casi de nada para sobrevivir, y el dinero que sacaba en la venta de sus pinturas era suficiente para obtener todo lo que necesitaba.

### *En busca del destino.*

Impresionado por la belleza de la iglesia del monasterio de los Benedictinos, en la que participaba en su coro y como monaguillo, Hitler soñó por un instante en convertirse en monje Benedictino. Y fue por entonces también, cuando cada vez que atendía a la Misa pasaba por debajo de la primera esvástica que jamás vio: estaba tallada en el escudo de piedra de la puerta de la abadía. El padre de Hitler, un funcionario de aduanas, quiso que el chico siguiese sus pasos. Su tutor le animó a que se convirtiese en monje. Por el contrario Hitler fue, más bien escapó, a Viena. Y allí, frustrado en sus aspiraciones artísticas debido a los mediocres burócratas de la academia, pasó al aislamiento y a la meditación. Perdido en la gran capital del Imperio Austrohúngaro, se dispuso a buscar su destino. Al cumplirse los primeros 30 años de su vida, el 20 de Abril de 1889, el nombre de Hitler no le decía nada a nadie. Había nacido ese día en Baunau, una pequeña ciudad en el valle de Inn. Durante su tiempo en Viena pensó asiduamente en su modesto hogar, y particularmente en su madre. Cuando ésta cayó enferma, volvió a casa para cuidar de ella. Durante semanas la asistió, hizo todas las labores del hogar, y la apoyó como su hijo más querido. Cuando finalmente murió, en Nochebuena, su dolor era inmenso. Abrumado por el pesar, la enterró en el pequeño cementerio. " Nunca he visto a nadie tan abatido por el dolor", dijo el médico de su madre, que curiosamente era judío.

### *Un alma fuerte.*

Hitler no estaba todavía concentrado en la política, pero sin realmente saberlo, esa era la carrera para la que más era llamado a desempeñar. La política se combinaría finalmente con su pasión por el arte. El Pueblo, las masas, serían la arcilla a la que el escultor daría una forma inmortal. La arcilla humana se convertirían para él en un bello trabajo como si se tratase de una de las esculturas de mármol de Myron, de una pintura de Hans Makart o de la trilogía de Wagner. Su amor por la música, arte y arquitectura no le separaron de su vida política y su conciencia social en Viena. Para poder sobrevivir trabajó como un peón codo con codo con otros trabajadores. Era un silencioso espectador, pero nada escapaba de él: ni la vanidad y el egoísmo de la burguesía, ni la pobreza material y moral del Pueblo, ni los cientos de miles de obreros que se agitaban por las anchas avenidas de Viena con el miedo en sus corazones. También se dio cuenta de la creciente presencia en Viena de barbudos judíos con sus caftanes. Algo no visto en Linz. "¿Cómo podían ser ellos alemanes?", se preguntaba a sí mismo. Leyó las estadísticas: en 1860 vivían 69 familias judías en Viena; 40 años después eran 200.000. Estaban en todas partes. Observó su invasión en las universidades y en las profesiones médicas y de leyes, así como el control que tenían sobre los periódicos. Hitler estaba expuesto a las pasionales reacciones de los obreros con respecto a esta influencia, pero los obreros no estaban solos en su infelicidad. Había muchas personas importantes en Viena y Hungría que no ocultaban lo que consideraban una invasión extranjera en su

país. El alcalde de Viena, democrático-cristiano y gran orador, era vivamente escuchado por Hitler. Hitler también estaba concienciado por el destino de los ocho millones de alemanes austríacos que estaban separados de Alemania, y por tanto privados de la nacionalidad alemana a la que tenían derecho. Consideraban al Emperador Francisco José como un áspero y mezquino viejo hombre incapaz de solucionar los problemas de esos momentos y las aspiraciones de futuro. Calladamente, el joven Hitler estaba sumando más y más cosas en su mente. Primero: Los austríacos eran parte de Alemania, la Patria común. Segundo: Los judíos eran extranjeros en la comunidad alemana. Tercero: El patriotismo sólo era válido si era compartido por todas las clases. La gente común con la que Hitler compartió dolor y humillación eran la misma parte de la Patria que los millonarios de la alta sociedad. Cuarto: La lucha de clases condenaría, tarde o temprano, tanto a los trabajadores como a los patronos a la ruina del país. Ninguna nación puede sobrevivir a la lucha de clases; sólo la cooperación entre los trabajadores y los patronos puede beneficiar al país.

Los trabajadores deben de ser respetados y vivir con decencia y honor. La creatividad nunca debe de ser sofocada. Cuando Hitler después dijo que había formado su doctrina política y social en Viena dijo la verdad. Diez años después, sus observaciones en Viena se convertirían en realidad. De este modo tuvo que vivir Hitler por unos años en la populosa ciudad de Viena como un virtual paria, pero observando silenciosamente cuanto ocurría alrededor suyo. Su fuerza le vino desde dentro. Los hombres excepcionales siempre se sienten solos entre una muchedumbre de gente. Hitler vio en su soledad una magnífica oportunidad para meditar y no para convertirse en alguien que no pensaba. Para no perderse en un estéril desierto, un alma fuerte busca refugio dentro de uno mismo. Hitler poseía un alma así.

### **La palabra.**

La iluminación en la vida de Hitler vendría gracias a la Palabra. Todo su talento artístico sería encauzado gracias a su maestría en la comunicación y la retórica. Hitler nunca concibió las conquistas populares sin el poder de la Palabra. Podía encantar y ser encantado por ella. Conseguía la máxima realización cuando la magia de sus palabras inspiraban el corazón de las masas con las que conversaba. Sentía que volvía a nacer cada vez que comunicaba con mística belleza los conocimientos que había adquirido en su vida. La encantadora retórica de Hitler permanecerá, por mucho tiempo, como amplio objeto de estudio de psicoanalistas. El poder de la palabra de Hitler es la clave. Sin ella, nunca hubiera habido una era Hitleriana.

### **Fe transcendental.**

¿Creía Hitler en Dios?. Creía profundamente en Dios. Llamaba a Dios el Todopoderoso, maestro de todo lo que es conocido y desconocido. Los propagandistas describieron a Hitler como un ateo. No lo era. Sentía desprecio por los clérigos hipócritas y materialistas, pero no era el único que así pensaba. Creía en la necesidad de modelos y dogmas teológicos, sin los cuales, decía repetidamente, la gran institución de la iglesia Cristiana se derrumbaría. Estos dogmas chocaban con su inteligencia, pero reconocía que era duro para una mente humana abarcar todos los problemas de la creación, su ilimitada extensión y su imponente belleza. El aprendió que todo humano tenía necesidades espirituales. La canción de un ruiseñor, la forma y color de una flor, le llevaban continuamente a los problemas de la creación. Nadie en el mundo me ha hablado tan elocuentemente acerca de la existencia de Dios. No tenía este punto de vista

por haber sido educado como un cristiano, sino porque su mente analítica le llevaba al concepto de Dios. La fe de Hitler trascendía de fórmulas y accesorios.

*Dios era para él la base de todo, el ordenador de todas las cosas, de su destino y del de todos los demás.*

*"Dios es el mas grande"*

**León degrelle.**

## **SECUESTRAR A DEGRELLE**

P.— *Usted no tuvo siempre la vida fácil en el exilio. Me gustaría que nos contara algo sobre las tentativas de secuestro que sufrió.*

R.— Durante mi larga estancia en España mis enemigos no aceptaron nunca que yo pudiera regresar a Bélgica para comparecer ante un Tribunal y declarar públicamente. Reclame sin cesar esa comparecencia.

Pero no era eso lo que quería el régimen. Solo deseaba mi piel. Solicitaba al gobierno español mi extradición y no explicaban por que, cuando yo ya aceptaba voluntariamente el regreso sin mas formulismos legales con respecto a España. Siempre estuve dispuesto a aterrizar en avión en Bruselas. No pedía mas que una cosa, absolutamente normal por otra parte: un juicio honesto, en la Audiencia, en Consejo de Guerra o ante el cuerpo electoral, pero con la posibilidad de expresarme.

*Siempre dije al respecto: << Si ustedes quieren que sea el mismo pueblo el que me juzgue, ahora mismo vuelvo y me presento en Bruselas a las elecciones. Dejenme solamente hacer durante ocho días mi campaña electoral. Matenme después si eso les divierte tanto. Pero antes se habrá visto si el pueblo belga, después de escucharnos a mis contradictores y a mi, me da o no la razón >>*

P.— *¿Cual fue la respuesta?*

R.— Como puede imaginarse, no hubo nunca respuesta. Los grandes vencidos de 1940, los pequeños vencedores—¡ y aun ¡así por carambola!— de 1944, reclamaban mi extradición únicamente con la seguridad de poder matarme, en cuanto llegara a Bruselas, sin decir ni pío.

Jamas acepto el gobierno belga que yo fuese juzgado, y tanto si volvía voluntariamente a Bruselas como si yo era entregado por Franco. Franco hubiera estado de acuerdo en acceder a mi extradición si se garantizaba un proceso simplemente decente. Para los políticos belgo-resistentes de toda las facciones lo único que importaba era negarse a cualquier apelación judicial. Era preciso que pereciera nada mas desembarcar. Sabían todos muy bien que si yo pudiera explicarme ante un tribunal normal, o ante el pueblo, tendría la razón. Prestarse a ello era impensable por su parte.

P.— *¿En que consistía ofrecimiento?*

R.— Mi oferta no podía ser mas sencilla: un tribunal regular, con difusión por radio de todos los debates.

Si yo hubiese sido un canalla, tal como pretendían mis enemigos, la difusión del proceso por radio— o incluso por television— solo hubiera contribuido a demolerme definitivamente ante la opinión publica. El régimen disponía de la totalidad de la prensa. Yo ya no podía contar ni con el mas pequeño boletín. Entonces, ¿que se temía? Y menos aun cuando se iba a tener ademas, de todos modos, como postre, el vivo placer de hacerme ejecutar.

Sin embargo, invariablemente, se dijo que no.

Después se encontró que sería mas sencillo secuestrarme para liquidarme sin tener que ofrecer explicaciones desagradables.

P.— *¿Secuestrarle?*

R.— Pues si, secuestrarme. Lo intentaron seis veces. Organizaron toda una serie de tentativas de rapto. Algunas fueron autenticas historias de la mafia.

Desde el primer invierno de la posguerra se conspiró para secuestrarme en el mismo San Sebastián. Seguramente usted conocer esa tentativa, pues su organizador, el coronel De Lovinfosse, la hizo publica.

P.— *Exacto. El coronel De Lovinfosse me ha confirmado que el organizo su secuestro, con la complicidad de agentes secretos franceses y españoles, ocho meses después de finalizada la segunda guerra mundial. Todo estaba dispuesto, ya que Lovinfosse había obtenido la conformidad del primer ministro Belga, Van Acker. La orden fue anulada por el ministro Spaak, la víspera de la operación.*

R.— Dios sabe, no obstante, que en diciembre de 1945 y enero de 1946 yo estaba al alcance de los raptos.

Para infamarme se habían lanzado a las mesas unas abominables acusaciones de crímenes de guerra groseramente embusteras. A causa de ellas, precisamente, yo rechace, en el hospital de San Sebastián, las ofertas de evasión que se me hicieron, incluso desde muy altas instancias. En efecto, si hubiera huido de mi hospital, como se me rogaba insistentemente, yo habría dado la sensación de haber salido de estampida por temor a mis acusadores. Sin embargo, yo quería aclarar las cosas. Por eso no me evadí, cuando pude hacerlo perfectamente.

P.— *¿En que condiciones vivía en su hospital?*

R.— Tenia alrededor de mi una guardia de cuarenta hombres. Pero eran soldados españoles. Estaban ahí porque lo exigían los aliados. Una noche me di el lujo de salir a San Sebastián, ir a cenar a un restaurante y pasearme hasta las tres de la madrugada. Por tanto, hubiera podido marcharme y no quise.

A primeros de enero de 1946, una vez terminados los preparativos, el coronel belga De Lovinfosse, oficial superior belga-británico de los Servicios de Seguridad, cubierto de condecoraciones, pero ignorante bajo el punto de vista político, llegó a los Pirineos para llevar a cabo la primera operación de tentativa de secuestro. No tenia gran riesgo, puesto que cómplices españoles a sueldo— doscientas mil pesetas— habían preparado mi traslado a la prisión de Pamplona y habían fijado el lugar en donde el coche, con pretexto de avería, se pararía en plena carretera, cerca de la localidad de Lecumberri. Se entendía que los guardianes no se defenderían.

Incluso estaba preparada la capucha que me iban a poner en la cabeza, según explico luego el mismo Lovinfosse.

P.— *¿Y por que fracaso?*

R.— El secuestro fracaso en condiciones grotescas, porque en el ultimo minuto Spaak lo mando anular.

Sin embargo, ese secuestro había sido ordenado por escrito por el primer ministro belga en persona, Van Acker. La seguridad francesa, prevenida oficialmente en París, habla puesto sus vehículos y sus mejores agentes de Burdeos a disposición del coronel de Bruselas. Todos los documentos belgas y franceses relativos al caso fueron publicados después por el coronel De Lovinfosse. Son tan abrumadores como indiscutibles: un primer ministro belga, un coronel belga y la Seguridad francesa quisieron perpetrar un secuestro —el mio— en la mas completa ilegalidad y en el interior de un país extranjero.

P.— *Sin embargo, el gobierno español termino por decretar su expulsión.*

R.— No fue exactamente así. Cuando quince meses después de mi aterrizaje forzoso, al gobierno español, verdaderamente, ya no le fue posible resistir a las presiones belgo-anglo-americanas —pues los embajadores del Reino Unido y de los Estados Unidos también hostigaban a Franco verbalmente y por escrito— dio su conformidad a mi expulsión, con la restricción mental de que no se me expulsaría.

La expulsión teórica tuvo, pues, lugar el 21 de agosto de 1946. Pero fue a un falso Degrelle a quien se le condujo hasta la frontera portuguesa. Durante ese tiempo, en el coche del conde de Mayalde, embajador de España y alcalde de Madrid, y de su mujer, la encantadora duquesa de Pastrana, corría hacia el primero de mis refugios. Poseía una documentación en regla a nombre de *Juan Sanchís*, polaco. Sospechando mi pobreza, Franco, personalmente, había deslizado entre la documentación veinticinco mil pesetas, suma bastante considerable entonces. Iba a pasar de escondite en escondite. Los que querían mi pellejo me perseguirían durante decenas de años.

P.— *El juez Belga Melot, Contó el mismo a la prensa como en 1958 monto a su vez una incursión en su refugio de Constantina, donde descubrió su presencia. Se sabe que no le quería bien a usted. El ministro belga de Justicia, a instancias muy apremiantes de Spaak— una vez mas—, obligo a ese magistrado a renunciar a ello. << Me extraño bastante— me ha dicho el juez Melot— que se me explicase que el gobierno Belga no tenia deseos de ver de vuelta a Degrelle. >>*

R.— Ese magistrado belga era el mismo que había aprobado claramente la persecución de mi familia en 1945. Era un hombre pequeño y bigotudo, físicamente bastante desfavorecido, con uno de sus párpados caído como un higo seco. Vino efectivamente a pasarse por Andalucía con el fin de encontrarme y preparar mi secuestro. Como resistente, había sido ascendido a juez de una Audiencia Territorial después de la "*Liberación*". Pensó en darse a conocer con una hazaña tardía. Inmediatamente puso manos a la obra. Incluso unos valientes paracaidistas desocupados fueron embarcados en esta heroica cruzada, tanto mas extraña por ser preparada esta vez, también en la mas absoluta ilegalidad, ¡Bajo la tutela de un magistrado!

El avión en el que se me iba a embarcar ya había aterrizado en el campo de aviación militar de Sevilla, donde Melot se había asegurado algunas complicidades. Los sitios

donde vivía habían sido filmados en mi ausencia, y el juez Melot en persona, como magistrado, había dirigido esas violaciones de domicilio. Al fin, todo estaba a punto.

Melot indico a la embajada de Bélgica en Madrid que el secuestro iba a realizarse de forma inmediata.

Fue entonces cuando a ese magistrado raptor le hicieron regresar apresuradamente a Bruselas, y allí el ministro de Justicia y los mas altos magistrados belgas le instaron para que abandonara sobre la marcha esa operación de rapto. Tuvo que redactar y firmar una renuncia formal, tan penosa como humillante. Poniendo la mordaza a este juez, Spaak, personalmente, me liberaba a mi de ese peligro. El propio magistrado, lastimosamente, lo ha confesado: <<No insistiré. Seria cruel.>>

**P.— *¿No hubo también otra tentativa a cargo de agentes israelíes?***

R.— Si, hubo también, ¡como no!, una tentativa preparada por los judios.

Fue la mas importante. Estuvo a punto de tener éxito, ya que no tenia a Spaak lleno de pánico para impedirlo.

Esta operación no tenia pies ni cabeza. Nunca había tocado a un judio, como ya le dije. El movimiento rexista, antes de 1940, estaba abierto a todos los que deseaban entrar en el. Incluso tuve en el Parlamento belga un diputado rexista, elegido en Amberes, que era judio. Identidad que, en verdad, yo ignoraba entonces. Se llamaba Hertzog.

En el fondo, en Bélgica, antes de 1938, el problema judio apenas existía. Pero a partir de aquel año llegaron en masa: un tercio procedente de Alemania y los otros dos tercios de Polonia. Solo tuvimos nuestras primeras aprensiones cuando vimos con que rabia presionaban sus dirigentes en pro de una colisión europea. Entonces les denunciemos en nuestros periódicos como provocadores de guerra, lo que en realidad eran. Pero, incluso en su caso, nos atuvimos a la linea pacifica de nuestra política de neutralidad.

**P— *Entonces ¿por que intentaron raptarle los israelíes, si usted nunca les había perseguido?***

R.— El frenesí del sensacionalismo, que excita siempre a los judios en todas partes para llamar la atención sobre ellos, fue el motivo esencial que les llevo a montar contra mi tal operación.

Intentaron explicar seguidamente, en el libro de Michel Bar-Zohar <<Los vengadores>> que solo yo conocía la verdad sobre el refugio de Bormann, a quien había salvado en Italia, escondido en Madrid y enviado sano y salvo, junto a unos amigos de América del Sur. Ahora bien, yo no tenia ni la mas mínima idea de lo que hubiera podido sucederle a Bormann, tras la muerte de Hitler el 30 de abril de 1945. Su compañero de huida, mi amigo Arthur Axman, ya explico que había muerto al día siguiente del suicidio del Fuhrer, cuando trataba de salir del Berlín cercado por las tropas soviéticas. En todo caso, en el exilio, nunca recibí la menor noticia sobre el.

No obstante lo cual, los judios decidieron embarcarme en un barco que habían fletado especialmente. Este me esperaba a lo largo de la costa española del Mediterráneo. El

jefe de la operación de secuestro era el subdirector general de la Seguridad de Israel, Zwy Aldouby.

Aldouby y su equipo de gánsters penetraron en España, equipados y armados de un modo formidable, y financiados a medias por una gran revista americana, que había comprado por anticipado el relato del secuestro. *¡Que bellas costumbres!* Quedaba muy bien un reportaje describiendo como se apoderaban por la violencia de un adversario político y le conducían a la muerte. Hay gente en América, y sin duda en otras partes, que pagan para ello. E incluso mucho. ¡La virtud prevalece!

P.— *¿Como escapo usted a esta nueva tentativa?*

R.— Mis amigos en el extranjero fueron tan ágiles como esos amables israelíes. Desde tres meses antes me tuvieron con exactitud al corriente del proyecto. Uno de mis informadores incluso estuvo sentado, en un restaurante de Lausana, a tres metros de la mesa en la que se fijó definitivamente el plan de mi secuestro. Supe, al minuto, que al día siguiente salían los israelíes. Dos días después me entere de que llegaban a los Pirineos catalanes.

Cuando ellos creían que estaban a punto de ganar la partida, cuando las líneas telefónicas de mi propiedad de Constantina ya habían sido cortadas por dos cómplices comunistas y todos los perros de la vecindad habían sido envenenados para que no hubiera la menor alerta, cuando mis raptos llegaron a la fase final, ¡catapun!, la policía española, prevenida por mí, se les echo encima.

*Ser mas astuto que los judios, ¡da gusto!*

Aldouby y sus sicarios, encerrados en prisión, fueron condenados por un Consejo de Guerra en Barcelona, en agosto de 1961, a ocho y diez años de privación de libertad. Su gran coche, un Lincoln, estaba provisto en el maletero de una especie de ataúd con un dispositivo con narcótico: me hubieran metido allí, sin excesivos cuidados, hasta que el coche hubiera llegado al barco, dispuesto a llevar anclas no lejos de Málaga.

Los judíos organizaron una segunda tentativa desde Amberes. Los candidatos a secuestradores fueron pescados en Bilbao, en el momento en que desembarcaban.

Una ultima tentativa de secuestro fue preparada, esta vez, por <<barbouzes>> del general De Gaulle. Este ultimo detestaba a Spaak, socialista que se oponía a su plan europeo de tendencia nacionalista. Sabiendo que yo podría demoler políticamente a su adversario en un gran debate judicial, De Gaulle planea entregarme al gobierno belga, con la muy hipócrita condición de que se me hiciera un proceso publico, pues el contaba con que yo haría trizas a Spaak, redundante adversario de sus proyectos.

Los secuestradores del glorioso general no tuvieron mas suerte que sus predecesores belgas o islarios. Fueron detenidos por la policía española junto a la misma valla de mi propiedad. Se les expulso discretamente.

P.— *En su opinión. ¿Por que fracasaron, una tras otra, Todas las tentativas de rapto tan ruidosamente organizadas?*

R.— Por razones bien sencillas. En primer lugar, porque yo tengo mucha suerte, protegido siempre por una especial <<baraka>>. Después, porque, para secuestrare, había que arriesgar resueltamente la piel. Yo no era un hombre fácil de pescar. Estaba entrenado por setenta y cinco combates cuerpo a cuerpo en el frente del Este. Los raptos, sabiendo, actuaron siempre al abrigo de sistemas de protección demasiado complicados. Era evidente que no deseaban morir en su intento. En el fondo, esas pandillas de gánsters al servicio de ciertos políticos de baja estofa, e incluso el ingenuo Lovinfosse, no querían mas que mi sangre, y al carecer de un gran ideal no arriesgaron nada y por ello fracasaron rotundamente. Yo siempre pude hacerles frente, porque tengo lo que ellos no tenían: fe en una causa. Compadezco a aquellos cuyas vidas solo fueron sombras sin luces. Prefiero estar en la cima y no en terreno pantanoso.

P.— ***De todas formas, ¿podría darle ya la tranquilidad la prescripción?***

R.— ¿Que tranquilidad? Cuando llego el momento de la prescripción, en 1964, tras veinte años de exilio, mis adversarios pudieron, ciertamente, hacerse los distraídos y dejar que se aplicara la ley. Pero la sola idea de que, prescritos los efectos de mi condena, yo pudiera regresar a Bruselas y arengar a las multitudes, les revolvió la sangre. Y, apresuradamente, improvisaron una ley que prolongaría diez años mas mi prescripción.

Jurídicamente, era una monstruosidad. Prolongar los efectos de una condena suponía agravarla, sobre todo cuando la sentencia se dicto casi un cuarto de siglo antes.

Estaba tan fabricada esa ley para mi uso exclusivo que se le dio un nombre latino: <<Lex Degrelliana>>. A la antigua pena que un improvisado tribunal me había impuesto en un cuarto de hora de deliberación, por rebeldía, en diciembre de 1944, esa <<Lex Degrelliana>> añadía diez años mas, durante los cuales yo tenia que seguir con la mordaza puesta.

P.— ***Esa prorroga de plazo fue sometida al Parlamento Belga y votada por el.<<La ley puede cambiar para un individuo>> me ha dicho el juez Melot. ¿Que tiene que decir a ello?***

R.— ¡Escuche! ¿Se da usted cuenta de la enormidad de la afirmación de ese magistrado? <<La ley puede cambiar para un individuo.>> Como si la ley, constitucionalmente, no tuviera que ser igual para todos los <<individuos>>. ¡Inimaginable un fanatismo igual! ¡increíble tan flagrante violación del derecho! ¡Y es un miembro de una Audiencia Territorial belga el que se atreve a pronunciar tal incongruencia judica!

Como ultimo recurso, me quedaba la apelación ante el Tribunal Europeo de Estrasburgo. Pero este se guardo bien de abrir la boca, de rebelarse contra esa abracadabrante <<Lex Degrelliana>> ni de condenar la media docena de tentativas de secuestro, ¿iban a terminar en este callejón sin salida?

Esos solemnes pontífices se lavaron hipócritamente las manos, como Poncios Pilatos resucitados en el siglo xx dentro de unas togas democráticas.

P.— ***¿Y que sucedió al acabar la prorroga de diez años del plazo de prescripción ?***

R.— En 1974 ya no había forma de promulgar ninguna <<Lex Degrelliana>> mas. Y entonces, ¿que? ¿Iba a reaparecer, por tanto, Degrelle? ¿De que había servido la prohibición durante treinta años de publicar mis libros? Las seis tentativas de raptó, ¿iban a terminar en este callejón sin salida?

Para parar en seco toda posibilidad de retorno a Bruselas se resucitó el juicio de 1944, que sin previo expediente ni posibilidad de defensa alguna me desposeyó en un santiamén de mi nacionalidad belga, violando la Constitución. Basándose en aquella obra maestra del derecho, un decreto-ley me declaró puro y simplemente <<extranjero indeseable>>. ¡A mi, que en 1944 era todavía diputado por Bruselas! Quedaba así inmovilizado para siempre al sur de los Pirineos. Si trataba de regresar a mi país me expulsarían como a un malandrín internacional.

P.— *¿Le sorprende ese encarnizamiento contra usted?*

R.— ¡En absoluto! Esa gente hace su juego, el juego típico de los enemigos de pocos recursos.

No pueden hacer subir mas su barómetro.

Para ellos, elevarse un poco mas arriba del ras del suelo es un acto de orgullo insoportable.

El que se niega a pasar su vida arrastrándose como un sapo en la mediocridad es un vanidoso y un ambicioso. ¡Como si el orgullo del hombre no fuera el intentar superarse!

Parece que todo el que intenta superar el ideal bistec-patatas fritas de muchos belgas es un mitómano.

Quien no dice siempre <<amen>>, con cara contrita y de convencido, a las palinurias y depredaciones de los corsarios políticos de ayer y de hoy, es un profanador y un embustero. Utilizar contra ellos la escoba es un sacrilegio. Solo puede usarse el cepillo de dar brillo.

Paso mas de un tercio de siglo, y esos censores siguen echando a la cara la misma hipócrita letanía.

Crimen supremo: en vez de meter mis narices en el fuego de mis pecados antidemocráticos, al observar tanto odio y tanto rencor inextinguible, no pido perdón a la patria y a la humanidad, y encima me rió.

P.— *Entonces, ¿que le sorprende de ese ostracismo aplicado contra usted?*

R.— Que me hayan adjudicado tan alegremente unas rotativas de Hitler, o que expliquen que en tiempos fui boxeador o pañolero en los barcos carboneros de América del Sur, no son fantasías que me sorprendan. Incluso resultan divertidas. Y a mi me gustan los retratos pintorescos. Lo que me sorprende es otra cosa. El que después de dedicarse tan encarnizadamente a perseguirme durante decenas de años, mis pertinaces detractores aun no hayan conseguido liquidar mi acreditada imagen.

¿Que queda de la de los grandes fachas democráticos tan estrepitosamente glorificados en 1945? quien se acuerda aun de ellos?

¿Que ocurre, por el contrario, para que yo no haya sido olvidado? Pues el hecho esta ahí, no se me ha olvidado. A cada instante sale a relucir mi caso.

***Nunca vi a tanta gente hacer incluso miles de kilómetros para venir a verme. Cientos de jóvenes han sacrificado hasta el ultimo céntimo de sus economías por pasar una hora en mi terraza.***

P.— ***¿Por que signen aun prohibidos sus libros en Bélgica?***

R.— La prohibición de imprimir, vender o transportar mis libros sigue rígidamente en vigor en todo el territorio belga. Todavía ahora, publicar allí un simple folleto mío cuesta unos largos meses de prisión o una multa desorbitada. Y a pesar de esa increíble represión, se han vendido mas de doscientos mil ejemplares de mis libros a escondidas, pasando de mano en mano. Algunos ejemplares han llegado a alcanzar precios fabulosos: de nueve a diez mil francos belgas se ha llegado a pagar por un ejemplar de la edición original de mi <<Cohue de 1940>>.

Mis obras se traducen a varias lenguas. Se publican en Italia, en Alemania, en Holanda, en Inglaterra, en Portugal, en Argentina, en España, en Estados Unidos. ¿Por que no se traducen igual en el extranjero las memorias del ex primer ministro Pierlot, tan importante en el Londres de 1940 a 1944?

Aunque siguen siendo numerosos los que aun no comprenden nada de lo que fue mi vida publica, la gente se da cuenta de lo insólita que resulta mi supervivencia. Tenia que haber desaparecido de la mente de los hombres desde hace mucho tiempo. Pero, agrade o no, sigo presente, mas que nunca, en el recuerdo de los veteranos y, mas aun, en la imaginación de numerosos jóvenes. Mi nombre es mucho mas conocido hoy que en los antiguos tiempos de combate del rexismo político.

La verdad es que se ha creado un mito. Contra el, los embusteros y los denostadores ya no pueden hacer nada. La irradiación de una epopeya no se disipa como el humo de un cigarrillo. Todo cuanto se hizo para liquidarme ha sido en vano. Las condenas salvajes, los intentos de secuestro o de asesinato, los decretos-leyes de agravación de la pena, las desnaturalizaciones y las prohibiciones draconianas de mis escritos han logrado justamente acrecentar la leyenda.

La Historia existe.

***Algún día arrojara al vertedero publico las mordazas de la "democracia" Belga.***

## STALINGRADO Y PAULUS

P.— *Cuando Usted bajo del Cáucaso en noviembre de 1942 era casi, día a día, el momento en que el general Paulus se dejaba cercar por los ejércitos de los soviets en la región de Stalingrado. ¿Supuso ese cerco, tal como se ha dicho, el comienzo del fracaso alemán en la URSS?*

R.— Paulus mandaba en 1942 unas tropas que eran muy importantes —300.000 hombres— y que hasta entonces no habían sido vencidas en ninguna parte. Habían atravesado victoriosas toda Europa. Tenían el convencimiento de ser invencibles. Este instrumental humano no tenía parangón. Paulus fue incapaz de servirse de él en Stalingrado, y ni siquiera de conservarlo.

Era el tipo de oficial funcionario que hace inteligentemente planes de estado mayor, pero que permanece inerte a la hora de dirigir soldados. Nunca había mandado una unidad más importante que un batallón. Y además, eso ocurrió diez años antes?

P.— *Entonces, ¿por que se le ofreció un puesto de mando tan importante?*

R.— Durante la batalla de Moscú, en diciembre de 1941 y enero de 1942, los generales de Hitler, presos de pánico, pretendieron retirarse a trescientos kilómetros mas al oeste. Era aberrante. todo el material pesado se hubiese perdido, retenido en el hielo. Al cabo de una retirada espantosa, entre nevadas silbantes y a 40° bajo cero, hubieran ido a parar — si llegaban— a unas sierras desnudas en las que no había absolutamente nada dispuesto. Habrían sido aniquilados. Hubiese sido peor, diez veces peor, que el final de la Grande Armee de Napoleon.

Hitler, que era la energía misma, tomo en sus manos esa batalla de Moscú casi perdida. Se encargo personalmente de la conducción de las operaciones. En circunstancias tan extremas solo había una solución: aferrarse al suelo helado y a cualquier isba, y no ceder ni los carros ni los cañones empotrados en el hielo. De todos modos, porque retrocedieran no iba a estar menos helado el terreno.

Hitler ceso a una treintena de generales derrotistas y los reemplazo con lo mas combativo que tenia. Pero ya no disponía de mas. Entonces, unos días mas tarde, el jefe del VI Ejercito, general Von Reichenau, un notable conductor de hombres que mandaba las fuerzas del Reich en Charkov, cayo en la nieve, víctima de una congestión, a 30 grados bajo cero.

Este nuevo contratiempo pillo a Hitler desprevenido. ¿Con quien iba a reemplazar a Reichenau? Paulus había sido, durante la ofensiva de Francia en 1940, el jefe de estado mayor de ese VI Ejercito. En aquel puesto burocrático superior había estado a la altura de sus funciones. Hitler le vio durante mucho tiempo ante él, como buen teórico, sentado en los despachos de su Gran Cuartel General.

De todos modos, según los planes de Hitler se fijo para 1942, el Vi ejercito no tendría que jugar un papel capital en la futura ofensiva. Su misión solo consistiría en proteger el flanco norte de los ejércitos que se lanzarían el verano hacia el Cáucaso. Paulus

quería obtener un puesto de mando a todo trance. A falta de algo mejor, Hitler se lo dio. Fue el error mas importante de su vida.

Este Paulus, por añadidura—y en la guerra es lo mas grave de todo— era un gafe.

**P.— *Comparte usted la opinión de Napoleón sobre los generales que arrastran consigo la mala suerte?***

R.— Los gafes son seres inutilizables. La mala suerte crea mas mala suerte. Se puede tener lastima de los que tienen la negra, pero hay que descartarles inexorablemente; de lo contrario, le pegan a uno también su mala suerte.

La mala suerte se cebo en Paulus nada mas instalarse en su puesto de mando. En mayo de 1941, durante la batalla de Charkov, que tenia por objetivo cercar al mariscal Timochenko—y lo consiguió—, Paulus se revelo incapaz de llevar a termina la fase norte del envolvimiento de cientos de miles de soviéticos, que se habían lanzado imprudentemente hacia Dniepropetrovski. Indeciso, sin iniciativas, Paulus apenas logro avanzar quince kilómetros. La operación solo tuvo éxito porque la garra sur de la ofensiva— en la que precisamente participábamos los valones—realizo casi por si sola la operación. Y para colmo, Paulus estuvo incluso a punto de perder Charkov, en lugar de avanzar.

Nueva contrariedad, mucho mas peligrosa aun, diez días antes de comenzar la ofensiva del Cáucaso. A uno de los oficiales del estado mayor de Paulus, un simple teniente, se le ocurrió una tarde la absurda idea de irse a dar un paseo por el frente en avioneta. Hitler había prohibido rigurosamente a los jefes de los ejercitos que iban a participar en la inmensa expedición del sur de Rusia, que sacaran copias de los planes de operaciones relativos a su propio sector. Cada cual debía conservar su ejemplar único en el mayor secreto. Paulus, contraviniendo esas ordenes expresas, habia ordenado que se hicieran siete copias. El joven oficial del avión llevaba una consigo, para enseñársela a un compañero, en un puesto avanzado, y dárselas de hombre importante. Cometió la imprudencia, o la estupidez, de hacer una corta incursión por el cielo soviético, ante las posiciones de su camarada. De repente una bala rusa, una sola, reventó el deposito de gasolina. El avión cayo al instante en el sector enemigo.

Hubo que montar, por orden de Hitler, un ataque de gran envergadura para recuperar los restos del aparato. Estaba destruido. No había trazas del teniente. Se descubrió al fin un terreno que había sido removido. Se cavo. Apareció un cadáver totalmente desnudo, el del teniente de Paulus portador de la famosa copia. Evidentemente, los rusos se habían apoderado del documento. De este modo, una semana antes de la ofensiva, Paulus acababa de entregar a los soviéticos el plan de ataque de Hitler en el sector de su VI Ejercito.

Lo pagaría caro, pues los rusos, ya prevenidos, se mantuvieron firmes en Voronech, punto envolvente casi indispensable, del que Paulus debía apoderarse en los primeros días, y que, a cause de este estúpido incidente, nunca llegaría a conquistar del todo.

**P— *Cual fue el papel de Paulus en la ofensiva alemana del Cáucaso?***

R.— Durante la ofensiva principal que se dirigía hacia el Cáucaso, la misión de Paulus era indirecta. Debía servir simplemente de guardaflanco, protegiendo la ofensiva del sur frente a una contraofensiva rusa que bajase del norte. Tras neutralizar a Stalingrado, Paulus se alinearía entre el Dnieper y el Volga, formando una línea defensiva.

Paulus no tenía que franquear verdaderos obstáculos naturales en las llanuras con suaves montículos del Don. Solo unos cientos de kilómetros, mientras que nosotros, antes de alcanzar los montes caucásicos, en el caso más favorable, teníamos que recorrer mil cien kilómetros. No se preveía ninguna resistencia ante Paulus. Los rusos huían. La región que el VI Ejército debía atravesar abundaba en alimentos. Los soldados se batían más contra las gallinas y las ocas que contra los soviéticos. Sin embargo, Paulus se demoró interminablemente antes de alcanzar el gran río, el Don, alejado en ciento diez kilómetros del primer objetivo que se le había asignado: el Volga.

Poseo el texto de las cartas de Paulus a su mujer durante esas semanas de avance demasiado lento. Este jefe funcionario no hace en ellas más que lamentarse a propósito de sus diarreas. Era lo que más le preocupaba en el curso de esas semanas históricas.

Un general sin cólicos y algo más dinámico hubiera franqueado el Don, lo más tarde, a final de julio de 1942, y hubiera ocupado Stalingrado, sobre el Volga, ocho o diez días después.

**P.— *Prosiga, se lo ruego, pues ese aspecto de la batalla de Stalingrado es poco conocido.***

R.— A finales de agosto de 1942, cuando nosotros ya estábamos desde hacía quince días en plenas montañas del Cáucaso, Paulus llegó, finalmente, cerca de los suburbios de la parte norte de Stalingrado.

Y ni siquiera eso se debía a él, sino al general Hube, el famoso general de carros, un manco barrigudo cubierto de gloria. El 21 de agosto, desembarazándose de la interminable espera de su jefe, hizo avanzar en línea recta su división acorazada, retenida hasta entonces por Paulus al oeste del Don. Ciento diez kilómetros de cabalgada de sus carros en una sola mañana! A las cuatro de la tarde Hube acampaba en la orilla izquierda del Volga y dominaba el río, allí donde Paulus, de haber sido un hombre de carácter, debería estar ya instalado desde hacía mucho tiempo.

Al ver que Paulus se demoraba tanto e iba a dar a los rusos la posibilidad de reagrupar sus fuerzas en ambas villas del Volga, Hitler, lleno de una creciente inquietud y muy contrariado, se decidió a desviar una parte de sus carros del Cáucaso para enviarlos apresuradamente en apoyo del rezagado.

Uno de los más notables jefes de los medios acorazados alemanes, el general Hoth, bajo del Kuban y empujando a los rusos apareció, el 30 de agosto de 1942, al sur de Stalingrado. A Paulus solo le faltaba franquear en su dirección unos veinticinco kilómetros para cerrar la bolsa y cortar toda retirada a los dos ejércitos soviéticos, que retrocedían penosamente entre el Don y el Volga y se encontraban casi cercados. En aquel momento, y gracias a la intrepidez del general Hube, los blindados del VI Ejército se alineaban al norte de los suburbios de Stalingrado. Dos horas más de marcha de esos

carros de Paulus hacia los de Hoth llevarían al límite de la capitulación a los cientos de miles de soldados soviéticos que refluían del Don.

Fue entonces cuando Paulus declaró que necesitaba dos días para preparar esa unión. Poseo el texto de los telegramas cruzados entre el general Hube y el jefe de la división acorazada Hoth, reventado tras haber hecho tan larga carrera, pero situado a solo unas decenas de kilómetros de los medios acorazados del VI Ejército. Es indiscutible que en media jornada hubiera podido lograrse la unión. Una vez hechos prisioneros los dos ejércitos rusos del Don, la metrópolis del Volga hubiera sucumbido en unas horas y el adversario hubiese sido eliminado de la región. nunca habría habido batalla de Stalingrado.

Otra consecuencia catastrófica de la debilidad de carácter de Paulus: mientras que hubiera podido y debido arreglárselas totalmente solo, la operación de auxilio de los carros del sur— de la que ni siquiera saco provecho— resulto fatal para toda la ofensiva, privando al ejército del Cáucaso de la fuerza acorazada que hubiese asegurado el cerco de la zona petrolífera de Baku y hubiera alcanzado sin duda Tiflis y la frontera del Irán, lo que habría significado la liquidación definitiva de la guerra en todo el sur del imperio soviético. Con ello también se habrían podido reenviar las tropas más selectas alemanas hacia el norte de Rusia, último bastión que había que derribar.

P.— *Que objetivo concreto fijo Hitler a Paulus?*

R.— En Stalingrado mismo, una vez salvados los dos ejércitos soviéticos por culpa de su abulia, y solidamente reinstalados ya en la orilla oeste del Volga, Paulus mostró de nuevo una lentitud fatal. Sus tropas eran admirables. Firmemente mandadas, hubiesen alcanzado su objetivo a finales de agosto de 1942. Stalin mismo estaba devorado por la angustia, al pensar que iba a perder Stalingrado, tal como lo reflejan sus ansiosos telegramas y sus consternadas confidencias a Churchill.

Los ejércitos alemanes del Cáucaso franquearon a primeros de agosto el río Kuban y conquistaron el importante centro petrolífero de Maikop. Inmediatamente lo rebasaron. Cazadores de montaña colocaron la bandera de la cruz gamada en todo lo alto de los cinco mil metros del monte Elbruz. Pues bien, mientras tanto, Paulus seguía sin avanzar en el Don, acuciado por sus endiablados cólicos. Precisamente su misión era la de actuar de prisa y eliminar sin retraso el obstáculo secundario de Stalingrado, tan secundario que en los primitivos planes de la ofensiva del sur de 1942, ¡ ni siquiera figuraba su nombre!

Una vez que el Volga se cerrase en Stalingrado con el cerrojo puesto, todo el VI Ejército tenía que ponerse en movimiento hacia el norte para relevar, con sus trescientos mil combatientes y sus cientos de carros de combate, a las tropas rumanas, húngaras e italianas, tropas valientes, pero de segunda mano y mal armadas, que solo habían sido colocadas allí provisionalmente como barrera a lo largo del Don superior, en espera de las divisiones de Paulus.

Desde allí, al año siguiente, es decir, en 1943, todos los ejércitos del Reich se hubieran lanzado en dirección del Volga superior y de Moscú. Era la tercera y última etapa del vasto plan estratégico de Hitler. En 1941, había ocupado un espacio inmenso en la Rusia occidental y capturó a cinco millones de prisioneros; sin embargo, no había podido

llevar hasta el final su blitzkrieg. La segunda etapa tenía por objetivo, en 1942, barrer la Rusia del sur, ocupar los pozos caucásicos y privar a Rusia de su petróleo y de lo esencial de sus abastecimientos exteriores, enviados por los aliados a través de Persia y el mar Caspio. El tercer año— 1943 —los ejércitos de Hitler remontarían la línea Don-Volga hacia Moscú, Arkangelsk y el océano Ártico, terminando así la campana de Rusia.

P.— *Volvamos a Paulus...*

R.— Desde primeros de septiembre de 1942 Paulus habría tenido que ocupar sus nuevas posiciones del Dniester-Don. No lo conseguiría ni entonces ni más tarde, con su cerebro paralizado ante el obstáculo. Solo sus tergiversaciones continuas y su falta de carácter permitirían a los soviets, durante esos dos meses de estancamiento, preparar su ofensiva victoriosa de noviembre de 1942.

Ocho días antes los alemanes se enteraron perfectamente de los preparativos rusos. Y ocho días antes Hitler ordenó el envío al sector del Don—en el que los soviets, según las observaciones de la Luftwaffe, iban a dar su golpe de ariete— una división acorazada que tenía en reserva.

Esta, en sus tres cuartas partes, quedó bloqueada a una cuarentena de kilómetros del Don. ¿Y por qué? Una mala suerte increíble: todos los sistemas eléctricos de sus carros habían sido roídos por las ratas, bajo enormes montones de heno, en cuyo costado estuvieron camuflados las semanas precedentes para evitar ser descubiertos. Por sorprendente que parezca, fueron esas ratas electropofagas las que, con su sorprendente apetito, facilitaron a los soviéticos el avance fatal de Stalingrado. En cuanto a Paulus, él sabía perfectamente que debía adoptar con toda rapidez medidas para hacer frente a esa agresión rusa que se preparaba, y de la que Hitler le había anunciado su inminencia. No solamente no tomó las precauciones indispensables, sino que, desde el primer momento del ataque soviético, se dejó llevar por el pánico, huyendo de Stalingrado hasta más de cien kilómetros al oeste del Volga; más allá incluso del Don, instalándose sin autorización en el puesto de mando de donde, a partir de septiembre de 1942, hubiera tenido que dirigir las operaciones del VI Ejército implantado en la nueva línea del Don, una vez aniquilado Stalingrado.

Hitler debió ordenar bruscamente a Paulus que se reintegrara a su puesto de mando en Stalingrado. Pero entretanto, en solo dos días, todo el sector del Don quedó barrido por culpa de la abulia del jefe responsable. El ala norte de la ofensiva de los soviets logró unirse con el ala sur en Callatz, cabeza de puente esencial del Don. Esta ni siquiera fue defendida, como consecuencia de un error estúpido, al confundir los defensores a los carros rusos que les caían encima con carros alemanes en retirada. El cerco ya estaba consumado y trescientos mil hombres quedaban en la bolsa.

***Si Paulus hubiese sido un general soviético, enviado a un consejo de guerra, le habrían fusilado aquella misma noche.***

P.— *¿Como se explica usted su actitud?*

R.— No es que Paulus no conociera la ciencia militar. Al contrario; teóricamente era un as. Pero era un hombre que no poseía la firmeza moral indispensable para todo jefe en

campana. El caso de Paulus, verdaderamente, es el de un hombre de ciencia, de un profesor de escuela militar que hace malabarismos con sus tropas en un <<kriegspiel>> o juego de guerra, pero que, por falta de carácter, pierde la cabeza a la hora de la acción real. Esa falta de temperamento de Paulus sería lamentable a lo largo de toda la tragedia de Stalingrado.

Hitler hizo un esfuerzo inmenso para que pudiera resistir. Envío a Rostov, con el fin de ayudarlo a salvarse, a su mejor estratega, el mariscal Von Manstein, quien, en ese momento, combatía en el frente Norte para acabar con Leningrado. Tuvo que interrumpir esa campana, sin embargo muy necesaria, y bajar hasta Rostov. Un sacrificio enorme. La potente columna de carros liberadores que Manstein destacó para salvar al alevado Paulus y llevarle hacia la desembocadura del Don, en caso de ser necesaria esa retirada, logró llegar, a costa de terribles combates, hasta treinta y ocho kilómetros al sudoeste de Stalingrado. Bastaba con una salida final de Paulus y se hubiese salvado. Paulus contaba aun aquel día con más de cien carros, provistos de importantes reservas de carburante, que completarían en el curso de los acontecimientos con los numerosos bidones de combustible que Hitler había ordenado lanzar en paracaídas a lo largo de los treinta y ocho kilómetros que tenían que franquear. Las posibilidades de una ruptura con éxito eran, pues, grandes.

El caso es que, un año más tarde, en Tcherkassy, con nueve veces menos carros blindados que Paulus, logramos romper el segundo gran cerco soviético de la segunda guerra mundial, en circunstancias más penosas. Después de veintitrés días de encarnizada lucha cuerpo a cuerpo, reventamos el cerco ruso. Cuando se quiere, se puede. Son los flojos los que pierden.

**P.— *Pero ¿y el abastecimiento por aire?***

R.— Paulus fue abastecido por aire desde el principio. Imperfectamente, es cierto, pero las listas de necesidades que indicaban sus servicios estaban conscientemente infladas para obtener más víveres. Además, también habían sido cercados treinta y dos mil caballos, que por muy flacos que se hubieran quedado ¡aun suponían una buena despensa!

¡Y además, que! ¡Ante la muerte no se cede! ¿Que hicieron los rusos cercados en Leningrado aquellos mismos años? Muertos de hambre, aguantaron, a pesar de todo, durante novecientos días. Pues bien, allí el mando soviético tuvo que alimentar, además de a los combatientes, a centenas de millares de civiles. Ellos no reclamaban sus dos mil calorías. Las mujeres y los niños morían a miles, tan enjutos como la leña seca. Pero la ciudad resistió durante casi tres años. Con el estomago oprimido y con la voluntad tensa, nadie cedió. Y ganó el coraje.

**P.— *Hace usted elogios del pueblo ruso?***

R.— Si. Gloria para el heroísmo de los soldados y civiles de Leningrado. Y maldición para aquel andrajo humano que fue Paulus, incapaz de ser un verdadero jefe a la hora de la verdad. El último fallo que le perdió fue su pasividad en el momento de establecer contacto con los blindados que envió Manstein a su encuentro.

En aquel momento, cuando ya no había que esperar ni un segundo mas para avanzar hacia sus salvadores. ¿cual fue la respuesta que encontró Paulus?,

¡Necesito seis días para prepararme!

Siempre el mismo estribillo: prepararse. Como si en situaciones semejantes hubiera que esperar seis días para lanzarse sobre el obstáculo. Cuando trescientos mil hombres corren el riesgo de morir, un verdadero jefe debe despertar todas sus energías y saltar hacia la salvación, combatiendo el mismo al frente de su ejercito!

P.— *¿O sea que usted condena sin paliativos la actitud de paulus?*

R.— Evidentemente. Si Paulus no se salvo fue porque no quiso, porque no tuvo coraje para avanzar. Se le tendió la mano, pero dejo caer sus brazos. Manstein tuvo que dar entonces la orden de romper el contacto, tras haber sacrificado en vano hombres y carros para liberar a un general de cartón.

A partir de esta negativa Paulus solo fue una ruina. Durante el ultimo mes no inspecciono ni una sola vez a sus tropas, ni tampoco fue nunca a los puestos de combate de los jefes de sus divisiones. Desde comienzos de enero de 1943 vivió escondido en el sótano de un supermercado, tumbado sobre una cama de campaña y fumando ininterrumpidamente cigarrillos en la semioscuridad.

***Si consideraba que todo estaba perdido, al menos hubiera podido tomar un fusil y haberse hecho matar por el enemigo. Hitler estaba tan seguro de que sucedería esto que el penúltimo día nombro a Paulus mariscal. Pero Paulus se mostró lamentablemente indigno de tal distinción.***

Cuando llego la hora de la capitulación solo le preocupo una cosa: que los soviets pusieran un coche a su disposición al salir del refugio. Los rusos lo hicieron con la prontitud que uno puede imaginarse. Una hora después, un coche soviético le esperaba a la entrada misma de su caverna.

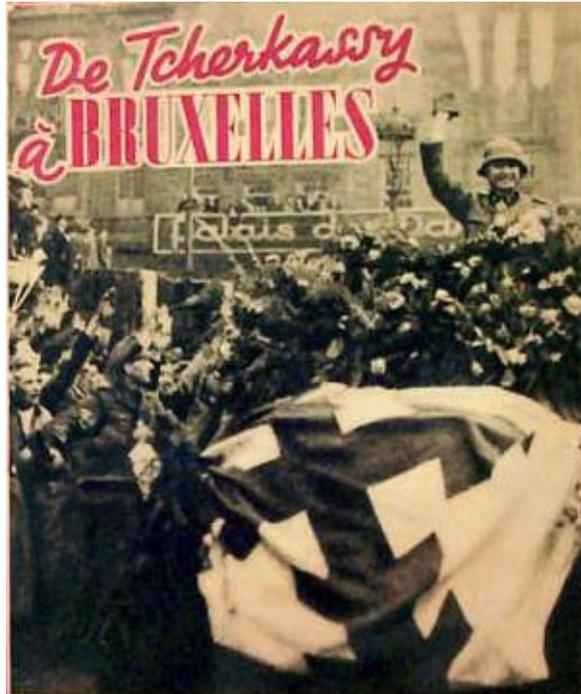
Paulus salió de Stalingrado en aquel auto enemigo, mientras mas de cien mil soldados suyos, hechos prisioneros por su incapacidad y su falta de carácter, partían a pie hacia los campos de la muerte. Los rusos condujeron a Paulus a su Gran Cuartel General, donde fue amablemente invitado a almorzar. Cometi6 entonces la bajeza— o la bobada — de alzar su vaso de vodka brindando por la gloria del ejercito de Stalin, que acababa de aplastar a sus tropas. Los rusos tuvieron bien cuidado de grabar ese brindis. A partir de entonces Paulus estaba a merced de la maquina de lavar cerebros, tan pr6digamente utilizada por los soviéticos. Por otra parte, tampoco tuvieron que emplear mucho tiempo en limpiarle las meninges. Bastaron unos meses para que este funcionario atemorizado, que en la ante víspera de su derrumbamiento lanzaba desde su sótano de Stalingrado proclamas cantando la gloria de la cruz gamada y la fidelidad al Fuhrer, se convirtiera en un agente de propaganda radiofónica de los soviets. Incluso, en 1946, acepto ser llevado desde Moscú a Nuremberg, como testigo de cargo contra sus antiguos camaradas del alto estado mayor alemán, a los que esperaba la horca.

***Murió poco después, medio lelo. Tanto mejor. Paulus fue un jefe militar abúlico e incapaz. Y además, un renegado.***

*Usted quería conocer mi opinión sobre Paulus, y ya la tiene, con toda crudeza. No veo, ciertamente, razón alguna para tratar con miramientos a este pobre hombre, mal jefe, mal alemán y mal perdedor.*

**León degrelle.**

## LA EPOPEYA DE TCHERKASSY



P. — *¿En que estado volvió a encontrar el frente ruso, meses después de la capitularon de Stalingrado?*

R.— En noviembre de 1943 nos encontramos en Rusia con una situación militar absolutamente distinta. Aunque le pueda sorprender, le diré, no obstante, que el desastre de Stalingrado no fue en realidad un verdadero desastre.

¿Perder un ejército? Cualquier jefe militar que haya realizado grandes conquistas ha perdido ejércitos. Los romanos los perdieron: ¡Varo, devuélveme mis legiones! *Napoleón* también los perdió. Recuerde sus derrotas en España o en el Beresina. Y los rusos, en 1941 y 1942, perdieron unos cinco millones de hombres. ¡Eso sí fue algo gordo!

Trescientos mil soldados del Reich— de siete millones— hundidos en la fosa helada de Stalingrado no era un desastre, sino un accidente. Un accidente importante, pero un accidente. El mariscal Timochenko había perdido mas hombres en su fracasada ofensiva de Ucrania diez meses antes. Los alemanes perdieron una batalla, pero, como hubiese dicho De Gaulle, no por eso la guerra estaba perdida.

Sin duda, un golpe mucho mas duro que el de Stalingrado, y al que el publico concedió bastante menos importancia, fue la batalla de *Kursk*, en julio de 1943. Allí tuvo lugar el duelo decisivo. Fue entonces, indudablemente, cuando Hitler perdio la guerra en la URSS.



P.— *¿Por que? ¿En que se funda su opinión?*

R.— Hitler, contra su propio instinto, se comprometió en aquella lucha por instigación de sus principales generales, que seguían obsesionados por los grandes choques frontales, fuerza contra fuerza, a la manera del Verdun de 1916. Hitler era la astucia, la imaginación y la habilidad. Como estratega de nuevas concepciones, el se había resistido ante esa idea de un enfrentamiento masivo en Kursk, y solo acepto esa batalla con inquietud y a regañadientes. Fue el duelo mas importante entre carros de combate durante la segunda guerra mundial. Unos cuatro mil carros de un lado y cuatro mil por el otro. Operación perdida de antemano por Alemania al haber sido traicionada.

P.— *¿Como traicionada?*

R.— Es una historia para contar algún día— y lo haré en mi libro "Hitler, sus traidores y sus espías"— como Hitler, en su propio Gran Cuartel General, fue traicionado con una terrible constancia durante toda la segunda guerra mundial, y como sus ordenes eran enviadas automáticamente al mando soviético. ¡ Mas de dos mil mensajes y ordenes tuyas! Se transmitían al instante, vía Suiza, para conocimiento de Stalin. Cinco días antes de que la operación de Kursk comenzase— ¡cinco días antes!— Kruschev, como comisario del pueblo por el frente Sur, ya estaba allí con todo el plan alemán en su cartera. Y así, en todas partes, los alemanes cayeron en la trampa. En todos aquellos lugares donde tenían que desembocar, les esperaba una mesa de antitanques rusos. En una semana esta batalla se convirtió en un aniquilamiento masivo de las tropas acorazadas del III Reich.

Provisionalmente, ya no había otra salida que la de servirse del espacio; es decir, retroceder, retroceder hasta el Dnieper, en una retirada extremadamente difícil. Esa retirada casi imprevista estuvo llena de fallos y errores, hasta tal punto que el Dnieper mismo fue franqueado en diversos sitios por las tropas soviéticas, que tomaron Kiev y que, con ello, pudieron emprender en Ucrania una enorme maniobra de cerco hacia el sudoeste.



P.— *Y ustedes los valones, ¿cayeron de lleno en ese desastre?*

R.— La noche en que, a finales de noviembre de 1943, nos aproximamos hacia las nuevas líneas de resistencia, el espectáculo era extraordinario. Nuestros trenes avanzaban dentro de una verdadera trinchera de fuego. Los rusos ya estaban a la derecha. Y también a la izquierda.

Allí me di cuenta de una cosa: de que el valor no es una actitud natural. Yo, que había librado tantos combates y que había tenido ya no sé cuantas luchas cuerpo a cuerpo, tuve miedo en aquel momento. No crea que yo jamás he tenido miedo. Los que nunca tienen miedo son anormales. Para no tener miedo hay que dominar al miedo con antelación. Es un terrible esfuerzo de la voluntad que hay que renovar continuamente. Hay que domar a la bestia humana, que normalmente se atemoriza y se encabrita ante el peligro, y sobre todo ante la muerte, como cualquier otro animal. El valor todo valor moral. Es el alma la que alimenta al hombre valiente.

Si aquella noche yo sentí que me invadía esa especie de pánico interno todos los demás también debieron sentirlo. La misma noche escribí a mi secretario de Bruselas una tarjeta postal en la cual le decía: Hemos entrado hasta el fondo por el gollete de la botella y ahora nos ahogaran.

Eso tardaría tres meses en realizarse. Pero así ocurrió.

P.— *¿Que posiciones ocupaba la Brigada Valonia?*

R.— Desde la misma mañana de nuestra llegada fuimos enviados a la orilla de un gran río glacial que se llamaba Olchanka, afluente del Dnieper. El mismo Dnieper desplegaba en el extremo norte de nuestras posiciones sus crecidas aguas negras, que rodeaban unas islas arenosas, pronto cercadas por unos inmensos témpanos blancos. Nosotros, los valones, ocupábamos un sector de una veintena de kilómetros. Era increíble lo que sucedía en estos sectores del frente ruso: se tenía una compañía por aquí, otra por allá y otra más lejos, con unos vacíos por los cuales se infiltraba el enemigo. Nosotros, de la misma manera, hacíamos sorprendentes incursiones en su terreno, muy lejos detrás de sus posiciones.

Pero eso no podía durar. No era posible. Sentíamos que el cerco ruso se estrechaba. Cada semana era más fuerte y nos iba encerrando por todos los lados.

Hicimos ataques desesperados, como el de Teklino, a primeros de enero .1944, para despejarnos un poco y volver a recuperar terreno. En ello perdimos mucha gente.

reconquistamos un gran bosque, en el que se escalonaban setecientas fortificaciones rusas. Y vimos, como macabro espectáculo, a prisioneros alemanes clavados en los arboles, con los órganos sexuales cortados y colocados en la boca. Y también a mujeres que se lanzaban sobre nosotros por centenares, jóvenes combatientes espléndidas. ¡Que penosa tarea la de tener que, entrenares a unas chicas guapas que se lanzan al asalto!..

Pero por todos los lados surgían cada vez mas asaltantes. Cada día era peor. El 28 de enero de 1944 el nudo corredizo se cerro al sur y quedamos cercados en la bolsa, igual que el VI Ejercito de Paulus en Stalingrado.



P.— *¿Como lograron salir de ella?*

R.— Se ha hablado menos, de nuestro cerco y de nuestra liberación de Tcherkassy, porque la victoria de los soviets en Stalingrado, inflada con estrépito por una inusitada propaganda resonó en el mundo entero. Por el contrario, la propaganda aliada tuvo bien cuidado en minimizar la derrota de los soviets en Tcherkassy.

Actualmente ya no ocurre eso. La verdad histórica se ha abierto paso. La batalla de Tcherkassi será algún día una de las grandes batallas que se comentaran en las escuelas militares, porque fue admirable en precisión y sangre fría.

P.— *¿En que consistió?*

R.— En aquella ratonera forcejamos, día a día y noche tras noche, en un peligro constante de la muerte. El cerco se iba cerrando cada vez mas y nos dejo aislados.

En el momento mas espantoso, en el mes de febrero de 1944, cuando normalmente estaríamos a cuarenta y cinco bajo a cero, bruscamente unas lluvias torrenciales, ¡El cielo entero! cayeron en tromba sobre nuestras cabezas. Entre las riadas de barro aun tratábamos de salvar millares de cañones y de los camiones que ya ni había medio de de llevar mas lejos. Machacado por la artillería soviética, todo este material, triturado o sumergido, se perdería. Para darle un pequeña idea de lo que era el esfuerzo de cada hombre, durante estos veintitrés días yo libre personalmente diecisiete encuentros cuerpo a cuerpo pegado a unos colosos que le matarían a uno si antes no acaba con ellos. Rodando sobre el suelo en el barro, en la nieve, uno encima del otro, con heridas por doquier.

Cada uno de nuestros soldados vivió decenas de veces tales horrores, En mi libro "*La campaña de Rusia*" también prohibido en Bélgica, cuento con amplitud como fueron aquellas semanas tan espantosamente trágicas.

P.— *¿Y usted no era aun el comandante jefe de la Brigada de asalto Valonia?*

R.— Efectivamente, yo solo era oficial de ordenes del comandante en jefe **Lucien Lippert**.

Después de haber sido mucho tiempo soldado, cabo, suboficial, segundo teniente, teniente y capitán, mande durante unos meses una compañía.

Aprendí, pues el oficio en todos sus escalones. No es mas complicado tener entre las manos una unidad militar que dirigir una gran empresa comercial, una fabrica o un departamento ministerial. Hay que tener ante todo el don de la autoridad, observar todo y ganar fraternalmente el espíritu y el corazón de los hombres.

Técnicos militares muy preparados se encuentran en abundancia. Las escuelas de guerra los fabrican en serie, del mismo modo que otras preparan excelentes ingenieros o magníficos especialistas en cuestiones comerciales. El papel del jefe no es saberlo todo y hacerlo todo, sino el de utilizar, para objetivos concretos y muy claros, a especialistas mas competentes que el, bien se trate del jefe de la Renault, de un jefe de Estado o del jefe de una brigada de asalto.

Durante el cerco de Tcherkassy yo todavía solo era el colaborador mas inmediato de **Lucien Lippert**. No nos separábamos nunca; combatíamos juntos y comíamos juntos el rancho; los últimos como es natural, pues Lippert no aceptaba meter la cuchara en su rancho enfriado, si no veía antes recibir su ración al ultimo de sus soldados . Todos le queríamos y le admirábamos . Y entonces recibimos en pleno corazón el golpe cruel: **Lucien Lippert** caía al frente de nosotros en Novo-Buda, por el duro impacto de una de esas balas explosivas, de punta cortada, en las que los rusos eran pródigos, y que le reventó el pecho.



P.— *¿Fue a partir de este hecho cuando usted se convirtió en comandante jefe de la Brigada Valonia?*

R.— Entonces tuve que asumir el mando directo de nuestra brigada. Estábamos al limite de las posibilidades de resistencia de las fuerzas cercadas. Hacia tres días que ya no recibíamos el menor alimento. Comíamos nieve, nieve y nada mas. El frío y la helada se

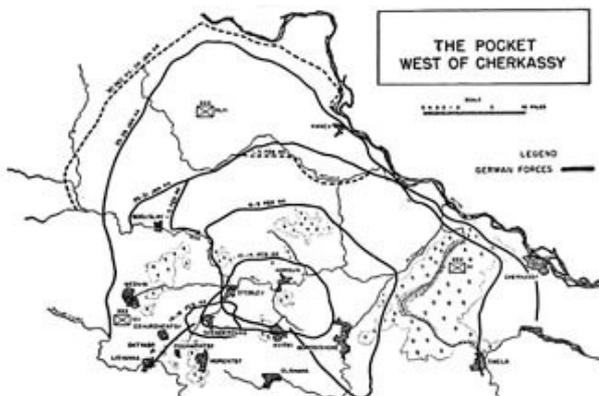
habían apoderado de todo. Nos acuciaban por todas partes. Los ataques se reanudaban sin respiro. Las cargas enemigas nos caían desde arriba por todos los lados.

En semejantes condiciones tuve que dar una especie de pequeño golpe de Estado: tomar el mando de nuestra unidad. De hecho, nada me autorizaba a ello, ya que hubiera tenido que esperar a que el alto mando de las Waffen SS —que andaba lejos de nosotros— procediese a un nombramiento.

Si no hubiera tomado la delantera, probablemente nos habían enviado un mando alemán. De este modo, ganando a los despachos en velocidad, me proclame comandante jefe.

El comandante jefe de la Sturmbrigade "*Wallonien*", ahora soy yo. En las unidades alemanas todo el mundo acepto mi decisión, al margen de los reglamentos.

Otra complicación. Hitler, que seguía la batalla muy de cerca, me ordeno por radio que partiera con los últimos aviones que transportaban heridos. Yo respondí : ¡No y no! ¡No me iré! Si quiere que monte en un avión, me pegare un tiro en la cabeza al pie del aparato! Finalmente Hitler acepto que me quedara. Un oficial superior alemán, testigo de mi respuesta, escribió y publico después de la guerra el relato de ese dialogo. Se acercaba el momento final. Los refuerzos de medios blindados del general Hube, que debían salvarnos, se aproximaban, pero no lograban tomar contacto con nosotros, atascados por el suelo helado que les paralizaba.



P.— *Entonces, ¿como pudieron ponerse a salvo?*

R.— En el cerco de Tcherkassy se encontraban, casi estranguladas, once grandes unidades militares.

Nos reunimos los once comandantes jefes. El general **Gilles**, jefe de la División Vikinga, pregunto con toda crudeza: ¿Hay entre nosotros algún voluntario para llevar a cabo la operación de punta en la ruptura? Los generales presentes, hombres de cincuenta y sesenta años, estaban agotados físicamente, después de tres semanas de lucha incesante, llevada a cabo sin dormir y casi sin comer. Les consumían las preocupaciones y las catástrofes que se arremolinaban alrededor nuestro como moscas furiosas. Todos eran excelentes estrategas, como lo eran la mayoría de los generales alemanes. Pero tantas pruebas habían agotado sus fuerzas. se nos concedía, como máximo, un tres por cien de posibilidades de supervivencia. ¡Y, sin embargo, había que romper aquellas barreras de muerte!

*Yo resulte herido cada cinco días como media, y unas horas antes me alcanzaron en el brazo y en el costado derecho. Pero era fuerte. Nada, ni las heridas, ni la falta de sueño— tenemos buena madera, decía mi padre—, ni el hambre, ni la sed me vencieron nunca. Yo había adoptado como lema: <<Pase lo que pase, hay que dar la cara>>.*

A la pregunta de Gilles conteste que yo era el voluntario. Física y moralmente aun podía lanzarme en el gran esfuerzo final. Pero yo solo no hubiera hecho nada, naturalmente. Fue el increíble heroísmo de mis soldados el que forzó el destino. No queríamos capitular. Si había que morir, solo estábamos dispuestos a hacerlo en combate.



P.— *¿Como lograron abrirse paso en Tcherkassy?*

R.— Esa ruptura fue en verdad algo atroz. Durante toda la ultima noche tuve que mantener a las unidades valonas en retaguardia, para proteger la estrecha hondonada en la que se iban acumulando las tropas que partirían al alba hacia su liberación. Todo esto bajo una fantástica lluvia de proyectiles de la artillería soviética. Hacían explosión por todas partes, en la nieve o sobre el suelo helado. Los caballos se restregaban el hocico con el suelo, con sus partes rotas y los intestinos desparramados. Ya he descrito en mi "Campana de Rusia" aquella noche de horror. Las isbas ardiendo iluminaban fantásticamente la matanza. Las tropas, en medio de aquel tornado, tenían que subir al otro lado de un río y agruparse para salir. Un carro desfondó el único puente de madera de este profundo barranco. Obstruía todo. Hicieron falta dos horas de esfuerzos inauditos hasta que logramos hacerle caer en el precipicio. Solo a las cinco de la

madrugada, cuando todo ya estaba dispuesto en la otra orilla, lleve a mis valones de atrás hacia adelante y nos pusimos en cabeza de la columna que iba hacia la liberación.

¿Liberación? Nos dijeron que las tropas acorazadas del general Hube, que venían en nuestro socorro, habían llegado a cinco kilómetros de nosotros. Parados por el hielo, estaban en realidad a 17 kilómetros. Diecisiete kilómetros que había que franquear librando un espantoso cuerpo a cuerpo! La nieve caía en copos macizos. Afortunadamente. Ella nos libro de las ráfagas de la aviación soviética. Pero los cosacos nos atacaban desde todas las direcciones y los carros rusos salían por todas partes.

Ocho mil combatientes, es cierto, murieron en el curso de la ruptura de Tcherkassy. Pero cincuenta y cuatro mil hombres, al final de la noche, estaban al otro lado, una vez cruzadas las líneas soviéticas.



P.— *Pero ocho mil muertos es algo horrible.*

R.— Si ocho mil muertos es algo horrible. Pero en Stalingrado, el mariscal Paulus prefirió capitular y abandonar a los rusos ciento nueve mil prisioneros; de ellos, solo ocho mil supervivientes regresaron de las prisiones soviéticas.

En Tcherkassy se salvaron cincuenta y cuatro mil hombres, es decir, mas del 80 por cien de los efectivos. Se salvaron porque a fuerza de heroísmo y de vigor arrollaron en el frente ruso, dando prueba de que seguían siendo los mas intrépidos, y que sus jefes aun eran superiores a los enemigos por su conocimiento de la estrategia y de la táctica, por su sentido de la autoridad y del mando y por la fuerza de su carácter y valor personal.

Un segundo Stalingrado, psicológicamente, hubiese minado de un modo terrible la moral del pueblo alemán. Para el también, Tcherkassy resultaba necesario. No era posible dejar a los propagandistas aliados lanzarse por segunda vez, como graznantes aves rapaces, sobre un nuevo revés en el frente del Este.

Este fracaso de los soviets resultaba aun mas he dispensable si se quería salvar a Europa. Con esa resistencia encarnizada habíamos mantenido, a lo largo de todo el invierno 1943-1944, la barrera que detuvo durante tres meses mas la ofensiva de la URSS. Sin esa resistencia desesperada de los soldados de Tcherkassy, la marea soviética hubiese llegado desde el principio de 1944 a los Balcanes y se hubiera

desbordado por Europa. Habría ocupado París, sin la menor duda, antes de que el primer americano mascando chicle hubiese desembarcado en las costas francesas.

Recuerde que en 1940 los alemanes llegaron en mes y medio a los Pirineos, porque Sedan no había aguantado. Si también nosotros hubiésemos abandonado la lucha, en lugar de cerrar tenazmente la ruta de Tcherkassy hacia Rumania, y luego hacia el Occidente ¿Que habría ocurrido? Que los franceses y los belgas hoy conocerían la misma suerte que los checos y los polacos.

*Nuestros muertos de Tcherkassy fueron los muertos de Europa.*

**Léon Degrelle.**

## ¡VOLVERÁN LAS BANDERAS VICTORIOSAS!

León Degrelle ha dado en su corta y joven vida política y militar, mas de 2.000 mítines masivos.

Evidentemente no pueden mas, Al terminar la II Guerra Mundial en 1945, con nuestra derrota provisional, las democracias tenían el poder del mundo en sus manos. Nos habían aplastado.

Muchísimos habían caído en el Frente del Este. Centenares de millares de los nuestros habían sido asesinados en Italia, en Francia, etc. (104.000 patriotas franceses únicamente en el mes de Agosto de 1944) .Las cárceles democráticas, por toda Europa, estaban llenas de prisioneros civiles. Hasta mis padres, de 79 años, murieron tras dos años del más cruel encarcelamiento, por el simple crimen de haberme dado la vida.

Para las democracias fracasadas de 1940, el año 1945 supuso el año de la venganza total, del robo total, del dominio total, Tenían las mas amplias seguridades de imponer a todos, en el porvenir, sus formulas de gobierno. Resultado, cuarenta años después: ¡ El fracaso mas espectacular!

Para reemplazar a nuestra Europa carnal, fraternal y heroica, a lo único que han llegado es a una Europa miserable, de tenderos, con disputas sin fin sobre los tomates, las naranjas, la carne de cerdo... en un mercado cada año mas Común. Pierden millares de horas, miles de millones de "Ecus", para, no llegar a nada mas que, abrazos hipócritas, luchas mezquinas, sórdidas, y montañas de millones de kilos de mantequilla que se pudren.

También se han podrido las conciencias. Ya no existen las virtudes familiares. Ya no existe la moral publica. Ya no existe un ideal, sea cual sea. Todo lo que las democracias vencedoras han parido, es un mundo materialista, a merced de cualquier lío internacional o de cualquier drama familiar o social.

La juventud, que nunca admitió la mediocridad, no admite ya este mundo sin luz y sin esperanza. Millones de ellos son pobres parados desesperados, se sienten inútiles. Muchos buscan una solución a su abandono en la droga o en el robo. Y ¿por que no drogarse?, ¿por que no robar?, si el mundo que rodea a la juventud no es otra cosa que trampas sociales, engaños políticos, miseria y tinieblas. Los políticos de la postguerra y su clientela, tienen la vida agradable. Viajan, disfrutan de lujosos coches, tienen dinero, mucho dinero...

La masa, ella, esta muy lejos de la fiesta.  
Los chicos, las chicas, ven su juventud perdida.  
Ya dudan de todo.

Cuando alguien nos llama "nazis", estos jóvenes se dicen: " ¿Pero que han hecho realmente estos nazis?, ¿Como es que antes de la guerra mas del 90 por ciento del pueblo alemán votaba por Hitler?, que en su tiempo no quedaba ni un parado? que los obreros habían visto crecer sus sueldos casi el cien por cien, que disfrutaban de

vacaciones, y de casa con jardín, de un coche familiar (cuando en Europa únicamente los muy ricos tenían coche)?.

¿Que había ocurrido con los seis millones de lectores comunistas que tenía Alemania en 1933?. Si Hitler no hubiese llevado a cabo una revolución total a gusto de estos, y de todos no se habrían convertido al 'nazismo ".

En 1941, en el Frente Soviético, estos ex-comunistas alemanes, habrían podido con mucha facilidad. ¡pasarse a las líneas de los Soviets!.

Se quedaron cumpliendo heroicamente con su deber. Fueron fieles hasta el ultimo momento. Los pocos que traicionaron— y no en el frente—, fueron cuatro burgueses amargados y unos militares y aristócratas incapaces o ambiciosos. El día de la muerte de Hitler, la casi totalidad del pueblo alemán loro, antiguos comunistas incluidos.

***La juventud, que no tiene un pelo de tonta y que es sincera, se escandaliza de estos años de trampas democráticas y de quiebras democráticas: ¡ esta harta!.***

Los izquierdistas mas radicales, no tienen mas remedio que admitirlo. En "El País" del día 28 de Abril, se podían leer estas líneas del importante filosofo francés Jean Baudrillard, reconociendo la catástrofe:

***"Vivimos ya en una sociedad transpolitica. Nadie tiene convicciones. Las gentes son agnósticas, sin ilusión. No hay pasión política (...) Las únicas peripecias interesantes consisten en dar un vuelco a la situación".***

Los remeros cansados de las barcas democráticas semi hundidas, se dan cuenta de que su impunidad se acaba. Los pueblos ya no admiten mas engaños, los jóvenes quieren salir de su desesperación.

Que aparezca un hombre de fe, levantando con valor y talento popular el estandarte de la revolución , y le seguirán.

Ha bastado que aparezca en Francia un Le Pen, para ver a mas de cuatro millones y medio de franceses —entre los cuales se encuentran muchísimos jóvenes y obreros— empujar a la cuneta a los viejos partidos.

***¡Volverán banderas victoriosas!***

***León Degrelle.***

## ¿Y SI HITLER HUBIERA GANADO?

León Degrelle

ESTA ES LA GRAN INCOGNITA:

ELLO FUE POSIBLE DURANTE BASTANTE TIEMPO. EN NOVIEMBRE DE 1941, HITLER ESTUVO BIEN CERCA DE CONQUISTAR MOSCU (ALCANZO LOS SUBURBIOS) Y DE BORDEAR POR ENTERO EL RIO VOLGA, DESDE SU NACIMIENTO (A DONDE LLEGO), HASTA SU DESEMBOCADURA (QUE ESTUVO A PUNTO DE CONSEGUIR).

MOSCU NO ESPERABA MAS QUE LA APARICION DE LOS CARROS DE COMBATE DEL REICH EN LA PLAZA DEL KREMLIN PARA REBELARSE.

**STALIN** HUBIESE SALTADO. HUBIERA SIDO SU FIN.

LANZADAS DESDE EL AIRE ALGUNAS COLUMNAS ALEMANAS DE OCUPACION, EMULANDO A LAS DEL ALMIRANTE **KOLTCHAK** EN 1919, HUBIESEN ATRAVESADO COMO UNA FLECHA TODA SIBERIA. FRENTE AL OCEANO PACIFICO, LA CRUZ GAMADA HUBIESE ONDEADO EN VLADIVOSTOK, A DIEZ MIL KILOMETROS DEL RHIN.

¿CUALES HUBIESEN SIDO LAS REACCIONES EN EL MUNDO?.

LA INGLATERRA DE FINALES DE 1941 PODIA LANZAR LA TOALLA DE UN MOMENTO A OTRO. HUBIESE BASTADO QUE, EN UNA TARDE DE WHISKY DEMASIADO ABUNDANTE, **CHURCHILL** HUBIERA CAIDO TOCADO POR UN ATAQUE DE APOPLEJIA. QUE ESTE INVETERADO BEBEDOR SE CONSERVARA TANTO TIEMPO EN ALCOHOL NO DEJA DE SER UN VERDADERO CASO CLINICO. SU MEDICO PERSONAL PUBLICO, TRAS SU MUERTE, NUMEROSOS Y DIVERTIDOS DETALLES ACERCA DE LA RESISTENCIA BAQUICA DE SU ILUSTRE CLIENTE.

PERO, INCLUSO VIVO, **CHURCHILL** DEPENDIA DEL ESTADO DE ANIMO DE SU PUBLICO. EL PUBLICO INGLES INTENTABA AUN, EN 1941, MANTENER EL TIPO. PERO ESTABA YA CANSADO. LA CONQUISTA DE RUSIA POR HITLER, LIBERANDO ASI A TODA LA LUFTWAFFE, HUBIESE TERMINADO APLASTANDOLE.

EN EL FONDO, ESTA GUERRA ¿A QUE CONDUCEIA?. Y EN REALIDAD ¿A

QUE HA CONDUCIDO?. INGLATERRA LA TERMINO ARRUINADA, PRIVADA DE LA TOTALIDAD DE SU IMPERIO Y DESPLAZADA, EN EL AMBITO MUNDIAL, AL RANGO DE NACION DE SEGUNDO ORDEN, TRAS SUS CINCO AÑOS DE STRIP-TEASE POLITICO.

UN **CHAMBERLAIN**, EN LA PIEL DE **CHURCHILL**, HUBIESE ENARBOLADO, DESDE HACIA TIEMPO, UNA BANDERA BLANCA EN LA PUNTA DE SU PARAGUAS HISTORICO.

EN CUALQUIER CASO, SOLO FRENTE A UNA ALEMANIA VICTORIOSA (DOMINANDO UN IMPERIO SIN IGUAL EN EL MUNDO, EXTENDIENDOSE A LO LARGO DE DIEZ MIL KILOMETROS, DESDE LAS ISLAS ANGLO-NORMANDAS DEL MAR DEL NORTE HASTA LAS ISLAS SAKHALINE, EN EL PACIFICO) INGLATERRA NO HUBIESE SIDO MAS QUE UNA BARQUICHUELA AZOTADA POR UN CICLON. NO HUBIERA RESISTIDO MUCHO TIEMPO SOBRE LAS OLAS.

**CHURCHILL** SE HUBIERA CANSADO, Y LOS INGLESES ANTES QUE EL, DE ECHAR CUBOS DE AGUA FUERA DE UN CASCARON CADA VEZ MAS INVADIDO. ¿REFUGIARSE LEJOS?. ¿EN EL CANADA? **CHURCHILL**, CON LA BOTELLA A CUESTAS, QUIZA HUBIERA LLEGADO A SER ALLA UN MAGNIFICO TRAMPERO O UN EXPERTO TABERNERO. ¿EN AFRICA?. ¿EN LA INDIA? EL IMPERIO BRITANICO ESTABA YA PERDIDO. NO PODIA SER EL ULTIMO TRAMPOLIN DE UNA RESISTENCIA QUE NO TENIA YA NINGUN SENTIDO.

NO SE HUBIESE SIQUIERA OIDO HABLAR MAS NUNCA DE **DE GAULLE**, CONVERTIDO EN APLICADO PROFESOR EN QUEBEC, REPASANDO SU AUTOR PREFERIDO **SAINT-SIMON**, MANTENIENDO ENTRE SUS MANOS LA MADEJA DE LANA DE LA LABORIOSA **TIA IVONNE**.

LA VICTORIA INGLESA FUE EN VERDAD EL BOTELLAZO DE UN VIEJO CABEZON FUNCIONANDO BASANDOSE EN ALCOHOL, DESESPERADAMENTE AGARRADO A UN CLAVO ARDIENDO Y PARA QUIEN LOS DIOSES DE LA SANTA ORDEN DEL SACACORCHOS FUERON EXCESIVAMENTE INDULGENTES. PERO UNA VEZ LA URSS EN MANOS DE HITLER, EN EL OTOÑO DE 1941, LA RESISTENCIA INGLESA SE HUBIESE DERRUMBADO, SIN **CHURCHILL** O CON **CHURCHILL**.

POR LO QUE RESPECTA A LOS AMERICANOS, ELLOS NO HABIAN

ENTRADO AUN EN GUERRA POR AQUELLAS FECHAS.

EL JAPON LES ACECHABA Y SE PREPARABA PARA EL ASALTO.

HITLER, UNA VEZ DOMINADA EUROPA, NO SE HUBIERA TENIDO QUE MEZCLAR EN LOS ASUNTOS DEL JAPON MAS DE LO QUE ESTE PAIS SE MEZCLO EN LA OFENSIVA ALEMANA DE 1941 SOBRE LA URSS. LOS ESTADOS UNIDOS, OCUPADOS EN ASIA DURANTE MUCHO TIEMPO, NO HUBIESEN CARGADO CON OTRA GUERRA EN EUROPA, EN AQUELLAS CIRCUNSTANCIAS. EL CONFLICTO MILITAR ESTADOS UNIDOS-HITLER NO HUBIESE TENIDO LUGAR, A DESPECHO DE LOS RENCORES BELICISTAS DEL VIEJO **ROOSEVELT**, YA VERDE Y CADAVERICO, ENFUNDADO EN SU CAPA DE COCHERO DE SIMON, Y A PESAR DE LAS SUGERENCIAS DICTATORIALES DE SU ESPOSA **ELEONOR**, ENSEÑANDO LOS DIENTES EN SU ARDOR GUERRERO, DIENTES SALIENTES SEMEJANDO LA PALA DE UN CATERPILLAR. ADMITAMOS PUES QUE, AL TERMINAR EL OTOÑO DE 1941 (SE QUEDO A UN CUARTO DE HORA), HITLER SE HUBIESE INSTALADO EN EL KREMLIN, DE LA MISMA MANERA QUE SE HABIA INSTALADO EN VIENA EN 1937, EN PRAGA EN ABRIL DE 1939 Y EN EL VAGON DEL ARMISTICIO EN COMPIEGNE, EN JULIO DE 1940.

¿QUE HUBIERA PASADO EN EUROPA?.

HITLER HUBIERA UNIFICADO EUROPA POR LA FUERZA, SIN DUDA ALGUNA.

TODO LO QUE SE HIZO DE IMPORTANCIA HISTORICA EN EL MUNDO SE HIZO, SIEMPRE, POR LA FUERZA.

ES LAMENTABLE; SE DIRA.

SERIA EN VERDAD MAS DECENTE QUE EL PUEBLO LLANO, LAS DAMAS DE LA CATEQUESIS PARROQUIAL Y LAS IMPAVIDAS VESTALES DEL EJERCITO DE LA SALUD, NOS REUNIERAN DEMOCRATICAMENTE EN TRANQUILAS Y APACIBLES COMUNIDADES TERRITORIALES, AMBIENTADAS CON OLOR A CHOCOLATE, MIMOSA Y AGUA BENDITA. PERO LA REALIDAD ES QUE NUNCA OCURRE ASI.

LOS **CAPETO** NO FORJARON EL REINO DE FRANCIA A GOLPE DE ELECCIONES CON SUFRAGIO UNIVERSAL. APARTE DE ALGUNA QUE OTRA PROVINCIA COLOCADA EN EL TALAMO REAL AL MISMO TIEMPO QUE LA CAMISA DE NOCHE, POR UNA JOVEN ESPOSA BIEN DOTADA, EL RESTO

DEL TERRITORIO FRANCES SE CONSTITUYO A GOLPES DE ARCABUCES Y BALLESTAS. EN EL NORTE, CONQUISTADO POR LOS EJERCITOS REALES, SUS HABITANTES SE VIERON EXPULSADOS DE SUS CIUDADES (ARRAS, SOBRE TODO) COMO RATAS HUIDIZAS. EN EL SUR, EN LA REGION ALBIGENSE QUE RESISTIO A **LUIS VIII**, LOS CATAROS, COMBATIDOS, DERROTADOS Y ABATIDOS POR LOS CRUZADOS DE LA CORONA, TERMINARON ABRASADOS EN SUS CASTILLOS, ESPECIES DE HORNOS CREMATORIOS DE ANTES DEL HITIERISMO. LOS PROTESTANTES DE COLIGNY ACABARON EN LAS PICAS DE LA NOCHE DE SAN BARTOLOME O BALANCEANDOSE EN LAS HORCAS DE MONTFAUCON. LA REVOLUCION DE LOS MARAT Y FOUQUIER-TINVILLE PREFIRIO, PARA AFIRMAR SU AUTORIDAD, EL RELUCIENTE ACERO DE LA GUILLOTINA A LAS TERTULIAS AMIGABLES CON LOS ELECTORES, EN LA TABERNA DE LA ESQUINA.

**NAPOLEON** ENSARTO CON SU BAYONETA A CADA UNA DE LAS FRONTERAS DE SU IMPERIO.

LA ESPAÑA CRISTIANA NO INVITO A LOS MOROS A ESPAÑOLIZARSE AL RITMO DE SUS CASTAÑUELAS. LOS COMBATIO TENAZMENTE DURANTE LOS OCHO SIGLOS QUE DURO LA RECONQUISTA, HASTA QUE EL ULTIMO DE LOS ABENCERRAJES, PEGANDO LOS TALONES AL TRASERO, ALCANZO LAS PALMERAS Y COCOTEROS DE LAS COSTAS AFRICANAS.

TAMPOCO PENSARON LOS MOROS UNIFICAR AMABLEMENTE EL SUR ESPAÑOL SINO CLAVANDO A LOS RESISTENTES EN LAS PUERTAS DE LAS CIUDADES, COMO CORDOBA, ENTRE UN PERRO Y UN CERDO

CRUCIFICADOS A AMBOS LADOS. EN EL SIGLO PASADO, **BISMARCK** FORJO CON CAÑONES LA UNIDAD ALEMANA, EN SADOWA Y EN SEDAN.

**GARIBALDI** NO UNIO LAS TIERRAS ITALIANAS CON EL ROSARIO EN LA MANO, SINO TOMANDO AL ASALTO LA ROMA PONTIFICAL.

LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA NO LLEGARON A SER UNIDOS HASTA LA EXTERMINACION DE SUS ANTIGUOS PROPIETARIOS Y MORADORES, LOS PIELES ROJAS, Y SOLO DESPUES DE CUATRO AÑOS DE MATANZAS BIEN POCO DEMOCRATICAS, A TODO LO LARGO DE LA GUERRA DE SECESION. Y AUN AHORA, VEINTE MILLONES DE NEGROS VEGETAN EN AQUEL PAIS BAJO LA FERULA DE LOS BLANCOS QUE, EN EL SIGLO

PASADO, CONTINUABAN MARCANDO CON HIERROS AL ROJO VIVO A SUS PADRES, COMO LO HACIAN CON SUS RESES. SOLO LOS SUIZOS LOGRARON CONSTITUIR, MAS O MENOS PACIFICAMENTE, SU PEQUEÑO ESTADO DE RELOJEROS, LECHEROS Y BANQUEROS. PERO, APARTE LA CELEBRIDAD DE LA MANZANA DE **GUILLERMO TELL**, SUS DIGNOS CANTONES NUNCA BRILLARON, EXAGERADAMENTE EN LA HISTORIA POLITICA UNIVERSAL.

**LOS GRANDES IMPERIOS, LOS GRANDES ESTADOS, SE FORJARON TODOS POR LA FUERZA.**

¿QUE ES LAMENTABLE?

SEGURAMENTE, PERO ES UN HECHO INCONTESTABLE.

**HITLER**, ACAMPANDO EN UNA EUROPA POCO DOCIL, NO HUBIESE HECHO MAS NI MENOS QUE **CESAR** CONQUISTANDO LAS GALIAS, QUE **LUIS XIV** APODERANDOSE DEL ROSELLON, QUE LOS INGLESSES TOMANDO IRLANDA, ACOSANDO Y PERSIGUIENDO A SUS HABITANTES, QUE LOS AMERICANOS DISPARANDO LOS CAÑONES DE SUS CRUCEROS CONTRA FILIPINAS, PUERTO RICO, CUBA, PANAMA Y TRASLADANDO, A GOLPE DE COHETES, SUS FRONTERAS MILITARES HASTA EL PARALELO 37, SOBRE VIETNAM.

LA DEMOCRACIA, ES DECIR EL CONSENTIMIENTO ELECTORAL DE LOS PUEBLOS, NO VIENE SINO DESPUES, CUANDO TODO TERMINA. LAS MASAS NO OBSERVAN EL UNIVERSO MAS QUE A TRAVES DE LAS PEQUEÑAS VENTANAS DE SUS PREOCUPACIONES PERSONALES. NUNCA UN BRETON, UN FLAMENCO, UN CATALAN DEL ROSELLON HUBIESEN, POR SI MISMOS, ACTUADO PARA INTEGRARSE EN UNA UNIDAD FRANCESA. EL BADENSE SOLO PRETENDIA SEGUIR SIENDO DE BADEN, EL GANTES, DE GANTES. EL PADRE DE UNO DE MIS AMIGOS DE HAMBURGO, PREFIRIO EMIGRAR A LOS ESTADOS UNIDOS, DESPUES DE 1870, ANTES QUE VERSE INTEGRADO EN EL IMPERIO DE **GUILLERMO I.** **SON LAS ELITES LAS QUE HACEN EL MUNDO. Y SON LOS FUERTES, NO LOS DEBILES, LOS QUE EMPUJAN A LOS DEMAS HACIA ADELANTE.**

EN 1941, O EN 1942, INCLUSO SI LA VICTORIA DE **HITLER** EN EUROPA HUBIESE SIDO TOTAL, IRREVERSIBLE, INCLUSO, SI, COMO DECIA EL MINISTRO SOCIALISTA BELGA **SPAAK**, ALEMANIA HUBIESE SIDO DUEÑA

DE EUROPA POR MIL AÑOS, LOS DESCONTENTOS HUBIESEN PROLIFERADO POR MILLONES. CADA UNO DE ELLOS SE HUBIESE AFERRADO A SUS COSTUMBRES, A SU PATRIA CHICA, SUPERIOR, POR SUPUESTO, A TODAS LAS DEMAS REGIONES. SIENDO YO ESTUDIANTE, NO DEJABA DE ESCUCHAR CON ASOMBRO A MIS CAMARADAS DE CHARLEROI, QUE CANTABAN SIN CESAR, ENTRE TRAGO Y TRAGO DE CERVEZA, LA BELLEZA DE SU COMARCA. Y SIN EMBARGO, SE TRATA DE UNA DE LAS MAS FEAS ZONAS DEL MUNDO, CON SUS ENORMES COLMENAS PARA LOS MINEROS, NEGRAS COMO LAS ENTRAÑAS DE SUS MINAS. PERO NO POR ELLO DEJABA DE ENTUSIASMAR A SUS ENAMORADOS NATURALES. TODOS SE AFERRAN A SUS PUEBLOS, A SUS PROVINCIAS, A SUS REINOS, A SUS REPUBLICAS. PERO ESTE COMPLEJO EUROPEO DE LO PEQUEÑO Y LO MEZQUINO PODIA EVOLUCIONAR, ESTABA A PUNTO DE CAMBIAR. UNA ACELERADA EVOLUCION RESULTABA CADA VEZ MAS REALIZABLE. SE DIERON EN EL CURSO DE LA HISTORIA NUMEROSAS PRUEBAS DE LA POSIBILIDAD DE UNIR A LOS EUROPEOS, POR MUY DISTINTOS QUE PARECIERAN ENTRE SI. LOS CIEN MIL PROTESTANTES FRANCESES QUE SE VIERON OBLIGADOS A ABANDONAR SU PAIS TRAS LA REVOCACION DEL EDICTO DE NANTES, EN EL SIGLO XVII, SE ACOMODARON MARAVILLOSAMENTE A LOS PRUSIANOS QUE LES HOSPEDARON. EN EL TRANSCURSO DE NUESTROS COMBATES DE FEBRERO Y MARZO DE 1945, EN LAS CIUDADES ALEMANAS DEL ESTE Y DEL OESTE DEL ODER, VIMOS POR TODAS PARTES, SOBRE LAS PLACAS QUE LLEVABAN LOS CARROS DE LOS CAMPESINOS, ADMIRABLES NOMBRES FRANCESES QUE RECORDABAN LAS REGIONES DE ANJOU Y DE AQUITANIA. EN EL FRENTE, ABUNDABAN LOS **VON DIEU LE VENT**, LOS **VON MEZIERES**, LOS DE LA **CHEVALERIE**. POR EL CONTRARIO, CIENTOS DE MILES DE COLONOS ALEMANES SE ESPARCIERON, EN EL TRANSCURSO DE SIGLOS, A TRAVES DE LOS PAISES BALTICOS, EN HUNGRIA, RUMANIA E INCLUSO, EN NUMERO DE CIENTO CINCUENTA MIL, A LO LARGO DEL GRAN RIO RUSO, EL VOLGA. LOS FLAMENCOS, QUE SE INSTALARON EN GRAN NUMERO EN EL NORTE DE FRANCIA, DIERON A ESTA SUS MAS TENACES ELITES INDUSTRIALES. LAS VENTAJAS QUE PROPORCIONARON ESTAS COHABITACIONES FUERON

TAMBIEN SENSIBLES EN EL AREA LATINA.

LOS ESPAÑOLES DE IZQUIERDA, QUE NO TUVIERON MAS REMEDIO QUE REFUGIARSE EN FRANCIA TRAS SU DERROTA EN 1939, SE CONFUNDIERON, EN SOLO UNA GENERACION, CON LOS FRANCESES QUE LES ADMITIERON: UNA **MARIA CASARES**, HIJA DE UN PRIMER MINISTRO DEL FRENTE POPULAR, HA LLEGADO A SER UNA DE LAS MAS ADMIRADAS ARTISTAS DEL TEATRO FRANCES. LOS CIENTOS DE MILES DE ITALIANOS INSTALADOS EN FRANCIA, IMPULSADOS POR LA NECESIDAD, TAMBIEN LLEGARON A CONFUNDIRSE, EN EL TRANSCURSO DEL PASADO SIGLO, CON LOS NATURALES DEL PAIS Y ELLO CON UNA FACILIDAD ASOMBROSA. A TAL PUNTO QUE UNO DE LOS MAS GRANDES ESCRITORES DE FRANCIA DE AQUELLA EPOCA FUE UN ORIGINARIO DE VENEZIA: **ZOLA**. EN NUESTRA EPOCA, LOS ESCRITORES FRANCESES, HIJOS DE ITALIANOS FORMAN LEGION, **GIONO** A LA CABEZA.

EL IMPERIO NAPOLEONICO TAMBIEN ENSAMBLO A LOS EUROPEOS SIN IMPORTARLE DEMASIADO SU OPINION. LO QUE NO IMPIDIO QUE SUS ELITES SE COMPENETRARAN CON UNA EXTRAORDINARIA RAPIDEZ: EL ALEMAN **GOETHE** LLEGO A SER CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR; EL PRINCIPE POLACO **PONIATOWSKI** ALCANZO EL GRADO DE MARISCAL DE FRANCIA; **GOYA** ABASTECIO AL MUSEO DEL LOUVRE DE MAESTROS ESPAÑOLES; **NAPOLEON** SE PROCLAMABA, EN SUS MONEDAS, *REX ITALICUS*.

LOS ETERNOS DESCONTENTOS, ESPARCIDOS EN DIEZ PAISES DIFERENTES DE EUROPA, SE HUBIESEN ACERCADO LOS UNOS A LOS OTROS Y, FINALMENTE, HUBIESEN FRATERNIZADO, EXACTAMENTE COMO LO HICIMOS NOSOTROS EN LAS FILAS DE **LAS WAFFEN S.S.**, EN EL TRANSCURSO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

PERO CADA VEZ QUE ESTO OCURRIO, FUERON EL EXILIO O LA GUERRA, O LA NECESIDAD DE GANAR EL PAN DE CADA DIA, O LA VOLUNTAD DE HIERRO DE UN HOMBRE FUERTE, EL QUE LO PROVOCO.

NORMALMENTE, LOS PUEBLOS DE EUROPA QUEDARON SIEMPRE EN EL PEQUEÑO REDIL DE SUS FRONTERAS. NO LAS TRASPASARON, SIEMPRE CON EXITO, MAS QUE CUANDO FUERON EMPUJADOS FUERA DE ELLAS. ESTAS FECUNDAS EXPERIENCIAS, ESCALONADAS EN EL TIEMPO, DE LOS

MAS DIVERSOS EUROPEOS UNIENDOSE, TANTO DE PRUSIA COMO DE AQUITANIA, DE FLANDES COMO DE ANDALUCIA O SICILIA, PODIAN PERFECTAMENTE REPETIRSE Y AMPLIARSE. GANADA O PERDIDA, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL IBA A PROPORCIONAR LA ARRANCADA INICIAL. HABIA OBLIGADO A TODOS LOS EUROPEOS Y SOBRE TODO A LOS QUE PARECIAN MAS IRREDUCTIBLES ADVERSARIOS, FRANCESES Y ALEMANES, A CONOCERSE MAS DE CERCA Y ELLO, LES GUSTARA O NO, SE DETESTARAN O NO, DE GRADO O POR FUERZA. ESOS CUATRO AÑOS DE ENFRENTAMIENTO NO RESULTARIAN DEL TODO VANOS. NINGUNO IBA A OLVIDAR LA CARA DEL CONTRARIO. LOS MALES MOMENTOS SE OLVIDARIAN. SOLO SE RECORDARIA LO QUE DE VERDAD CONTABA. LA CONFRONTACION DE LOS PUEBLOS EUROPEOS SE HABIA REALIZADO. DURANTE LOS VEINTICINCO AÑOS QUE SIGUIERON A ESTE ENFRENTAMIENTO DE 1940, OTROS CONTACTOS TUVIERON LUGAR, Y A LA CADENCIA Y VELOCIDAD PROPIAS DE NUESTRA EPOCA. DECENAS DE MILLONES DE EUROPEOS HAN VIAJADO CADA AÑO. YA NO ES EL EXTRANJERO UN SER QUE SE MIRA CON RECELO U ODIO, CON DESPRECIO O BURLA. SE CONVIVE CON EL. EL BRESSON YA NO VE UNICAMENTE EL UNIVERSO A TRAVES DE SUS QUESOS AZULES Y SUS POLLOS ANILLADOS. EL NORMANDO FUE MAS ALLA DE SU FABRICA DE SIDRA Y EL BELGA DE SU JARRA DE CERVEZA. MILLARES DE SUECOS Y ALEMANES VIVEN EN LA COSTA DEL SOL MALAGUEÑA.

EL FRANCES **MICHELIN**, A PESAR DE TODO, SE ASOCIO CON EL ITALIANO **AGNELLI** Y EL ALEMAN **GUNTHER SACHS** PUDO CASARSE CON UNA ACTRIZ, MADE IN PARIS, Y... DIVORCIARSE, SIN QUE PARA ELLO LA REPUBLICA FRANCESA SE DERRUMBARA. HASTA EL GENERAL **DE GAULLE** ENCONTRO INTERESANTE DESCUBRIR A LOS FRANCESES QUE LLEVAN EN LAS VENAS SANGRE ALEMANA, GRACIAS A UN TIO ABUELO DEVORADOR DE CHUCRUT, ¡NACIDO EN LA REGION EN QUE SE HICIERON MAS POPULARES LOS NAZIS!

AHORA, LOS JOVENES, FRECUENTEMENTE, CARECEN INCLUSO DE SENTIDO DE LA PATRIA. SE SIENTEN DESNACIONALIZADOS. SE HAN CREADO SU MUNDO, UN MUNDO DE AUDACES Y EXTRAVAGANTES IDEAS, DE TREPIDANTES CANCIONES, DE LARGOS Y ABUNDANTES

CABELLOS, DE RAIDOS PANTALONES, DE LLAMATIVAS CAMISAS, DE CHICAS ABIERTAS CON LARGUEZA A LA CONFUSION DE LAS NACIONALIDADES. EL PEQUEÑO GALLO FRANCES DE 1914 Y LA IMPONENTE AGUILA ALEMANA PLANEANDO SOBRE LA CIUDAD DEJARON DE EMITIR SUS QUIQUIRIQUIS Y GRUÑIDOS. SUS PLUMAS, SUS PICOS, SUS CONTINUAS RIÑAS, REPRESENTAN YA PARA LA NUEVA GENERACION PIEZAS PREHISTORICAS.

ESTE ACERCAMIENTO EUROPEO, INCLUSO MUNDIAL, QUE SUMERGIO, EN UN CUARTO DE SIGLO, SIGLOS DE HISTORIA, SE HA OPERADO SIN NINGUN ESTIMULANTE POLITICO, SOLO A BASE DE QUE LOS TURISTAS CIRCULEN POR MILLONES DE UN PAIS A OTRO, DE QUE CADA UNO VEA EN EL CINE O EN LA TELEVISION OTROS PAISAJES Y HORIZONTES. LAS COSTUMBRES SE HAN ENTREMEZCLADO TAN NATURALMENTE QUE SEMEJAN YA UN VERDADERO COCKTAIL EN EL QUE ENTRAN A FORMAR PARTE LOS MAS VARIADOS INGREDIENTES.

BAJO **HITLER**, CIERTAMENTE, EL PROCESO DE UNIFICACION SE HUBIESE DESARROLLADO MAS RAPIDAMENTE AUN, Y SOBRE TODO MENOS ANARQUICAMENTE.

UNA GRANDE Y COMUN CONSTRUCCION POLITICA HUBIERA ORIENTADO Y CONCENTRADO TODAS LAS TENDENCIAS.

EN PRINCIPIO, MILLONES DE JOVENES, TANTO ALEMANES COMO NO ALEMANES, QUE HABIAN LUCHADO JUNTOS DESDE EL VISTULA POLACO AL VOLGA RUSA, SE HABIAN CONVERTIDO, A BASE DE ESFUERZOS Y SUFRIMIENTOS EN COMUN, EN CAMARADAS PARA TODA LA VIDA. SE CONOCIAN. SE ESTIMABAN. LAS RIDICULAS RIVALIDADES EUROPEAS DE ANTAÑO, MANIAS DE BURGUESES EMPEDERNIDOS, NOS PARECIAN IRRISORIAS. AL LLEGAR 1945, NOSOTROS CONSTITUIAMOS UN VERDADERO NUCLEO DE UN MILLON DE COMBATIENTES **S.S.**, UNIDOS PARA SIEMPRE.

EUROPA, MASA AMORFA, NUNCA HABIA CONTADO CON EL. AHORA YA EXISTIA. Y EN SU EXISTENCIA ESTABA EL FUTURO. A LA JUVENTUD SE LE IBA A OFRECER UN MUNDO NUEVO, UNA EUROPA SURGIDA DEL GENIOS Y DE LAS ARMAS.

LOS MILLONES DE JOVENES EUROPEOS QUE SOLO FUERON TESTIGOS DE

LA GUERRA, MIENTRAS CONSUMIAN LAS CONSERVAS DE PAPA Y REALIZABAN ENSAYOS DE MERCADO NEGRO, IBAN A DESPERTAR A LA MISMA TENTACION. EN LUGAR DE VEGETAR EN CAUDEBECEN-CAUX O EN WUUSTWEZEL, DEDICADOS DURANTE CINCUENTA AÑOS A LOS ARENQUES AHUMADOS O LAS MANZANAS MADURAS, HUBIESEN DIRIGIDO TODA SU ATENCION A LAS TIERRAS SIN FIN DEL ESTE, QUE A TODOS SE LES OFRECIAN, TANTO A LOS DE LA FRISIA, COMO A LOS DE BURDEOS, A LOS DE BAVIERA COMO A LOS DE LOS ABRUZOS. ALLI PODRIAN TODOS FORJARSE UNA VERDADERA VIDA, DE HOMBRES, DE CREADORES, DE JEFES.

TODA EUROPA HUBIESE SIDO TRASPASADA POR ESTA INMENSA CORRIENTE DE ENERGIA Y DINAMISMO.

EL IDEAL QUE HABIA EMPAPADO, EN TAN POCOS AÑOS, A TODA LA JUVENTUD DEL TERCER REICH, PORQUE SIGNIFICABA LA AUDACIA, LA ENTREGA, EL HONOR, LA PROYECCION HACIA LO VERDADERAMENTE GRANDE Y HERMOSO, HUBIESE CALADO EN LO MAS HONDO DE LOS DEMAS JOVENES DE EUROPA. ¡YA NO MAS VIDAS MEDIOCREES!. ¡NADA DE HORIZONTES OSCUROS Y ANGOSTOS!. ¡AL DIABLO CON LA VIDA VULGAR AFERRADA A LA MISMA REGION, AL MISMO TAJO, A LA MISMA VIVIENDA DE SIEMPRE, A LOS MISMOS PREJUICIOS DE LOS PADRES Y ABUELOS, INMOVILIZADOS EN LO PEQUEÑO, EN LO AÑEJO Y MOHOSO. UN MUNDO VIBRANTE EMPUJARIA A LOS JOVENES EUROPEOS ATRAVES DE MILES DE KILOMETROS SIN FRONTERAS EN DONDE AIREAR LOS PULMONES PLENAMENTE, DESCUBRIR NUEVAS Y ESCONDIDAS RIQUEZAS, CONQUISTARLO TODO CON FE Y ALEGRIA. INCLUSO LOS VIEJOS HUBIESEN SEGUIDO, AL FIN Y AL CABO DETRAS DE SU DINERO. EN LUGAR DE PERDERSE EN DESABRIDOS CONCILIABULOS, EN DISCUSIONES SIN LIMITE, EN PARADAS DE RELOJES BLOQUEADOS PARA PROLONGAR LOS DEBATES, LA VOLUNTAD DE HIERRO DE UN JEFE, LAS DECISIONES DE EQUIPOS RESPONSABLES Y HOMOGENEOS QUE AQUEL ORGANIZARIA PARA ACOMETER ADECUADAMENTE SU OBRA, HUBIESEN CREADO, EN VEINTE AÑOS, UNA EUROPA REAL EN VEZ DE UN CONGRESO VACILANTE, COMPUESTO POR COMPARSAS CARCOMIDAS POR LA DESCONFIANZA Y LAS RESERVES MENTALES, UNA GRAN UNIDAD

POLITICO, SOCIAL Y ECONOMICA SIN CIRCULOS CERRADOS Y SIN INDIVIDUALISIMOS EGOISTAMENTE NACIONALES.

¡HABIA QUE OIR A HITLER EXPONER, EN SU BARRACON DE MADERA, SUS GRANDES PROYECTOS PARA EL FUTURO!. CANALES GIGANTESCOS UNIRIAN A TODOS LOS GRANDES RIOS EUROPEOS, ABIERTOS A LOS BARCOS DE TODOS, DEL SENA AL VOLGA, DEL VISTULA AL DANUBIO. TRENES DE CUATRO METROS DE ANCHO Y DE DOS PISOS, EN EL PRIMERO, LAS MERCANCIAS, EN EL SEGUNDO, LOS VIAJEROS, RODANDO SOBRE VIAS ELEVADAS, FRANQUEARIAN COMODAMENTE LOS INMENSOS TERRITORIOS DEL ESTE EN DONDE LOS SOLDADOS DE AYER HUBIESEN CREADO LAS EXPLOTACIONES AGRICOLAS Y LAS INDUSTRIAS MAS MODERNAS Y PUJANTES QUE SE PUEDA IMAGINAR, DESTINADAS A 500 MILLONES DE CLIENTES EUROPEOS.

¿QUE REPRESENTAN?.

POR FIN, LAS ESCASAS CONCENTRACIONES, INTERMINABLEMENTE DISCUTIDAS, RENQUEANTES SOBRE SOPORTES ARTIFICIALES , INTENTADAS BAJO LA EGIDA DEL ACTUAL **MERCADO COMUN**, AL LADO DE LOS GRANDES CONJUNTOS QUE UNA AUTORIDAD REAL HUBIESE PODIDO LLEGAR A CONSTITUIR, O A IMPONER SI ELLO HUBIERA SIDO NECESARIO. LAS BUENAS ECONOMICAS EUROPEAS DE ENTONCES, DISPARATADAS, CONTRADICTORIAS, HOSTILES ENTRE SI, AGOTANDOSE EN UN INTERMINABLE DOBLE JUEGO, EGOISTAS Y ANARQUICAS, HUBIESEN SIDO IMPULSADAS POR EL PUÑO DE HIERRO DE UN JEFE A CUMPLIR LAS LEYES DE UNA COPRODUCCION INTELIGENTE Y DE UN INTERES COMUN.

DURANTE VEINTE AÑOS HUBIESE EL PUBLICO GRUÑIDO, REFUNFUÑADO. PERO, AL CABO DE UNA GENERACION, SE HUBIESE LLEVADO A CABO LA UNIDAD. EUROPA HUBIESE CONSTITUIDO PARA SIEMPRE LA MAS POTENTE UNIDAD ECONOMICA DEL ORBE, Y EL MAS IMPONENTE HOGAR DE INTELIGENCIA CREADORA DE LA HISTORIA. LAS MASAS EUROPEAS HUBIESEN PODIDO ENTONCES RESPIRAR. UNA VEZ GANADA ESTA BATALLA DE LA UNIDAD, SE HUBIESE SUAVIZADO LA DISCIPLINA.

¿HUBIESE DEVORADO ALEMANIA A EUROPA?

EL PELIGRO EXISTIA. ¿POR QUE NO DECIRLO?. EL MISMO PELIGRO HABIA

EXISTIDO ANTERIORMENTE. LA FRANCIA DE NAPOLEON HUBIESE PODIDO DEVORAR EUROPA. PERSONALMENTE, NO LO CREO. LOS DIVERSOS GENIOS EUROPEOS, YA BAJO EL EMPERADOR, SE HUBIESEN COMPENSADO. LA MISMA AMBICION DE DOMINACION ESPERABA, INCONTESTABLEMENTE, A LA EUROPA HITLERIANA. LOS ALEMANES TIENEN REPUTACION DE COMER MUCHO.... ALGUNOS CONSIDERABAN A EUROPA COMO UN PLATO PROPIO. ERAN CAPACES DE TRAGARSE TODO Y ESPERABAN, TENSOS, LA OCASION.

¡POR SUPUESTO QUE SI!

Y NOSOTROS NOS DABAMOS CUENTA DE ELLO. LO TEMIAMOS. DE LO CONTRARIO HUBIESEMOS SIDO UNOS MEMOS O, POR LO MENOS, UNOS INGENUOS, LO QUE, EN POLITICO, VIENE A SER LO MISMO. ADOPTAMOS NUESTRAS PRECAUCIONES, TOMANDO, LO MAS FIRMEMENTE POSIBLE, POSICIONES DE CONTROL O DE PRESTIGIO CON LAS QUE PODER DEFENDERNOS Y CAPEAR LO MEJOR POSIBLE EL TEMPORAL.

ELLO TENIA SUS RIESGOS, ES CIERTO. NEGARLO SERIA IMBECIL. PERO TAMBIEN EXISTIAN MOTIVOS DE CONFIANZA QUE ERAN BASTANTE CONVINCENTES. EN PRIMER LUGAR, **HITLER** ERA UN HOMBRE ACOSTUMBRADO A VER LEJOS Y AL QUE EL EXCLUSIVISMO ALEMAN NO LE AHOGABA. HABIA SIDO AUSTRIACO, DESPUES ALEMAN, LUEGO GERMANICO. A PARTIR DE 1941 YA HABIA SUPERADO TODAS ESTAS ETAPAS: ERA EUROPEO. EL GENIO SOBREVUELA FRONTERAS Y RAZAS; NAPOLEON, POR SU PARTE, NO HABIA SIDO AL PRINCIPIO MAS QUE CORSO Y CORSO ANTIFRANCES. AL FINAL, EN SANTA ELENA, HABLABA DEL "**PUEBLO FRANCES AL QUE TANTO HABIA AMADO**". COMO DE UN PUEBLO QUERIDO, PERO NO EL SUYO EXCLUSIVO. ¿QUE QUIERE EL GENIO?. SUPERARSE CONTINUAMENTE. MIENTRAS MAS CONSIDERABLE ES LA MASA A MOLDEAR, MAS EN SU ELEMENTO ESTA.

EUROPA, PARA **HITLER**, ERA UNA CONSTRUCCION DE TALLA DIGNA DE EL. ALEMANIA NO ERA MAS QUE UN INMUEBLE IMPORTANTE QUE EL HABIA EDIFICADO Y QUE AHORA OBSERVABA CON COMPLACENCIA. PERO EL IBA MAS LEJOS. POR SU PARTE NO EXISTIA NINGUN PELIGRO REAL CON LA ALEMANIZACION DE EUROPA. ESTA ALEMANIZACION SE ENCONTRABA EN EL EXTREMO OPUESTO DE TODO LO QUE SU AMBICION,

SU ORGULLO, SU GENIO, VISLUMBRABAN Y LE DICTABAN.

¿QUE HABIA OTROS ALEMANES?.

SI, PERO TAMBIEN HABIA OTROS EUROPEOS. Y ESTOS OTROS EUROPEOS POSEIAN CUALIDADES PROPIAS, EXCEPCIONALES, INDISPENSABLES A LOS ALEMANES, SIN LAS QUE SU EUROPA NO HUBIESE SIDO MAS QUE UN PASADO PAN MAL AMASADO. ME REFIERO, FUNDAMENTALMENTE, AL GENIO FRANCES. NUNCA HUBIESEN PODIDO LOS ALEMANES, PARA DAR VIDA A EUROPA ARREGLARSE SIN EL GENIO FRANCES, AUNQUE NO HUBIESEN QUERIDO RECURRIR AL MISMO Y AUNQUE, COMO ERA EL CASO DE ALGUNOS, LO DESPRECIARAN.

NADA ERA POSIBLE Y NADA SERA NUNCA POSIBLE EN EUROPA SIN LA FINURA Y LA GRACIA FRANCESAS, SIN LA VIVACIDAD Y LA CLARIDAD DEL ESPIRITU FRANCES. EL PUEBLO FRANCES TIENE UNA RAPIDA INTELIGENCIA. CON ELLA CAPTA, ASIMILA, TRASPONE, TRANSFIGURA. EL GUSTO FRANCES ES PERFECTO. JAMAS SE VOLVERA A REALIZAR UNA SEGUNDA CUPULA DE LOS INVALIDOS. NUNCA EXISTIRA OTRO RIO TAN ENCANTADOR COMO EL LOIRA. JAMAS HABRA UNA ELEGANCIA, UN ENCANTO, UN PLACER DE VIVIR COMO EN PARIS.

LA **EUROPA DE HITLER** HUBIESE SIDO AMAZACOTADA AL PRINCIPIO. AL LADO DE UN **GOERING**, SEÑOR DEL RENACIMIENTO, QUE POSEA EL SENTIDO DE LO FASTUOSO Y DE LO ARTISTICO, Y DE UN **GOEBBELS**, INTELIGENTE Y VIVO COMO UNA ARDILLA, MUCHOS JEFES HITLERIANOS ERAN BURDOS, VULGARES COMO ARRIEROS, SIN GUSTO, REPARTIENDO SU DOCTRINA, SUS IDEAS, SUS ORDENES, COMO LA CARNE PICADA O SACOS DE ABONOS ORGANICOS. PERO, PRECISAMENTE POR ESTA PESADEZ, EL GENIO FRANCES LE HUBIESE SIDO INDISPENSABLE A ESTA NUEVA EUROPA. HUBIESE HECHO MARAVILLAS EN SU SENO. EN DIEZ AÑOS LO HUBIESE MARCADO TODO.

EL GENIO ITALIANO TAMBIEN HUBIESE HECHO CONTRAPESO A LA POTENCIA DEMASIADO TOSCA DE LOS GERMANOS. CON FRECUENCIA SE HA HECHO BURLA DE LOS ITALIANOS. SE HA VISTO, SIN EMBARGO, DESPUES DE LA GUERRA, DE QUE ERAN CAPACES. TAN FACILMENTE COMO LO VIENEN HACIENDO EN EL SENO DEL **MERCADO COMUN**, ELLOS HUBIESEN INVADIDO A LA EUROPA HITLERIANA CON SU MODA

ELEGANTE, SUS IMPECABLES ZAPATOS, SUS RAPIDOS Y LIGEROS COCHES.

IGUALMENTE HUBIESE INTERVENIDO EL GENIO RUSO, Y DE UNA MANERA CONSIDERABLE, ESTOY SEGURO, EN EL REFINAMIENTO DE UNA EUROPA DEMASIADO ALEMANA EN DONDE DOSCIENTOS MILLONES DE ESLAVOS DEL ESTE IBAN A SER INTEGRADOS. CUATRO AÑOS VIVIENDO MEZCLADOS AL PUEBLO RUSO, HICIERON QUE LOS COMBATIENTES ANTISOVIETICOS LO ESTIMARAN; ADMIRARAN Y AMARAN.

LA DESGRACIA RESIDE EN QUE, DESDE HACE MEDIO SIGLO, LAS VIRTUDES DE ESOS DOSCIENTOS MILLONES DE BRAVA GENTE SE ENCUENTRAN AHOGADAS (Y PELIGRAN DE ESTARLO AUN BASTANTE TIEMPO), BAJO LA ENORME LOSA DE PLOMO DEL REGIMEN SOVIETICO. ESTE PUEBLO ES TRANQUILLO, SENSIBLE, INTELIGENTE Y ARTISTA Y POSEE AL MISMO TIEMPO EL DON DE LAS MATEMATICAS, LO QUE NO RESULTA CONTRADICTORIO: **LA LEY DE LOS NUMEROS ES LA BASE DE TODAS LAS ARTES.**

POR OTRA PARTE, ERA MIL VECES MENOS NACIONALISTA QUE LOS OTROS PUEBLOS DE EUROPA, HINCHADOS RUIDOSAMENTE POR SIGLOS DE LUCHAS FANATICAS Y FRATRICIDAS. AL PENETRAR EN RUSIA, LOS ALEMANES, QUE HABIAN ESTADO SOMETIDOS A UN ADOCTRINAMIENTO NAZI DEMASIADO PRIMITIVO, IMAGINABAN QUE LOS UNICOS SERES REALMENTE DE VALOR DEL UNIVERSO ERAN LOS DE RAZA ARIA Y QUE, OBLIGATORIAMENTE, DEBIAN SER GIGANTES, BIEN CONSTITUIDOS, MAS RUBIOS QUE EL TE Y LOS OJOS AZULES COMO EL CIELO ANDALUZ. RESULTABA TODO ESTO BASTANTE COMICO, PUESTO QUE **HITLER** NO ERA GRANDE Y TENIA EL CABELLO CASTAÑO, AUNQUE SI UNOS ATRAYENTES OJOS AZULES. A **HIMMLER** LE OCURRIA LO MISMO. **ZEEP DIETRICH** TENIA EL ASPECTO DE UN ENCARGADO DE BAR MARSELLES. **BORMAN** ERA ENCORVADO COMO UN CAMPEON CICLISTA RETIRADO. ¡APARTE ALGUNOS GIGANTES, QUE SERVIAN EL APERITIVO EN LA TERRAZA DE BERCHTESGADEN, LOS SUPERHOMBRES DE PELO OXIGENADO Y OJOS AZULADOS NO ABUNDABAN, COMO SE VE, AL LADO DE HITLER!.

PUEDE IMAGINARSE LA SORPRESA DE LOS ALEMANES, ATRAVESANDO

PRUSIA Y NO ENCONTRANDO MAS QUE RUBIOS DE OJOS AZULES, TIPOS EXACTOS DE ESTOS ARIOS PERFECTOS A LOS QUE SE LES HABIA OBLIGADO A ADMIRAR EN EXCLUSIVA. ¡RUBIOS!. ¡Y RUBIAS!. ¡Y QUE RUBIAS!. GRANDES CAMPESINAS, ESPLENDIDAS, FUERTES, DE OJOS CELESTES, MAS NATURALES Y SANAS QUE LAS QUE HABLA PODIDO REUNIR LA *HITLERLUGEND*.

¡NO PODIA IMAGINARSE SIQUIERA RAZA MAS TÍPICAMENTE ADAPTADA A LOS SACROSANTOS CANONES DEL HITLERISMO!.

EN SEIS MESES SE HIZO RUSOFILO TODO EL EJERCITO ALEMAN.

SE FRATERNIZABA CON LOS CAMPESINOS POR TODAS PARTES. ¡Y CON LAS CAMPESINAS!. COMO OCURRIO CON **NAPOLEON**, EUROPA SE FORMABA TAMBIEN EN LOS BRAZOS DE LAS EUROPEAS Y, EN ESTE CASO, DE ESTAS BELLAS JOVENES RUSAS, HECHAS PARA EL AMOR Y LA FECUNDIDAD Y A LAS QUE SE VIO, DURANTE LA RETIRADA, SEGUIR FRENETICAMENTE, ENTRE EL FRAGOR DE LOS MAS TERRIBLES COMBATES, A LOS **ERIC**, LOS **WALTER**, LOS **KARL**, LOS **WOLFGANG** QUE LES HABIAN ENSEÑADO, EN LOS MOMENTOS DE DESCANSO, EL PLACER DE AMAR Y SU ENCANTO, AUNQUE ELLO VINIERA DEL OESTE.

ALGUNOS PROFESORES NAZIS PROFESABAN TEORIAS VIOLENTAMENTE ANTIESLAVAS. PERO ESTAS NO HUBIESEN RESISTIDO MAS DE DIEZ AÑOS DE COMPENETRACION RUSO-GERMANICA. LOS RUSOS DE AMBOS SEXOS HUBIESEN CONOCIDO AL ALEMAN RAPIDAMENTE. YA EMPEZABAN A CONOCERLO BIEN. ENCONTRABAMOS MANUALES ALEMANES EN TODAS LAS ESCUELAS. EL LAZO DEL IDIOMA SE HUBIESE DESARROLLADO EN RUSIA MAS RAPIDAMENTE QUE EN CUALQUIER OTRO LUGAR DE EUROPA.

EL ALEMAN POSEE ADMIRABLES CUALIDADES DE TECNICO Y DE ORGANIZADOR. PERO EL RUSO, SOÑADOR, ES MAS IMAGINATIVO Y MAS VIVO DE ESPIRITU. UNO HUBIESE COMPLETADO AL OTRO. LOS LAZOS DE SANGRE HUBIESEN HECHO EL RESTO. LOS JOVENES ALEMANES, A PESAR DE LO QUE HUBIESE QUERIDO HACER EN CONTRA LA PROPAGANDA, HUBIESEN DESPOSADO A CIENTOS DE MILES DE JOVENES RUSAS. LES GUSTABAN. LA CREACION DE LA EUROPA DEL ESTE SE HUBIESE COMPLETADO DE LA FORMA MAS AGRADABLE. LA CONJUNCION

GERMANO-RUSA HUBIESE HECHO MARAVILLAS.

SI, EL PROBLEMA ERA GIGANTESCO: SOLDAR QUINIENTOS MILLONES DE EUROPEOS QUE NO TENIAN, AL PRINCIPIO, NINGUN DESEO DE COORDINAR SU TRABAJO, DE ACOPLAR SUS ESFUERZOS, DE ARMONIZAR SUS CARACTERES, SUS PARTICULARES CARACTERES. PERO **HITLER** LLEVABA EN SI MISMO EL GENIO Y EL PODER SUFICIENTES PARA IMPONER Y REALIZAR ESTA OBRA GIGANTE EN LA QUE HUBIESEN FRACASADO CIENTOS DE POLITICOS MEDIOCRES Y VULGARES.

MILLONES DE SOLDADOS HUBIESEN ESTADO ALLI PARA SECUNDAR SU ACCION DE PAZ, SOLDADOS LLEGADOS DE TODA EUROPA, LOS DE LA *DIVISION AZUL* Y LOS DE LOS PAISES BALTICOS, LOS DE LA *DIVISION FLANDES* Y LOS DE LOS BALCANES, LOS DE LA *DIVISION FRANCESA CARLOMAGNO* Y SUS CIENTOS DE MILES DE CAMARADAS DE TREINTA Y OCHO DIVISIONES DE LAS *WAFFEN S.S.*.

SOBRE LA PENINSULA REDUCIDA QUE SUBSISTIO EN EL OESTE DE EUROPA, DESPUES DEL NAUFRAGIO DEL TERCER REICH, SE HAN EDIFICADO, AL FIN Y AL CABO, LOS CIMIENTOS, MAL AFIRMADOS, POCO ESTABLES, DE UN **MERCADO COMUN** MUY HIBRIDO, FOCO DE RIVALIDADES. BIEN. PERO UNA VERDADERA EUROPA, ANIMADA POR UN IDEAL HEROICO Y REVOLUCIONARIO, CONSTRUIDA A LO GRANDE, HUBIESE TENIDO SIN EMBARGO OTRO ASPECTO BIEN DISTINTO. LA VIDA DE LA JUVENTUD DE TODA EUROPA HUBIESE TOMADO OTROS DERROTEROS Y SENTIDOS QUE LOS DE LOS BEATNIKS ERRANTES Y PROTESTATARIOS, JUSTAMENTE REBELADOS CONTRA UNOS REGIMENES DEMOCRATICOS QUE FUERON INCAPACES DE DARLES, DESPUES DE 1945, UNOS OBJETIVOS QUE PUDIERAN ENTUSIASMARLES Y QUE, POR EL CONTRARIO, LES HASTIARON DURANTE LOS AÑOS DE LA POSTGUERRA. TRAS DIVERSOS TIRA Y AFLOJA, LOS DISTINTOS PUEBLOS EUROPEOS SE HUBIESEN SORPRENDIDO DE VER QUE SE COMPLETABAN MUTUAMENTE TAN BIEN. LOS PLEBISCITOS POPULARES HUBIESEN CONFIRMADO, VIVOS NOSOTROS AUN, QUE LA EUROPA DE LA FUERZA SE HABLA CONVERTIDO, DESDE LOS PIRINEOS AL URAL, EN LA EUROPA LIBRE, LA COMUNIDAD DE QUINIENTOS MILLONES DE EUROPEOS AQUIESCENTES. ES UNA PENA QUE **NAPOLEON**, EN EL SIGLO XIX, FRACASARA. LA

EUROPA, FUNDIDA EN EL CRISOL DE SU EPOPEYA, NOS HUBIESE AHORRADO MUCHOS MALES Y, SOBRE TODO, LAS DOS GUERRAS MUNDIALES. HUBIESE TOMADO A TIEMPO, EN SUS HABILES MANOS, LA GRAN MAQUINA DEL UNIVERSO, EN LUGAR DE DEJAR QUE CADA UNO DE NUESTROS PAISES SE AGOTARA, LEJOS DEL CONTINENTE, EN ABSURDAS RIVALIDADES COLONIALISTAS, A MENUDO ABYECTAS Y ODIOSAS Y QUE, A LA LARGO, SE REVELARON COMO POCO REMUNERATIVAS.

IGUALMENTE RESULTA LASTIMOSO QUE EN EL SIGLO XX FRACASARA **HITLER** A SU VEZ. EL COMUNISMO HUBIESE SIDO BARRIDO DEL MAPA. LOS ESTADOS UNIDOS NO HUBIESEN PLEGADO EL UNIVERSO A LA DICTADURA DE LAS CONSERVAS. Y DESPUES DE VEINTE SIGLOS DE SIMPLES BALBUCEOS Y ESFUERZOS BALDIOS, LOS HIJOS DE QUINIENTOS MILLONES DE EUROPEOS, UNIDOS QUIZA A PESAR DE ELLOS AL PRINCIPIO, HUBIESEN GOZADO POR FIN DE LA UNIDAD POLITICO, SOCIAL, ECONOMICA E INTELECTUAL MAS PODEROSA DEL PLANETA.

¿HUBIESE SIDO UNA EUROPA DE CAMPOS DE CONCENTRACION?.

¡YA SE HA UTILIZADO DEMASIADO ESTE ESTRIBILLO!. ¡COMO SI NO HUBIESE HABIDO OTRA COSA EN AQUELLA EUROPA EN CONSTRUCCION!. ¡COMO SI, TRAS LA CAIDA DE **HITLER**, NO HUBIESEN CONTINUADO LOS HOMBRES CON SU PROPIO EXTERMINIO EN ASIA, EN AMERICA, INCLUSO EN EUROPA, EN LAS CALLES DE PRAGA O DE BUDAPEST!.

¡COMO SI LAS INVASIONES, LAS VIOLACIONES DE TERRITORIOS, LOS ABUSOS DE PODER, LOS COMLOTS, LOS RAPTO POLITICOS NO HUBIESEN FLORECIDO MAS QUE NUNCA, EN VIETNAM, EN SANTO DOMINGO, EN VENEZUELA, EN LA BAHIA DE LOS COCHINOS DE CUBA, EN ARGELIA, EN INDOCHINA, EN BIAFRA, Y HASTA EN EL MISIMISMO PARIS, A PROPOSITO DEL ASUNTO BEN BARKA, YA OLVIDADO!.

OTRO EJEMPLO LO CONSTITUYE TAMBIEN LO OCURRIDO EN EL PROXIMO ORIENTE. ¡POR QUE NO DECIRLO!. NO ES **HITLER** PRECISAMENTE, SINO EL ISRAELITA **DAYAN** EL QUE MONTO SIN MAS AVISO SUS OPERACIONES RELAMPAGO, EL QUE LANZO SUS CARROS DE COMBATE HASTA EL CANAL DE SUEZ Y OCUPO A LA FUERZA TERRITORIOS DE LOS ARABES TRES VECES MAYORES QUE LOS SUYOS. LOS GUARDO A PESAR DE TODAS LAS CONFERENCIAS DE LA **ONU**, Y ENCERRO LOS PUEBLOS OCUPADOS

EN MISERABLES CAMPOS DE CONCENTRACION.

HAY QUE ESTAR, ¡SI!, CONTRA LA VIOLENCIA, PERO CONTRA TODAS LAS VIOLENCIAS. NO SOLAMENTE CONTRA LAS VIOLENCIAS DE **HITLER**, SINO TAMBIEN CONTRA LAS VIOLENCIAS DEL PRIMER MINISTRO FRANCIS **MOLLET**, CUANDO LANZO MILLARES DE PARACAIDISTAS SOBRE EL CANAL DE SUEZ EN 1956, CON TANTA PREMEDITACION COMO ALEVOSIA; CONTRA LAS VIOLENCIAS GALAS EN ARGELIA, DONDE MILES DE CRIMENES DE GUERRA SE PERPETRARON CON EL BENEPLACITO DE LOS SUCESIVOS GOBIERNOS FRANCESES; CONTRA LAS VIOLENCIAS DE LOS AMERICANOS MACHACANDO, A QUINCE MIL KILOMETROS DE MASSACHUSETTS O DE FLORIDA, A LOS VIETNAMITAS, EXTERMINANDO ATROZMENTE A MULTITUD DE MUJERES Y DE NIÑOS INDEFENSOS; CONTRA LAS VIOLENCIAS DE LOS INGLESES ATIBORRANDO DE ARMAS A LOS NIGERIANOS PARA RECUPERAR LOS POZOS DE PETROLEO SUPERCAPITALISTAS GRACIAS A UN MILLON DE CADAVERES BIAFREÑOS, ENTRE LOS CUALES CENTENARES DE MILLARES DE CHIQUILLOS MUERTOS DE HAMBRE, VERDADERO E IMPLACABLE GENOCIDIO; CONTRA LAS VIOLENCIAS DE LOS SOVIETS, QUE APLASTARON BAJO SUS CARROS DE COMBATE A HUNGAROS Y CHECOS QUE SE RESISTIAN A SU TIRANIA; Y CONTRA LAS VIOLENCIAS REPETIDAS DE ISRAEL, CONQUISTANDO, APLASTANDO, MULTIPLICANDO RAPOTOS Y REPRESALIAS.

IDENTICOS REPAROS RESPECTO A LOS CRIMENES DE GUERRA.

SE ARRASTRO A LOS VENCIDOS A NUREMBERG, SE LES ENCERRO EN CELDAS COMO A MONOS, SE PROHIBIO A SUS DEFENSORES HACER USO DE LOS DOCUMENTOS QUE HUBIERAN PODIDO MOLESTAR O COMPROMETER A LOS ACUSADORES, FUNDAMENTALMENTE LOS QUE HACIAN REFERENCIA A LAS MATANZAS, EN KATYN, DE QUINCE MIL OFICIALES POLACOS, ¡SOLO PORQUE LOS REPRESENTANTES DE **STALIN**, EL SUPREMO ASESINO DEL SIGLO, FORMABAN PARTE DEL TRIBUNAL DE CRIMENES DE GUERRA DE NUREMBERG, EN CUYO BANQUILLO TENIA QUE HABERSE SENTADO EL PROPIO JEFE DE LA URSS.

SI SE PRETENDE RECURRIR A TAL PROCEDIMIENTO, QUE VALGA PARA TODOS LOS CRIMINALES, NO SOLO PARA LOS CRIMINALES ALEMANES,

QUE SE LOS ACUSA DE HECHOS QUE JAMAS COMETIERON, SINO TAMBIEN PARA LOS CRIMINALES INGLESSES QUE MASACRARON A DOSCIENTOS MIL INOCENTES EN EL BOMBARDEO MONSTRUOSO DE DRESDE, A LOS CRIMINALES FRANCESES QUE, SIN JUICIO ALGUNO, FUSILARON EN SU TERRITORIO EN EL OTOÑO DE 1944 A PRISIONEROS ALEMANES SIN DEFENSA, A LOS CRIMINALES AMERICANOS QUE TRITURARON LOS ORGANOS SEXUALES DE LOS PRISIONEROS S.S. DE MALMEDY, EN 1945, Y EXPERIMENTARON SIN NECESIDAD MILITAR SOBRE UN JAPON VENCIDO, QUE OFRECIA DESDE HACIA TRES MESES LA CAPITULACION, LA MADRE MONSTRUOSA DE TODO EL CHANTAJE MORTAL DE AHORA, LA BOMBA ATOMICA DE HIROSHIMA.

ESTE PROCEDIMIENTO DEBERIA VALER IGUALMENTE PARA LOS CRIMINALES SOVIETICOS QUE CLAUSURARON LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL CON HORRIBLES E INNUMERABLES CRUELDADES LLEVADAS A CABO METODICAMENTE EN LA ALEMANIA DEL ESTE Y QUE HACINARON A MILLONES DE PERSONAS EN SUS INMENSOS CAMPOS DE CONCENTRACION INSTALADOS EN EL MAR BLANCO Y EN SIBERIA.

Y SIN EMBARGO ESTOS CAMPOS NO SE CERRARON DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL COMO LOS SUPUESTOS DEL TERCER REICH, CON LOS QUE, VEINTICINCO AÑOS DESPUES DE LA LIQUIDACION, NOS SIGUEN MARTILLEANDO LOS OIDOS. ESTOS CAMPOS SOVIETICOS SIGUEN EXISTIENDO HOY DIA. SIGUEN FUNCIONANDO EN LA ACTUALIDAD. A ELLOS SE SIGUEN ENVIANDO MILES DE SERES HUMANOS QUE TUVIERON LA DESGRACIA DE CAER MAL A LOS SEÑORES **BREJNEV**, **KOSSYGUINE** Y DEMAS INOCENTES CORDEROS DEMOCRATICOS.

SOBRE ESTOS CAMPOS, EN PLENA ACTIVIDAD, EN DONDE LOS SOVIETS ENCIERRAN INCANSABLEMENTE A TODOS LOS QUE SE Oponen A SU DICTADURA, NADIE OSA PRONUNCIAR UNA SOLO PALABRA DE PROTESTA SINCERA ENTRE LOS CHILLONES DE LA DEMOCRACIA. NINGUNO DE ESTOS SE IRRITA SIQUIERA, NI PIDE SANCIONES INTERNACIONALES.

LO MISMO OCURRE FRENTE A LAS DESOBEDIENCIAS DE ISRAEL A LAS DECISIONES CLARISIMAS Y REPETIDAS DE LA **ONU**. ¿QUE PASA ENTONCES?. ¿DONDE ESTA LA PREOCUPACION PARA LA VERDAD Y LA

EQUIDAD?. ¿DONDE ESTA LA BUENA FE?. ¿DONDE LA FARSA?.  
¿QUIEN ES MAS REPUGNANTE?. ¿EL QUE MATA O EL QUE REPRESENTA LA  
COMEDIA DE LA VIRTUD Y SE CALLA?.

VIENDO LA IMPUNIDAD TOTAL DE QUE GOZAN LOS CRIMINALES DE PAZ  
Y DE GUERRA, SOLO PORQUE NO SON ALEMANES, TODOS LOS  
MALHECHORES DE LA POSGUERRA SE HAN APROVECHADO,  
TORTURANDO HASTA LA MUERTE A UN **LUMUMBA**, ELIMINANDO UN  
**TSHOMBE** EN ARGELIA, ACRIBILLANDO CON METRALLETAS A UN **CHE  
GUEVARA** EN BOLIVIA; ASESINANDO, REVOLVER EN MANO, ANTE LA  
PRENSA, A LOS PRISIONEROS, EN PLENO SAILGON; ABSORBIENDO  
TERRITORIOS AJENOS EN TODAS LAS FRONTERAS DE ISRAEL;  
ORGANIZANDO, CON LAS MAS PODEROSAS COMPLICIDADES, EN TEXAS  
COMO EN CALIFORNIA, LA CARNICERIA PUBLICA DE LOS **KENNEDY**  
PORQUE MOLESTABAN A LOS REALES TENEDORES DEL PODER,  
PENTAGONO Y ALTA FINANZA, ABRIGADOS CON LA MANTA  
"DEMOCRATICA" DE LOS ESTADOS UNIDOS.

¡TODOS LOS CRIMINALES POLITICOS AL BANQUILLO!. ¡CUALESQUIERA  
QUE SEAN Y DONDE QUIERA QUE ESTEN!.

DE LO CONTRARIO, TANTAS VIRTUOSAS PROTESTAS DE CENSORES  
INDIGNADOS CUANDO SE TRATA DE **HITLER** Y MUDOS CUANDO YA NO  
SE TRATA DE EL, NO CONSTITUYEN MAS QUE ABYECTAS COMEDIAS,  
TENDENTES A CONVERTIR EL ESPIRITU DE JUSTICIA EN ESPIRITU DE  
VENGANZA Y LA CRITICA DE LA VIOLENCIA EN LA MAS TORTUOSA DE  
LAS HIPOCRESIAS. LOS PEOR ES QUE TODO LO QUE SE FOMENTA SOBRE  
LOS LIDERES DEL TERCER REICH ES PROPIO DE UNA FARSA MUY  
IMPRESIONANTE, CON LO CUAL LAS PROTESTAS SE CONVIRTEN EN UNA  
VERDADERA HIPOCRESIA.

¡PAZ A LOS MUERTOS QUE CAYERON BAJO **HITLER**!. PERO EL TAM-TAM  
INFERNAL REPETIDO INCANSABLEMENTE SOBRE SUS TUMBAS POR LOS  
FALSOS PURITANOS DE LA DEMOCRACIA TERMINA POR RESULTAR  
INDECENTE. HACE MAS DE VEINTE AÑOS QUE SE REITERA, A TRAVES DEL  
MUNDO, ESTE ESCANDALOSO CHANTAJE, ESCANDALOSO PORQUE SE  
PERPETRA CON TANTO PARTIDISMO COMO CINISMO. EL SENTIDO UNICO  
ESTA BIEN PARA LAS CALLES ESTRECHAS. PERO NO RESULTA

ADECUADO PARA LA HISTORIA. ESTA NO CONSIENTE QUE SE LA CONVIERTA EN UN CALLEJON SIN SALIDA, EN DONDE ESPERAN AL ACECHO LOS PROVOCADORES DE ODIOS ETERNOS, LOS SEPULCROS BLANQUEADOS, LOS FALSIFICADORES Y LOS IMPOSTORES.

EL BALANCE ES EL BALANCE.

A PESAR DE LA DERROTA EN RUSIA, A PESAR DE QUE **HITLER** TERMINARA ABRASADO, A PESAR DE QUE **MUSSOLINI** FUERA COLGADO, LOS FASCISMOS HABRAN SIDO, JUNTO CON LA INSTAURACION Y LA CONSOLIDACION DE LOS SOVIETS EN RUSIA, EL GRAN ACONTECIMIENTO DEL SIGLO.

ALGUNAS DE LAS PREOCUPACIONES DEL **HITLER** DE 1930 SE HAN ESFUMADO.

LA NACION DEL ESPACIO VITAL HA SIDO SUPERADA. LA PRUEBA ESTA EN LA ALEMANIA DEL OESTE, REDUCIDA A LA TERCERA PARTE DEL TERRITORIO DEL TERCER REICH, Y QUE ES HOY DIA MAS RICA Y PODEROSA QUE EL ESTADO HITLERIANO DE 1939. LOS TRANSPORTES INTERNACIONALES Y LOS MARITIMOS A BAJO PRECIO HAN CAMBIADO TODO. SOBRE UNA ROCA PELADA, PERO BIEN SITUADA, SE PUEDE HOY INSTALAR LA MAS POTENTE INDUSTRIA DEL MUNDO, COMO SE HA VISTO EN EL JAPON. EL CAMPESINADO, EXTRAORDINARIAMENTE FAVORECIDO POR LOS FASCISMOS, PASO EN TODAS PARTES A UN SEGUNDO PLANO. UNA FINCA INTELIGENTEMENTE INDUSTRIALIZADA REPORTA MAS, EN LOS MOMENTOS PRESENTES, QUE CIEN EXPLOTACIONES SIN RACIONALIZAR Y SIN DISPONER DEL MATERIAL MODERNO ADECUADO. ANTAÑO MAYORIA, LOS CAMPESINOS NO CONSTITUYEN HOY SINO UNA MINORIA, CADA VEZ MAS REDUCIDA. EL PASTOREO Y EL CULTIVO, DEJARON DE SER LOS PECHOS DE LOS PUEBLOS, SOBREALIMENTADOS O NO DISPONIENDO DE DINERO PARA ALIMENTARSE.

INCLUSO LAS DOCTRINAS SOCIALES QUE NO TENIAN EN CUENTA MAS QUE EL CAPITAL ANONIMO Y EL TRABAJO INDIVIDUAL, ESTAN SUPERADAS.

UN TERCER ELEMENTO INTERVIENE CADA VEZ MAS: LA MATERIA GRIS. LA ECONOMIA DEJO DE SER UN MATRIMONIO DE DOS PARA PASAR A SERLO DE TRES. UN GRAMO DE INTELIGENCIA CREADORA TIENE MAS

IMPORTANCIA, FRECUENTEMENTE, QUE UN TREN CARGADO DE CARBON O DE PIRITA. EL CEREBRO HA LLEGADO A CONVERTIRSE EN LA MATERIA PRIMA POR EXCELENCIA. UN LABORATORIO DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS PUEDE VALER MAS QUE UNA CADENA DE MONTAJE. ANTES QUE EL CAPITALISTA Y QUE EL TRABAJADOR, EL INVESTIGADOR. SIN EL, SIN SUS EQUIPOS ALTAMENTE ESPECIALIZADOS, SIN SUS COMPUTADORAS Y SIN SUS ESTADISTICAS, EL CAPITAL Y EL TRABAJO SON SIMPLES CUERPOS MUERTOS. HASTA LOS MISMOS **KRUPP** Y LOS **ROTSCHILD** HAN DEBIDO CEDER EL PUESTO A CABEZAS MEJOR DOTADAS.

LA EVOLUCION DE ESTOS PROBLEMAS, YA EVIDENTES EN 1940, NO COLGIO POR SORPRESA A **HITLER**.

EL LEIA TODO, ESTABA AL CORRIENTE DE TODO. SUS LABORATORIOS ATOMICOS FUERON LOS PRIMEROS DEL MUNDO. LO PROPIO DEL GENIO ES SUPERARSE SIEMPRE. **HITLER**, HOGAR IMAGINATIVO EN CONTINUA COMBUSTION, HUBIESE PREVISTO EL ACONTECIMIENTO Y EL CAMBIO. HABIA, ANTE TODO, FORMADO HOMBRES.

ALEMANIA, ITALIA TAMBIEN, A PESAR DE SER LOS VENCIDOS, LOS APLASTADOS (EL TERCER REICH NO ERA, EN 1945, MAS QUE UN FABULOSO MONTON DE LADRILLOS Y CASCOTES) NO TARDARON MUCHO EN SITUARSE A LA CABEZA DE EUROPA. ¿POR QUE?. PORQUE LA GRAN ESCUELA DEL HITLERISMO Y DEL FASCISMO, HABIA CREADO **CARACTERES**. HABIA FORMADO A MILES DE JOVENES JEFES, HABIA IMPREGNADO DE PERSONALIDAD A MILES DE SERES LES HABIA REVELADO, EN CIRCUNSTANCIAS EXCEPCIONALES, SUS DOTES DE ORGANIZACION Y DE MANDO QUE LA RUTINA IDIOTA, SEMIBURGUESA, DE LOS TIEMPOS PRECEDENTES NO LES HABRIA PERMITIDO NUNCA PONER EN JUEGO.

EL MILAGRO ALEMAN DE DESPUES DE 1945 PARA ESO: UNA GENERACION, TRITURADA MATERIALMENTE, HABIA SIDO PREPARADA INSUPERABLEMENTE PARA EL PAPEL DE DIRIGENTES POR UNA DOCTRINA BASADA EN LA AUTORIDAD, EN LA RESPONSABILIDAD, EN EL ESPIRITU DE INICIATIVA; EN LA PRUEBA DE FUEGO, ESTA DOCTRINA HABIA DADO A LOS CARACTERES EL TEMPLE DEL MEJOR ACERO, Y ESTO,

EN LOS MOMENTOS EN LOS QUE HACIA FALTA LEVANTARLO TODO, REHACERLO TODO, SE REVELO COMO UNA INNUMERABLE PALANCA. PERO ALEMANIA E ITALIA NO FUERON LAS UNICAS QUE SE VIERON AFECTADAS POR EL GRAN HURACAN HITLERIANO. NUESTRO SIGLO SE VIA CONMOVIDO POR EL HASTA EN SUS FUNDAMENTOS, TRANSFORMADO EN TODOS LOS AMBITOS, TANTO SI SE TRATA DEL ESTADO, DE LAS RELACIONES SOCIALES, DE LA ECONOMIA, O DE LA INVESTIGACION CIENTIFICA.

EL ACTUAL DESPLIEGUE DE DESCUBRIMIENTOS MODERNOS, DESDE LA ENERGIA NUCLEAR A LA MINIATURIZACION, FUE **HITLER** (¡TAPENSE LAS OREJAS, SI QUIEREN, PERO ES ASI!) EL QUE LO PUSO EN MARCHA MIENTRAS EUROPA DORMIDA EL SUEÑO DE LOS GANDULES SIN VER MAS ALLA DE SUS NARICES.

¿QUE HUBIESE SIDO DE UN **VON BRAUN**, JOVEN Y FUERTE GERMANO, TOTALMENTE DESCONOCIDO Y SIN RECURSOS, SIN **HITLER**?. DURANTE LOS MAS INGRATOS AÑOS, ESTE LE EMPUJO, LE ESTIMULO. **GOEBBELS** TOMO EL RELEVO A VECES, SOSTENIENDO A **VON BRAUN** CON SU AMISTAD. INCLUSO EN 1944, ESTE MINISTRO, EL MAS INTELIGENTE DE LOS MINISTROS DE **HITLER**, DEJABA A UN LADO, SUS OCUPACIONES PARA ANIMAR PERSONALMENTE A **VON BRAUN** EN LA INTIMIDAD. COMO ESTE, SE DIERON CENTENARES DE CASOS. TENIAN TALENTO. PERO, ¿QUE HUBIESEN HECHO SOLO CON SU TALENTO?.

LOS AMERICANOS SABIAN MUY BIEN QUE EL PORVENIR CIENTIFICO DEL MUNDO ENTERO ESTABA ALLI, EN LOS LABORATORIOS DE **HITLER**. MIENTRAS SE DEJABAN COMPLACIEMENTE PRESENTAR COMO LOS REYES DE LA CIENCIA Y DE LA TECNICA, NO TUVIERON OTRA PREOCUPACION, AL RESULTAR VENCEDORES EN MAYO DE 1945, QUE EL PRECIPITARSE A TRAVES DEL TERRITORIO DEL TERCER REICH, AUN HUMEANTE, PARA INTENTAR RECUPERAR A CIENTOS DE SABIOS ATOMICOS. LOS SOVIETS LLEVARON A CABO UNA OPERACION SIMILAR. TRANSPORTARON A MOSCU A LOS SABIOS DE **HITLER** POR TRENES ENTEROS. A TODOS LOS QUE SE LES UNIERON, LOS AMERICANOS LES TENDIERON PUENTES DE ORO. LOS EE. UU. HICIERON JEFE DE SU INMENSO COMPLEJO NUCLEAR AL **VON BRAUN DE HITLER**, DEL **HITLER**

A QUIEN LA AMERICA MODERNA DEBE TANTO, EL QUE, YA EN AGOSTO DE 1939, ANTES, PUES, DE QUE LA GUERRA DE POLONIA COMENZARA, HIZO LANZAR EL PRIMER COHETE DEL MUNDO A LOS CIELOS DE PRUSIA. ESE DIA EMPEZO EL MUNDO MODERNO.

ASI COMO LA POLVORA MORTIFERA PRESTO INMENSOS SERVICIOS A LA HUMANIDAD, LA ENERGIA NUCLEAR, CUYA ERA INAUGURO **HITLER** EN 1939, TRANSFORMARA LOS SIGLOS FUTUROS.

EN ESTE ASPECTO, COMO EN EL SOCIAL. LOS DETRACTORES DE **HITLER** NO VIENEN A SER MAS QUE TARDIOS Y BURDOS IMITADORES. ¿QUE OTRA COSA ES EL CENTRO FRANCES DE INVESTIGACIONES DE PIERRELATE, QUE UNA IMITACION FRAGIL, INCOMPLETA, DE LA BASE HITLERIANA DE PEENEMUNDE, CON VEINTICINCO AÑOS DE RETRASO?. DESAPARECIDO **HITLER**, EL MUNDO DEMOCRATICO SE HA MOSTRADO INCAPAZ DE CREAR ALGO VERDADERAMENTE NUEVO EN LOS SECTORES POLITICO Y SOCIAL.

NI HA PODIDO CORREGIR LO VIEJO.

NO HA PODIDO SIQUIERA REPARAR LAS VIEJAS ESTRUCTURAS, DE ANTES DE LA GUERRA.

DE **NASSER** A **DE GAULLE**, DE **TITO** A **CASTRO**, DE ARGELIA AL SUDAN, DEL CONGO A PERU, POR DONDE QUIERA QUE SE MIRE, ENTRE LOS VIEJOS PAISES QUE INTENTAN RESURGIR DEL PASADO, ENTRE LOS NUEVOS DE UN TERCER MUNDO QUE DESPIERTA, POR TODAS PARTES SALEN A RELUCIR LAS MISMAS FORMULAS HITLERIANAS:

NACIONALISMO Y SOCIALISMO Y, A LA CABEZA, EL HOMBRE FUERTE, ENCARNACION Y GUIA DEL PUEBLO, ORIENTADOR DE VOLUNTADES, CREADOR DE IDEAL Y DE FE.

EL MITO DEMOCRATICO AL VIEJO ESTILO, POMPOSO, CHARLATAN, INCOMPETENTE, ESTERIL, YA NO ES MAS QUE UN GLOBO DESINFLADO QUE DEJO DE ATRAER E INTERESAR Y QUE INCLUSO CAUSA LA HILARIDAD DE LA JUVENTUD.

¿QUIEN SE PREOCUPA TODAVIA DE LOS VIEJOS PARTIDOS Y DE SUS VIEJOS BONZOS, DEVALUADOS Y OLVIDADOS?.

PERO, ¿QUIEN OLVIDARA ALGUNA VEZ A **HITLER** Y A **MUSSOLINI**?.

MILLONES DE NUESTROS MUCHACHOS MURIERON, TRAS UNA HORRIBLE

ODISEA. ¿QUE HA SIDO, ALLA, A LO LEJOS, DE SUS POBRES TUMBAS?.  
NUESTRAS VIDAS, LAS DE LOS SUPERVIVIENTES, FUERON  
ZARANDEADAS, DESTROZADAS, DEFINITIVAMENTE ELIMINADAS. PERO  
LOS FASCISMOS, PARA LOS QUE NOSOTROS VIVIMOS, MODELARON  
NUESTRA EPOCA PARA SIEMPRE. EN NUESTRA DESGRACIA, NO DEJA DE  
SER ESTO NUESTRO GRAN CONSUELO.  
EL TELON DE LA HISTORIA PUEDE CAER SOBRE **HITLER Y MUSSOLINI**,  
COMO CAYO SOBRE **NAPOLEON**.

LOS ENANOS YA NO PODRAN CAMBIAR NADA.

LA GRAN REVOLUCION DEL SIGLO XX ESTA HECHA.